

B-2752

PORTUGAL

IMPRESIONES PARA SERVIR DE GUÍA AL VIAJERO

POR

F. y H. Giner de los Ríos.

Precio: 2,50 pesetas.

MADRID

◆ IMPRENTA POPULAR ◆

P. del Dos de Mayo, 4.

Es propiedad.—Queda hecho el
depósito que marca la Ley.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Mérida y Badajoz: I.	17
Idem: II.	28

CAPÍTULO I

Lisboa y sus cercanías.

I. — Edificios antiguos de Lisboa.	35
I. — La catedral.	38
II. — Otros edificios.	43
III. — Observación general.	51

CAPÍTULO II

Belem y Cintra.

I. — Belem.	62
II. — Cintra.	68
Mafra.	81

CAPÍTULO III

Museos y colecciones artísticas de Lisboa.

I. — Museo arqueológico.	83
II. — Colecciones de la Biblioteca Nacional y de la Academia de Bellas Artes.	90
III. — Galería Nacional de Pintura.	94
IV. — La pintura antigua en Portugal.	100
V. — Objetos de arte en los templos y casas particulares.	119
El curso superior de letras: I.	128

	<u>Págs.</u>
Teófilo Braga : II.	132
Sousa Lobo : III.	137
El Monasterio de Alcobaça.	144
La iglesia : I.	145
El monasterio: II.	150
El convento é iglesia de Batalha. — El templo.	154
Capilla del fundador.	160
Sacristía.	163
Capilla imperfecta.	164
El convento : III.	166
El claustro.	167
El exterior.	168
Las restauraciones.	170
La capilla de Caldas da Rainha : I.	171
Estilo peninsular y generalidades.	176
El interior : II.	180
La villa de Obidos.	187
Apuntes de viaje. — Nueva ruta. — En marcha. — Talavera. — Plasencia. — La Raya. — Santarem. — En silla de postas. — Caldas da Rainha.	195
Cerámica lusitana.	203
Rafael Bordallo Pinheiro	207
Los santos de barro cocido. — Teorías estéticas de Bordallo. — Su escuela en proyecto.	213
Las visitas y los tratamientos. — Un paseo á Obidos y su laguna.	218
Las camas. — Más sobre la Iglesia Mayor. — El Senhor da Pedra.	224
El padre Antonio.	229
Las Gaieras. — Las Janellas. — Aguas san-	

	<u>Págs.</u>
tas. — El ferrocarril. — San Martinho do Porto.	238
Recuerdos de Nazareth. — La pala de Aljubarrota. — Un ferrocarril de bueyes. — Marinha Grande. — Las landas y las dunas. — Las fábricas de resina y de cristal. — Detalles sobre la honra- dez de este país.	243
Iberismo.	251
Los toros. — La filosofía. — Algo de prácticas religiosas. — Los caballeros de á pie. — De reis á libras. — Un túnel. .	257
La lengua de Camoes y la de Cervantes. — «Peiche de corrida.» — Rectificación. — Un crimen, un concierto y la pena de muerte.	263
Leiria. — Pombal. — Algo sobre el marqués de Pombal.	268
El viaje á Oporto. — Apuntes del camino. Villanova da Gaia. — Oporto descrito á la ligera y en forma de telegrama. .	274
Cocheros y criados. — La complacencia de las autoridades. — Por qué Portugal nos recuerda la infancia á los españoles. — Más sobre tratamientos. — Algunas palabras sobre Granja y Espinho.	279
Las campanas. — Foz, Matosinhos y Leça. — Bueyes y números. — Museo de pinturas y estampas. — La Biblioteca.	285
Las mujeres y los hombres. — El cruzamiento de las razas. — La unión ibérica por las «Manuelas»,	289

	<u>Págs.</u>
João de Andrade Corvo.	294
Guía. — Cuadro de análisis de aguas mi- nerales.	298
Baños y playas de Portugal. . .	299
Estaciones de ferrocarril adonde debe el viajero dirigirse para los baños portugueses.	301
Medios de locomoción para las playas.	302
Baños	303
Anuncios.—Hoteles.	308
Guía de ferrocarriles.	312

ADVERTENCIA

El presente libro se reduce á una colección informe, ordenada con menos método del que fuera de desear, de impresiones sueltas, publicadas las más de ellas, y reunidas ahora en un volumen.

A consecuencia de esto; porque vieron la luz en distintos años, y hace algunos, la mayoría de dichos trabajos; por no haber sido escrupulosamente revisados para purgarlos de los errores que sin duda contendrán, presentan la obra sus autores como primer ensayo de *Guía*, que si alcanzara favor por la benevolencia del público, servirá de base á edición más estudiada y completa.

Acáso huelga algún capítulo; tal vez se insiste demasiado en asuntos que requerirían sólo ligeras indicaciones; quizás no oriente del todo al viajero en aquello que preferentemente debe llamar su atención: ya hemos manifestado nuestros temores; pero, así y todo, á falta de otras guías, allá

va ésta, disculpando sus defectos el buen deseo en primer término, y el número de noticias que contiene relativas á hombres y cosas, sitios y monumentos, tipos, costumbres, itinerarios, baños, playas.

Si no estuviéramos persuadidos de que, á pesar de cuantas omisiones se puedan señalar, y de que no obstante los excesos que encierre, el libro que ofrecemos al público es útil, por estar tomado todo él directamente en vivo, en el país mismo y después de muchos viajes, no nos hubiéramos decidido á darlo á la estampa.

Para terminar, diremos que van marcados los dos itinerarios que hemos seguido, por más que en la actualidad haya cuatro, los cuales, Dios mediante, recorreremos, para convertir en el porvenir esta *Guía* en una obra, si imperfecta por la calidad, completa al menos por la cantidad de los informes.

Madrid, Junio de 1888.

PRIMER ITINERARIO

LÍNEA DE BADAJOZ

MÉRIDA Y BADAJOZ

I

He aquí dos ciudades rivales, como todas aquellas que, teniendo una significación importante desde tal ó cual punto de vista, se hallan demasiado cerca entre sí, y, colocadas en una región cuyas poblaciones todas les son notablemente inferiores, se disputan el influjo y supremacía en los diversos órdenes sociales, y con especialidad en el político. Pugna cada una por erigirse en centro de la comarca, y por recibir del Estado la consagración solemne de su hegemonía con la presencia de un gobernador civil y otro militar, *ainda mais* de los demás centros burocráticos que son uso, ley y desgracia de las capitales de provincia: ciudades que, con tal de verse ellas erigidas en manantial de codiciados favores administrativos, suelen perder gustosas su libertad, frecuentemente comprometida con la proximidad al poder, por aquello de *procul a Jove, procul a fulmine*.

Mas no se inquieten los honrados extremeños pensando si iremos á discutir los títulos con que Badajoz gobierna el rico territorio que la reco-

noce por cabeza, comparándolos con los de Mérida, ni dar á ésta la codiciada primacía. Nuestra intención es harto menos peligrosa; y si el nombre de la antigua *Emerita Augusta* aparece antepuesto al de la ciudad que recobrara Alfonso IX, es sólo—vergüenza da decirlo—por una razón de *turista*: porque, para ir de Madrid á Badajoz, camino de Portugal, se pasa por Mérida.

Con fundamento se ha llamado á ésta «la Roma de España». En nuestro suelo, por donde—con perdón sea dicho de nuestra susceptibilidad patriótica—se han paseado más ó menos libremente cuantas razas de conquistadores lo han intentado con cierta perseverancia, salvo que nos haya auxiliado algún amigo, los monumentos romanos, puede decirse que no existen, destruidos y suplantados por los azares de una guerra continua, y por la saña de raza, religión ó partido que, si hoy casi nada respeta, júzguese qué respetaría en tiempos más bárbaros aún y más crueles por tanto. En esto consiste, principalmente, el interés verdaderamente indescriptible y único de Mérida, cuyos recuerdos romanos se conservan en mucha mayor cantidad que en Itálica, por ejemplo, ó en Segovia. Y no es que allí la estupenda soberbia de la arquitectura de los vencedores, ó la ignorancia, ó la codicia hayan sido más miradas que en otros lugares de nuestra destrozada nación. Hoy mismo, á pesar de todas las prohibiciones y del celo de la comisión de monumentos, sirven éstos de cómoda cantera para las edificaciones que emprende la mayoría de los vecinos:

¡qué habrá pasado antes! Al fin y al cabo, en nuestros días, estos actos de depredación y de vandalismo son duramente condenados por la opinión, están vedados por la ley, y sólo pueden perpetrarse á escondidas, como verdaderos delitos; mientras que en el siglo XVII, bajo el imperio de uno de aquellos monarcas de la Casa de Austria, tan cultos é ilustrados, se dejó consignado, para perpetua gloria, en solemne inscripción, la pésima reparación del admirable puente sobre el Guadiana, reparación ejecutada con piedras de los monumentos romanos. Por cierto que, en la terrible inundación de 1877, la parte más antigua del puente apenas ha sufrido menoscabo; mientras que la *sabia* construcción llevada á efecto en tiempo de Felipe III es precisamente la que no ha podido resistir el impulso del formidable río.

A tres períodos principalmente corresponden las más importantes construcciones de Mérida: al romano, al románico y al siglo XVI, ya en los últimos esplendores del gótico florido, ya en el plateresco; á veces, estos diversos estilos se han sobrepuesto en una misma construcción; á veces se conservan casi sin mezcla. Bien cabría formar tres grupos de ellos, á saber: el puramente romano, cuyos monumentos por lo común son tan sólo ruinas; el mixto, donde al anterior elemento han venido á combinarse otros posteriores, y el de aquellas construcciones, más ó menos modificadas, en que no se encuentran vestigios apreciables del primer período mencionado.

Pertenece á éste, ante todo, el arco llamado

de *Trajano*, de notables proporciones, única cosa que ya en él hay que admirar, por habersele despojado de las estatuas que lo coronaban y de su revestimiento de mármoles en tiempos de la invasión francesa. Entran también en este capítulo las ruinas de los dos acueductos, del más grandioso efecto por el atrevimiento y gallardía de sus tres órdenes de arcos, cuyo aspecto pintoresco realza la combinación del granito con el ladrillo, teñidos por el tiempo con un color maravilloso. Desde este punto de vista pintoresco, nada excede á la impresión de los gigantescos pilares que se contemplan desde el puente de Albarregas (*Alba regia*), romano también, pero completamente modernizado: aquellas masas imponentes, apenas enlazadas por las mal unidas dovelas de alguno que otro tramo; aquel tono tan grave, tan riguroso y caliente; aquella llanura suavemente ondulada, como la campiña de Roma; aquel verdor que brota en los cimientos y pugna por elevarse hasta las más altas piedras, sobre las cuales se apiñan las cigüeñas en inmenso número; aquel ferrocarril tendido por bajo de los arcos, y aquel río, y aquella luz, y aquel cielo, forman uno de esos paisajes que excitan un mundo de ideas, de sentimientos, de representaciones en la fantasía.

La impresión se acentúa en sentido más risueño cuando, subiendo por el camino que pasa por ese mismo puente de Albarregas y se dirige hacia el N., llegamos á la cruz de piedra colocada en la divisoria de las dos vertientes del monte que separa el hermoso valle de Mérida de la extensa comarca en la cual se halla colo-

cado el lago de Proserpina, vulgarmente llamado la charca de la Albuera; vasto depósito de agua, cerrado por grandes muros, también de construcción romana, distante poco más de una legua de Mérida, y al lado y por bajo de la cual se encuentra la quinta y establecimiento industrial del Sr. Pacheco, hermoso oasis de árboles, tan raros por aquellos sitios, y en el que la sombra y frescura de la espesa enramada y el canto de los pájaros (todo milagros del agua) contrastan suavemente con la gravedad serena y melancólica del anterior paisaje. Sin embargo, el que desde la cruz se contempla hacia uno y otro lado, á pesar de no verse de allí esa frondosa arboleda, es aun superior por los juegos de luz de sus dilatados horizontes y por la oposición entre la campiña de la ciudad y la vegetación de la dehesa que se extiende hasta el lago.

Regresando á la ciudad, creen algunos que en sus inmediaciones y en este lado debía hallarse un gran templo de Júpiter, al servicio del cual tal vez estaría destinado el acueducto de la Albuera; pero de sus construcciones no se han encontrado hasta hoy sino algunos fragmentos aislados, especialmente dos enormes fustes de columna, que quizá vendrán al Museo Arqueológico Nacional. Más hacia el E., y próximas á la ermita de San Lázaro, se ven todavía las ruinas del Circo Máximo, que bien merecía este nombre por su longitud de más de mil trescientos pies (por trescientos y tantos de ancho); hacia el S., el teatro llamado «las siete sillas», por los siete compartimentos del vasto

hemicycle que forman las gradas para los espectadores, y que se conservan bastante bien para dar idea de lo que era entonces un edificio de esta clase; y al lado del teatro, un anfiteatro, que sin razón (en sentir de algunos arqueólogos) se ha querido convertir en naumaquia, atendidas sus cortas dimensiones, y que dista harto de mantenerse en el regular estado del otro monumento. Por último, en la casa del Sr. Soto, liberalmente abierta al viajero, y que hay quien cree pudo formar parte de un antiguo templo, tal vez de Juno, se admira un hermoso mosaico (cuyos pavos reales han contribuido sin motivo á acreditar aquella hipótesis), descrito, según creemos, por el malogrado Amador de los Ríos en los *Monumentos arquitectónicos de España*. Otros mosaicos se conservan; pero el de la calle del Portillo, tan citado por los anticuarios, debe estar ya concluido de cubrir á esta fecha con el respetable número de cargas de escombros que ha poco estaban arrojando sobre él, á fin de nivelar convenientemente el piso del corral y la cuadra en que se hallaba.

Hay quien supone era de grande interés; por desgracia, ya no es fácil saberlo; y si fuese cierto lo que aseguran sobre que la Academia de San Fernando opinó contra la adquisición de un resto, siempre importantísimo, y cuya desaparición es vergonzosa, nadie osaría inscribir este flaco servicio en la hoja de los merecimientos de dicha Real corporación.

Dos construcciones hay en Mérida por demás extrañas, y que forman, puede decirse, grupo

aparte, por haber sido hechas en tiempos modernos, pero aprovechando exclusivamente elementos romanos, combinados de un modo que deja mucho que desear. Nos referimos á la columna de Santa Eulalia y al Hornito. Consta la primera de cuatro aras romanas sobrepuestas, colocadas sobre un basamento y coronadas por una estatua antigua, convertida en imagen de la mártir patrona de la ciudad. El otro, cercano á la columna y á la iglesia que lleva la misma advocación y de que luego hablaremos, es una capillita construída en el mismo lugar donde parece fué quemada en el siglo IV la fervorosa niña cuya gloria canta nuestro insigne Prudencio. A esta capilla precede un pórtico, que es la parte importante de la pequeña construcción, por hallarse edificado con columnas y dinteles romanos, más ó menos análogos, y que proceden de un templo antiguo (de Marte?); algunas de estas piezas son muy hermosas. El conjunto es pésimo, y la impresión que despierta en el ánimo semejante á la que causan todas las profanaciones artísticas: añadamos que ésta se cometió también en el siglo XVII, y se comprenderá el carácter de la combinación, que (del mal, el menos) ha conservado estos restos de mejor manera que los que utilizó para otras construcciones. El patio de la cárcel también se halla formado con columnas romanas, cuyos capiteles ofrecen, en ocasiones, bastante interés.

Sería no acabar si pretendiésemos describir todos los lugares donde se encuentran empleados fragmentos romanos: desde los cimien-

tos de las casas á las aceras de las calles, y hasta la grava de los caminos, todo es fruto de una depredación constante, tradicional é impune, cuando no autorizada y aun decretada, y á la cual es maravilla hayan podido sobrevivir tantos monumentos: ¡cuán grande debió ser su número! Pero si no se toman providencias enérgicas, todo lo que aun resta vendrá á tierra también, más ó menos pronto. Por cierto que forma extraño contraste esta depredación con el abandono en que se tienen construcciones, como, por ejemplo, las antiguas cloacas, que tal vez sin excesivo dispendio podrían hoy mismo utilizarse, realizando una urgente mejora en la higiene pública de la ciudad.

Entre aquellas edificaciones, en que á la arquitectura romana han venido á añadirse y sobreponerse otras arquitecturas, modificándola y dando al conjunto un carácter esencialmente paralelo á la evolución y fases de nuestra azarosa historia, descuellan el puente Grande, el Conventual y la casa del Conde de los Corbos.

Edificado el primero por Trajano, reparado en el siglo VII, reconstruído en parte por Felipe III, del modo deplorable que ya hemos dicho, y destrozado y arreglado en otras ocasiones posteriores, ofrece hoy desgraciado ejemplo del terrible poder con que nuestros ríos, ordinariamente tan pobres, amenazan, sin embargo, á cada crecida, cuanto se opone á su corriente; como esos pueblos que, ignorando los procedimientos de la libertad, no aciertan á vivir sino en perpetua alternativa de rebelión y servi-

dumbre. Consta de 81 arcos y se extiende sobre el río á la altura de unos 11 metros y una longitud de más de 800. La vista que desde su centro se goza recuerda la del puente de Córdoba, no menos grandioso y de origen romano también.

El Conventual, cercano al puente, es hoy un inmenso montón de ruinas, entre las cuales se conservan útiles tan sólo algunas vastas cámaras que sirven de graneros. Los fragmentos, columnas, frisos, capiteles, puertas, modo de construcción y demás señales indican todavía con bastante claridad la historia de este castillo romano, engrandecido por los moros, convertido después — como el de Sigüenza y tantos otros — en palacio episcopal, posteriormente ocupado por los Templarios (de donde procede su nombre), concedido por último al provisor de la orden de Santiago y desplomado casi por completo, á fuerza de vicisitudes, y sobre todo de abandono é incuria. La masa que aun hoy presenta, en medio de sus huertos y jardines, impone todavía respeto.

En cuanto á la casa del Conde de los Corbos, es, sin duda, uno de nuestros más interesantes monumentos romanos. Hállase edificada sobre un templo de Diana, cuya planta puede seguirse perfectamente todavía, por subsistir las elegantes columnas corintias que rodeaban sus cuátro costados, y muchas de las cuales sirven ahora de sostén á la nueva construcción. Aquellos fustes estriados, aquellos capiteles, tan injuriados por el tiempo y por la mano del hombre, aun empotrados en paredes como la de la

fachada, pintarrajeada de un modo abominable, revelan la primitiva nobleza de sus formas bajo las líneas indecisas con que en vano pugna por desfigurarlas el tiempo. Esta misma casa tiene en el exterior un primoroso balcón plateresco, que ofrece el más interesante contraste con la antigua y clásica columnata.

Viniendo ahora al tercero de nuestros grupos, á saber: el de las construcciones, donde no se advierten otros vestigios romanos que los sillares frecuentemente empleados en levantarlas, comenzaremos por la plaza Mayor, que recuerda el tipo de las de Castilla, y que constituye un centro de cierta importancia. En sus arcos, bóvedas y columnas, como en otros de sus miembros arquitectónicos, se notan abundantes ejemplos de la construcción y ornamentación del siglo XVI. En ella, además, están situadas la casa de Vera (hoy del Sr. Pacheco), en cuya fachada hay un gracioso recuerdo plateresco, y la iglesia de Santa María, en la cual abundan pormenores de casi todos los géneros y épocas: desde el románico de transición, que especialmente aparece en su linda ventana del ábside, al gótico florido de la pila; desde el elegante *cinquecento* del arco de una de sus capillas laterales y de su bello sepulcro, hasta las inolvidables decadencias del estilo seco y pesado del siglo XVII y el barroco del XVIII, con sus atormentadas líneas.

Inmediata á esta plaza, cuyo conjunto es por extremo característico y agradable, se halla otra casa sumamente curiosa. Nos referimos á la del duque de la Roca, próxima asimismo al

arco de Trajano. Preciosos capiteles romanos embutidos en la pared á guisa de adornos; recuerdos bizantinos; ajimeces moriscos, cuya labor de frágil barro, dura hace ocho ó nueve centurias; fragmentos románicos, ventanas platerescas, al lado de otras churriguerescas, todo ello tallado en una mole donde el ladrillo alterna con los enormes sillares de granito arrancados á las construcciones del Imperio, y á la cual da entrada una portada gótico-florida, componen un cuadro extraño y difícil de olvidar. Por cierto que, hablando de ajimeces, no debe omitirse la mención de uno bellísimo que hay en la calle de Santa Olalla.

Este nombre trae á la memoria el de la iglesia y convento dedicados á la patrona de Mérida, y situados en un extremo de la población, próximo á la estación del ferrocarril y al lado del *Hornito*, del que ya hemos hablado. Este edificio, á cuyos muros ha dado también el tiempo un tono caliente, dorado, encantador, se cree fué erigido en el siglo IV (aunque de esta época no conserva señales apreciables), y es, sin duda alguna, el más interesante y completo monumento cristiano que encierra la ciudad, por sus bellas portadas románicas, sus ventanas, sus ábsides, sus antiguas capillas y sus pilares, cuyos capiteles presentan formas por demás extrañas.

Apenas merece citarse la arruinada iglesia de San Francisco, hoy convertida en cochera, y cuya agujereada cúpula amenaza hundirse el peor día — que mal podía llamarse el mejor — sobre coches, caballos, zagales y cocheros; sus

líneas ojivales han sido tan modernizadas, que poco podría decirse de ella. Pero no concluiremos sin mencionar la pequeña colección que, por los cuidados de la subcomisión de monumentos, á cuyo digno individuo, el Sr. Moreno Bailén, tanto debe este Museo incipiente, se esta formando, á fuerza de sacrificios personales, en un local tan pésimo que no recibe otra luz que la de la puerta. Algunas esculturas, casi siempre fragmentos, entre las cuales debe citarse una cabeza (probablemente, retrato); inscripciones, trozos de mosaicos, cipos y unos hermosos capiteles procedentes (si mal no recordamos) de las excavaciones verificadas por la comisión en el lugar donde suponen debió hallarse el gran templo de Júpiter, constituyen la parte más importante de los materiales recogidos, casi todos romanos, con más algún relieve, tal vez bizantino, y otros objetos de menor entidad (1).

Tal es el sumario bosquejo de lo que en una rápida ojeada puede ver el viajero en esta interesantísima ciudad.

II

Badajoz, en cuanto á sus antiguas construcciones, difiere por completo de Mérida. Aquí apenas hallamos recuerdos romanos, casi todo es cristiano, ya pertenezca á la Edad Media, ya

(1) V. Monumentos latino-bizantinos de Mérida, por Amador de los Ríos. (*Monum. arquitec. de Esp.*)

al Renacimiento; y aun dentro de este diverso carácter, la capital de la Extremadura meridional dista de ofrecer el poderoso interés con que sin duda alguna, tanto por sí misma, cuanto por la escasez de monumentos clásicos en España, solicita su rival la atención del anticuario y aun del hombre curioso.

No por esto deja de merecer Badajoz el honor de una visita; y es difícil asentir á la común opinión que la estima ciudad indiferente en éste sentido, menospreciando edificios como la Catedral, y restos como los del castillo ó el Pósito.

Tampoco podemos concordar con el juicio de algún arqueólogo respecto de la primera de estas construcciones, «pesada por dentro y por fuera» en su sentir. Sin duda que la fachada principal, greco-romana, tan pobre y árida—si así puede decirse—nada presenta capaz de impresionar la fantasía; que el estilo churrigueresco con que el templo se halla doquiera profanado inspira el mismo horror que en Toledo, y en Sevilla, y en León, y en Córdoba, y en Burgos, y en Santiago, y en todas partes; pero la capilla de Figueroa, como luego veremos, vale ella sola la pena del viaje.

Comenzando por el exterior de la Catedral, notemos los adornos platerescos de la torre, y especialmente las dos lindas ventanas, así como una puerta lateral del Renacimiento, muy sencilla y bien trazada, y coronada por una estatua en el estilo de Berruguete. Ciertamente que ninguno de estos pormenores ofrece el interés que la Catedral de Toledo; pero aun cuando no

se tratase de una nación que, sea por sus frecuentes disturbios, sea por otras causas, no es hoy de las más abundantes en monumentos de interés; aun cuando se tratase, por ejemplo, de Italia; quizá la más rica en toda esta clase de joyas, creemos que la cultura actual exige con legítimo derecho no omitir un solo dato, por secundario que parezca, con tal que presente algún carácter y valor artístico, ya para contribuir al inventario de nuestros tesoros en este respecto, ya para estimular la atención de nuestros indiferentes compatriotas, y aficionarlos á que se muevan, y viajen, y se enteren de lo poco ó mucho que tenemos en casa.

Entrando ahora en el cuerpo interior del templo, ¿á qué negarlo, aunque vayamos en contra de la corriente? nos gusta mucho. A pesar de la cal con que el cabildo ha cuidado de embastecer las aristas, rellenar los huecos y borrar el tono oscuro y grave de la piedra, la pureza de su estilo ojival, más sobrio y menos elegante y esbelto que el de la mayoría de nuestrasafiligranadas catedrales góticas, recuerda todavía la severidad románica, tan grandiosa y sencilla: como que fué comenzado hacia mediados del siglo XIII por D. Alonso el Sabio. Las capillas están generalmente desfiguradas, y hasta las rejas antiguas han desaparecido de casi todas, sustituyéndolas pesadas verjas de madera á cual más fea y pobre.

En cuanto á cuadros, algunos de Morales, Mateo Cerezo, y tal vez de Zurbarán, en la sacristía ó en la iglesia, son todo lo que puede citarse. Los franceses (siempre la misma histo-

ria) se llevaron los mejores; á esto, sin duda, y á la horrible transformación que han sufrido las pinturas de otras iglesias — v. gr.: la de Santa Ana — se debe la escasez de obras de Zurbarán y de Morales, hijos ambos de la provincia, el primero de Fuente de Cantos, y de la misma capital el segundo. En este orden, sin embargo, merece citarse la Virgen de la Antigua, hermosa tabla estofada, tal vez de principios del siglo XVI, tal vez anterior, que representa á la Virgen de pie con el niño, y al donatario: la cabeza de la primera es muy interesante. — En cuanto á joyas y ornamentos, nada puede decirse: lo poco antiguo y de interés que no desapareció en la guerra de la Independencia, se dice que lo ha ido vendiendo posteriormente el cabildo; el último objeto parece que ha sido un frontal del siglo XV ó del XVI, enajenado hace pocos años. ¿Qué podemos decir (á ser ciertas tales afirmaciones), por duro que sea, que no quede por bajo de faltas, desgraciadamente tan comunes, y que á veces hemos oído confesar sin el menor remordimiento á los dignatarios eclesiásticos que las cometen? ¡Lástima grande que, para evitarlas, nada se haya discurrido mejor que el medio de las incautaciones, censurable en la forma y contraproducente en el fondo!

Una capilla debemos exceptuar de la insignificancia general citada. Ya antes aludimos á ella: la de Figueroa, llamada también de los Beneficiados. Además de los azulejos antiguos que la decoran y de su retablo de pinturas, hay

en ella una hermosa *madonna*, relieve de mármol de estilo italiano, quizá del siglo XV; un Jesús Nazareno, pequeño cuadro atribuido á Morales, y un magnífico sepulcro de bronce, del siglo XVI, francés, en el que se halla retratado en alto relieve el fundador de la capilla, con una inscripción altisonante y pomposa. Los tres objetos ofrecen el mayor interés, y la pieza de bronce es de lo más notable que puede verse en España, donde no abundan este género de obras.

El coro es de mucho trabajo y del gusto del Renacimiento, aunque las figuras son amaneradas y preludian en sus exageradas actitudes la decadencia de épocas posteriores. En los relieves de las tribunas donde se hallan colocados los órganos se nota más pureza y mejor gusto.

A la arquitectura del siglo XVI pertenece también la pequeña iglesia del convento de la Concepción, toda desfigurada, así como sus cuadros, algunos de los que se atribuyen á Morales; hoy, el conjunto tiene escasa importancia. Menores serían los títulos que para ser citada en este lugar podrían reconocerse á la citada iglesia de San Agustín, á pesar de su elegante portada, si no debiera recomendarse al viajero visitase en ella los dos horribles sepulcros del siglo XVIII que á ambos lados del altar mayor se admiran y que constituyen un ejemplo característico de nuestra escultura en aquel desastroso período. Pertenecen al marqués de Bai, general de Felipe V, y á su hijo; y con razón dice un escritor que ambas efigies parecen representar dos monos con pelucas.

Atravesando la antigua plaza, cuyos restos, semi-góticos, semi-moriscos, desaparecen bajo recias capas de yeso y cal, se sube al castillo, al que da ingreso un arco á la romana del siglo XVII, según dice la inscripción, y desde cuyos destrozados torreones, en que se hallan todavía interesantes fragmentos de construcción y adornos de la Edad Media, especialmente árabes, sin que falte á veces un hermoso capitel romano embutido en el muro por vía de decoración, se domina á la ciudad y al río y se contempla un extenso paisaje, suavemente modelado, del cual forman ya parte tierras de Portugal. Triste impresión causa en el ánimo aquel cúmulo de ruinas; aunque todavía es peor la que produce ver desfigurada por una restauración sin carácter la esbelta torre que sobresale en medio.

Hemos mencionado el río; y á este propósito debemos repetir, por desgracia, lo que ya hemos dicho al tratar de Mérida. También aquí el Guadiana, en la misma avenida que destrozó el puente Grande de la antigua capital de la Lusitania, inutilizó el que daba acceso á su rival, sin que haya sido hasta la fecha reparado.

Es este puente una hermosa construcción hecha á fines del siglo XVI bajo la dirección de Herrera, ó al menos con arreglo á sus planos, y consta de veintiocho arcos, al fin de los cuales se halla la puerta fortificada que constituye la principal de la ciudad, y fué reedificada y decorada también hacia la misma época.

Bien merece alguna indicación la antigua casa llamada el Pósito, asentada en la falda

del cerro del castillo, hacia el SE. y enlazada con dicha fortaleza. Este edificio, construído igualmente en el siglo XVI, era la antigua Casa Consistorial, y en él puede verse todavía un hermoso salón cuya bóveda se apoya en robustas columnas, coronadas por capiteles romanos.

Por último, en una de las salas del palacio de la Diputación, en la planta baja, se halla colocado el pequeño museo que la comisión de monumentos va recogiendo con mil dificultades: si es cierto el rumor público que afirma que la comisión no logra hacer cobrar de aquel cuerpo las cantidades que en el presupuesto provincial se le consignan por mera fórmula, júzguese de los medios con que puede contar aquel país para acrecentar una riqueza de cuya importancia no parecen grandemente advertidas (y se comprende, por el común atraso de nuestro país) instituciones que deberían ser las primeras á impulsar el aumento de la cultura pública.

En esta modestísima colección, impropia de una comarca tan importante, existen algunos hermosos fragmentos de estatuas, sepulcros é inscripciones, un interesante monetario, algunas armas y objetos de bronce, entre ellos uno al parecer esmaltado y muy curioso, y media docena de hachas prehistóricas.

LISBOA Y SUS CERCANÍAS

CAPÍTULO PRIMERO

EDIFICIOS ANTIGUOS DE LISBOA

Esta hermosa ciudad del vecino reino, heredera de Mérida, la capital romana de la Lusitania; de Oporto, corte de los reyes suevos; de Coimbra, que alcanzó esa dudosa fortuna desde la fundación de la Monarquía hasta D. Juan I; la antigua *Olissipo*, la *Felicitas Julia* de César, favorecida luego por la dominación musulmana (716), á la cual fué ganada por Alfonso VI de León (1093), recayendo en ella á poco y siendo definitivamente reconquistada en 1147 por Alfonso Henríquez, primer rey lusitano; reducida á la condición de ciudad provincial por Felipe II, que dió de esta suerte otra prueba más de su dúctilidad, tacto y previsión políticos; especial protegida del suntuoso D. Juan V, que la colmó de honores y pobló de construcciones suntuosas; la ciudad tal vez más espléndidamente situada de toda la Península y de casi toda Europa, ofrece al viajero, á pesar de su larga historia y duradera importancia, escaso número de monumentos arqueológicos; aunque no por esto puede compararse con nuestro pobrísi-

mo Madrid, cuya prosperidad, harto más reciente, ha comenzado en una época donde ya no se hacían grandes cosas, y que dejó, por decirlo así, en el Escorial su testamento artístico.

La causa de esta anomalía es, sin embargo, muy fácil de explicar. Pocas poblaciones han sufrido en Europa tantos y tan espantosos terremotos como Lisboa, que, si en 1009, 1117, 1146, experimentó sacudidas de menor importancia, en 1344, 1579, 1699 y 1722 fueron éstas harto más crueles, hasta coronar la serie de sus desventuras la célebre catástrofe de 1755, en que perecieron más de diez mil personas y donde al terremoto siguió el terrible incendio que transformó la mayor parte de la capital en un montón de ruinas, de donde la hizo renacer el enérgico impulso de Pombal; pero privada ya de casi todos sus antiguos monumentos, sobre los cuales se han levantado edificios de muy otro carácter, principalmente churriguerescos, mezclándose á veces el nuevo estilo con los restos de los anteriores.

Posteriormente á esa época no han dejado de sentirse otras conmociones más ó menos violentas.

Es de notar que, con rarísima excepción, como v. gr. la de la Universidad de Coimbra, los edificios que en Portugal presentan interés artístico son ó templos y conventos ó castillos. Y que esta falta de palacios antiguos y otras construcciones civiles no puede achacarse á los efectos del último terremoto, lo prueban los relatos de los viajeros del siglo XVI, que cita Rac-

zynski (1), como el nuncio cardenal Alexandrino y los embajadores venecianos Tron y Lippomani, enviados en 1581 para felicitar á Felipe II por la malhadada conquista de Portugal, de cuyas narraciones manuscritas se conservan copias en la Biblioteca Real de Ajuda. Estos viajeros, acostumbrados á las magnificencias que en la arquitectura civil venía desplegando Italia, así como, á imitación de ella, Francia, al transformar en palacios los castillos señoriales (transformación que es uno de los caracteres del Renacimiento), se admiraban ya de «no haber encontrado en Portugal una sola mansión de gran señor que tuviese un estilo regular y determinado»; fenómeno que toca estudiar á las personas doctas en sesudos trabajos y no en libros como el presente, limitado á consignar impresiones superficiales del momento y á reseñar cuatro datos de segunda ó tercera mano á lo sumo. Lo que sí importa advertir es la injusticia con que de aquí toma pie el escritor polaco, para afirmar que «la arquitectura, con cortas excepciones, no presenta en Portugal carácter monumental». Y, sin embargo, si el número de edificios que ofrece ese carácter no es tan grande relativamente en el reino vecino como en España, contando unas 150 iglesias antiguas (2), en cuanto á calidad, Belem, Cintra, Batalha, Alcobaça, Thomar, Coimbra, Evora y otros lugares tienen un nombre glorioso en la historia del arte peninsular.

(1) *Les arts en Portugal*, pág. 330.

(2) Murray, *Handbook for trav. in Portugal*.

Las principales construcciones monumentales de Lisboa son la Catedral, el Carmen, la Magdalena, la Concepción Vieja, la capilla de San Juan Bautista y el castillo de San Jorge.

I. — LA CATEDRAL

Comencemos por la Catedral (*a Sé*), iglesia episcopal desde el siglo XII, por merced de Alfonso Henríquez, quien le dió asimismo por primer prelado al inglés Gilberto (1150), su compañero en el sitio de la ciudad, y sufragánea del arzobispo de Braga (que en Portugal tiene la primacía), hasta que D. Juan I la elevó á metropolitana y D. Juan V la erigió en basílica, creando el patriarcado de Lisboa *occidental*, al lado del cual quedó subsistente el antiguo arzobispado para la parte oriental, fundiéndose luego ambas dignidades en 1740. Redificado este templo por el ya dicho Alfonso I, sufrió ulteriormente muy grandes trastornos á causa de dos de los referidos terremotos: el de 1344, á consecuencia del cual hizo reconstruir la capilla mayor Alfonso IV, cuyos restos descansan en ella con los de su mujer; — reconstrucción que luego extendió á la fachada occidental y principal Fernando I (1367-1383, año en el cual fué arrojado de una de sus torres por el pueblo el obispo D. Martín, tachado de afecto á los castellanos); — y la segunda, tal vez más considerable aún, consiguiente á los desastres de 1755 y llevada á cabo por el marqués de Pombal, á cuyo gobierno debe harto más la

suntuosidad que el buen gusto de Lisboa (1).

Estas restauraciones, góticas unas, greco-romana la otra, han dejado el templo en un estado harto diferente del que tuviera en sus principios, bastante oscuros por desgracia.

A pesar de tantas modificaciones, todavía conserva la Sé (cuya planta es de cruz latina) su bello portal románico, con sus cuatro columnas á cada lado; las cuatro anuncian ya cierta tendencia á las del estilo ojival, y cuyas molduras no se hallan exentas de ininteligentes remiendos, así como las ventanas de igual carácter abiertas en sus dos torres laterales, que adelantán sobre la línea de la fachada, formando esa especie de atrio frecuente en las catedrales de la época (2). Pero, sobre todo, conserva una parte de su claustro, fragmento románico de transición, aunque se cree construído ya en el siglo XIV, que por su estilo sobrio y puro es hoy todavía, sin duda alguna, el más bello resto arquitectónico de Lisboa; pues no es lícito asentir á la opinión del Sr. Amador de los Ríos (3), que, comparando este resto de claustro

(1) Imposible parece que el conde de Raczynski (*Les arts en Portugal*, pág. 409) diga del estilo de las obras del tiempo de Pombal que, junto con el manuelino, «son los dos únicos que le parecen verdaderamente característicos y nacionales». Acerca del último, ya hemos consignado una opinión diferente; el primero no es otra cosa que el *rococó* ó churrigueresco, sin cosa alguna peculiar de importancia que justifique la aserción de aquel escritor.

(2) Amador de los Ríos, *Estudios monum. y arqueológicos*; *Rev. de España* de 25 de Mayo de 1873.

(3) *Idem* íd., págs. 158 y 159.

con los de Toledo, Burgos, Barcelona, etc., asegura que «forma con ellos muy sensible antítesis». Ciertamente que el fragmento de la *Sé* dista mucho de tener esa importancia; pero ¿debe medirse de esta suerte? ¿Qué diría el respetable historiador de nuestra literatura si se pretendiese menospreciar un cantar del pueblo, alegando que dista mucho de valer lo que el *Mahabaratta*; ó una ermita, por ser infinitamente más pequeña que el Vaticano? Dentro de su género, el claustro de la *Sé* patriarcal es muy bello, pudiendo compararse, por ejemplo, con el elegante y, para nuestra vergüenza, ruinoso, de la colegiata de Santillana, más genuinamente románico, aunque tiene también algún trozo ojival.

La combinación del arco apuntado con las columnitas pareadas y cortas, que dan á la construcción un aspecto tan grave y robusto (á pesar de la «falta de virilidad» que en ellas notó el autor indicado), se halla muy bien entendida, así como el adorno de los capiteles, cornisas y molduras, en los cuales predomina el ajedrezado, lo mismo que entre nosotros, con más otros motivos, ó desconocidos, ó poco frecuentes en España. Verdad es que no presentan sus ventanas la riqueza de Belem ó San Juan de los Reyes; mas por fortuna, para los edificios como para las personas también cabe hermosura en la pobreza. Y aun hoy se va cada vez más reconociendo que nada hay tan noble y gracioso á la par como el momento del estilo severo en cualquier orden de manifestaciones, con ventaja quizá sobre el abundante y

florido, donde lo profuso de la ornamentación envuelve, si es que no desfigura con formas secundarias, las formas típicas, representantes de la idea, modelada ya en una expresión justa, sin rudeza ni exuberancia, falta ni exceso. Así aventaja tanto y tanto en Salamanca la catedral vieja á la nueva, harto más primorosa; y el Partenón ha quedado como símbolo inimitable de los mejores tiempos de la arquitectura griega..

Más justo se halla, á nuestro entender, el autor de los *Estudios monumentales* en su juicio acerca del ábside actual, obra tal vez posterior y que ha sustituido á los tres ábsides propios de las catedrales románicas; pues si su interior, todo remozado, incluso el coro, es por completo insignificante, ofrecen cierta elegancia sus líneas exteriores, ya enteramente ojivales; sin que por esto aventajen en su género á las del claustro antes mencionado. También pertenece al estilo ojival, sólo que posterior, la capilla de San Bartolomé, en la cual se halla un retablo, bastante desfigurado en la reedificación de Pombal, y cuyo principal cuadro, que representa el martirio del titular de la capilla, como los otros siete que le acompañan y figuran asuntos del Nuevo Testamento, suelen atribuirse al célebre y casi mítico Gran Vasco, pintor de quien más tarde hablaremos.

Antonio Ribeiro dos Santos, bibliotecario de la Nacional de Lisboa desde 1795, en sus *Memorias* manuscritas, citadas por Raczynski, el cual confirma su opinión en este punto, dice que las ocho tablas «parecen ser de la misma

mano»; y que la primera de ellas «se recomienda por una gran exactitud de dibujo y por el buen contorno de las figuras». Raczynski halla, sin embargo, en estos cuadros «cierta analogía con las obras de los antiguos venecianos», al par de «un no sé qué de bizantino, que le confunde las ideas». «Por lo demás, añade, todos ellos, aunque de un aspecto general satisfactorio, son flojos en el dibujo y modelado de las carnes y en los paños; recomendándose por el estilo y el color y por un sentimiento religioso muy marcado (1)». Entre estos diferentes juicios, la mala colocación del retablo hace muy difícil una solución. Las tablas, agradables de color, parecen sin duda del siglo XVI. Otros cuadros, igualmente atribuidos á Gran Vasco, y que debían hallarse también en la catedral, según la lista del Sr. de Balsemão, citada asimismo por Raczynski, habían desaparecido ya cuando éste visitó dicho templo (2). En cuanto al altar de San Vicente, que en él pintó Nuño González, citado por Cean Bermúdez y puesto entre los «famosos» por Francisco de Holanda (3), tampoco parece por parte alguna.

El resto de la Catedral, transformada en greco-romana del siglo XVIII, no ofrece interés. Las capillas absidales están desfiguradas [pero no el antiguo triforio (4)]; la blancura del estuco «contrasta desagradablemente con el do-

(1) *Obra cit.*, pág. 145.

(2) *Id. id.*, pág. 155.

(3) *Id. id.*, págs. 55, 204, 205 y 239.

(4) Está intacto en su estructura, siendo muy alto: carácter de todos los triforios portugueses.

rado de los capiteles" (1); la superabundancia de luz da al conjunto un carácter profano, muy frecuente en las iglesias portuguesas; y el revestimiento de azulejos del último siglo, que llega hasta una altura de cerca de tres metros, formando composiciones de figuras pintadas de azul sobre fondo blanco, no alcanza aquí, como alcanza en otros lugares, á compensar la falta de pinturas, tapices y obras de madera tallada. El coro, colocado, según es general costumbre, en el presbiterio, es pobre é insignificante.

De los ornamentos y alhajas, que merecen especial mención, hablaremos más adelante.

II. — OTROS EDIFICIOS

El gran condestable de Portugal Nuño Alvares Pereira, que á la muerte de Fernando I (1383) contribuyó tan poderosamente, en unión del arzobispo de Braga y del célebre maestro Juan de las Reglas, á que las Cortes de Coimbra eligiesen unánimes como rey al maestre de Aviz, D. Juan I, hermano bastardo del último monarca; como ciñó en Ajubarrota, con el esfuerzo de su brazo, la corona de hecho á las sienes del soberano elegido, contra el empuje de las huestes castellanas; ese Cid portugués, heroico y legendario cual el español, y al que tampoco ha faltado, como si fuesen de menor cuantía los milagros que obró cuando vivo, la potestad de hacerlos después de muerto, ni

(1) Murray, *Handbook for travellers in Portugal*, pág. 25.

un cronista en Gomes Eanes de Azurara, que se consagrara á referirlos... fundó en Lisboa, en 1389, cuatro años después de la memorable batalla, un monasterio carmelita bajo la advocación de Nuestra Señora de la Victoria (*Nossa Senhora do Vencimento*); concluído en 1422.

¿Alzó esta construcción el condestable para perpetuar la memoria de Aljubarrota, como levantó la admirable de Batalha el nuevo rey triunfante? Así opinan los más de los escritores lusitanos; pero á este parecer se opone el de aquellos que afirman fué erigido en conmemoración de otra victoria también, la de Valverde (1). Sea como quiera, el antiguo y grandioso templo, posteriormente conocido por Nuestra Señora del Carmen (*do Carmo*), á causa de la orden á que pertenecía, y en cuyas ruinas se halla establecido el Museo Arqueológico de la Sociedad de Arquitectos civiles (del cual hablaremos más tarde), se conserva en el mismo estado en que lo dejaron el terremoto é incendio del pasado siglo, faltándole las bóvedas á las tres naves, y siendo doloroso considerar á qué precio puede al fin mostrar Lisboa un edificio antiguo que haya conseguido salvarse de la usual profanación greco-romana.

Su estilo es de transición románico-ogival, pero predominando este último elemento; la

(1) Esta opinión sigue también el general español D. Crispín Ximénez de Sandoval en su *Batalla de Aljubarrota*. Los pareceres en ambos sentidos pueden verse en una de las *Cartas familiares* de A. A. de Fonseca Pinto (30 de Marzo de 1873), publicada en el tomo XX de la Revista de Coimbra *O Instituto*, 1875.

ornamentación, sobria y del mejor gusto, parece también participar de ambos géneros; y su bella portada, con su arco apuntado y sus columnas románicas; sus ábsides, que son la sola parte cubierta y la menos arruinada de todo el edificio, y sus robustos pilares y muros exteriores, permitirían quizá, no una restauración, con que casi de seguro padecería gravemente el interés del hermoso templo, sino una mera reparación que, afirmando sus miembros más importantes, protegiese toda la construcción con una sencilla armadura de madera ó hierro, sobre la cual se asentase un tejado que preservaría el edificio, dejaría intacto su carácter de ruina y permitiría á la sociedad en él instalada, y que parece tuvo por predecesora un establecimiento industrial (!), utilizarlo harto mejor para sus nobles fines.

El convento anejo, hoy reedificado, se halla destinado á cuartel de la Guardia municipal de Lisboa.

Próximas á la Sé hay otras dos iglesias que, aun cuando modernizadas por completo, ofrecen todavía recuerdos de interés artístico: la Magdalena, cuya portada se destaca gallarda entre las vulgaridades del estilo barroco del siglo pasado, y la Concepción Vieja que, más feliz que la anterior, ha logrado salvar casi enteramente su primorosa fachada del XVI, constituyendo un excelente ejemplo del arte manuelino y preparando dignamente el ánimo para las magnificencias de Belem.

Poco podemos decir de la primera. Su puerta, ojival del último período, ó *flamboyant*, es

uno de los pocos restos de este género que en Portugal hemos visto (1) y ofrece excelente aspecto, aunque muy remendada: tan cierto es que aun el período ultra-florido y decadente de un arte original ostenta siempre carácter, atractivo y belleza.

La reina doña Leonor, mujer de D. Juan II y fundadora de la capilla de Caldas da Rainha, lo fué asimismo de la cofradía de la Misericordia (1500).

Establecióse dicha cofradía, según parece, en la pequeña ermita de Nuestra Señora del Restello, erigida por el infante D. Enrique, ilustre promotor de las empresas marítimas de los portugueses, y concedida á la orden de Cristo. En esa capilla se dice pasaron Vasco de Gama y sus compañeros la noche anterior á su embarque para la India, el 8 de Julio de 1497 (2). Cuando, á su regreso, quiso levantar el rey D. Manuel el convento de Belem, sobre el mismo lugar que la ermita ocupaba, demolióse ésta, y los caballeros militares recibieron en cambio la antigua sinagoga de la Villa Nova, transformada en iglesia cristiana al absorber Lisboa este suburbio y deshacerse el barrio de judería. Hoy, el templo es una construcción moderna, vistosa é indiferente por demás; pero aun conserva su hermosa fachada manuelina, á cuya portada acompaña por cada lado una de esas inmensas y larguísimas venta-

(1) Murray, *Handbook for trav. in Port.*

(2) Murray, *Handbook*. — *Novo Guia do viajante em Lisboa*. — Amador de los Ríos, *Estudios* (*Rev. de Esp.* de 28 de Nov. de 1873).

nas que son comunes en los edificios portugueses de su tiempo, y aun de tiempos anteriores; hallándose todo el frente decorado con adornos, ya ojivales, ya del Renacimiento, por lo general de buen gusto. Tal es la Concepción Vieja, cuya analogía con Belem es tanto más natural, cuanto que se cree tuvo por arquitecto á Boitaca, que dirigió el famoso templo del Restello.

De los demás templos de Lisboa no hay para qué hacer mención especial; porque, á pesar de la apariencia suntuosa que en los más de ellos se advierte, su interés artístico es insignificante, perteneciendo por lo común á las épocas más decadentes del estilo greco-romano; y en particular, á causa de las reedificaciones de Pombal, á la última mitad del pasado siglo, cuyo mal gusto arquitectónico es tan proverbial en el reino lusitano como en todas partes; si es que allí, según acontece visiblemente en Lisboa, no ha extremado aún los desvaríos churriguerescos cierta afición á la profusión, al oropel, los colorines, el estuco y demás elementos de una decoración empalagosa que, entre nosotros, con mayor discreción, no se suele prodigar tanto en los templos, y queda casi exclusivamente relegada á esas *casitas* de reyes, príncipes, infantes y cortesanos de nuestros Sitios Reales. El gusto italiano, en sus postrimerías, reengendrado en Versalles, dió la vuelta al mundo, decayendo más y más cada vez; pero dudamos llegase en parte alguna á emular con las construcciones de D. Juan V y de José I en Portugal. En algunas ciudades de la Andalucía occidental, v. gr., en Cadiz, es donde,

sin embargo, hay algo que recuerda ese estilo.

Hecha esta observación general, citemos rápidamente algunos. San Vicente *de Fora*, el mejor templo, sin duda, greco-romano de Lisboa, como que fué reedificado por Felipe II en 1582, época todavía digna de memoria en las artes peninsulares, es el panteón de la dinastía de Braganza, y en él se hallan los restos del ya mencionado Nuño Pereira, fundador de aquella familia, trasladados de las ruinas del Carmen por doña María II; el aspecto y situación de esta iglesia desde el río, que domina, es muy gallardo.—La basílica del Corazón de Jesús (vulgo la Estrella), erigida por Doña María I en 1799, es copia abreviada de San Pedro de Roma; se halla situada en el collado de Buenos Aires, uno de los que sirven de asiento á la ciudad, y su cúpula sobresale por cima de todas las demás construcciones.—Santo Domingo, que dicen ser el mayor templo de Lisboa, guarda los restos de nuestro célebre fray Luis de Granada.—Las iglesias dedicadas á la Virgen bajo las tres advocaciones de Gracia (donde se custodian también los despojos del ilustre Alburquerque), el Monte y la Peña de Francia, se recomiendan tan sólo por las magníficas vistas que se gozan desde los tres cerros donde se hallan situadas respectivamente.

Por último, San Roque nada notable ofrecería si no contuviese la famosa capilla de San Juan Bautista, maravilla y zozobra de los viajeros, que sólo á fuerza de paciència (1) con-

(1) Lo mismo dice el *Manual* de Murray, pág. 20.

siguen se les permita verla (cosa rara en la proverbial cortesía lusitana), y que, aunque no sea más que por su renombre, merece algunas palabras más.

Mandó construir en Roma esta capilla Don Juan V, que dió por ella catorce millones de cruzados (unos veintisiete de pesetas); habiéndola hecho armar dentro de San Pedro, para que oficiase en ella el Pontífice, y desarmándola después para traerla á Lisboa. Su lujo es pasmoso. En cuanto á su valor artístico, pertenece al estilo greco-romano; pero es tal vez de mejor gusto que otras obras hechas por este tiempo en Portugal. El pórfido, el lapizlázuli, el alabastro, la amatista, el ágata, el bronce, la plata, el oro y cuantos materiales más preciosos pueden aglomerarse, se hallan empleados en piezas, á veces de extraordinarias dimensiones. Tiene en el altar mayor y en los dos muros laterales tres hermosos cuadros de mosaico, que representan el bautismo del Salvador, la Encarnación y la Pentecostés. Hay quien dice que estos cuadros están tomados de Rafael, Miguel Angel y Guido Reni (1); para Raczynski (2), los originales son pinturas medianas, análogas, aunque inferiores, á las de Carlos Maratta. Con razón elogia este escritor los bronces; en cuanto á los gigantescos candelabros de plata sobredorada, con sus relieves y estatuas, á pesar de su estilo, son una obra tan importante de platería, que valen por sí sólo la

(1) O'Shea, *Guide to Spain and Portugal*, 1868; pág. 540.

(2) *Les arts en Portugal*, pág. 290.

pena de la visita. Pero si la vara de uno de aquellos malos encantadores del *Quijote* transformase todas aquellas labores en la modesta piedra del claustro de la Sé, perdería de seguro, con la policromía que resulta de la combinación de tan diversos materiales, su mayor atractivo, y apenas sería mencionada en las *Guías* del viajero. Hay arquitecturas que necesitan de la magnitud de las masas para despertar interés: el Escorial (salvo la iglesia) ó las Pirámides; hay otras, cuya belleza proviene de relaciones secundarias, ajenas al elemento estrictamente arquitectónico (¡qué sería, sin la decoración de sus paredes y sus techos, de muchos salones de la Alhambra!); y las hay que pierden casi todo su encanto cuando ignoramos la cuenta de su coste y la riqueza de los materiales que en su construcción se emplearon. Ahora bien, á estas últimas pertenece la capilla de San Juan Bautista.

Aunque de escasa importancia en la actualidad, por la borrosa huella que de sus tiempos guarda, debe mencionarse el castillo de San Jorge, desde el cual se contempla un admirable paisaje, y á cuyos pies se extendía hacia ambos lados, oriental y occidental, la antigua ciudad en la época árabe. Todavía el conjunto ofrece un aspecto pintoresco. Aun se dice que subsiste la antigua puerta por donde, merced al sacrificio de un esforzado caballero, penetró Alfonso Henríquez cuando conquistó á Lisboa. Las sucesivas reparaciones de esta ciudadela para adaptarla á las necesidades de la defensa militar que todavía tiene encomendada, han dejado en

él escasa señal de los estilos árabe y románico á que pertenecieron sus construcciones primitivas.

III. — OBSERVACIÓN GENERAL

Permítasenos ahora, á propósito de los templos de Lisboa, una observación que vale asimismo para todos cuantos hemos tenido ocasión de ver en el resto del país. Uno de los caracteres que más constantemente se manifiesta en ellos es la abundancia extraordinaria de luz, que les da cierto aspecto profano, muy extraño para un español, y que lo propio se advierte en la Sé de Lisboa que en Belem, en Alcobaça y en la Concepción Vieja, en Santa Cruz de Coimbra y en Batalha. Este exceso de luz, que ni aun suele mitigarse por medio de cortinas en las inmensas ventanas, parece tan conforme al gusto nacional, que por milagro se encuentra quien no haga alabanza de él. Fray Luis de Sousa, hablando de la iglesia de Batalha y comparándola con el Domo de Milán, casi contemporáneo de aquélla, censura que éste quedase «tan oscuro y melancólico», moviendo á los arquitectos portugueses á esmerarse por evitar esta falta, haciendo su templo «en contraposición y por todo extremo claro», hasta el punto de que, «siendo tan descompasado de grande, y á pesar de que las vidrieras atenúan la luz con su pintura y colores, se puede estar dentro de él en una noche clara, no sólo sin que infunda pavor, mas lo mismo que en medio de una plaza». Y añade en otro lugar: «los templos, que son retrato del Cielo y asiento

de la luz eterna, no parece razón tengan comercio alguno con el horror de las tinieblas.» Con harto mejor gusto y buen sentido, uno de los más discretos arqueólogos lusitanos de nuestros días; con motivo de las ventanas cruelmente abiertas á la hermosa *Sé velha* de Coimbra, censura este desordenado amor á la claridad que en los obispos y cabildos portugueses se desarrolla, en su opinión, desde el siglo XVI (1). Pero el juicio del distinguido profesor no parece ser dominante entre sus compatriotas.

El estilo profuso y suntuoso de la ornamentación es otro de aquellos caracteres. La riqueza de los materiales, la de adornos esculpidos, las decoraciones de azulejos, á veces hermosísimas, y que así se emplean hoy como tres ó cuatro siglos há, si bien con diversa fortuna, vienen en cierto modo á compensar la grande escasez que en los templos de Portugal se advierte de tres elementos artísticos, los cuales, aparte de la importancia que les pertenece por sí propios, desempeñan una función ornamental de primer orden. Hablamos de las estatuas, los cuadros y los tapices. En cuanto á las primeras (nótese que nos referimos á la decoración de los edificios, no á los sepulcros, en que tan maravillosos ejemplos nos han dejado Alcobaca, Batalha y Coimbra), á pesar de la magnificencia de la arquitectura manuelina, hace en general menos uso de la estatuaria que

(1) Felipe Simoens de Castro, *Reliquias da Architectura romano-byzantina en Portugal*, etc.

otras arquitecturas de su tiempo en el resto de Europa; siendo difícil, quizá imposible, hallar una portada cuya imaginería pueda competir, no sólo en calidad, sino en cantidad, con las de Chartres, Burgos ó Santiago. Belém, Alcobaca, Batalha, Santa Cruz, son fiel testimonio de este aserto.

Las pinturas no son más abundantes. El templo donde mayor número de cuadros hemos visto — ¡cosa extraña! — no es ninguno de los grandes monumentos lusitanos, huérfanos de ellos casi en absoluto (aunque en las sacristías y salas capitulares de Coimbra se hallen algunos de interés), sino en la iglesia de Santa María en la pequeña villa de Obidos, donde se conserva una rica colección de las obras de Josefa de Ayala. No es nuestro ánimo discutir los títulos de la pintura portuguesa, ni aun siquiera la de la escuela de Viseo, que más ó menos á la ligera ha querido establecer Mr. Robinson (1); las excelentes tablas del siglo XVI, que suelen atribuirse todavía vulgarmente al tradicional Gran Vasco, y sobre las cuales volveremos en ocasión más oportuna, señalan un desarrollo de innegable importancia. Lo único que afirmamos es la escasez de estas obras como elementos decorativos de los templos.

Por último, los tapices flamencos, franceses ó españoles para decorar los muros ó alfombrar el pavimento, son también rarísimos: cualquier iglesia de los desgraciados lugares que rodean á Madrid, el último convento de monjas

(1) *The early portuguese of painting.*

de la Mancha, tiene, á lo menos, uno de esos tapetes turcos, tan comunes en nuestro país, pero que serían un gran lujo en la Sé de Lisboa. Verdad es que abundan hermosos reposteros de paño, bordados con sobrepuestos de colores, en fondo generalmente rojo ó azul, y cuyo efecto es muy noble y severo; mas esto no alcanza á compensar la falta advertida. Sin embargo, parece que, hacia 1460, se hicieron en Portugal tapicerías, que representaban las expediciones de Alfonso V, una de las cuales debía conservarse en la casa española del Infantado (1).

Casi inútil es añadir que, estando situado el coro en el ábside ó capilla mayor de las iglesias lusitanas, y no, como entre nosotros, en la nave principal, á partir del crucero, tampoco presenta esas grandes sillerías esculpidas de las catedrales españolas, cuya magnificencia contrabalancea en parte los inconvenientes que para la perspectiva arquitectónica y hasta para la comodidad de los fieles ofrece el sistema entre nosotros adoptado. En punto á otra clase de obras de madera tallada, á pesar de la opinión de Raczynsky (2), tampoco son ricos esos templos. El Sr. Rivara, bibliotecario de Evora, cuyo informe inserta aquel escritor, dice que no conoce nombre de escultor alguno en madera, anterior al siglo XVIII, lo cual parece indicar la escasa importancia que hasta entonces debía gozar un arte que dos centurias antes había hecho ya célebres los nombres de Berruguete,

(1) Faria e Sousa, *Europa portuguesa* (apud Raczynsky, 202), tomo II, pág. 391.

(2) *Les arts en Portugal*, carta XXVII.

Becerra y tantos otros, sin que esta consideración se destruya por la inexactitud del dato: pues si el vizconde de Juromenha (1) menciona cuatro artistas de este género pertenecientes al XVI, el solo hecho de desconocerlos Rivara da idea del escaso nombre que ellos y sus obras obtuvieron. Las puertas, por ejemplo, rara vez ofrecen labor interesante; y el mobiliario antiguo artístico, que es muy hermoso en Portugal, escasea en sus iglesias más aún que en las españolas. En suma, si desde el punto de vista arqueológico los templos pueden considerarse como verdaderos museos, y museos vivos, donde los objetos no se hallan violentamente arrancados de su destino, sin relación entre sí ni con el edificio, sino desempeñando su peculiar función, en Portugal estos museos tienen harto menos valor, por lo común, que el que ofrece la armazón arquitectónica á que debieran prestar vitalidad las obras artísticas en ella incorporadas.

Hemos hablado antes de azulejos, y es difícil dar idea de la profusión con que se les emplea para decorar las paredes de los edificios portugueses, enteramente revestidos de ellos, en ocasiones, hasta el arranque de los techos.

Sabida es la historia de este admirable elemento decorativo. Quizá lo conocieron los egipcios, que ya en muy remotos tiempos poseían el arte de esmaltar la porcelana; pero su gran desarrollo parece provenir del Asia central, desde donde pasó á Persia, y de allí, por medio de los ára-

(1) *Les arts en Portugal*, carta X, apénd. 1.º

bes, á Europa, teniendo su punto de culminación en los primorosos alicatados de la Alhambra. Desde entonces, dos grupos se pueden distinguir en este producto: el de los azulejos esmaltados, que siguen más inmediatamente las huellas del estilo morisco, cuyas labores están hechas con esmaltes diversos, que al fundirse forman en las reuniones relieves y desigualdades más ó menos grandes, y el de los pintados, que se inspiran en el gusto y en los procedimientos de las mayólicas italianas.

Los que hemos visto en Portugal, salvo más completa observación, podrían clasificarse de este modo: 1.º Azulejos esmaltados, primero, de labores geométricas á la morisca, y después, con otros dibujos del Renacimiento: estas dos clases, en las cuales cada color se halla puesto sólo en su tono fuerte, sin medias tintas ni claro-oscuro (1), son las más antiguas y probablemente concluyen en el siglo XVI, á causa del predominio del gusto italiano, que comienza imponiendo sus motivos y acaba por imponer sus procedimientos; á ellas pertenecen los admirables de la catedral de Coimbra.—2.º Azulejos con relieves, á veces muy altos, pero modelados, y que representan piñas, racimos, hojas, lises y otras flores, ya tratadas al natural, ya heráldicamente; los de esta clase, atendien-

(1) D. J. F. Riaño, en su excelente libro sobre las artes industriales españolas (*Spanish industrial arts*, Londres, 1879), publicado por el Museo de Kensington, y que ha dotado á nuestro país del primer Manual de esta clase adonde recurrir con confianza en los datos como en la crítica.—V. pág. 168.

do á su dibujo y á su armonía con el resto de la decoración de las construcciones donde se les halla empleados (v. g., en el palacio real de Cintra), parecen pertenecer al siglo XVI, y son ó desconocidos ó muy raros en España; su efecto es algo apelmazado y basto.—3.º Azulejos pintados á la italiana, generalmente, de amarillo, azul y, algunas veces, también morado, sobre fondo blanco; recuerdan el tipo de nuestra loza de Talavera y tienen claro-oscuro y medias tintas; sus asuntos son hojas, flores ú otros motivos comunes, y en ocasiones forman composiciones de figuras grandes, como la que se conserva en la Biblioteca Nacional de Lisboa; parecen corresponder al siglo XVII, ó á fines ya del XVI.—4.º Azulejos de este mismo género, pero sólo con dos colores, azul y blanco, ya rameados, ya representando en grande asuntos religiosos ó históricos, campestres, cacerías, vasos con flores y adornos arquitectónicos del gusto de Luis XIV (1): v. gr., los de la catedral de Lisboa; corresponden á los siglos XVII y XVIII. En cuanto al sistema de diminutos azulejos, con formas diversas, que se articulan para componer un dibujo de colores en mosaico, sistema llevado á tan alta perfección en la Alhambra, no hemos encontrado en Portugal ejemplo de él, sin decir por esto no exista, á pesar de que tampoco lo mencionan los libros que hemos podido consultar.

Sobre el origen de los azulejos portugueses poco sabemos. El vizconde de Juromenha, cuya

(1) Raczyński, *Ob. cit.*, 428.

nota inserta el tantas veces citado Raczynski (1), está sin duda en lo cierto al referirlos á la dominación árabe; pero, aunque de su informe resulta el inmenso uso que en el siglo XVI se hacía ya de este elemento, hasta el punto de pretender los obreros dedicados á colocarlo que se les separase de los demás albañiles, visto que no se ocupaban de ninguna otra clase de obras, nada se dice sobre su fabricación; la noticia del Sr. Rivara (que tiene por los más antiguos á los que forman tablero de ajedrez) tampoco da luz sobre el particular.

Juromenha indica que hay en Portugal quienes opinan que los azulejos provienen de Holanda, opinión cuyos fundamentos sería interesante conocer; aunque es posible que le haya servido de base, según el citado escritor juzga, el hecho probable de acudir allá cuando se quería tener azulejos mejor trabajados. ¿Vendrían de Holanda, tal vez, los que hemos incluido en el segundo grupo, ó á lo menos sus tipos? El carácter del modelado, sus tonos, su falta de analogía con los que en España se encuentran, ¿dependerán de este origen? Téngase presente que el vizconde añade «que había costumbre de encargarse allá objetos análogos». En la falta de datos para decidirnos, aventuramos esta opinión, con gran temor de que los eruditos de uno y otro reino la hallen absurda, si llega á su noticia. El mismo anticuario menciona también ciertos azulejos, firmados por un artista flamenco, que había visto (en 1844) en el con-

(1) Carta XXIV, Apéndices 1.º y 2.º

vento *dos Cardaes* de Jesús, en la rua Formosa. Cean Bermúdez (1) habla igualmente de un pintor de azulejos, Juan Flores, natural de Flandes, y nombrado «maestro azulejero» por Felipe II en 1565.

Por su parte, el Sr. Amador de los Ríos dice que «consta que los primeros azulejos fueron llevados de Sevilla á fines del siglo XI ó principios del XII», aunque no aduce la prueba de este aserto. Verdad es que en Sevilla era donde se poseía mejor el arte, á lo menos, de colocar estas decoraciones. Hacia 1422, doña Juana de Mendoza, mujer del almirante de Castilla, encargaba azulejos á Toledo, probablemente para Palencia (¿quizá de Talavera?); pero el maestro que había de ir á colocarlos debía venir de Sevilla (2). Sabido es el renombre de Triana en este género de fabricación.

En Portugal se ha trabajado de antiguo con habilidad en alfarería y loza de todas clases: desde los búcaros y barros porosos de Estremoz, célebres ya en 1571, hasta las imitaciones de porcelana china y japonesa, en gran auge hacia 1619, época de la entrada de Felipe III en Lisboa, para solemnizar la cual los gremios respectivos levantaron un arco de triunfo de loza; hoy mismo, en Caldas da Rainha, se hacen excelentes objetos de este material y de barro vidriado y esmaltado, con bastante carácter local, y se imita desde hace al-

(1) Riaño, *Ob. cit.*, 160.

(2) *Idem*, *íd.*, *íd.*, pág. 167.

gunos años la *poterie rustique* de Bernardo de Palissy, con los mismos procedimientos, por cierto, de moldear sobre el natural, aunque en otro material y con muy otro arte (1).

Juzgando, como es razonable, por lo que acontece en el resto de la Península, puede colegirse que, en general, el desarrollo de los azulejos sería en Portugal análogo. Ahora bien, según el interesantísimo trabajo del señor Riaño, la arquitectura árabe no debió comenzar á emplear las decoraciones de azulejos hasta después del siglo X, perteneciendo al XIV los más antiguos que se conservan y que están en la Alhambra de Granada, y habiéndose venido fabricando en esta ciudad todavía dos siglos más tarde (2), como igualmente en Talavera, Valencia, Málaga y otras localidades.

En ninguna parte quizá pueden estudiarse y compararse las diversas clases de azulejos portugueses mejor que en el Palacio Real de Cintra, donde hay ejemplos de todas. Y ¡qué diferente gracia tienen, por cierto, estos azulejos antiguos, con sus tonos puros, y los modernos, aunque sean tan excelentes como los que pueden verse á corto trecho de allí, en el suntuoso palacio de Monserrate, y que tal vez han salido de los talleres de Minton! Nada más rico que sus esmaltes, perfectamente fundidos; na-

(1) En el inventario de la infanta doña Juana, hermana de Felipe II (1573), citado por el Sr. Riaño, página 170, se habla de vasijas de loza de Portugal.

(2) *Ob. cit.*, pág. 166, etc.

da más fino que uno de esos ladrillos mates ó al-encáustico, que parecen en ocasiones una pieza de Wedgwood; pero ¡á qué distancia quedan del último resto del siglo XV que se le pone al lado!

LISBOA Y SUS CERCANÍAS

CAPÍTULO II

BELEM Y CINTRA

I—BELEM

En las cercanías de Lisboa se haya Belem, que forma hoy ya un barrio de la hermosa capital, extendido por la orilla derecha del Tajo casi hasta la barra, por en medio de palacios y jardines. Ahora bien; en ese barrio está uno de los más célebres monumentos de Portugal y de la Península toda: la iglesia y monasterio de los Jerónimos,

«sancto templo
que nas praias do mar está sentado,
que o nome tem da terra, para exemplo,
donde Deus foi em carne ao mundo dado.»

Fundó este edificio el Rey D. Manuel, el Afortunado, en el mismo lugar, según ya hemos dicho, donde se hallaba la ermita de Nuestra Señora de Restello, desde la cual partió Vasco de Gama, y en acción de gracias por los descubrimientos del insigne navegante, habiendo comenzado su construcción el 6 de Enero de

1500: Pero no se concluyó hasta mucho más tarde, bajo el gobierno sucesivo de otros varios monarcas, cuyos restos guarda en su recinto con los de dos princesas españolas, doña María y doña Catalina, esposas respectivamente de D. Manuel y de D. Juan III, sepultados también en el magnífico templo.

Después de alguna discusión, parece averiguado que el primer arquitecto que proyectó y dirigió la obra fué el italiano Boitaca ó Boutaca autor asimismo de la Concepción Vieja de Lisboa, cuyo estilo es tan análogo al del suntuoso Monasterio, y no un supuesto Potassi, italiano también, cuyo nombre no se halla en ningún documento; á ambos se atribuyen las románticas historias con que es uso ponderar el atrevimiento de estas obras. Hasta 1517, el sistema seguido en la de Belem fué análogo al que hoy llamamos «por administración»; desde esa época la construcción se hizo por contratas parciales; Juan Castilho tomó á su cargo la mayor parte, y otros maestros las demás. — El vasto edificio está cimentado sobre estacas de madera.

Consérvanse, de este importante monumento, la iglesia, el convento y el patio, donde hoy se halla establecida la *Casa Pia*, asilo de huérfanos, dotado de escuelas, incluso para sordo-mudos. Sobre una antigua galería exterior se levantó recientemente un edificio, de 180 metros de largo, imitando el estilo de Belem; pero antes de concluirse se hundió la costosa fábrica, causando muy dolorosas desgracias.

En su aspecto general, el monasterio perte-

nece á la arquitectura manuelina, una de cuyas más preciadas joyas constituye. Ignoramos el fundamento con que un escritor de la notoria competencia de Fergusson (1) advierte, sin embargo, gran semejanza entre la iglesia de Belem y la capilla de Rosslyn, en Escocia, tanto en el trazado general como en los pormenores: «no cabe dudar, dice, de su origen común.» Verdad es que la cuestión de las relaciones entre la arquitectura portuguesa y la inglesa, sobre la cual ya volveremos más adelante, se suscita respecto de otros templos lusitanos. En cuanto á éste, sea que Butacca dejase en su obra, como no podía menos de acontecer, recuerdos italianos, oriundos de la misma fuente donde el arquitecto escocés pudo inspirarse — que parece lo más probable, á primera vista, — sea que medie entre ambas construcciones un influjo tan directo como el que nota el célebre historiador de la arquitectura (cuyas palabras, tomadas á la letra, vendrían á hacer de una de las dos iglesias imitación, al menos, de la otra, es lo cierto que muestra ese sello castizo del estilo manuelino, y aun de nuestro plateresco, que no por el hecho de combinar el *cinquecento* con el elemento ojival (que esto no es privativo (2) del arte ibérico), sino por el modo y ca-

(1) Citado por O' Shea, 541 y 542.

(2) Aunque se prescinda de los edificios italianos, á causa del carácter especial que allí tomó la arquitectura de la Edad Media, á distinción del resto de Europa, la Casa Municipal (*Hôtel de Ville*) de Colonia, el castillo de Heidelberg, el palacio de Bamberg y aun el de Lieja, ofrecen una combinación semejante.

rácter de la combinación, parece distinguir á los monumentos lusitanos de esa época.

La impresión general del que nos ocupa es la de una riqueza extremada en la ornamentación, á veces de un gusto no muy delicado. La fachada, en su conjunto, es hermosa y la más rica tal vez de todas las de los monumentos portugueses, aunque las estatuas, que son en gran número, y la ejecución general no siempre sea tan fina como la composición del arquitecto. La puerta es doble; sobre el parte-luz se halla colocada la estatua del infante D. Enrique, y encima de aquella la de la Virgen de los Reyes. A cada lado hay una ventana de extraordinaria longitud; medio también, al parecer, característico de esta arquitectura, en lugar de apelar al sistema de tres órdenes de huecos en distintos planos que hacen tan elegante y airoso á nuestra catedral de León. El interior del templo es extraño, pero maravilloso. De los dos factores que forman el estilo manuelino, predominan, respectivamente, el ojival en el exterior y el claustro alto (aunque nos separemos de la autorizada opinión (1) del Sr. Amador de los Ríos); y en el interior del templo y en el claustro bajo, el Renacimiento. Pero la diferencia entre el carácter de este último estilo en Belem y el que ofrece en España, merecería concienzudo estudio por parte de los hombres competentes.

La decoración que, por lo suntuosa y hasta

(1) *Estudios. Rev. de España* de 28 de Noviembre de 1873, donde dice que en el claustro domina « el estilo bramantino », con otras consideraciones atinadas respecto del piso bajo, pero inaplicables al alto.

por su composición á nada se parece tanto como á una filigrana, recubre toda la iglesia, en sus tres naves, desde los delgados pilares, que parecen incapaces de sostener las altas bóvedas, hasta los nervios que se extienden por éstas en número sorprendente aun para nosotros los españoles: decoración, esta de los nervios, peculiar del país. En la ornamentación, á semejanza de lo que en los azulejos acontece, se hallan también lises, racimos de uvas, alcachofas y otros adornos no usados en nuestros monumentos; así como esas curvas retorcidas que desde Italia pasan á Francia, caracterizando el estilo barroco de Luis XV, y dan la vuelta al mundo, pasando asimismo por las manos de nuestro Churriguera.

El coro alto, situado á los pies de la iglesia, tiene una sillería de gusto del Renacimiento, muy sencilla; en los respaldos del primer orden de asientos, los tableros esculpidos usuales, están reemplazados por grandes cuadros sin importancia alguna. La capilla mayor es greco-romana, sin guardar en su género relación alguna con la magnificencia del templo. La sacristía, que es una de las partes más interesantes del mismo, es una hermosa sala ojival cuadrada, cuyas cuatro bóvedas se apoyan en un gran pilar puesto en el centro; en ella se encuentra un mueble incrustado antiguo, encajado dentro de un armatoste de madera, de pésimo efecto.

Del convento sólo se conserva con su antiguo carácter el célebre patio y claustro, que comunica con el lado N. de la iglesia por una serie de puertas *manuelinas* de mal gusto. Este

patio, cuya composición aventaja tal vez á los del templo, goza la fama de ser uno de los más hermosos del mundo, y ciertamente la merece. Tiene pocas estatuas, y los bustos en relieve de sus medallones nada valen; pero ¡cómo dar una idea de su maravilloso conjunto! Aquí, la riqueza de la ornamentación no empece lo más mínimo á la grandiosidad y nobleza de las líneas y masas generales, rivalizando, en nuestra opinión, aunque compuesto de otro modo, con el de San Juan de los Reyes: ambos son quizá los dos más suntuosos de la Península.

¡Ojalá pudiera aplicarse al estado de conservación del español lo que, para ventura del arte y honra de su patria, debe decirse del lusitano!

Ya hemos indicado que éste consta de dos cuerpos: el inferior, muy rico é inclinado al Renacimiento; el superior es mas bien ojival y más sencillo, pero no menos bello, con no estar concluída una segunda arcada en los vanos de la actual, cuyos arranques se advierten, pero que quizá habría recargado la decoración con exceso. La planta del claustro bajo se corta en los cuatro ángulos por cuatro pabellones triangulares, en uno de los cuales hay una fuente con mucho carácter.

El refectorio, que hoy presta el mismo servicio á los niños de la Casa Pía que en otro tiempo á los Padres Jerónimos, es un vasto salón modernizado, en cuyas paredes se halla la historia de José en grandes cuadros de azulejos. Por último, la parte de galería exterior (sin relación alguna con el claustro del patio) sobre la cual se halla la reciente construcción desploma-

da, doblemente infeliz, es ojival y muy sencilla.

A corta distancia de este admirable monumento, y más hacia la barra, se halla la torre de San Vicente, construída por D. Manuel á fines del siglo XV (aunque proyectada ya por don Juan II) sobre un islote, que la acumulación de las arenas ha convertido en península. Domina en ella el gusto ojival, y, así en sus líneas generales como en su decoración, es muy agradable, por más que la última, bastante sobria y de buen gusto, resulta todavía excesiva, sin embargo, para una obra de defensa, caso de que pueda mantener aún este nombre en nuestros días. La puerta, las estatuas de las esquinas, la linda galería sobre la terraza, desde la cual se contempla el espléndido paisaje de la desembocadura del Tajo, merecen especial mención. Ha sido restaurada modernamente, y excepto la sala del tercer piso, que conserva los nervios de la bóveda, las demás están enlucidas y presentan un interior insignificante.

II—CINTRA

No vamos á describir la maravillosa residencia de verano que Portugal posee, á unas cinco leguas NE. de Lisboa, asentada en los últimos estribos de la hermosa sierra de la Estrella. Ya el camino desde la capital es interesante, ora por la hermosura del paisaje, ora por las circunstancias de algunos parajes por donde pasa.

La célebre quinta Das Laranjeiras, antiguo teatro de las aventuras del en otro tiempo esplén-

dido conde de Farrobo, el convento de Santo Domingo de Bemfica, donde reposan, con su hijo y clásico historiador, Fr. Luis de Sousa, el famoso canciller Juan de las Reglas, á quien tanto debió el maestro de Aviz, y el no menos famoso virrey D. Juan de Castro, amigo de San Francisco Javier; el palacio de Ramalhão, donde en 1832 habitó el pretendiente español don Carlos y desde el cual escribió su protesta contra la proclamación de la reina doña Isabel; como lo había habitado antes, en 1822, aunque en calidad de reclusa, la emperatriz-reina doña Carlota Joaquina, por negarse á jurar la Constitución portuguesa: todos estos sitios ofrecen bastante interés al visitante.

Hay algunos viajeros para los cuales los paisajes de las riberas del Miño al N., los de Monchique, al S., ó los de la sierra de la Estrella, v. gr.: las fuentes del Zezere, superan al de Cintra; pero, en el género risueño, pocos rivales tiene, de seguro, éste en el resto de la Península, y aun de Europa. Aquel suelo, briosamente modelado, con alturas de 3.000 pies, cuya aspereza suaviza la vegetación incomparable de sus bosques de camelias, pinos y araucarias, recuerda, quizá en pequeño, el de Granada—aunque con el mar á la vista—por la rica combinación de la flora espontánea y de la jardinería en grandes masas de arbolado, cuyas quintas se asemejan también, en ocasiones, á los cármenes de la célebre vega.

Al lado de este poderoso encanto tiene también Cintra el que le prestan sus monumentos y objetos de arte antiguo.

Comenzando por los edificios de menor importancia, debemos recordar la pequeña iglesia de Santa María, cuyo portal románico de transición es muy sencillo. Sigue á ésta el *Castello dos Mouros*, que, á pesar de no ser hoy mas que una pintoresca ruina, embellecida por la Naturaleza y por un arte sobrio de jardinería, conserva algunos torreones, algunos preciosos arcos románicos, y una capilla que antes fué mezquita, bastante descuidada, por cierto, y en cuyos muros todavía se distinguen pinturas antiguas, y una inscripción en caracteres arábigos. Este delicioso sitio perteneció al rey don Fernando. En él se hallan enterrados algunos restos, según se cree, de cristianos y de musulmanes, encontrados hace años al practicar ciertas excavaciones. Yacen en una misma sepultura, sobre la cual hay una cruz y una media luna, con esta leyenda, en profecía menos acertada probablemente que el hecho humanitario conmemorado por ella: *O que ficou junto, Deus separará* (lo que yació junto, Dios lo separará).

Igualmente pertenecía á D. Fernando el palacio y castillo *da Pena*, cuya situación, á unos 1.000 metros sobre el nivel del mar, y cuyos bosques, camino, jardines, hacen de él uno de esos lugares de peregrinación, á que el amor á la Naturaleza, ó en su defecto el de la moda— que, á vueltas de su futilidad, va generalizando el gusto por el paisaje—llevan á gran parte de la Europa culta durante la primavera y el estío.

La Pena era un antiguo convento de jerónimos, donde, según algunos, venían á hacer pe-

nitencia los frailes de Belem, cuya circunstancia, en sentir de los que así opinan, le dió nombre. Según otros, procede éste de la roca en que se hallaba construída la antigua capilla dedicada á Nuestra Señora de la *Peña* (*da Penha*), á la que vino D. Juan II en 1493 para cumplir un voto, á consecuencia de lo cual mandó construir un monasterio, desde 1503 hasta 1511, en cuya fecha el rey D. Manuel hizo sustituir á la primera fábrica de madera otra de piedra, á la que pertenecen sus restos actuales (1). Desde la torre de ese monasterio, á la cual cuentan subía el rey *Afortunado* esperando ver el regreso de la escuadra de Vasco de Gama, fué en efecto divisado el primero de sus barcos el 29 de Julio de 1499, según dicen. Vendido el edificio al suprimirse las comunidades religiosas, lo adquirió un particular, al cual lo compró ya en ruinas D. Fernando, que edificó, mezclando la antigua construcción con la nueva (obra del general barón Eschwege), un castillo cuya deliciosa situación en medio de hermosísimos bosques, jardines, rías, pabellones y demás accidentes propios de una residencia de este género, ofrece además el goce de un magnífico panorama.

La inmensa y costosa fábrica imita la arquitectura del siglo XII, combinada con fragmentos manuelinos, ya auténticos, ya recientes. M. de Raczynski había deseado — con razón — que se hubiese evitado la confusión entre las

(1) *Cintra pintoresca*, Lisboa, 1838, pág. 43 (Antonio Carvalho da Costa); *Corographia*, tomo III (Vilhelma da Silva, *Observaciones críticas*, etc., 1828.)

antiguas y las nuevas obras, y no obstante su benévola opinión sobre los pormenores de las del barón de Eschwege, desliza, en una nota incidental — á propósito del alcázar de Sevilla — que «los arqueólogos del año 2245 se devanarán harto más los sesos cuando pretendan fijar la época de las diferentes construcciones de la Peña (1)». En general, de todas las empresas de este género puede decirse otro tanto. No sin desconfianza, por nuestra incompetencia, como por lo que contradice al gusto y á los usos comunes, aventuramos la opinión de que se requiere un concurso tan singular de circunstancias para el éxito de una restauración arquitectónica, que sólo excepcionalmente debieran consentirse; habiendo de limitarse, en vez de completar la antigua construcción con imitaciones más ó menos felices, y para las cuales no pocas veces faltan datos, á hacer en ella las reparaciones necesarias para la conservación de la ruina, como tal ruina, y concretarse las nuevas obras, á lo sumo, á sustituir las piezas destruídas con otras idénticas. Cuando esta identidad no puede obtenerse sobre datos reales, sino tan sólo sobre conjeturas más ó menos fantásticas, el carácter del monumento puede sufrir gravemente; y aunque sea fácil distinguir la obra nueva de la antigua y evitar una confusión que perturba las ideas é induce á errores sin cuento, siempre los remiendos, adecuados ó impropios, impiden la libertad del espíritu para representarse y completar idealmente la construc-

(1) *Ob. cit.*, 505.

ción cuyos restos contempla. Un brazo añadido á una estatua mutilada, una nariz á un busto, son el mayor obstáculo para esa reconstrucción, imponiendo á la fantasía una dirección dada, de que le es muy difícil separarse. Otro tanto aconteció con un edificio. En general, de la gran mayoría de las restauraciones, puede decirse lo que de los «arreglos» que suelen hacerse de nuestro teatro clásico: necesitan un valor de ese que no debe tenerse.

Si esto cabe pensar de las restauraciones, júzguese cuáles serán los inconvenientes de una obra de ampliación como la verificada en la Pena. La idea de la finalidad artística y arqueológica de los monumentos se halla tan poco extendida, que es raro hallar quien se contente con preservarlos y evitar su destrucción; por lo común, se les quiere utilizar, dándoles algún otro destino, como si no bastara el servicio al arte, á la historia y á la cultura general del país. De aquí nace la necesidad de alterar la planta del edificio, añadirle construcciones más ó menos heterogéneas y modificar su disposición y carácter.

Algunos restos de la Pena son interesantes: entre ellos, la capilla, de estilo manuelino, cubierta de azulejos hasta la bóveda y que conserva tal cual imagen de época más antigua, así como su famoso retablo de alabastro oriental.

Según el autor de *Cintra pintoresca*, la piedra para esta escultura procede de las canteras del país; pero se tiene por más segura la opinión que la hizo venir á intento de Florencia. La obra, en el gusto del Renacimiento, es de un

escultor extranjero, Nicolás *el Francés*, y no carece de mérito, sobre todo el compartimiento central, que representa el entierro de Cristo; pero la combinación del alabastro, tan suave y translúcido con el mármol negro ó gris, perjudica, como ha hecho notar un escritor, «á la armonía del conjunto».

Otras quintas y otros conventos, de menor importancia, se recomiendan al viajero. El célebre convento «de corcho», ó de Santa Cruz (fundado en 1560 por D. Alvaro de Castro, hijo de D. Juan), del cual decía Felipe II que era el más pobre de sus reinos, como el Escorial era el más rico, debe su nombre á la corteza que reviste las paredes y puertas de las celdas, adorno usado en otros monasterios portugueses. El de Penhalonga, establecido en el siglo XV bajo la advocación de Nuestra Señora de la Victoria, cambiada después en la de la Salud, y enriquecido sucesivamente por los reyes D. Manuel, D. Sebastián y otros; la quinta de Penhaverde, donde es fama se aclimataron los primeros naranjos que vinieron á Europa y donde habitó el ya mencionado virrey D. Juan de Castro, el cual hizo edificar su capilla en 1542 é impuso á sus descendientes la obligación de no plantar frutales ni sacar lucro alguno de esta posesión; la de Setiaes, junto al paseo *fashionable*, y donde hay duda de si se firmó ó no el convenio llamado de Cintra en 1808, entre Junot, y Wellington; las de los marqueses de Pombal y Viana, los duques de Saldanha, Palmella, Lafoes, etc., son las más notables.

Pero entre todas descuella la de Monserrate. Su situación es admirable y su parque y dilatados jardines muy hermosos. En 1540 se edificó allí una ermita dedicada á la Virgen de cuya advocación toma nombre el lugar. Un caballero inglés, Mr. Beckford, fabricó en éste, años ha, un castillo gótico, que tuvo corta existencia; y sobre sus ruinas, otro inglés, Mr. Cook, á quien el Gobierno lusitano ha hecho merced del título de vizconde de Monserrate, ha levantado un lujoso palacio, imitación más ó menos afortunada de ese estilo árabe que hoy tanto priva entre las personas pudientes. Sin embargo, aun cuando para nuestro fin no ofrece interés esa suntuosa construcción, la tienen muchos de los objetos de arte que encierra.

Tales son algunos relieves de mármol en el estilo italiano del Renacimiento; una estatua de San Antonio; una cruz románica, con nielos en la peana; algunos bronce y piezas talladas de madera en el gusto greco-romano, entre ellos, la hermosa puerta de la biblioteca; bandejas repujadas de plata, una de ellas oxidada; armas, etc. En cerámica posee alguna tinaja árabe, vasos en el estilo italo-greco, platos en el italiano, de Lucas della Robbia y de las mayólicas, porcelanas, al parecer, *vieux Saxe*, etcétera. Las pinturas antiguas tienen algún interés también; mas para su inspección sería menester, sobre mayor competencia, más tiempo del que concede el criado encargado de enseñar el palacio á los viajeros. Hay también un antiguo sillón, atribuído á los venecianos, hermosos contadores portugueses, y otros muebles

del mismo género, tan característico y diferente del nuestro; primorosos bordados y una inmensa riqueza en objetos de Oriente, en especial de India, China y Japón, como suntuosos muebles y tibores, admirables esmaltes, telas y tapices, tallas, marfiles, porcelanas, piezas de alabastro, etc., etc.

Antes lamentábamos el corto tiempo de que en Monserrate disponen las personas desconocidas para visitar las preciosidades atesoradas por su dueño. Pero consideremos cuán penosa servidumbre es ésta de los que tienen casas ricas y alhajadas con objetos de interés, por respecto á los viajeros curiosos, que solicitan se les admita á participar de un goce que perturba su vida doméstica y les obliga á abrir de par en par las puertas de sus habitaciones más íntimas á la profana, indiscreta y crítica mirada del primer advenedizo. En ocasiones, la afluencia de forasteros es tal, que forma verdadera peregrinación, cuya avalancha concluye por desalojar de su propia casa á los dueños, impotentes ya para resistir la acometida á pie quieto. Cargas y gabelas son éstas que, á no mediar el humanitario deseo de los unos, la amable condescendencia de los otros y la vanidad de tal cual afortunado coleccionista, les harían ocultar hasta la noticia de su existencia al vulgo de las gentes. ¡Por ventura, el pobre bonzo, enamorado de la pedrería, halla siempre un mandarín que la pasee bordada en su vestido: compadezcamos, pues, al rico y agradezcamos su benevolencia!

El edificio de mayor importancia arqueológi-

ca en Cintra, aunque suelen mirarlo con extraño desdén los naturales del país por la mayor sencillez de su decoración, es el Palacio Real.

La mayoría de los viajeros llaman á este interesante edificio «la Alhambra de los reyes moros portugueses»; pero, según el Sr. Amador de los Ríos, aunque no niega en absoluto la posibilidad de una primitiva construcción mahometana, la que hoy existe se debe á don Juan I (en 1386), á cuyo reinado pertenecen la capilla y los salones llamados «de los cisnes» y «de las urracas». D. Duarte lo ensanchó, D. Juan II y D. Manuel concluyeron la obra, y D. Juan V imprimió en ella el poco afortunado sello del siglo XVIII. En una de sus estancias es fama que el malaventurado D. Sebastián discutió con sus consejeros la desgraciada expedición á Africa, que de tal modo debía influir en la suerte del reino; en otra, el no más feliz Alfonso VI, un tiempo vencedor de españoles y holandeses, demente luego y desposeído de esposa y trono, sufrió ocho años de cautiverio, encerrado, como una fiera, hasta su muerte.

No entraremos ahora aquí á discutir la realidad del estilo mudejar, así denominado por el ilustre autor que citábamos últimamente, y que lo define como el arte propio de los moriscos establecidos ya bajo el gobierno cristiano. Si ese estilo, merced al influjo del arte occidental, constituye una nueva, propia y original forma de producción, como sostiene el señor Amador de los Ríos, ó si el referido influjo se

ejerce de la misma manera en el arte árabigo, bajo la dominación musulmana ó bajo la cristiana, no bastando está distinción para hacer dos grupos del arte morisco español, según otros pretenden, es un problema que pide ser tratado con muy otro espacio del propio de estos apuntes.

Basta á nuestro propósito advertir que el Sr. Amador de los Ríos considera que el palacio de Cintra pertenece originariamente á ese estilo mudejar. Pero mudejar ó simplemente morisco, los rasgos de la arquitectura y la decoración arábigas, se notan en ciertas partes de este edificio con los del estilo ojival, el manuelino y del Renacimiento y el greco-romano de los siglos XVII y XVIII. El primero de estos géneros se observa, sobre todo, en el salón de entrada, donde hoy se hallan los billares, y que tiene un techo de D. Juan II; en el pequeño cuarto «del Consejo», donde se dice que estuvo D. Sebastián, el que antes citamos, y en el que los azulejos á la morisca que adornan la pared alternan con los de los asientos, esmaltados con las esferas de D. Manuel; en la mezquita, hoy capilla, cuya linda techumbre de ensambladura se halla horriblemente repintada; en el baño, donde se han ido sobreponiendo á lo árabe lo manuelino y el mal gusto de la última centuria, según el cual están hechas las grandes composiciones de azulejos en azul sobre blanco, que revisten la sala hasta el techo; en muchos recuerdos, motivos, trazas y adornos; en los surtidores y juegos de aguas de gran número de habitaciones; y hasta—

según dicen — en las cocinas, cuyas dos extrañas chimeneas cónicas parecen dos inmensas torres.

En otros estilos, deben citarse la sala de las urracas (*das pegas*), de D. Juan I, y en cuyo techo hay pintados muchos de estos pájaros, cada uno de los cuales lleva en el pico una rosa blanca y una cinta, con esta leyenda: *é por bem*, alusiva á una tradición palaciega de aquel tiempo; y, sobre todo, la gran sala cuadrada «de los blasones» ó «de los ciervos», construída por don Manuel, y cuyo hermoso techo, en forma de cúpula octogonal, al modo árabe, con sus cuatro pechinas en los cuatro ángulos del salón, se halla, sin embargo, decorado al gusto del Renacimiento. De esta decoración son parte setenta y cuatro venados, pintados al fresco, cada uno de los cuales lleva colgado al cuello el blasón de una de las setenta y cuatro casas que constituían, según unos, la alta nobleza lusitana en el siglo XVI, y según otros la palaciega; hallándose borrados los de las casas de Aveiro y Tavora, á consecuencia, según parece, del suplicio de sus titulares como reos del atentado cometido contra José I. Al propio tiempo, don Manuel encargaba á Duarte de Armas un libro donde se describiesen esos escudos, el cual se conserva en el archivo de la Torre do Tombo, en Lisboa. Daba así testimonio, con tan celoso cuidado en asegurar la pureza heráldica de los linajes más esclarecidos, de la ley según la cual tales homenajes de los reyes á la nobleza coinciden con la rápida decadencia política de ésta al comenzar los tiempos modernos. Las

paredes del vasto aposento, quizá en otro tiempo cubiertas de ricos tapices, como los que el mismo D. Manuel hacía tejer en Flandes por conducto de su embajador y cronista Damián de Goes, hacia 1540 (1), se hallan cubiertas hoy con grandes composiciones de azulejos en blanco y azul, análogas á las que poco ha citábamos y ejecutadas en tiempo de don Juan V.

Además de los lugares dichos, hay otras huellas de los estilos ojival y manuelino, principalmente en las ventanas de la fachada y en el patio de los baños; debiendo mencionarse, por su grandísima importancia, la rica serie de sus azulejos, más variada aún que la del palacio del Infantado en Guadalajara (aunque los del salón "de linajes" y la galería contigua no tienen allí igual en su género), y que recuerda los del alcázar de Sevilla, análogo en su tipo arquitectónico al de Cintra, según el mencionado escritor español. Niega éste, por último, que la hermosa chimenea de mármol blanco, colocada en una sala de este palacio y tenida por donativo del pontífice León X á D. Manuel, sea obra de Miguel Angel, al cual se atribuye; pero de todos modos es digna de su fama.

Añadamos que en la sala de los armarios, donde, si mal no recordamos, hay una fuente al estilo árabe, con un juego de aguas, se pueden ver algunas piezas de porcelana de Sevres, Sajonia, Wedgwood, China y Japón, y un servicio inglés de cristal tallado y bronce, del gus-

(1) Racynski, *ob. cit.*, pág. 209, libro que en casi todo esto seguimos, como hace el Sr. Amador de los Ríos por ser todavía el clásico sobre las artes portuguesas.

to clásico de fines del siglo pasado, y análogo, aunque, al parecer, inferior, al que luego mencionaremos del conde de Porto-Covo.

Dejando aparte las pintorescas excursiones á los alrededores de Cintra, la principal de ellas á Collares, famosa por sus vinos abordelesados, su deliciosa situación, por la pintoresca laguna *da Varzea*, sus quintas, paseos y sus peñascos sobre el mar, digamos para concluir cuatro palabras acerca de Mafra.

Todo el mundo está conforme en considerar á esta inmensa construcción, palacio y convento á un tiempo, como una imitación tan suntuosa como poco afortunada de nuestro Escorial.

Herculano hace de ella sangrienta crítica, desde el conjunto «monstruoso, híbrido y extravagante», hasta sus celebrados «torreones gigantescos, macizos y pesadamente estúpidos», y considera que ninguna señal más fiel ha podido dejar el siglo pasado de su corrupción, pompa y flaqueza (1). Colocado este monumento á unas tres y media leguas de Cintra y en un paisaje árido y sin interés, fué erigido por el espléndido D. Juan V, en 1717, habiendo durado su construcción trece años, costado 19 millones de *coroas* (unos 380 de reales), y empleado en las obras hasta 45.000 personas á la vez.

El bronce de las campanas, relojes, etcétera (hecho en (2) Lieja), de cada torre, pesa 200 toneladas. Es inútil añadir más cifras. Ellas

(1) *Novo guia do viajante*, pág. 207.—Murray (ed. 1855), pág. 72.

(2) *Gabinete histórico*, t. VIII; Lisboa, 1820.

constituyen casi la única importancia de este vasto edificio. La iglesia se halla decorada con extremada suntuosidad en cuanto á los ricos mármoles, alabastros y demás materiales preciosos, y desde el cimborrio, imitado, como toda la iglesia, de la de San Pedro, se ve un extenso horizonte formado al O. por el mar.

Deben verse los ornamentos sagrados que aún quedan en el templo.

La gran Biblioteca comprende, según unos, 30.000, según otros, 25.000 volúmenes.

LISBOA Y SUS CERCANÍAS

CAPÍTULO III

MUSEOS Y COLECCIONES ARTÍSTICAS DE LISBOA

El viajero aficionado á visitar y estudiar los productos de la historia del arte reunidos en los Museos, hallará sin duda en Lisboa más corto número de objetos que en otras capitales, sin exceptuar la nuestra, pero los bastantes para interesar su atención é invitarle á considerar ciertos problemas de importancia, ya para la historia del arte en general, ya para la de su desarrollo en toda la Península. Estos objetos, cuadros, estatuas, porcelanas, piezas de platería y otros de las llamadas artes suntuarias, se encuentran en los Museos públicos, en las iglesias y en las casas de algunos particulares.

Comencemos por los primeros.

I. — *Museo Arqueológico*

En las poéticas ruinas *do Carmo*, que hemos mencionado en otra ocasión, se halla el naciente Museo Arqueológico, establecido en 1866 por la Real Sociedad de Arquitectos civiles. El esta-

do del edificio, donde no hay bastante espacio cubierto para exponer debidamente los ejemplares, es tan gran inconveniente para su colocación y estudio, como ventajoso para la impresión pintoresca del conjunto. Además, lo reciente de su creación hace que en este pequeño Museo hayan encontrado cabida ciertos objetos de muy dudosa importancia, que sin duda irán dejando lugar en lo sucesivo á otros más merecedores de este honor. Por último, según resulta de la sumaria relación publicada en 1876 por la Sociedad, muchos objetos son pertenecientes á particulares, que los han entregado al Museo en calidad de depósito, á fin de aumentar la importancia de sus colecciones; ejemplo en que resalta el influjo de Inglaterra (donde tan frecuentes son esta clase de generosos servicios) y digno de ser imitado entre nosotros. Verdad es que si en nuestros Museos ocurriese con los objetos depositados en esta forma lo que es uso acontezca — con tan bochornosa frecuencia como difícil remedio — á los que llevados de optimista candidez envían los desventurados españoles á las Exposiciones universales adonde en mal hora concurrimos, esto es, que se arrinconan, se rompen, y es muy raro no olviden por completo el camino de su casa, nunca celebraremos bastante el egoísmo de nuestros coleccionistas particulares, que á lo menos conservan sus tesoros y evitan se pierdan para los hombres de estudio. Por lo demás, aunque el Museo Arqueológico de Lisboa, sostenido por una modesta corporación privada y perteneciente á una nación tan pe-

queña, sea inferior al nuestro, mantenido por el Estado, dotado de un personal más que numeroso y correspondiente á un pueblo de 17 millones de habitantes, es bastante digno de servirle de ejemplo en ciertos puntos; v. g: en el del Catálogo; pues en cuanto al del antiguo Casino de Embajadores, nadie será osado á afirmar en qué siglo podrá ver la luz pública.

Tiene el Museo lisbonense, en efecto, Catálogo publicado en 1876 (1), y que comprende once secciones, sobre cuya clasificación habría no poco que decir: arqueología prehistórica, petrificaciones (cuyo lugar no parece ser una institución de esta clase); arqueología histórica; sigilografía; instrumentos de música (sección que no va anotada en el índice); obras de platería; retratos de personajes más ó menos ilustres, muchos de ellos contemporáneos; escultura antigua y moderna; antigüedad de mármol y metales (denominación bastante extraña); modelos de arquitectura, azulejos y muestras de materiales de construcción, y por último, antigüedades en piedra (otro título difícil de legitimar).

En la primera de estas secciones se hallan algunos huesos, ya originales, ya reproducciones; hachas, cuchillos y otras armas; pateras y vasos; joyas y algunos cuadros representando yacimientos, monumentos megalíticos y otros objetos prehistóricos, y que han sido utilizados para las lecciones de arqueología dadas en la

(1) *Museu da Real Associação dos Architectos civis e Archeologos portugueses.*—Lisboa, 1876.

Asociación, en 1866, por uno de los más reputados arquitectos y arqueólogos lusitanos, el Sr. J. Possidonio N. da Silva, á quien el Museo debe inestimables servicios. Las «petrificaciones» se reducen á 24 ejemplares, entre los cuales, así se comprenden verdaderos fósiles (v. g., *ammonites*, *belemnites*, *cardium*, *terebratulas*, etc.), como trozos de yeso fibroso, caliza, etc., que no es fácil entender la causa de encontrarse en aquel sitio, como no sea en concepto de materiales que sirven para la fosilización de los restos orgánicos. En la sección denominada «Arqueología histórica» se hallan algunas lámparas, vasos, cijos y mosaicos romanos, algunos proyectos arquitectónicos, un Calendario rúnico del siglo XII, y un vaciado del soberbio púlpito de Santa Cruz de Coimbra, de cuyo original ya hablaremos. En la de sigilografía, unos 150 sellos portugueses de diversas épocas, entre originales y vaciados; y en la de instrumentos musicales, 16 procedentes de China, depositados por el actual ministro vizconde de San Juanuario.

En punto á obras de platería ú orfebrería, sólo posee el Museo 39 fotografías de la importante colección de piezas portuguesas, pertenecientes al rey D. Fernando, y que corresponden, por lo común, á los siglos XVI á XVIII; y en la sección de retratos de arquitectos y arqueólogos (entre ellos el de nuestro Amador de los Ríos) se encuentran algunas cartas, fotografías y grabados de monumentos y construcciones de diversas épocas y países; la pieza más interesante es una pintura en vitela del célebre

iluminador Francisco de Holanda, cuyo manuscrito da tanta importancia al libro de Raczyński, y del cual ya en otra ocasión hemos hablado (1).

Las « obras de escultura antigua y moderna » son, principalmente, sarcófagos y estatuas sepulcrales. Entre ellas deben citarse: la urna de la princesa doña Constanca, madre de D. Fernando I; es del siglo XIV, y tiene en la tapa una figura de hombre, que indica — según dicen — que este sepulcro sirvió también de enterramiento á aquel rey, cuyo segundo sarcófago se halla asimismo en el Museo; el de D. Gonzalo de Sousa (1469), limosnero mayor de Alfonso V; el de D. Fernando Sancho, que está representado de lado, y no tendido sobre las espaldas, como es uso; la tapa del de Ruy de Menezes (1528); inscripciones, escudos, bustos, capiteles y algunas estatuas de escultores modernos portugueses, como Aguiar y Machado. La sección de « mármoles y metales » (que comprende, por cierto, algunas obras en madera) ofrece algunos relieves, bustos, estatuas y

(1) Aprovechamos esta ocasión para rectificar el error inconcebible que hemos cometido cierta vez á propósito de *Les Arts en Portugal*, de M. de Raczyński, en la cual afirmamos que no hablaba del alcázar de Sevilla. El cargo debe referirse á otro libro; probablemente á los *Recuerdos de Portugal*, del príncipe de Lichnowski, que no tenemos ahora á la vista. Sin duda por haber confundido dos notas, tomadas respectivamente de ambos libros, se estampó aquella inexactitud. Al hojear de nuevo la obra del conde de Raczyński, y ver citado en ella el alcázar, nos apresuramos á rectificar aquella equivocación.

fragmentos, vidrios, inscripciones, pesos, armas, medidas antiguas, etc. Entre estos objetos descuellan algunos relieves góticos; una estatuilla egípcia, de bronce; el busto de madera del Papa Juan XXII, de principios del siglo XIV; algunas obras y fragmentos de alabastro, que representan asuntos de la Pasión y se suponen hechos en la India (cuyo arte cristiano comienza á interesar (1) tan vivamente); un bajo relieve en mármol italiano, que se atribuye á Albérto Durero, y figura la Crucifixión; y algunos azulejos antiguos, especialmente trece holandeses, que no dejan de tener importancia por lo que parece puede haber influido los Países Bajos en la cerámica portuguesa.

También se encuentran azulejos antiguos en la sección siguiente, denominada de «modelos de arquitectura, azulejos y materiales de construcción»; entre ellos los hay muy curiosos de los siglos XV y XVI, con tal cual que parece ára-

(1) Recientemente se ha abierto en el Museo de Kensington un nuevo departamento consagrado al arte indio. Una persona doctísima escribe acerca de esta colección: «Es cosa espléndida, particularmente en armas. De ella resulta el influjo de Europa en la India. El de la época clásica (romana?) se ve el arísimo; hay relieves que nadie diría sino que están hechos en Italia en tiempos del Imperio, advirtiéndose hasta los mismos trajes romanos. Esos adornos, embutidos de piedras de colores, en mármol blanco, tan frecuentes en objetos de la India, son de origen italiano; hoy se sabe con seguridad que unos florentinos enseñaron en la India el procedimiento á fines del XVI ó principios del XVII; á este Museo han traído unas planchas de las primitivas, adornadas por ellos mismos.»

be; los modelos de la Acrópolis de Atenas, reconstruída, del Panteón, de la pirámide de Cé-crope, del Circo Máximo y otros monumentos romanos, etc., juntamente con muestras de piedras, madera, loza, cales, arcillas, ladrillos y demás materiales que se hallan ó fabrican en los distritos de Oporto, Leiria, Villa-Real, Faro, Beja, Lamego, Lisboa, Vianna, Viseo, Evora y Borba, y algunos ejemplares de már-moles artificiales italianos, etc., constituyen el resto de esta sección.

Por último, en la de «antigüedades en piedra» hay algunas estatuas de escaso interés, pilas, inscripciones y lápidas sepulcrales, portadas, ventanas, capiteles, columnas, y otros fragmentos arquitectónicos y un importante sarcófago romano del siglo IV, con el coro de las musas figurado en alto relieve. Quince monedas romanas y árabes componen la microscópica colección numismática del Museo, además de algún que otro mueble antiguo portugués y de una serie de piezas de cerámica francesa, también antigua y muy agradable, pero que todavía no se halla incluída en el Catálogo, como tampoco otros objetos que se ven en los armarios, lo cual prueba que el Museo va aumentando cada día. Le deseamos el mejor porvenir.

Digamos ahora algo de otras colecciones públicas menos numerosas, análogas también á las que acabamos de indicar, á la cual debieran, por cierto, reunirse, á fin de no tener desparramadas esas pequeñas series que, todas juntas, se ayudarían entre sí y prestarían mejor al estudio.

II. — *Colecciones de la Biblioteca Nacional y de la Academia de Bellas Artes.*

En un mismo edificio, el ex convento de San Francisco, se hallan tres colecciones de objetos de arte: dos pequeñas — que estarían mucho mejor reunidas — á saber: la de la Biblioteca Nacional y la de la Academia de Bellas Artes; y otra de mayor importancia, la Galería nacional de Pintura, dependiente de esta última corporación.

La Biblioteca, que consta de más de 100.000 volúmenes impresos, y 10.000 manuscritos, ofrece algún interés, sobre todo por los Códices de Alcobaca, traídos del célebre monasterio, con otros de diversas procedencias.

Entre estos Códices, que sería menester revisar con cuidado, citaremos una *Biblia hebraica* escrita en 1517 por un rabino español, y en cuyos adornos y figuras, á veces interesantísimas, domina el gusto árabe; un *Fuero Juzgo* en español, que se cree del siglo XIV; y el *Speculum historiale* del P. Becalvi (siglo XVI), en el cual se hallan algunas láminas curiosas alusivas á la leyenda de D. Opas y entrada de los sarracenos. Entre los impresos ocupa sin duda el primer lugar la célebre *Vida de Vespasiano*, edición de Lisboa de 1496, y de la cual se cree que no hay mas ejemplar que éste; siendo dignos también de mención las *Cartas familiares* de Cicerón, edición de 1469; dos ejemplares de una *Vida de Cristo*, en portugués, impresa en 1495; uno de la bella edición de los *Lusiadas*,

de Lisboa, 1572; otro de la primera de la célebre *Biblia maguntina*, de Gutenberg, de 1454, etcétera, etc. En otra Biblioteca, la de la Academia de Ciencias, sita en el ex convento de Jesús (donde se hallan instalados también la comisión geológica y el Curso superior de Letras), y que posee unos 50.000 volúmenes, se custodia el hermoso libro de Evangelios sobre el cual prestan juramento los reyes de Portugal. Es una preciosidad de miniatura y caligrafía, obra del canónigo Esteban Gonzálvez, en 1610, de la cual se ha publicado por Maciá (París, 1879) una reproducción cromolitográfica que deja que desear. Sobre este libro hay un interesante folleto de Feliciano Castilho.

Ya hemos indicado en otro capítulo (1) el interesante cuadro de azulejos que se encuentra en una galería de la Biblioteca Nacional, y que está reputado como correspondiente á fines del siglo XVI ó principios del XVII. Pertenece al estilo italiano, al modo de los nuestros de Talavera, y su fecha, según la competente persona que nos hizo el favor de enseñárnoslo, se define con exactitud por presentar varios colores; en los azulejos de fecha posterior sólo se ven, por lo común, dos; especialmente el azul sobre fondo blanco. Las figuras de esta composición — todavía de un estilo bastante agradable — son de tamaño natural.

Vengamos ahora á la modesta colección de objetos de arte que la Biblioteca posee, con la cual ocurre lo que acontecía en otras épocas,

(1) *Lisboa y sus cercanías*, cap. I, III.

antes de que el estudio de las antigüedades hubiese comenzado á tomar carácter científico, y cuando presentaban más bien el interés de meros objetos curiosos. Así se confundían, como en nuestra Biblioteca Nacional sucedió hasta la fundación del Museo Arqueológico, vasos, bronce y medallas con ejemplares de muy otro género y harto menor significación. En la de Lisboa existe un pequeño monetario, cuya sección más pobre parece ser la relativa á las monedas portuguesas, teniendo la de las griegas y romanas alguna mayor importancia. Hay también hachas prehistóricas, esmaltes, camafeos, estatuillas clásicas de bronce, etc., así como un escudo que se atribuye á D. Juan II de Portugal. El interés culminante de la colección, á nuestro ver, se halla en la célebre patena de Alcobaça, preciosa pieza de oro con esmaltes traslúcidos y una inscripción, al parecer, en alemán antiguo. Por su forma, composición, motivos y demás elementos, la época de esta hermosa pieza parece oscilar entre los siglos XII y XIII. Sin embargo, las personas competentes podrían rectificar esta apreciación con facilidad por el estudio que permite su buen estado de conservación. A nuestro entender, es una de las más interesantes obras de platería que la Península posee, aunque manifiestamente es alemana ó flamenca; y nunca nos consolaremos de no haber tomado de ella siquiera un ligero apunte que ahora permitiese bosquejar su descripción.

Si el pequeño Museo de arte ornamental, que se ha comenzado á formar en una sala de la

Academia de Bellas Artes, se reuniese con la anterior colección á las del Arqueológico del Carmen, poniéndolo todo, además, en relación con la enseñanza teórica y práctica, se podría crear una escuela-museo de artes decorativas, por lo menos, á imitación de las que, siguiendo el ejemplo de Kensington, vienen continuamente fundándose en las principales ciudades de Europa, incluso París, donde, hasta que han venido al poder los zafios demagogos que gobiernan á Francia, no se había hallado quien pensase en aprovechar los inmensos tesoros artísticos de la opulenta capital para darles vida é influjo en el desarrollo industrial. Sin duda, en Lisboa, se necesitaría un local más adecuado que el Carmen y San Francisco; pero tal vez el cuartel inmediato al primero, y en que ha venido á parar el antiguo convento de carmelitas (que parece suerte providencial de los conventos ser heredados por estos otros frailes de la milicia), ofrecería los medios necesarios para una empresa de que tantos bienes podía reportar la cultura y aun la prosperidad material del generoso pueblo lusitano.

El naciente Museo ornamental de la Academia contiene no sólo objetos de platería y joyería, bronces y obras en otros metales, sino telas, encajes y bordados; si bien todo muy en pequeño.

La primera sección, que es la más importante, comprende principalmente alhajas de los extinguidos conventos, gran parte de las cuales, si mal no recordamos, se custodiaban antes en la Casa de Moneda. De los objetos que, en una

ojeada más que rápida—única que se nos permitió á pesar de nuestros contrarios deseos—pudimos observar, merecen especial mención los interesantísimos cálices del admirable convento de Alcobaça (sobre el cual ya volveremos más adelante), los cuales se atribuyen á los siglos X y XI; varias cruces, entre otras, las que don Sancho I donó en 1212 á la iglesia de Santa Cruz de Coimbra; una hermosa fuente de pie, de oro cincelado en el estilo del Renacimiento; varios portapaces, alguno de ellos románico muy notable; viriles, custodias y relicarios de oro y plata, correspondientes á los siglos XV al XVII, y cofrecillos, joyas y piezas de menor importancia. También abraza esta colección las fotografías de la plata labrada del rey don Fernando, de que ya hemos hablado.

En cuanto á las telas, bordados, etc., son, en su mayor parte, producto de las antiguas artes industriales del país, que todavía en la actualidad ofrecen muestras como los encajes de Peniche. No creemos haya tapices, que, por lo demás, ya ha habido ocasión de indicar son en Portugal muy poco abundantes.

Añadamos que en las aulas de la Academia se hallan algunas obras, originales y reproducidas, de escultores modernos portugueses.

III.—*Galería nacional de Pintura.*

La Galería nacional de Pintura se halla situada en la planta baja del mismo ex convento de San Francisco, donde se encuentran los dos pequeños Museos últimamente citados, y en

un mal local, que perjudica bastante á la conservación de los cuadros, por el excesivo calor que allí reina, según pudimos desgraciadamente observar por nosotros mismos, comprobando el dicho de los empleados. En 1836, Silva Passos fundó la Galería al propio tiempo que las Academias de Bellas Artes de Lisboa y Oporto, y consta principalmente: 1.º, de las obras que provienen de los conventos extinguidos en 1833; 2.º, de las que en 1859 adquirió por compra el Estado de la testamentaria de la reina doña Carlota; 3.º, de las que también por igual título adquirió, gracias á la cesión, nada insignificante en verdad (y menos en una nación tan modesta), de unos setenta mil duros que hizo de su asignación el rey D. Fernando, cuyo nombre tantas veces ha de salir al paso á todo aquel que se interese en Portugal por asuntos y estudios de esta índole; 4.º, del donativo, no menos importante, que sin aguardar, por cierto, á la hora de la muerte, como es uso, ha hecho el vizconde de Carvalhido de una colección de cuadros que abraza casi todos los de mayor mérito de la Galería; 5.º, de alguna que otra adquisición, ya por donación, ya por compra.

Por cierto debe tenerse en cuenta, y merece no poca censura, el hecho de que al crearse en 1836 las Academias de Lisboa y Oporto, con sus enseñanzas, se asignase á ambas la cantidad de 32 contos de reis (unos 35.000 duros), y hoy (1) cuesten las dos menos de la

(1) Al menos en 1878, á cuyo año pertenecen los datos que tenemos á la vista.

mitad de esta suma, no obstante los esfuerzos de varias personas ilustradas, y en especial del marqués de Souza Holstein (1), hijo del célebre duque de Palmella, y uno de los hombres á cuyo celo, cultura y patriotismo debe más el arte lusitano. Este mismo es el autor del *Catálogo provisional* de la Galería (2), al frente del cual ha puesto un interesante prólogo. Y aunque este Catálogo, ó mas bien sumarísimo inventario (que recuerda el que por tanto tiempo ha existido en nuestro Museo del Prado, hasta que ha visto la luz el del Sr. D. Pedro Madrazo, tan concienzudo y bien hecho), ofrezca, en medio de su brevedad, materia no pocas veces para duda, todavía es innegable el servicio con que el malogrado (3) protector de la cultura artística de nuestros vecinos se hizo acreedor á la gratitud de su patria; servicio que habría aumentado corrigiendo más adelante las faltas que él mismo sinceramente reconoce en su *Advertencia*.

(1) En 1875 se consiguió que el Gobierno portugués nombrase una comisión, presidida por el M. de Souza Holstein, para estudiar la enseñanza de las Bellas Artes y la fundación de Museos.

En el corto espacio de cuatro meses la comisión dió por concluidos sus trabajos, que sólo aumentaban el presupuesto, sobre la cantidad consignada en 1836, en unos 8.000 duros. Sin embargo, el proyecto está aplazado desde entonces.—Véase el artículo de A. Filippe Simoes en *A Renascença*, pág. 76.

(2) *Catálogo provisorio da Galeria nacional de Pintura existente na Academia Real das Bellas Artes de Lisboa*.—Segunda edición.—Coimbra, 1872.

(3) Murió en Septiembre de 1878, á los cuarenta años de edad.

La colección Carvalhido, por haber sido cedida por su generoso dueño después de 1872, no figura aún en este Catálogo; se halla colocada en las salas que llevan su nombre, y á ella se han incorporado otros muchos cuadros que ya anteriormente había donado el vizconde en diversas épocas al Museo; todo lo cual constituye, según ya indicamos, la parte de mayor importancia de la galería. Abraza ésta, —á lo menos según el Catálogo, que comprende 366 números, sin contar la segunda parte de la colección Carvalhido— obras de casi todas las escuelas: Rafael, Miguel Angel, Van-Ostade, Holbein, Rembrandt, Andrea del Sarto, Tintoretto, Teniers, P. Veronés, Perugino, Rubens, Dominiquino, Salvator Rosa, el Bronzino, Bamboche, el Borgoñón, Breughel, Aníbal Carracci, Callot, Dolci, Lucas Jordán, Lucas Cranach, Moro, Sebastián del Piombo, Ricci, Volterra, el Guercino, Lebrun, Mignard, Vernet, Poussin, P. Neefs, Vassari, M. de Vos, Luini, Bacio Bandinelli, Rosa de Tívoli, Pedro de Cortona, Antonello de Messina, etc. La pintura española se halla representada por obras medianas, aunque de buenos autores: allí tienen, Ribera uno de sus infinitos San Jerónimos; Murillo, un San Francisco; Velázquez, un retrato; Morales, dos Vírgenes, una de ellas repetición de la otra; Fernando Gallegos (que Cean Bermúdez cree discípulo de Durero, y Crowe Cavalcaselle de Rogerio Van-der-Weyde, con cuyo motivo ha habido reciente discusión en Portugal), una Concepción de bastante interés; Juan de Sevi-

lla, un Entierro de Cristo; Pereda, dos fruteros; Goya, un perro; con otros anónimos y algún contemporáneo.

Hállase también en el Museo una colección de fotografías de los principales monumentos arquitectónicos, cuadros, objetos de arte portugueses, las cuales se venden allí mismo, como se venden vaciados de los más interesantes trozos de ornamentación de las iglesias de Belém, Batalha, Alcobaça, Coimbra, etc. ¿No podríamos también imitar de aquí algo?

El interés capital de la Galería de pintura está en los cuadros portugueses. No nos referimos á las obras correspondientes á la época moderna, ó sea desde el siglo XVII á nuestros días, épocas de corta importancia para este arte en el pueblo vecino, y de la cual ofrece el Museo algunas obras, á partir de la célebre Josefa de Ayala, ó de Obidos (1634-1684), Reinoso (vivía en 1641), y Coelho da Silveira (m. en 1708); y siguiendo por Vieira de Mattos (1699-1783), llamado Vieira Lusitano, para distinguirlo de Vieira Portuense (1765-1805); Rocha (1730-1786), Alejandrino de Carvalho (1730-1810), Cirilo Volkmar Machado (1749-1823), Rezende (1760-1847), Sequeira (1768-1839), Monteiro da Cruz (1770-1851), Ferreira de Freitas (1770-1857), Reis (1781-1866), Tolentino Botelho, llamado Nicolau Preto (siglo XVIII), Ratto (1803-1864), Metrass (1824-1861), Patricio (1827-1858), Norberto (m. en 1844), y otros vivos aún. Cualquiera que sea el mérito que se quiera suponer á todos estos autores, entre los cuales llevan la

primacía, al menos en la forma, Josefa de Óbidos, Vieira Lusitano y Sequeira, ni estética, ni históricamente tienen la importancia que la abundante colección de tablas que ofrece el Museo lisbonense.

Pero esta cuestión merece ser tratada con mayor detenimiento.

LISBOA Y SUS CERCANIAS

CAPÍTULO III

MUSEOS Y COLECCIONES ARTÍSTICAS DE LISBOA

IV.—*La pintura antigua en Portugal.*

Permítasenos una digresión, que tal puede llamarse, tratando de la Galería Nacional de Pintura, acerca de las tablas antiguas portuguesas que encierra; ó mas bien, pues que no podemos hacer de ellas el estudio que sin duda merecen, acerca de las cuestiones á que han dado lugar esas tablas y otras análogas, distribuidas por diferentes localidades del vecino reino: cuestiones que—á lo menos según nuestras noticias, tal vez incompletas—no parecen haber todavía hallado solución satisfactoria.

Para orientar rápidamente en la materia á aquellos de nuestros lectores que no tengan idea de ello, transcribiremos aquí lo que en otro lugar hemos dicho respecto de esta pintura, «tan poco conocida entre nosotros, á pesar de los trabajos de Tabora y Cyrillo, y aun nuestro Cean Bermúdez, Raczynsky y Robinson, cuya *Memoria* se ha traducido del inglés por encargo de la Sociedad promovedora de las Bellas

Artes. Según esta última obra, en el período llamado gótico, de la pintura en tabla, debe admitirse la existencia de una escuela lusitana que, nacida del estilo de Juan Van Eyck, llega á su apogeo á principios del siglo XVI y conserva ciertos caracteres distintivos dentro de los rasgos generales de la escuela flamenca. «Sin embargo,» dice en su *Catálogo* el marqués de Souza-Holstein, «cuáles fuesen los nombres de todos los pintores portugueses y cuáles las obras que pueden atribuirse á cada uno; si hubo en Portugal diversos centros de actividad artística, y por qué razón la escuela nacional á que nos referimos conservó procedimientos de ejecución y otras generalidades de la escuela flamenca, mucho después de haberlos ésta abandonado por influjo del arte italiano, son problemas que esperan aún solución definitiva.» La existencia de la pintura portuguesa se halla comprobada, según sus partidarios, por el tipo nacional de los personajes, la arquitectura de los fondos, más ó menos inclinada al estilo manuelino; el carácter de las armas, joyas y utensilios de metales preciosos; las monedas de D. Manuel y de don Juan III, que á veces se encuentran en los cuadros, y el modo peculiar de tratar los vestidos, bordados y otros pormenores semejantes.»

Lo poco que sobre estas cuestiones es dado decir aquí ha de ser principalmente histórico y de referencia, faltos como nos hallamos de base suficiente para emprender un estudio propio de obras y documentos que pediría condiciones harto superiores. No por esto creemos

absolutamente desprovistas de interés las siguientes indicaciones, encaminadas tan sólo á divulgar en nuestro país el estado de un problema que se enlaza no poco con otros análogos de nuestra historia artística.

Hasta hace algún tiempo, todas las tablas halladas en Portugal, y correspondientes al llamado « estilo gótico » en la pintura, se atribuían á un tal Gran Vasco (*Grão Vasco*), nombre que ha llegado á alcanzar la categoría de un verdadero mito popular á través de todas las fases y siguiendo todas las leyes propias de este género de creaciones. Hoy mismo designa el vulgo con este nombre á cualquier obra pictórica perteneciente á aquel género. Según la leyenda, el prodigioso autor de pinturas tan numerosas como diferentes por su estilo y carácter fué un Vasco Fernández de Casal, que vivió en el siglo XVI, allá por los tiempos de D. Manuel ó D. Juan III. Nació en los alrededores de Viseo, en el « molino del pintor », que todavía se llama de esta suerte y que llevaba su padre. Dejando á un lado las usuales consejas sobre maravillosos testimonios de su precoz habilidad, se supone que marchó á Italia á estudiar el arte para que tales disposiciones mostraba, bajo la protección del obispo de Viseo; á su regreso, pinta en esta ciudad y su diócesis, en otras varias localidades, como Lisboa, Evora y Thomar, en cuyo último punto muere, debiendo hallarse sepultado en el famoso convento de Cristo, uno de los más interesantes monumentos del arte manuelino en Portugal.

¿Qué hay de todo esto?

Hasta el siglo XVII no se encuentra mención de este pintor. Ni Francisco de Holanda, en sus interesantísimos manuscritos de 1548 y 1571, dados á conocer por Raczynski (y de cuya autenticidad no falta algún ilustre crítico que — tal vez sin razón — abrigue cierta duda), ni otros cronistas y escritores del siglo XVI y principios del XVII lo nombran para nada. La primera cita que se ha hallado es de 1630, en los *Diálogos morales, históricos y políticos*, de Ribeiro Pereira, manuscrito que se conserva en la Biblioteca de Oporto y que habla de los cuadros pintados por Vasco en Viseo. Posteriormente se encuentra establecida por completo la tradición en el *Sanctuario Mariano*, de fray Agustín de Santa María (1716, t. V.), donde ya se le llama Vasco Fernández do Casal, natural de Viseo; Roland de Virloys, en el tomo III de su *Dictionnaire d'architecture* (1771, 3 vol.), le tiene por contemporáneo de don Juan III y discípulo de Perugino; con este último carácter lo cita igualmente fray Manuel de Cenáculo, obispo de Beja y arzobispo de Evora, en sus *Memorias del ministerio del pulpito* (1776, apéndice); Francisco Días Gomes (*Poesías*, Lisboa, 1799, nota 11 á la elegía primera) lo hace también coetáneo de don Juan III y celebra la elevación de sus obras, aunque las moteja de algo góticas todavía; el canónigo Villela de Silva lo menciona en su *Libro da villa de Celorico* (1808) y en sus *Observaciones críticas al Ensayo estadístico de Portugal*, por Balbi (1828), en el cual afirma que la escuela portuguesa de pintura no es hija

de la española, opinión en que le sigue Raczyński; José da Cunha Taborda (*Regras do arte da pintura*, 1815), y Cyrillo Volkmar Machado (*Collecção de memorias relativas as vidas dos pintores*, etc., 1823), hablan de él; añadiendo el último que vivía en 1480, en cuya fecha compró los molinos de su padre, que alcanzó los reinados de Alfonso V y D. Juan II, y que no fué ni pudo ser discípulo de Perugino, sino del maestro de éste y de Leonardo, el florentino Andrea Verocchio y, por tanto, condiscípulo de aquél; y el director de la Academia de Bellas Artes de Lisboa, Francisco de Sousa Loureiro, en el *Discurso* leído en la sesión regia de 1843, cierra ésta que podríamos llamar primera época — casi desnuda de toda crítica — de la historia, leyenda más bien, de Gran Vasco. Por último, en Guarienti (1) se encuentra alguna indicación del famoso artista; y nuestro Cean Bermúdez (1800), á quien tanto debe el arte peninsular, habla de un Vasco Pereira, portugués, que pintó en España en 1598, y de otro Vázquez, su compatriota, que trabajó también en nuestro país hacia 1562.

Hemos dicho que el Sr. Sousa Loureiro cierra esta primera época de escasa crítica, afirmación que podría parecer injusta, atendiendo á que este académico intenta ya discutir el problema, sólo que resolviéndolo no sin precipitación. En general, su discurso se recomienda más por su patriotismo que por sus extrañas

(1) Raczyński, 120, nota y apéndice. De más es advertir que en todas estas citas seguimos á este autor, á Robinson y al marqués de Souza Holstein.

y poco meditadas aserciones, que aun en aquel tiempo debían causar la mayor maravilla. Baste notar que en su celo por realzar los merecimientos de Vasco, llega á llamar á Rafael «el Gran Vasco italiano».

Según este escritor, deben distinguirse tres Vascos, á saber: 1.º, un iluminador ó miniaturista de Códices, con diploma de 1455, y que sería el verdadero Gran Vasco; 2.º, Vázquez, el citado por Cean Bermúdez, y autor de un cuadro de San Sebastián en Sanlúcar de Barrameda, firmado con la fecha de 1562; 3.º, el otro pintor portugués, Vasco Pereira, mencionado también por el crítico español y que trabajó en Sevilla por los años de 1594 á 1598. El primero de los tres debió ser el famoso; y aunque sin motivo suficiente para fundar semejante conjetura, cree Sousa Loureiro que le enviaría D. Juan II á Roma para perfeccionarse en su arte; atribuyéndole el inmenso cúmulo de obras diversas que corren bajo aquel mítico nombre, y para llevar á cabo las cuales le ayudarían, en su sentir, sus discípulos; nueva ocasión para acentuar el parecido con Rafael.

No ha cesado desde entonces la crítica de ocuparse de esta interesante cuestión. Raczynski, tantas veces citado, y al cual hoy todavía, aunque parezca extraño, acuden los críticos portugueses para dilucidar muchos problemas de la historia artística de su patria, ha consagrado al que ahora nos ocupa la parte más extensa de su libro. Formado éste de las cartas que escribía á la Sociedad científica y artística de Berlín, revela todas las fluctuaciones por que

va pasando su sincero espíritu, conforme se le presenta algún nuevo dato ó le ocurre meditar otra vez sobre los antiguos. Pero su ingenuidad y el valor de ciertos documentos y noticias hacen sus cartas por demás interesantes, á pesar de aquellas oscilaciones y de sus errores é inexactitudes.

En dos capítulos pueden ordenarse las conclusiones últimas de Raczynski, según que versan sobre el pintor y su leyenda, ó sobre el carácter de las obras que le atribuyen.

En cuanto á lo primero, y abandonando el camino por que comenzó á entrar, á saber, el de la duda sobre la existencia de Gran Vasco, procura después distinguirlo de otros personajes con quienes se le ha confundido. Tal es, ante todo, Vasco Fernández do Casal, mozo rico y paje del infante D. Duarte, hijo de don Manuel, el cual, si pudo entretener sus ocios con el arte á título de aficionado, no parece fácil fuera pintor por oficio, y menos hijo del molinero de Viseo. Sin embargo, Berardo ha creído á Gran Vasco ya hijo natural, ya adoptivo de este mismo Fernández do Casal. En segundo lugar, y á pesar de Sousa Loureiro, tampoco es lícito equivocarse al famoso artista con el iluminador; el diploma de éste, expedido por Alfonso V en 1455, mal puede referirse á un pintor cuyos mejores cuadros son posteriores al 1525, época en la cual tendría ya el iluminador sobre noventa años. Por último, si todos los cuadros atribuidos á Gran Vasco fuesen de un solo autor, hipótesis que hace ya sospechoso su número, pues pasan de doscientos, se adverti-

ría en ellos el mismo carácter y estilo, lo cual se halla tan distante de acontecer, cuanto que, en su opinión, los cuadros de la Academia (hoy de la Galería Nacional) pertenecen nada menos que á once pintores diferentes, á saber: el que llama «de los buenos paños» (*le peintre des bonnes draperies*); el los cuadros procedentes de San Benito, y en que aparece el estilo de Holbein ó de Lucas de Leyden; Abraham Prim, contemporáneo de D. Juan III y más gótico que los anteriores; el de la tabla fechada en 1529; el de la tabla del *Centurión*, en que se advierte imitación á Alberto Durero; el de los cuadros de Setúbal, completamente alemanes y dados por el emperador Maximiliano á la reina de Portugal doña Leonor (hija de nuestro Felipe I); el de las de Madre de Dios de Lisboa, de 1525; el de los del Castillo de Palmella, sobre que luego volveremos con otro motivo; el de los de Thomar, Frey Carlos (1535), y el de la restante multitud anónima.

Ahora bien, comparando el estilo de todas estas obras, los documentos y todos los demás antecedentes, concluye Raczynski: 1.º, que el verdadero Gran Vasco se llamó Vasco Fernández, fué hijo de Francisco Fernández, pintor también, y, según su partida de bautismo, nació en Viseo en 1552, razón por la cual mal podía mencionarlo Francisco de Holanda en 1548, ni aun en 1571, en cuya última época no era posible hubiese llegado á merecer ser incluído en la encomiástica lista del pintor literato. Gran Vasco, pues, pertenece al reinado de D. Sebastián, y si fué á Italia iría enviado

por D. Manuel. Además, el cuadro más indubitado del famoso autor, el *Calvario*, admirado en Viseo, es de 1570.

Esto, en cuanto al personaje, que ciertamente no queda todavía á buena luz. Por lo que respecta al estilo y carácter de sus obras, Raczynski no vacila en creerlos hijos del alemán y flamenco, que á veces toma por una misma cosa: verdad es que de todas las demás pinturas de la época sostiene otro tanto, si bien halla en algunas cabezas de estas últimas—no en las del Gran Vasco—ciertos recuerdos de Perugino; pero no en los paños y desnudos. En su sentir, la escuela italiana, seguida á la sazón por Gaspar Díaz y Campello, y que significaba las nuevas ideas del Renacimiento, tiene que luchar todavía con el influjo antiguo de Durero y los alemanes, representantes del ideal gótico. Durero, Juan Van Eyck (que vino de Portugal en 1428 con la embajada encargada de pedir la mano de la infanta Isabel y pintó su retrato), Francisco de Holanda, A. Moro, Cristóbal de Utrecht, G. Van der Straten, son los principales agentes de este influjo que contribuyen á perpetuar con su prestigio. Recuérdese que Cean Bermúdez, cuya opinión sigue Raczynski, hace también á nuestro Fernando Gallegos secuaz de Alberto Durero. En su *Diccionario*, sin embargo, publicado un año después (1), estas opiniones se modifican un tanto. Siempre resulta que, en su sentir, Vasco Fernández

(1) *Dictionnaire historico-artistique du Portugal*.—París, 1847.

«aislado en su ciudad natal... se mantuvo ajeno al movimiento artístico de su época, y no tuvo otros maestros que los grabados alemanes y flamencos que durante los reinados de D. Manuel y de D. Juan III (en que estuvo sometida casi exclusivamente al movimiento artístico de Flandes y Alemania), auxiliaron ó propagaron en Portugal, de un modo notable, el arte de estos dos países» (1).

De 1530 á 1550 se verifica una revolución en el arte portugués. D. Manuel, convertido á las nuevas ideas en los varios órdenes de la cultura, envía á Italia pintores, y éstos vuelven pintando á la italiana; mientras que los que no salen de la Península continúan apegados á la tradición gótica. De entonces data el gran desarrollo artístico que se verifica bajo los últimos reyes de la Casa de Avís.

Hasta aquí Raczynski. Sus conclusiones han imperado con grande autoridad, hasta que en 1866 publicó Mr. Robinson su Memoria sobre la antigua pintura portuguesa, escrita por encargo del rey D. Fernando (2).

En esta interesante Memoria se hallan cosas muy extrañas; en cierto modo mucho más extrañas que las del conde de Raczynski, que escribía veinte años antes, y cuyas investigaciones críticas no eran para él, como para Mr. Robinson, asunto profesional y de singular compe-

(1) *Dictionnaire histórico-artistique de Portugal*, pág. 96 (apud Vasconcellos en *A Renascença*, pág. 34.

(2) *The early portuguese school of painting*, etc. Londres, 1866.—Trad. portuguesa por el M. de Souza-Holstein.—Lisboa, 1868.

tencia. No hay que olvidar que Raczynski era un diplomático, y que Mr. Robinson ha sido largo tiempo uno de los primeros empleados del más famoso Museo de Inglaterra. Y así y todo, los libros de Raczynski, de un *amateur*, de un hombre de mundo, con todos sus defectos, que ahora es moda atacar duramente, han abierto en Portugal una nueva era á los estudios artísticos.

Comienza Mr. Robinson por una afirmación que, si puede lisonjear el amor propio de portugueses y españoles, sería difícil hallarse gracia ante una crítica guiada por principios más severos. A principios del siglo XV, en sentir del entendido arqueólogo, Italia no era superior en el arte á la Península ibérica: el desarrollo fué simultáneo (1). A poco, para explicar la riqueza ornamental del estilo arquitectónico manuelino (equivalente, según ya (2) se ha indicado, á nuestro plateresco), acude al influjo del descubrimiento de la India, y aun parece dar á entender que algo semejante aconteció en España con respecto al Perú y Méjico.

La venida de Van Eyck y el casamiento de Felipe el Hermoso con doña Juana hicieron que predominase el estilo gótico y flamenco en la pintura, tanto portuguesa como española, principalmente en el centro y Noroeste de la Península y en todo Portugal, mientras que en las orillas del Mediterráneo siguieron más bien á los italianos. Así, nuestro Fernando Gallegos

(1) Página 6 de la edición inglesa.

(2) Véase el capítulo sobre *La Capilla de Caldas da Rainha*.

y el lusitano Vasco Fernández son testimonio del poder de la escuela flamenca.

En tiempo de D. Juan III (1523-1557) se desarrolla en Portugal la que llama importación italiana, pagana y clásica: prueba de ello, Francisco de Holanda, el amigo é interlocutor de Miguel Angel. Abandonan en la Península las clases cultas el estilo gótico-flamenco; y Berruguette, Becerra y Juan de Juni vuelven los ojos á la patria de Donatello, Ghiberti y Buonarroti, formando un arte cortesano y erudito; pero el pueblo sigue apegado á la tradición antigua, que en Portugal subsiste hasta la mitad del siglo XVII; si bien desde las graves vicisitudes que siguen á la muerte de D. Sebastián, durante el gobierno del cardenal-infante y de los Felipes, la decadencia del arte es manifiesta, á pesar de que precisamente entonces la pintura española llega á aquel apogeo que personifica el nombre de Velázquez. Tales son las observaciones de Mr. Robinson.

Viniendo ahora, tras de esta ojeada general sobre el desenvolvimiento de la pintura ibérica, á la cuestión especial de Gran Vasco, también cabe dividir las opiniones del crítico inglés en dos grupos, análogamente á las de su predecesor.

Comencemos por sus investigaciones respecto de Gran Vasco.

Estas investigaciones se apoyan principalmente en el examen de unas célebres pinturas de Viseo, la patria del famoso artista. A propósito de las dudas que en un principio asaltaron á Raczynski sobre si Vasco existió real-

mente, ó si este nombre responde sólo á un sér mítico, recuerda Mr. Robinson que otro tanto ha acontecido con Perugino, Durero, Van Eyck y Lucas de Leyden. Pero el crítico inglés ha tenido la fortuna, que no alcanzó su antecesor, de hallar en casa de un particular, el señor Pereira, tres tablas firmadas « Vasco Fernández » y diferentes de los cuadros de la catedral de Viseo. Hay, pues, tres Vascos: el de Raczynski, el de la sala capitular y sacristía de dicha catedral y el del Sr. Pereira, único legítimo y auténtico en su sentir, aunque indigno del epíteto de « Grande » con que la tradición lo ha sublimado.

Comparando estos cuadros entre sí y con otros existentes en distintas localidades, Mr. Robinson cree hallar en todos ellos ciertos caracteres comunes, que, á su entender, lo autorizan para establecer la existencia de una « Escuela de Viseo », manifestación original del genio lusitano; escuela de la que enumera nueve autores distintos, á saber: el de los 14 cuadros de la Sala Capitular, que debieron ejecutarse hacia los primeros años del siglo XVI; el de las pinturas del señor Pereira, coetáneo del anterior, y que es el verdadero Gran Vasco, ó mejor, Vasco Fernández, ya que Mr. Robinson niega la justicia de aquel dictado; el de la *Cena*, de Fontello, discípulo de Vasco; el de las Tablas de la sacristía de Viseo, del *Calvario* y de la *Pentecostés* de Coimbra (cuadros que hemos visto y que son muy sentidos y agradables de color): éste parece haberse llamado Velasco; Francisco Fernández, que vivía en 1552; otro

Vasco Fernández, hijo del anterior, quizá pintor también y erróneamente confundido por Raczynski con Velasco; el del cuadro de *Jesús y Marta*, discípulo de éste; el del famoso *Cristo de Santa Cruz de Coimbra* (buen cuadro también), cuyo nombre, según el crítico, es Ovia; por último, el del *San Juan*, de la Academia de Lisboa. Como se advierte, el escritor inglés coincide con el polaco en distribuir entre un número nada exiguo de pintores las principales obras que antes corrían bajo la denominación de Gran Vasco.

Mr. Robinson — ya lo hemos indicado — da un paso más, y afirma que sus nueve pintores pertenecen á una escuela original y propia: la escuela de Viseo. En esto es en lo que consiste la especialidad de su teoría. A su entender, los caracteres de esta escuela son los siguientes. Ante todo obedece al influjo omnímudo de la escuela flamenca, pero de la antigua; esto es, á la de Van Eyck, Memmling, Quintín Matsys, y tienen especialmente semejanza con las obras de Rogerio Van-der-Weyde, Hugo-Van-der-Goess ó Pedro Campaña. Muestra asimismo una extremada conciencia en apurar los pormenores del natural, como joyas, brocados, mobiliario, etc.; gran armonía y originalidad de color, dominando los amarillos de tono caliente y el carmín (dado quizá en veladuras sobre figuras pintadas al claro-oscuro); los paños son sencillos y ofrecen naturalidad, apartándose del modo rígido y anguloso, á la sazón en boga, para aproximarse más á la manera italiana, así como en el grado de luz y sombra, que re-

cuerda el estilo de Correggio; el dibujo es correcto y firme, y los personajes, que respiran una verdad extraordinaria, carecen de aquel amaneramiento y aquella afectación que por entonces privaba.

No hay para qué insistir sobre los puntos de acuerdo y de divergencia entre Mr. Robinson y Raczynski. Para éste, el influjo de Durero es decidido, el otro se inclina á los flamencos; y si ambos admiten el predominio de las escuelas germánicas y un cierto rastro italiano, inferior á ese predominio, el escritor inglés halla este rastro en los paños, y el polaco en algunas cabezas, sosteniendo que los paños y desnudos son siempre góticos.

La Memoria de Mr. Robinson ha servido de nuevo estímulo á las investigaciones de propios y extraños. Entre los primeros nos limitaremos á mencionar á nuestro compatriota el señor Tubino, que en 1876 publicó una extensa monografía sobre la pintura portuguesa en el *Museo español de antigüedades* (1). Descartando de este trabajo la mayor parte, que versa sobre la Edad Media, las órdenes de caballería y otros asuntos que, si pueden dar amenidad y aun interés á dicha publicación, no se refieren directamente al objeto significado en el epígrafe, las conclusiones del Sr. Tubino no versan sobre la cuestión de Gran Vasco, que ha re-

(1) *La pintura en tabla en Portugal, á propósito de los cuadros del castillo de Palmella, conservados en la Galería nacional de pinturas de la Academia R. de Bellas Artes de Lisboa*, por D. Francisco M. Tubino, tomo VII, pág. 395 del expresado Museo.

nunciado á dilucidar, sino sobre la antigua pintura portuguesa, siguiendo, por lo general, las opiniones del escritor inglés antes citado. En su sentir, la pintura ibérica tiene origen en las miniaturas (1) de los Códices; sufre el influjo de Van Eyck, y sólo cede al italiano en la costa del Mediterráneo. Las más antiguas tablas portuguesas datan de fines del siglo XV; y su estilo gótico duró en la vecina nación, más romántica que la nuestra, por mucho mayor tiempo, hasta que la completa victoria del espíritu del Renacimiento acabó allí con la pintura, cuya época brillante coincide con el apogeo que toda la cultura lusitana alcanza desde Aljubarrota y D. Juan I (1385), hasta la muerte de D. Sebastián (1578).

De las 65 tablas de escuela antigua portuguesa que contiene la Galería de Lisboa, el señor Tubino ha elegido para su estudio siete, señaladas en el Catálogo con los números 242, 243, 249, 250, 251, 254 y 255, y procedentes del castillo de Palmella, que en otro tiempo perteneció á la orden de Santiago de La Espada, de Portugal, á la vida de cuyo célebre y esforzado Gran maestro Payo Pérez Correa (1242) hacen estos cuadros referencia. Según un trabajo del marqués de Souza Holstein, á que el señor Tubino alude (2), el autor de estas tablas es

(1) \ Conviene advertir que Cean Bermúdez, en su *Diccionario*, tiene á Francisco de Holanda por el inventor de la pintura en miniatura en la Península, antes de haber visto los trabajos de Clovio en Roma.

(2) *Grão Vasco e a historia da arte em Portugal* (en la revista *Artes e Letras*, núms. 1 y 2).—Lisboa, 1872.

otro nuevo pintor, á que da el nombre de Marcos, y que puede añadirse á las listas de Raczyński y Robinson. El primero distingue en verdad á este autor de los otros; pero, según parece, el marqués de Souza Holstein ha hallado, por lo menos, su nombre. La observación del Sr. Tubino de que en la tabla 247 se halla un tapete con letras arábigas, no es tal vez suficiente para asignar á estas pinturas el carácter mudejar que se inclina á encontrar en ellas el académico español, cuyo estudio sobre las hermosas tablas atribuídas á Van Eyck, y conservadas en nuestro Museo del Prado, tampoco da luz sobre el ponderado influjo de aquel pintor insigne (1).

Un año después, en 1877, un crítico portugués, el Sr. J. de Vasconcellos, ha publicado un libro en que trata de estas importantísimas cuestiones (2). No conocemos este libro; pero sí las conclusiones formuladas por su autor en la polémica que con otro distinguido arqueólogo portugués, el Sr. Dr. A. F. Simões, ha sostenido en la revista *A Renascença* (3).

(1) *Tablas de Van Eyck en el Museo Nacional de Pinturas del Prado, con un estudio histórico preliminar sobre este género de pintura.*—En el ya citado *Museo esp. de antig.*, t. VIII, pág. 657.—Y á propósito de ese artículo, ¿está bien seguro el autor de que la figura colocada en la consola de la chimenea representa á un Pontífice con un crucifijo? ¿No será muy otra cosa ese "Pontífice?" El Sr. Tubino ha publicado también en *La Academia* (4 de Marzo de 1877), en el tomo VII del *Museo esp. de antig.*, artículos sobre Francisco de Holanda.

(2) *Albrecht Dürer e a sua influencia na Península.*—Porto, 1877, in 4.º de XX-170 páginas.

(3) Páginas 31 y 53 del t. I.—Porto, 1879.

He aquí ahora las principales conclusiones.

La historia del arte lusitano en los siglos XV y XVI es imposible sin la de las relaciones internacionales de Portugal y está singularmente ligada á la de la factoría de Flandes; aun en los siglos XIII y XIV se enlaza con sus relaciones mercantiles. Lejos de reducirse esas relaciones á un hecho aislado, según se ha solido hacer hasta hoy (v. g., la venida de Juan Van Eyck), son múltiples, dependiendo de constituir á la sazón Amberes el verdadero «bazar artístico» de Portugal, de donde este pueblo sacaba sus obras de arte. De allí venían las miniaturas de Gerardo de Gante; los paisajes de Patenier; los grabados en cobre de Lucas de Leyden, Jacopo de'Barbari, Marco-Antonio; los en madera de Hans Baldung y Schäuufflein; los cuadros de Van Orley, Gossaert, Schongauer, Van Mekenem. Los grabados principalmente ejercieron un influjo incalculable, y por este medio se dejó sentir el de Durero. Sin embargo, no es este el único pintor que ejerce acción sobre el desarrollo de la pintura portuguesa, sino uno tan sólo entre muchos, cuya importancia, con ser grande, debe reducirse. Así, v. g., Cean Bermúdez y Raczynski hicieron arbitrariamente á Fernando Gallegos discípulo de Durero, no siéndolo sino de la escuela de Brabante, y en particular de Rogerio Van-der-Weyden, como han mostrado Crowe y Cavalcaselle (1). Ade-

(1) *Hist. of painting in Italy*.—London, 1867—3 vol.—*Les anciens peintres flamands*, Paris, 1862...—Estos libros pasan entre los arqueólogos por haber hecho época y tienen una autoridad clásica.

más, no hay que confundir á Durero con los pintores flamencos. El es el jefe de la escuela llamada de Nuremberg ó de Franconia que, con la de Suabia, median entre las alemanas de Colonia y Praga y son un reflejo de las italianas, hasta el punto de que Durero mismo procede de Mantegna, Jacopo de'Barbari y Bellini; esto es, de tres grandes maestros italianos.

Por último, Durero no va á los Países Bajos hasta 1520; y el Sr. Vasconcellos cita tres pintores portugueses que antes de esa fecha, y desde 1504, estudiaron en Flandes, á saber: Eduardo Portugaloy, discípulo de Quintín Matsys, que en cuatro años llegó á ser proclamado maestro del oficio por la cofradía de San Lucas de Amberes; Simón Portugaloy y Alfonso Castro, discípulos (1) de Goosen Van-der-Weyden (hijo ó nieto de Rogerio).

Respecto de la cuestión de Gran Vasco, el autor guarda silencio en su libro, con todo propósito, «porque no aceptando las seis ó siete hipótesis sucesivas de Raczynski, y admitiendo sólo una pequeña parte de las conclusiones de Robinson, tendría que gastar un folleto para decir lo que acepta y lo que rechaza de ambos autores». La razón no creemos parecerá suficiente cuando se trata de un libro sobre la historia del arte portugués.

Tal es el estado del problema, que parece aguardar todavía una solución satisfactoria.

(1) En su artículo cita el Sr. Vasconcellos los trabajos de Laborde, Rambout y Van Leries y otros, que ilustran principalmente la cuestión de los orígenes y relaciones de la escuela flamenca de pintura.

LISBOA Y SUS CERCANÍAS

CAPÍTULO III

MUSEOS Y COLECCIONES ARTÍSTICAS DE LISBOA

V.—*Objetos de arte en los templos y casas particulares.*

Sabido es de todos los viajeros y personas aficionadas á estas materias, que es rara excepción encontrar en los templos de los demás países las ricas colecciones de cuadros, alhajas, ornamentos, mobiliario, tapices y demás productos de las artes suntuarias que los de Italia y España presentan. Puede hallarse tal cual objeto aislado, de mayor ó menor importancia; pero nunca la cantidad de obras que hacen verdaderos Museos, no ya de catedrales como las de Milán y Sevilla, sino de conventos é iglesias bastante modestas. El día en que nuestros preladados y cabildos, venidos á ideas más cultas y sensatas, al par que más tranquilos contra las incautaciones y otras medidas de dudoso acierto y éxito desgraciado, se decidan á inventariar los tesoros artísticos confiados á su no muy segura custodia, quedarán sorprendidos por extremo aun aquellos que se tienen por mejor informados. Sólo la descripción de las alhajas de

la catedral de Toledo bastaría para llenar algunos volúmenes, cuyas ilustraciones no podrían menos de influir considerablemente en el desarrollo de nuestras industrias artísticas. Entonces tampoco será menester aguardar á ver de prisa y corriendo, á fuerza de empellones y al compás de cuantos dicterios y groserías registre ese diccionario secreto, tan rico en las lenguas meridionales, tesóros que deberían hallarse decorosamente expuestos á la admiración de los viajeros, al estudio de los artistas y á la veneración de las personas piadosas, formando un espléndido Museo en las dependencias de la misma iglesia, guardado como es debido y dirigido por persona competente, quizá por un eclesiástico de ilustración y respeto. Así se conservan joyas de no menor valía en nuestro Museo de Pintura del Prado, ó en el Arqueológico Nacional, sin ese temor, á las veces pueril, á las veces digno de más severo calificativo, propio de tiempos pasados, pero no de los presentes. Pues por fortuna, con ser hoy tan abundantes los hurtos y robos sacrílegos, lo son menos que allá en las *cristianas* épocas, en que la depredación y el saqueo de conventos é iglesias era casi una diversión y un recurso normal y ordinario para los señores, reemplazados hoy, no sin ventaja para la piedad y las costumbres públicas, por los salteadores de caminos, cuya industria profesional es harto más peligrosa (aun en tiempos como los actuales) que la de los barones en la Edad Media. Ejemplos de este género de *conquistas* hallamos á cada paso en libros como el de Viollet-le-Duc, que nos

refieren los inmensos tesoros de alhajas, relicarios, vasos sagrados y demás objetos pertenecientes al culto, destrozados y perdidos para la Iglesia, para la historia y para el arte, gracias á la piadosa intervención de aquellos místicos y beneméritos héroes, tan ensalzados por la romántica leyenda de nuestros tiempos.

En cuanto á los dispendios que este nuevo régimen traería consigo, debiera sufragarlos el Estado, que tal vez, y á pesar del atraso de nuestro pueblo, no pasarían muchos años sin resarcirse de ellos por medio de la pequeña cuota que podría imponerse por la entrada al Museo (como se hace en algunos templos de Italia), sin perjuicio de dejar en ciertos días francas las puertas, para que todas las clases pudiesen satisfacer sus deseos de admirar y venerar las joyas de nuestras principales iglesias.

¡Cuán incalculables progresos harían nuestras pobrísimas industrias suntuarias si á cada artista fuese lícito estudiar y copiar esas joyas! ¡Cuán grandes serían la tranquilidad, el sosiego y la satisfacción del clero ilustrado al contemplar los beneficios que todavía, en pleno siglo XIX, cuando todo parece huir de su influjo, volvería á hacer á la cultura y á la prosperidad de su patria!

Por último, en punto á la seguridad, hoy es un principio universalmente reconocido que está en razón directa de la publicidad, no del secreto; buenas pruebas tenemos de ello en las cotidianas ventas, que los cabildos, párrocos y demás administradores de las iglesias suelen

permitirse (1), de objetos más ó menos preciosos que llenan las casas de nuestros anticuarios y prenderos, cuando no han salido directamente fuera de España, publicando nuestra miseria material y moral, ó se han deshecho en los hornos de los artífices, para más grave daño todavía del arte y la cultura nacionales. Las alhajas ocultadas misteriosamente, y de cuyo paradero pocos tienen noticia, no son en verdad las que están más seguras, sino muy al contrario. Esta costumbre de los escondrijos no parece aprovechar gran cosa á nuestros templos, víctimas de frecuentes robos (que no dejan también de vez en cuando de dar pasto á la murmuración), mientras que el sistema opuesto de publicidad é inventario todo el mundo sabe hasta qué punto defiende los tesoros que, por valor de muchísimos millones, acumulan doquiera los Museos. No es de éstos de donde los comerciantes de antigüedades y los coleccionistas suelen adquirir á vil precio cálices, cruces procesionales, cuadros, casullas, esmaltes, etc., etc., cuya procedencia no pocas veces citan sin reparo. Por el contrario, si se catalogasen en forma todos cuantos objetos lo mereciesen á juicio de personas entendidas, y se centralizasen en aquellos templos donde pudiesen conservarse mejor y ser más útiles, otra sería la suerte de tesoros, que dentro de pocos

(1) La excitación de la opinión ha sido tal en ciertas localidades, que, no hace mucho tiempo, algún prelado ha tenido que expedir una circular prohibiendo esas ventas. ¡Lástima que haya llegado á la española; es decir, un poco tarde!

años, por este camino de la ignorancia, el misterio y las arcas de tres llaves, seguirán desapareciendo como hasta aquí, de donde ahora tan *bien* guardados se encuentran. Y ¡ojalá fuesen á parar siempre á colecciones públicas ó particulares, nacionales ó aun extranjeras!

Por último, en nada se opone este sistema al uso tan natural y legítimo que la Iglesia continuaría haciendo de sus joyas, relicarios y ornamentos para las necesidades del culto. Es un modo mejor de conservarlos, custodiarlos y aumentar su utilidad; no de sustraerlos á la acción de sus administradores y á los fines para que fueron desde un principio consagrados. Si entre esos objetos hubiese alguno que, por su estado de deterioro, no pudiese servir sin inconveniente para su primitivo destino, ya el clero sabría prescindir de él, como hoy mismo hace en muchas ocasiones.

De todos modos, y dejando ya esta digresión, los templos de Lisboa, y aun en general de Portugal — ya lo hemos dicho otras veces — no comparten con los italianos y los nuestros ese carácter excepcional en cuanto al mobiliario artístico que encierran. En cambio, lo poco ó mucho que tienen, se puede ver (cosa natural tratándose de un país de maneras más cultas y europeas) con una libertad, un detenimiento y un agrado por parte de casi todas las respetables personas á quienes está confiada su custodia, de que el viajero desearía hallar más frecuentes ejemplos en nuestras catedrales.

Volviendo á Lisboa, sólo dos templos — de los que hemos tenido ocasión de ver — merecen

particular mención en el respecto que ahora nos ocupa: la Catedral y San Nicolás; habiéndolo ya hecho de las riquezas custodiadas en la capilla de San Juan Bautista en San Roque.

Respecto del primero de aquellos templos, con no ser muy importante su tesoro, ofrece, sin embargo, algunos objetos de interés. En cuanto á ornamentos, los más antiguos, á excepción de una capa, que es tal vez del siglo XVI, no parecen anteriores á las postrimerías del XVII, si bien los hay de primor y gran valía. A la misma época corresponden, probablemente, casi todas las joyas y vasos preciosos, algunos de los cuales deben citarse con elogio. Tal es la gran custodia de oro y pedrería, que se salvó de los franceses por haberla llevado consigo al Brasil la familia real, y que se asegura costó un millón doscientos mil cruzados (unos tres millones de pesetas); un relicario en forma de cruz, de oro con esmaltes y las armas unidas de España y Portugal, donativo de Felipe II, en 1583, según dice la inscripción; una hermosa arca de plata, de casi un metro de largo por medio de ancho y de alto, repujada, cincelada y adornada con estatuas; y algunos jarros, bandejas, cálices, viriles y candeleros del mismo metal y labor semejante. También se conservan dos broches para la capa del patriarca, uno de diamantes y otro de perlas, de forma ovoidal.

Gozan las alhajas y porcelanas de San Nicolás gran fama en Lisboa, sobre todo, las segundas, que son del Japón y de la China, y que por su increíble número, como por la her-

mosura de algunas de las piezas, son dignas de esa fama, aun tratándose de una ciudad donde tanto existe de esa clase de productos. La platería, si bien abundante, tiene escasa importancia, desde el punto de vista artístico; así como los ornamentos suntuosos, que parecen pertenecer al siglo pasado y á fines del XVII, y que son también en gran número.

Mayor importancia en su género ofrecen las colecciones particulares. Sobresalen entre ellas las de los señores conde de Porto-Covo, comendador Monteiro y vizconde de Daupias; pero esta última, sobre la cual ha escrito un interesante trabajo el erudito arqueólogo sevillano Sr. Boutelou (1), no la pudimos visitar, por hallarse ausente su dueño. A la bondad de los otros dos señores debemos el haber visto las suyas respectivas:

Habita el Sr. Monteiro el palacio que fué del célebre conde de Farrobo, cuya esplendor y cuyos desastres se han hecho proverbiales en Portugal; ejemplo frecuente siempre, no sólo hoy día, de grandes fortunas rápidamente acumuladas en los negocios, coronadas después por nobiliarios timbres, despilfarradas con mayor rapidez todavía, y alguna vez (no siempre) con buen gusto, y seguidas, por último, de una miseria más ó menos convenientemente soportada. Gran parte de las riquezas artísticas y suntuarias que antes embellecían

(1) En la localidad desde donde escribimos no tenemos á la mano este trabajo ni las notas de él; pero creemos se publicaron hace años en *La Ilustración* ó en *La Academia*.

aquel recinto, se han desamortizado, por decirlo así, con el naufragio de su antiguo dueño; otras han pasado á manos de su actual poseedor, completadas con diversas é importantes adquisiciones.

En el mobiliario de la casa dominan el gusto de Boule y el neo-clásico francés, al cual pertenecen también algunos hermosos bronce; descollando entre éstos un hermoso mueble, coronado por un *plateau* de Sévres, que representa á Luis XVI revestido de todos aquellos atributos que un periodista conservador designó años há de tan festiva manera que por sabida se calla. El admirable reloj inglés, también de bronce, colocado en el vestíbulo; otro reloj, con tres figuras de niños; varias piezas de plata cincelada, en el estilo del siglo pasado; alguna que otra de *vieux Saxe* y Sévres; la curiosa colección de conchas, merecen, sin duda, un recuerdo. Pero sobre todo lo merecen los antiguos muebles portugueses (sillones con cueros grabados, mesas bufetes y contadores) y los magníficos vasos chinos y japoneses, cuyo número y calidad son por todo extremo notables.

Si las piezas de plata del Sr. Monteiro son interesantes, las de los condes de Porto-Covo pasan por ser las mayores, más grandiosas y mejor cinceladas que en Lisboa se hallan en poder de un particular, y no lo dudamos. Su estilo del siglo XVIII, y sus estatuillas, primorosas y de gran tamaño, tienen en ocasiones toda la gracia *sui generis* que este orden de escultura permite. Además, tiene este palacio

gran reputación, no sólo por sus cuadros (entre los cuales hay algunos de escuelas españolas), pues es raro hallar en Lisboa galerías particulares de pintura, sino por su mobiliario, por su innumerable cantidad de porcelanas de Japón y China, muy hermosas, y aun de Sajonia y Sèvres, que no son tan frecuentes en aquel país, y entre las cuales hay primorosas piezas; así como por un magnífico servicio de cristal tallado y bronce dorado, para cien personas, y que á fines del siglo pasado costó en Inglaterra 45 contos — casi un millón de reales. — Ya al hablar de Cintra mencionamos un servicio semejante, aunque inferior, que tiene allí la casa real. En cuanto al que ahora nos ocupa, colocado, por cierto, así como las porcelanas, del modo más artístico, nada mejor puede verse. En realidad, es interesantísima la colección de los condes de Porto-Covo, cuya cordial acogida no es posible olvidemos (1).

Restan otras aún, si bien tienen menor importancia, según opinión general, salvo la ya citada del vizconde de Daupias, famosa, sobre todo, por sus cuadros. Las de la familia real, acumuladas en sus diversas residencias, tienen mucho nombre asimismo, y singularmente las del difunto rey D. Fernando; pero de todas ellas sólo hemos visto la notabilísima serie de coches antiguos del Palacio Real, una de las primeras de Europa, y que debiera conservarse con mayor esmero. Algunos de estos carruajes proce-

(1) La casa de los condes de Porto-Covo se disolvió á la muerte de este señor, y se repartieron sus tesoros entre los herederos.

den de España; todos ellos son lujosísimos, particularmente las grandes carrozas del fastuoso D. Juan V y de don Juan VI, hechas en París (como otras muchas, probablemente), y en las cuales hay grupos de estatuas de madera dorada, de tamaño natural, á más de los primeros de tapicería, bronce, *vernís Martin*, etc., á la sazón en uso. El príncipe de Lichnowsky no halla mucha gracia á estos carruajes; y, á pesar de su gran lujo, serían, en realidad, harto más interesantes los que se afirma haber pertenecido á los reyes Alfonso Henríquez (1128-1185) y D. Diniz, marido de nuestra compatriota Santa Isabel de Portugal (1279-1325), si pudieran encontrarse en ellos caracteres bastante más indubitados de lo que eran esta clase de vehículos en los siglos XII y XIII. De todos modos, la colección, que consta de unos cuarenta coches, constituye un precioso museo, y aventaja, sin duda, en interés á la de nuestro Palacio Real, bastante mejor conservada, en cambio.

EL CURSO SUPERIOR DE LETRAS

I

En esta hermosa capital de un pueblo culto y de condición suave, que ha precedido honrosamente á muchos otros, harto más reputados, en borrar de sus Códigos esa afrenta de la humanidad que se llama la pena de muerte, existe una institución que, por lo mismo que se halla en sus comienzos, importa conocer siquiera sea someramente; pues nada hay más inte-

resante en el estudio de los organismos sociales que esa primera época donde el corto número de elementos y la sencillez de relaciones fácilmente muestran sus resortes íntimos, vedados luego por la mayor complicación de la vida.

Un príncipe, cuyo nombre jamás se borrará de la memoria de la actual generación portuguesa, D. Pedro V, el amigo del indómito Herculano, creó en 1858 de sus propios fondos el *Curso superior de Letras* de Lisboa, constituido entonces por tres cátedras, á saber: de historia, de literatura antigua y de la literatura moderna, especialmente de Portugal. Desde entonces, este centro, cuyas aulas frecuentaba sin aparato alguno aquel monarca (tan inteligente y de tan graves inclinaciones, á pesar de su juventud), se ha ido acrecentando aunque muy despacio. En 1859 la ley añadió dos cátedras más de historia universal y de filosofía. Casi veinte años después, en 1877, se ha aumentado la de lengua y literatura sanscritas, y en 1878, al establecerse definitivamente esta última enseñanza, hasta entonces organizada de una manera interina, se creó la de filología. El curso dura tres años, de á diez meses, distribuido en esta forma: 1.º, filología, sanscrito, historia natural; 2.º, literatura clásica, literatura moderna, sanscrito; 3.º, filosofía, historia filosófica, sanscrito.

El número de lecciones es de dos por semana en cada clase; su duración de una hora, y su carácter de mera explicación. Los profesores son nombrados por oposición é iguales en categoría á los de la Universidad y demás escuelas superio-

res, aunque tienen asignado un sueldo de seiscientos mil reis—unos trece mil reales—inferior á los primeros y á los de la Politécnica, cuyo mínimo es de unos diecisiete mil reales. Los alumnos no necesitan grado alguno académico para ser admitidos á la matrícula, obteniendo un diploma al fin de su carrera, análogo en cierto modo al de doctor, y que supone ejercicios académicos semejantes á los que están generalmente y por desgracia en uso.

Estas cátedras se hallan confiadas á profesores, oradores y escritores de suma aceptación en el país y aun fuera de él, como Teófilo Braga (literatura moderna y especialmente portuguesa), Sousa Lobo (filosofía), Jaime Monis (historia filosófica), Antonio José Viale (literatura clásica), Guillermo de Vasconcellos Abreu (sanskrito), Consiglieri Pedroso (historia narrativa) y F. Adolfo Coelho (filología).

Teniendo en cuenta que la única Universidad lusitana se halla en Coimbra, ciudad de antigua y honrosas tradiciones, y que en Lisboa la enseñanza superior se halla representada por la escuela Médico-quirúrgica, la Politécnica y el Curso de letras, se comprenderá sin dificultad que estos centros, donde suele dominar un espíritu más inclinado á novedades, propenden á aumentarse y relacionarse entre sí, hasta llegar á formar una verdadera Universidad lisbonense. De hecho, tal es la aspiración que parecen revelar sus profesores y alumnos. Además, la Escuela Politécnica, como la Médico-quirúrgica, no se hallan consagradas tanto á la investigación y cultivo de la ciencia

en sí misma, cuánto á la preparación de sus estudiantes para los exámenes que han de facilitarles sus respectivos diplomas. La enseñanza más *inútil*, en este respecto (por fortuna suya), es la del curso superior; y aun es lástima que no desaparezcan los derechos que á sus alumnos se conceden. No es de esperar que así ocurra; antes al contrario, si las tendencias dominantes se realizan pronto, el curso al cual se desea incorporar la cátedra de economía política de la Escuela Politécnica, creando al par algunas otras, tal vez no tarde en expedir títulos de doctor en letras (que no se confieren en Coímbra), en vez de seguir el camino de la Escuela de altos estudios de París y el Colegio de Francia. Ya hoy, para ciertos fines, sus diplomas se equiparan á los de doctor en letras de las facultades extranjeras.

De todos modos, este centro es el que hoy, por su índole especial, parece representar de un modo más libre y adecuado el espíritu de nuestros tiempos en determinados órdenes del saber, habiendo venido á suplir las extrañas omisiones que, hasta su fundación, ofrecía el cuadro de la instrucción superior en Portugal. Con efecto, ni una sola de sus enseñanzas forma parte de las facultades universitarias, entre las cuales, sin embargo, existe una llamada «de filosofía», que debiera más bien denominarse de «ciencias naturales», ya que sus estudios (física, química, historia natural, arte de minería, agricultura, zootecnia y economía rural), si en algunas de las Universidades alemanas se comprenden también en la facultad de filosofía

(así designada, por oposición á las profesionales), es al lado, de otras disciplinas literarias, históricas y filosóficas, en el estricto sentido de la palabra. Parece increíble que hasta el año 1885 no hubiera en Portugal más cátedras de historia, literatura ni filosofía que las de los liceos.

Para dar ahora alguna idea (después de este rápido bosquejo, de la organización, significación y tendencias del curso superior de letras como cuerpo) del espíritu y nivel de su enseñanza, permítasenos resumir dos notables lecciones á que hace tiempo hemos asistido, y que, difiriendo, tanto por sus asuntos cuanto por el sentido científico de sus distinguidos profesores, se completan, por decirlo así, mutuamente y pueden contribuir á que se aprecie en España el valor de una institución tan importante.

II

Comencemos por el Dr. Teófilo Braga, catedrático de literatura moderna y antiguo director del curso, por elección de sus colegas.

El Dr. Braga es, no sólo uno de los hombres más reputados de Portugal, sino de los más conocidos y estimados en el extranjero. Colaborador de la *Revue de Philosophie Positive*, de Littré, y fundador de otra publicación análoga, *O Positivismo*, que ve la luz en Oporto, sus ideas, decididamente afines á las teorías de Comte, ejercen poderoso influjo en las tendencias de la juventud portuguesa, así por sus lecciones, como por los muchos libros que nacen

de su fecunda pluma. Mediano de estatura, delgado, pálido, de aspecto un tanto enfermizo y algo descuidado en su persona, su inteligencia parece ante todo distinguirse por la claridad, la precisión y el orden. Su palabra, quizá un poco falta de relieve y claro-oscuro, es, sin embargo, admirable por cualidades análogas á las de su pensamiento; y aunque no siempre desdeña las flores de la fantasía, ni cierto sabor cáustico, conserva un carácter didáctico y sereno y una suavidad de entonación que dulcifica en la forma las apreciaciones más severas y aun ásperas.

Dicen que frecuentemente él y sus alumnos están cubiertos durante la explicación, á pesar de la dulzura del clima de Lisboa, y fuman en la cátedra; pero esto, que nosotros no hemos presenciado, en nada parece disminuir el respeto que le profesan sus discípulos, más numerosos en su clase que en todas las otras, con no exceder de una docena. Por lo demás, cuando el caso, á su entender lo requiere, el doctor Braga toma sin dificultad un tono diferente: dígalo, si no cierto individuo del jurado que presidió los ejercicios de sus oposiciones, el cual, como le hubiese dirigido algunas preguntas pueriles é importunas, á las que el opositor se negó resueltamente á contestar, y concluyese pidiéndole con sorna noticia de una de aquellas academias estrambóticas del siglo XVIII, llamada *de los humildes ignorantes*, recibió del opositor esta respuesta: "Es el lugar donde vuecelencia debía estar há muchos años."

La enseñanza del Dr. Braga, como la del Cur-

so en general, es sumamente libre, más por respeto de los gobiernos, que por consagración de la ley; y de ello dió alguna prueba en la lección que tuvimos el honor de escucharle, como la dió de un magistral dominio de su asunto. Intentaremos dar de su explicación una idea sucinta, auxiliados por las notas de sus discípulos.

Tratábase de la literatura portuguesa á fines del siglo pasado; y siguiendo su método de derivar la corriente literaria del medio social, expuso el estado de su país en aquel tiempo y su consiguiente decadencia literaria. En vano pretendió atajar el mal la *Nueva Arcadia*, corporación semejante á la Real Academia Lusitana de la Historia; pero que, á diferencia de ésta, protegida por D. Juan V, jamás logró el favor oficial. Pombal no era amigo de la poesía ni de los poetas: harto á su costa lo experimentaron algunos, como Garçao, que moría en las cárceles de Limoeiro á la misma hora en que el célebre enemigo de los jesuítas decretaba su libertad. La única poesía que agradaba al ministro era la burlesca; v. g.: el *Hisopo*, de Diniz, donde se ridiculizaba al clero en la persona del obispo de Elvas: porque, como mostró el ilustre profesor, en tiempos de despotismo no hay más alternativa para la poesía que hacerse cortesana ó picaresca. Todavía en el reinado de doña María I, Bocage, para evitar las persecuciones de la reacción pietista, tuvo que entregarse á la Inquisición, la cual le inspiraba menos temores que los tribunales ordinarios.

Tal era la situación de la literatura en esos

tiempos, que diseñó el Sr. Braga en su lección, llena de datos curiosísimos y de benévolas alusiones á España y sus relaciones literarias con Portugal. A una de éstas dió ocasión el juicio de Feijóo, cuya significación como escritor de buen sentido, pero que mezclaba las nuevas ideas con las consejas más vulgares, apreció con bastante exactitud, á nuestro ver, indicando el influjo que en las letras lusitanas ejerció para disponer suelo propicio á los principios del 89; principios que penetraron en Portugal cuando sus más originales ingenios, Serra, Filinto Elisio, Costa, Brotero y otros, se hallaban en el extranjero.

No dejó pasar en este día las diferentes ocasiones que se le proporcionaron para dirigir acerba censura á los jesuítas y á su sistema de educación: censuras que quizá podrían parecer exageradas en cualquiera otro país, donde la aversión á la Compañía, y en general á las órdenes religiosas, se mantuviese menos viva que en Portugal, una de las pocas naciones donde no existen ni aquel potente instituto ni una sola comunidad de varones. Después de todo, la ilustre pléyade de nombres gloriosos, por los cuales ha conquistado la Sociedad de Jesús tan merecida fama (los españoles todavía no hemos olvidado á Mariana, Masdeu, Hervás, Andrés, Isla, Eximeno, Lampillas, etc.), no parece dar grandes señales del efecto anémico y comprensivo de su pedagogía, que en ciertos puntos hoy mismo pone por modelo Mr. Legouvé á los colegios y escuelas seculares en Francia. Hay, además, otro respecto, en el cual la educación

jesuítica, frecuentemente errónea en su contenido doctrinal y funesta para el prudente desarrollo de la espontaneidad del espíritu, merece, sin embargo, admiración y respeto. Hablamos del profesorado. En esto debe reconocerse que la enseñanza de la Compañía va, en general, dirigida á muy más altos fines que la del Estado, allí donde, como en Francia y—á su ejemplo—en España, se ha logrado convertir el magisterio en una función administrativa, destituida de interés científico y reglamentada por la sabiduría de los gobernantes. Los jesuítas atienden á *educar*, no meramente á *instruir*; y su vocación, inspirada en un ideal elevado y grandioso, aunque exclusivo, abraza gustosa los mayores sacrificios personales, sin que la contengan amenazas, peligros ni persecuciones. Si reparasen en esto los seudo liberales de la vecina República, comprenderían cuál es el único camino, eficaz y justo á un tiempo, para emancipar gradual, pero definitivamente, del espíritu ultramontano á las nuevas generaciones sobre que ejerce su dañoso influjo. Pero los gobernantes franceses son miembros é hijos de la Universidad, y no es fácil acierten á plantear el problema.

¡Cuán difícil es ser justos con nuestros adversarios, y cuán lejano se halla aún el tiempo en el cual aquellos que deseamos la extinción de la Compañía nos resignemos á esperarla de los progresos de la cultura y de la lenta propagación de ideas más exactas acerca de los fines humanos!

Concluiremos esta parte indicando un por-

menor, poco importante en sí mismo, pero que lo es para nosotros, por cuanto da alguna luz sobre las relaciones entre el Curso de letras y la Universidad de Coimbra. Después de señalar el Dr. Braga el carácter é influjo de la reforma que este último centro tuvo que agradecer al marqués de Pombal, añadía, en estos ó parecidos términos: «Desde entonces, en el fondo, continúa la Universidad casi como la dejaron las reformas de José I; y, sin embargo, siete años há que celebraba aquella escuela el centenario de esas reformas, sin que en medio de los festejos se alzase una sola voz demandando que se modifique esa organización que cuenta ya más de un siglo.» La verdad es que, prescindiendo de la ocasión en que el docto catedrático creyó oportuno este desahogo, todos los hombres ilustrados parecen reconocer la urgencia de profundas alteraciones en la célebre escuela lusitana.

III

Enteramente diversa de la anterior, hemos dicho, fué la lección del Dr. Sousa Lobo, tanto por su asunto, cuanto por el espíritu que informa la enseñanza de este profesor, no menos distinguido que su afamado colega. El Dr. Sousa Lobo, ex-diputado del partido constituyente (que dirige el Sr. Días Ferreira, también profesor, pero de Coimbra), orador discreto, fácil, correcto, inteligente y culto, de exterior pulcro y esmerado, es un tipo completamente distinto del Dr. Braga; y si éste recuerda en su presencia, voz, palabra y hasta humor—ya

que no en las ideas — al malogrado catedrático y ex-ministro español D. Severo Catalina, el profesor de filosofía del Curso superior ofrece cierta semejanza con el Dr. Canalejas, que en nuestra Universidad de Madrid enseñó la historia de la filosofía, así por el corte (que podríamos decir) de su espíritu, como por su oratoria y aun su figura. El Dr. Braga representa en Portugal ideas ultra-radicales; el Dr. Sousa Lobo parece que aspira á concertar el idealismo kantiano con el espiritualismo francés y los actuales procedimientos de las ciencias naturales. Por último, el primero tiene costumbre de exponer dentro de cada curso todo el programa de su clase, mientras que el segundo, á semejanza de los profesores alemanes y los de la Escuela de altos estudios y Colegio de Francia en París, sólo trata en cada año lectivo una parte ó cuestión del vasto contenido de su asignatura.

Añadamos que, por ausencia del Dr. Moniz, el Sr. Sousa Lobo ha desempeñado, al par de su clase, la de historia filosófica, en la cual trata de explicar las influencias naturales y de otras clases que determinan el carácter de las diversas civilizaciones.

Volviendo á su clase, en el curso á que nos referimos, el profesor lisbonense, salvo la debida introducción sobre su objeto y plan, se consagró al estudio de la ley de evolución, problema capitalísimo que hoy conmueve los cimientos del mundo intelectual. La ley de evolución, según este pensador (cuyos apuntes tenemos á la vista), se manifiesta como síntesis

de las leyes astronómicas, geológicas, biológicas é históricas, y tiene por características universales de su proceso la integración, la heterogeneidad y la determinación.

Dos explicaciones hay de esta ley: la mecánica de Lamarck, Darwin, Haeckel y Spencer, y la teológica de Hartmann y de Caro (á la cual parece más inclinado al doctor Sousa Lobo, que prescinde de la explicación hegeliana). Ambas opuestas concepciones pueden, sin embargo, conciliarse, destruyendo su antagonismo aparente, y esta conciliación constituyó el asunto final de lo que podríamos llamar primera parte del curso. La segunda ha tenido por objeto el estudio particular de la evolución en el mundo biológico, entendida de la manera que hoy se entiende la biología, esto es, como el orden de los llamados seres vivos, á distinción del (supuesto) reino inorgánico. Entrando en esta esfera, el docto profesor reputa que la lucha por la existencia, las tendencias á la variación y la herencia son los medios de que el autor de la Naturaleza se sirve para realizar sus fines relativamente al hecho de la vida sobre el globo; merced á cuyos medios desenvuelve *gradualmente* la Naturaleza el plan sistemático y armónico de sus creaciones orgánicas. Las transformaciones de especies indicadas por la paleontología y la historia natural, reconocen como causa superior un principio de finalidad, que se revela por las generaciones heterogéneas; de igual suerte que el parentesco genealógico y real que enlaza á las diferentes especies naturales no se explica sino por la preexistencia de

un parentesco *ideal* entre ellas. Mas nuestro conocimiento del plan por que se gobierna la evolución de la vida *sobre la Tierra* alcanza únicamente á darnos una explicación limitada de la realidad de esta vida; toda noción trascendental que, yendo más lejos, pretenda explicar el fin *absoluto* de la vida *universal*, es ilusoria, en sentir del Dr. Sousa Lobo, que ha terminado con esta condenación su enseñanza en el curso á que aludimos.

A una de sus últimas lecciones es á la que tuvimos la honra de asistir. En ella, después de resumir brevemente las razones que juzga más eficaces contra las teorías darwinianas, procuró reducir las especies á tres reinos naturales: el mineral, el vegetal y animal, y el humano. Respecto del primero, las ideas del profesor lisbonense son las generalmente recibidas, y que podríamos llamar «dualistas», en cuanto dividen la naturaleza en dos órdenes irreductibles: el orgánico y el inorgánico, el de la vida y el de la muerte. Verdad es que, aun aquellos, como Haeckel, que aspiran á traer á unidad ambas esferas, jamás logran conseguirlo (ni es fácil, partiendo del punto de vista *meramente* mecánico); y así, en medio de sus tanteos y ensayos, todavía hablan de *anorganismos* y excluyen de la biología á toda una especie de seres, los astros, por falta de conceptos claros, concienzudos y precisos de la vida, el sér, el organismo, el mineral, el astro... en suma de casi todos los términos de la ciencia natural, abandonada hoy, á pesar de tanta matemática y de tanta tendencia *positiva*, al

apriorismo más desautorizado y fantástico: situación que, sólo á fuerza de trabajos como los del Dr. G. de Linares, podrá irse modificando lentamente, y que explica la presión de las opiniones dominantes aun en espíritus tan adoc-trinados y cultos como el del renombrado catedrático del Curso de letras.

Por lo que respecta á la imposibilidad de distinguir, á lo menos en el estado actual de los estudios, al vegetal y al animal sobre sus grados inferiores, la lección del Dr. Sousa Lobo no fué menos notable; mostrando en esta parte que los principales fenómenos que vulgarmente se reputan exclusivos de los animales, como la irritabilidad, la reproducción sexual, la asimilación nutritiva, la periodicidad de las funciones activas y de reposo, etc., existen asimismo en las plantas, en las cuales es probabilísimo haya también una conciencia oscura no inferior á la de los más humildes protozoarios.

En este punto de la vida psíquica difieren, por tanto, las ideas del Dr. Sousa Lobo, no ya de las exageradísimas de Wundt, para el cual la existencia de un sistema nervioso es la condición característica de la animalidad, sino de las de Carus y Prisco, que no reconocen conciencia hasta que aparece aquel elemento; y se acercan más bien á las de Gegenbaur, Huxley y Haeckel, al último de los que se atribuye frecuentemente, por cierto, la invención del reino de los "protistas", idéntico al de los "protorganismos" de Carus; bien es verdad que á esto da sobrada ocasión el mismo reputa-

do profesor de Jena con sus olvidos y omisiones. El Dr. Sousa Lobo más parece inclinarse á las teorías de Fechner, que admite un como instinto y semi-conciencia en las plantas, y á las de Claudio Bernard, cuyos experimentos son tan interesantes, (v. gr., el de la anestesia de la sensitiva).

Por último, en sentir del filósofo lusitano, el hombre constituye un reino aparte, separado por un verdadero abismo del animal, como éste y la planta lo están de los minerales. Su opinión, sin embargo, no se funda, como las del ya citado Carus, de Geoffroy Saint-Hilaire, Ehrenberg, I. Fichte, Ahrens, Linares y otros en nuestra propia organización física, por la cual somos, en su sentir, meros animales; sino en la luz de la razón, que hace incomparable al hombre y al mono. Esta característica sirve asimismo de base á la concepción del reino hominal por otros naturalistas (v. g., Quatrefages); pero es harto menos decisiva y suficiente que las que toman al sér humano en la integridad y totalidad de su naturaleza.

*
* *

Sea cual fuere la divergencia de opiniones, nadie, sin embargo, desconocerá la importancia y elevación de estas enseñanzas, como de las del Dr. Teófilo Braga, de que antes queda hecho mérito. Unas y otras expresan dignamente el grado del pensamiento y la ciencia en Portugal, representado en uno de sus centros más

insignes, de cuyos esfuerzos pende ante todo la cultura nacional de este pueblo.

Si las líneas que anteceden pudiesen contribuir á que se aumentasen en España cada vez más y más la simpatía y el respeto hacia los hombres ilustres que en el occidente de la Península presiden á la evolución de las ideas, no sólo habríamos satisfecho, aunque en mínima parte, una deuda de gratitud á la hospitalidad de ese noble pueblo y á la benevolencia y cortesía de su profesorado, sino otra, más grande aún, que debe pesar sobre la conciencia de todo español patriota.

EL MONASTERIO DE ALCOBAÇA

Los dos monumentos sin duda más importantes y grandiosos de la arquitectura portuguesa son los monasterios de Batalha y Alcobaça. Cercanos uno á otro, representando también los dos momentos más solemnes de su historia nacional, el reinado de Alfonso Henríquez y la batalla de Aljubarrota, consagran la independencia del pueblo lusitano, erigido en reino bajo aquel su primer monarca, y emancipado de nuestro gobierno á fines del siglo XIV.

El monasterio de Alcobaça es, en sentir de ilustrados arqueólogos, el más interesante quizá de ambos. Su situación, entre el mar y la sierra de Albardos, es verdaderamente espléndida. Al par de Coimbra y Cintra, cuyos paisajes ofrecen otro carácter, puede colocarse la deliciosa comarca por donde atraviesa el camino desde Caldas da Rainha, sobre todo en las cercanías de la pequeña ciudad que da nombre al convento y toma el suyo de la confluencia de los dos ríos Alcoa y Baça. — El monasterio, fundado por Alfonso Henríquez para conmemorar la toma de Santarem del poder de los moros (1147) y poblado por un grupo de monjes

cistercienses de Claraval, enviados por San Bernardo á petición de aquel rey, llegó á ser, dicen, el mayor que en todo el mundo poseía la renombrada orden: como que es fama que en su anchuroso recinto se albergaban 999 frailes «sin poder pasar de este número» (añade la leyenda). El último de sus abades vitalicios ó perpetuos, fué el cardenal-rey D. Enrique, que dejó por la corona la mitra, y cuya muerte dió lugar á la imprudente guerra de sucesión emprendida por el nada menos que prudente Felipe II.

Demos ahora una sucinta idea de las principales partes de este edificio.

I

La iglesia se comenzó en 1148 y se concluyó en 1222; se comprende, sin otro dato que éste, cuál debe ser su estilo, á saber, el llama- «de transición», entre el románico y el gótico ú ojival, y análogo, por ejemplo, al de nuestra gran catedral vieja de Salamanca. En Francia, entre otros muchos edificios, afirman que muy especialmente se parece á la abadía de Pontigny, cerca de Auxerre; de todos modos, su estructura y manera indican la dirección más ó menos inmediata de uno de esos grandes arquitectos franceses cuyo genio ha inspirado tantas construcciones importantes en la Península ibérica.— Su longitud es de unos 120 metros; y consta de tres naves, separadas por doce arcos apuntados, siendo la principal, como es uso en este período, doble de ancho que las

laterales, y presentando la más admirable perspectiva, que el espectador puede prolongar desde todos los lados á su antojo, sin tropezar con un coro á la española interpuesto en medio de la iglesia; estructura que, si bien ha dado entre nosotros á la decoración de esta parte una importancia grandísima, entorpece sobre toda ponderación la vista y el goce de las masas, líneas y sombras, que son el elemento estético propio de la arquitectura. No tiene sobre los arcos, triforio ó galería; nueve capillas rodean al ábside semi-circular (ó *charola*, como lo llaman en el país), iluminado por otras tantas ventanas rasgadas, que, unidas á los dos hermosos rosetones de los brazos del crucero, derraman sobre esta parte una luz tal vez algo excesiva. Por desgracia, diversas restauraciones, algunas de ellas recientes y motivadas por el incendio y depredación de las tropas francesas á principios del siglo, han afeado la hermosura del conjunto, á cuya sencillez perjudican igualmente las partes añadidas ó reconstruídas en el estilo manuelino, ó sea plateresco, del siglo XVI. D. Manuel, el cardenal D. Enrique, D. Pedro V y su padre el rey consorte D. Fernando han sido los príncipes más celosos por conservar y reparar este grandioso templo, cuyo abandono actual no se comprende. Ignoramos el fundamento con que el autor del *Manual de Murray* (1) asegura que estas reparaciones

(1) *A Handbook for travellers in Portugal*, 3. ed. 1875, página 188; libro, al cual, sin embargo, seguimos en gran parte.

se han hecho de una manera «digna de toda recomendación».

Entre las capillas debe citarse la bautismal, antes sala de los reyes, adornada en el siglo XVIII con azulejos que forman grandes composiciones, cuyos asuntos pertenecen á la historia del Monasterio, y con las estatuas más ó menos fantásticas de los monarcas lusitanos, hasta José I, cuyo reinado es tan famoso por dos gravísimos sucesos, cada uno en su orden: el terremoto de 1755 y la expulsión de los jesuitas, llevado á cabo por el célebre marqués de Pombal, cuyo centenario han celebrado los portugueses. De los reinados posteriores, sólo hay una excepción: el busto de D. Pedro V, malogrado hermano del rey actual y colocado allí por sus servicios en pro de la conservación del monumento. En esta capilla se guarda una de las más renombradas y ponderadas preseas de la gloria portuguesa: la gran caldera de bronce cogida en Aljubarrota á las tropas españolas y donde éstas preparaban rancho. Allí la vió 200 años después—y en bien distinta ocasión—Felipe II, del cual se cuenta que, instado por el abad para que le permitiese convertirla en campana, repuso: «Si de simple caldera ha hecho tanto ruido en el mundo ¿quién podría aguantarla hecha campana?»

Fuera de ésta, no hay más capillas que las nueve del ábside. En la de San Sebastián, restaurada en el estilo manuelino (prescindiendo de una imagen del titular vestido con calzas encarnadas y doradas de un modo churrigueresco), se ven unos lindos azulejos del XVI ama-

rillos y azules, de muy frecuente dibujo en Portugal, donde han solido decorarse de esta suerte las paredes de los templos y salones en toda su altura. Pero lo interesante son las verdaderas joyas de escultura situadas en el brazo S. del crucero, especialmente en la llamada *Casa dos tumbos* (Sala de los túmulos), modernamente restaurada en un estilo pseudo-manuelino.

Los sepulcros de Alfonso II y Alfonso III, como los de los hijos de Inés de Castro, los de las mujeres respectivas de aquellos dos reyes, doña Urraca y doña Beatriz, que, aunque contruídos en pleno período ojival, presentan cierto carácter románico, ya son notables; pero los de D. Pedro I y su desventurada esposa doña Inés deben contarse entre las más importantes obras de escultura que posee la Península ibérica. Ambos son de estilo gótico florido, con estatuas yacentes y grandes composiciones en relieve. El de D. Pedro está alzado sobre seis leones; el de doña Inés, sobre seis quimeras, alguna de ellas con cabeza de fraile, y otros tantos ángeles acompañan á la estatua, que tiene detrás un dosel primoroso, de que está privada la del rey, siendo superior á la de éste en adorno y riqueza. En cada uno de los lados mayores de la urna se hallan seis hermosos relieves, bajo otros tantos arcos, así como en ambos frentes; en el de los pies, un grandioso juicio final. Es curiosa la disposición respectiva en que se hallan colocadas las estatuas de estos sepulcros, á saber: los pies de la una en frente de los de la otra, «á fin—dice poéticamente la leyenda—de que en el día de la resurrección

de la carne el primer objeto que contemplasen los ojos del rey fuese el rostro de su bien amada». De mas es advertir que no es esta la única creación de la fantasía popular acerca de un rey como D. Pedro I y de sus amores con Inés de Castro, cuya quinta (*Las Lágrimas*) puede verse en Coimbra y cuya romántica historia, trágico fin y póstuma coronación tan bellamente han cantado Camoens en su episodio de los *Lusiadas*, Vélez de Guevara en su *Reinar después de morir*, y otros muchos. Tales son las interesantes esculturas de la *Casa dos tumbo*s, rara excepción, con la de Batalha, el púlpito de Santa Cruz en Coimbra y algunas pocas obras más, de la general inferioridad de este arte entre nuestros hermanos.

Para concluir la descripción de la iglesia, diremos que la sacristía, de 80 pies por 38, edificada en tiempos de D. Manuel, resulta bastante churrigueresca. En ella se ven algunos muebles incrustados de ébano y marfil, del último siglo, único resto del antiguo esplendor de una pieza que debió ser rico museo. Según el vizconde de Jouromenha, el cardenal infante D. Enrique, ya citado, mandó pagar en 1538 una cantidad á Diego Vaz por las pinturas de esta dependencia, y todavía en 1794, Beckord dice (1) que sus adornos de bronce dorado, jaspé y pórfido «dignos de Versalles»; sus capas y ornamentos, «algunos de la época de Alfonso Henríquez»; su cruz y sus candeleros de

(1) *Recollections of an excursion to the monasteries of Alcobaca an Batalha*; Londres 1835, pág. 48.

cristal de roca, adornados de záfiro y ganados en Aljubarrota á los españoles, como pertenecientes al oratorio de campaña de nuestro Juan I de Castilla; sus relicarios cincelados, etc., le causaron la mayor admiración. Hoy, en el santuario á que da entrada la sacristía, apenas pueden verse unos cuantos bustos de madera, que han servido para custodiar reliquias, y los mejores de los cuales son la cabeza del Bautista y la de San Francisco de Asís. A la sacristía precede una especie de vestíbulo, de gusto también manuelino, con lindos azulejos y dos portadas cuya decoración, esculpida en piedra, figura troncos rústicos y otros adornos.

En cuanto al exterior de este templo, la fachada actual con sus dos torres es un conjunto abigarrado, un *monstrum* que dice Raczynski, debiendo citarse sólo la sencilla portada románica de siete órdenes, por rara fortuna conservada.

II

Pasemos ahora al monasterio, enorme masa, hoy por todas partes desfigurada y ruinoso, y cuya profanada grandeza despierta los más tristes sentimientos. Desde los ignorantes restauradores de los últimos siglos á los brutales atentados de la soldadesca de Massena (quien se asegura dió de su puño y letra (1) la orden de pegar fuego á este monumento), ¡cuántos elementos de barbarie se han conjurado contra él,

(1) Se intentó ejecutar, pero su solidez es tal, que todo lo principal de la fábrica resistió.

incluso el atentado de haber convertido en teatro el refectorio!

Las dimensiones del convento son 750 pies por 600, y encierra cinco patios.—Uno de estos es greco-romano, de nobles y severas proporciones y tuvo espléndidos jardines; detrás de él quedan todavía restos góticos y manuelinos.—Otro, llamado «de la leña», por decirse destinado á partir este combustible, es muy grande, aunque sin interés.—Pero el magnífico claustro de transición románico-ojival, con un segundo cuerpo manuelino, hoy en el más lamentable abandono, es un verdadero monumento. Beckford lo vió adornado con antiquísimos naranjos nudosos y retorcidos, pero cubiertos de flores y frutos: eran, según la tradición, los primeros que vinieron á Portugal de China: ¡qué hogar plebeyo, aunque haya sido de marqués, habrán calentado sus venerables ramas!

Una hermosa fuente, bajo un templete del mismo estilo del cuerpo inferior del patio, se halla colocada en el centro de uno de sus lados, en el que comunica con el refectorio.

Este es una de las más importantes dependencias, y atestigua que la vida de aquellos monjes debía dejar poco que desear en punto á comodidades. Consiste en un salón de 92 pies por 68, dividido en tres naves por ocho corpulentas columnas, á que acompañan otras cuatro adosadas á los ángulos; y pertenece, como el púlpito, destinado á las lecturas de costumbre, al mismo hermoso estilo que la iglesia. A fines del siglo pasado poseía vidrieras pintadas. Pero más extraordinaria aún es la cocina, que sólo

debe citarse por sus dimensiones. Beckford la llama «el más ilustre templo de la glotonería en Europa». Su descripción, hecha cuando todavía se hallaba dedicada á sus funciones, es sumamente curiosa: «Por medio del inmenso recinto corría un fresco arroyo de clarísimas aguas, que atravesaban un grande estanque, donde se conservaban y cebaban allí mismo, sin presentir su fin, las más finas especies de pescados de río... A un lado, montañas de toda clase de caza mayor y menor; á otro, frutas y verduras en inagotable profusión; interminables filas de hogares y hornillos; montones de harina más blanca que la nieve; cerros de azúcar; tinajas de purísimo aceite; inmensa abundancia de pasteles, que una falange de legos y sirvientes amasaba y moldeaba en diversas formas, cantando todos como bandadas de alondras sobre los trigos...» Júzguese de la impresión que hará hoy al viajero aquel desierto, nada menos que de 100 pies de largo por 22 de ancho y 63 de altura, cubierto de azulejos blancos, incluso la bóveda, y cuyo hogar principal, situado en medio del departamento, mide 22 pies por 11, y está protegido por la gran chimenea piramidal que sostienen 8 columnas de hierro. Todavía se conservan en esta cocina monumental dos grandes mesas de mármol, la mayor de las cuales tiene un tablero de una sola pieza de 15 pies por 7, como también ocho fuentes, asimismo de piedra. Vergüenza casi da haber de detenerse tanto en estas cosas, á causa de su extremada suntuosidad y nombradía.

Viniendo á un orden de ideas menos profano, citaremos, para terminar esta sumarísima descripción, la sala capitular y la biblioteca. La primera es del siglo XIII, con la bóveda sostenida por columnas y las paredes adornadas con azulejos de la época moderna. La segunda consta de varios salones; uno, el principal, tiene próximamente 190 pies por 50: se halla restaurado con riqueza de mármoles, estucos y relieves, en el alegre estilo de un *rococó* algo elegante, pero sin la menor conformidad con la idea de un departamento destinado al estudio; alrededor corre un zócalo de azulejos de dibujo también de cierto buen gusto, pintados de azul, morado y verde sobre fondo blanco. En el centro del techo hay un relieve insignificante que representa á San Bernardo. Divide al salón en dos cuerpos una galería, á la cual se sube por escaleras de mármol también. La mayor parte de los famosos Códices de esta biblioteca, que era — según se dice — en número de 500, se hallan en la Nacional de Lisboa. Su dotación de libros alcanzaba á unos 25.000 volúmenes.

Tal es, prescindiendo de otros pormenores y sin entrar en estudios formales, el gran monasterio de Alcobaca. Conviene también visitar en la localidad las ruinas del Castillo de los moros; á poca distancia, á Aljubarrota, y en seguida el no menos célebre templo de Batalha. Pero esto merece capítulo aparte.

EL CONVENTO É IGLESIA

DE BATALHA

I

Después de Alcobaca, Batalha. Esto es: después de la fundación del reino lusitano, conmemorada en aquel monumento, la consolidación de su independencia, espléndidamente consagrada en este otro edificio, no menos famoso. En 1139, tras la batalla de Ourique, es proclamado Alfonso Henríquez rey de Portugal; y nueve años más tarde, al conquistar á Santarem, pone la primera piedra de Alcobaca. En 1385, el maestre de Aviz vence en Aljubarrota á D. Juan I de Castilla; y á los dos ó tres años (que en ello no están fijas las opiniones) comienza á alzarse esta otra suntuosa fábrica, bajo la advocación de la Virgen, en la víspera de una de cuyas grandes fiestas — la del 15 de Agosto — tuvo lugar la decisiva batalla. En una como en otra ocasión, se instituye un monasterio por Alfonso Henríquez, para los cistercienses; por Juan I, para los dominicos: diferencia que corresponde á la que existe entre la civilización, espíritu y tendencias del siglo XII y las del XIV.

Emplazóse el templo de Nuestra Señora de

la Victoria en un valle algo hondo, en las cercanías de Aljubarrota y teatro de la lucha, habiéndose ido formando á su alrededor y poco á poco un caserío. A causa de esta mala situación, el monasterio y la iglesia — cuyo piso se halla bastante más bajo que el terreno que los rodea — en vez de presentar al lejos la imponente masa de sus pináculos, torrecillas y botareles, no se dejan ver hasta casi tocar á sus puertas; y todavía hay que descender ocho ó diez escalones para entrar en el templo. Sólo desde algún que otro punto se logra contemplar el edificio en totalidad: por ejemplo, desde el olivar que viste el cerro situado á unos 300 metros al Sur, ó desde el árbol plantado á la orilla derecha de una senda pedregosa que se dirige al NO., ó desde el puente cercano, en el camino de Leiria, que ya es señal más duradera.

En la construcción intervinieron varios arquitectos: Alfonso Domínguez, de Lisboa (muerto en 1402), al cual se atribuye comúnmente el plano de la obra; Huguet, ó Hacket, que suponen irlandés y autor de la capilla mayor; Martín Vázquez (muerto antes de 1448); Fernán d'Evora, sobrino del anterior, y que vivía en 1473; Mateo Fernández (muerto en 1515), el más célebre de todos, autor de la capilla Imperfecta y de la decoración de los grandes claustros, y que se halla enterrado con su mujer en el suelo, al pie de la puerta principal ó de Poniente, bajo una hermosa piedra de estilo manuelino; su hijo, de igual nombre; Antonio Gómez, que vivía en 1551, y Antonio Méndez (quizá mero titular honorario), citado en

1578 (1). Como se advierte, la construcción pertenece á los tiempos del arte ojival en sus dos últimos períodos y al plateresco que caracteriza el reinado de D. Manuel — de quien recibe nombre — contemporáneo y yerno de nuestros Reyes Católicos.

La parte más antigua de todo ella es la iglesia, terminada hacia 1416. Su planta es de cruz, con tres naves, desprovistas de capillas laterales, habiendo sólo dos pequeñas en cada uno de los brazos del crucero, á más de la mayor y la del fundador. En cuanto á la llamada «Imperfecta», no se halla realmente en el templo, según después veremos. Algunos quieren que esta falta de capillas, propia de la arquitectura gótica del siglo XIII, obedezca al influjo de la arquitectura inglesa (2). La mujer de D. Juan I, Felipa de Lancáster, nieta de Eduardo III de Inglaterra, dicen que invitó á un maestro de *free masons* (*franc-maçons*), su compatriota, Stephenson, para que se encargase de la obra; pero, sean suyos los planos, sean de Alfonso Domínguez, no sería extraño que hubiesen tomado parte en los trabajos algunos obreros y aun maestros ingleses, dada la semejanza que entre el templo de Batalha y la catedral de York reconocen esos críticos; si bien el carácter internacional — que podría decirse —

(1) Seguimos el *Handbook* de Murray, que rectifica los datos de Murphy, en su célebre trabajo sobre Batalha. — Véanse también los documentos publicados por Raczyński en sus cartas.

(2) Murphy, *Travels in Portugal*, etc., 1795, pág. 44 (*ap.* Raczyński).

de la arquitectura gótica y de las cuadrillas que la inventaron y realizaron, debe imponer cierta reserva en la materia. Por lo demás, Sousa refiere que Juan I «llamó de lejanas tierras á los más hábiles arquitectos conocidos»: lo cual se refiere sin duda á esas cuadrillas ó compañías ambulantes de francmasones.

Sigamos la descripción del templo. Desde la puerta al arco de triunfo, que da ingreso á la capilla mayor, tiene 66 metros que, sumados á los trece de dicha capilla, componen en total 79 de longitud por 22 de ancho y 32 de altura máxima. De sus tres naves, la central tiene poco más de 7 metros de amplitud, y las laterales próximamente unos 4,50 (1). La falta de triforio ó galería aumenta en gran manera la elevación de los arcos: y con la sencillez de los pilares, la traza del ábside y la terminación de las naves en el crucero, recuerda todavía la sobriedad y robustez del primer estilo gótico, tan distante de la riqueza que despliega ya por toda Europa la arquitectura del siglo XIV. Verdad es que la situación geográfica de Portugal, adonde todas las innovaciones continentales debían llegar más tarde, podría quizá explicar esta curiosísima prolongación de formas á que los españoles estamos también acostumbrados: sirvan de ejemplo los templos góticos, y aun románicos de Segovia, edificados algunos de ellos cuando ya imperaban muy otros estilos en la arquitectura.

(1) *Resumo da fundação do Real Mosteiro da Batalha.* — Lisboa, 1867.

La capilla mayor es un verdadero y hermoso ábside, iluminado por cinco ventanas muy estrechas y largas, que llegan hasta el zócalo, ampliadas con otras cuatro ricas y floridas: no tiene pues, girola. A los pies del altar mayor, y embutido en los escalones que á él dan acceso, se halla el sepulcro de mármol blanco del rey don Duarte "el elocuente", hijó del fundador, y de doña Leonor, su mujer, con las efigies de ambos. El lugar, que en un templo románico ocuparían los dos ábsides laterales, lo ocupan aquí las cuatro capillas ya citadas, dos á cada lado, abiertas sobre el crucero; las de los extremos tienen ventanas, pero no las lindantes con la mayor. Comenzando por las del lado de la Epístola, ó sea del brazo S., la primera, al lado de la puerta de este frente, es la del "valeroso maestro de Cristo" D. Lope Días de Sousa. Construída en el mismo estilo que la principal, alumbrada por tres largas vidrieras, encierra una pila bautismal románica, el sepulcro del héroe sobre cinco leones, y otro adosado al muro, y construído, como el retablo, de suntuoso mosaico de mármoles en estilo greco-romano.-- En la inmediata se halla el pobrísimo túmulo de madera que representa el que originariamente contenía los restos de D. Juan II, todo de escaso interés artístico. Mayor es el de las otras dos capillas, situadas en el hastial del N.; en la última está el sepulcro de mármol, que dicen pertenecer al príncipe D. Juan, malogrado hijo de Alfonso V y de Doña Isabel: y en la primera, y más próxima al altar mayor, el de un cardenal de la casa del duque de Avei-

ro, cuyos blasones de piedra, picados y destruídos, á consecuencia de la decapitación de éste en tiempos de José I y el marqués de Pombal, dan muestra de uno de esos odios retrospectivos que han solido hacer flaco servicio al arte y á la sensatez de un país. Otras dos sepulturas hay en el templo, mucho más modestas, pero que merecen citarse, además de la ya mencionada, de Mateo Fernández, último de los grandes arquitectos de Batalha; á saber: la de Diego de Travassos, ayo de los hijos del célebre infante D. Pedro, duque de Coimbra é hijo del vencedor de Aljubarrota, cubierta asimismo por bella losa de mármol, y la de un oscuro héroe de esta batalla, soldado del romántico grupo *dos Namorados*, cuyos caballeros formaban en ella el ala derecha del ejército portugués.

En cuanto á los dos brazos del crucero, conviene observar en el frente del N. una larga ventana de cierto carácter románico, sobre un retablo del XVII, restaurado, cuyas pinturas se atribuyen á la célebre Josefa de Obidos; y en el del S. otra linda ventana gótico-florida.

A propósito de ventanas: las de este templo son muy grandes y rasgadas, como es uso frecuente en Portugal; donde desde tiempos antiguos parece haber existido, como hoy, cierta tendencia á una iluminación profusa, en ocasiones excesiva; cuyo efecto se procura todavía realzar por medio de los tonos claros de las paredes y de los brillantes azulejos que las decoran. Las ventanas de Batalha estuvieron en otro tiempo adornadas con vidrieras de colores,

que templarían sin duda aquella sobra de luz. Raczynski inserta una nota de los maestros que trabajaron en ellas y de que se tiene noticia. Son seis: desde Guillermo Belles ó Bolleu, tenido por extranjero, y cuya primera referencia es de 1448, hasta Antonio Vieira, mencionado en documentos de 1617. Murphy, en su descripción de Batalha, cita otros dos: Ugada y Witaker, extranjeros también ambos; pero el vizconde de Jouromenha niega la exactitud de esta noticia. De todos modos, las vidrieras más antiguas no parece hayan sido anteriores á la mitad del siglo XV. Por desgracia, sólo quedan algunos restos de ellas, especialmente en las ventanas de la capilla mayor, cuyos asuntos son la aparición de Jesús á la Magdalena, la Anunciación, la Visitación de la Virgen y la Ascensión; las demás fueron destruidas, según parece, por los franceses, y han sido restauradas con poco acierto por un artista de la misma nación, destinado á completar, á su manera, la mala obra de sus compatriotas.

II

Llegamos á una de las partes más hermosas: la capilla del fundador, adosada á los pies de la iglesia, junto á la puerta principal. Fué comenzada por D. Juan I; si bien á la muerte de éste (ocurrída, por cierto, el 14 de Agosto de 1434, aniversario de la batalla de Aljubarrota), no hallándose terminada aún, fueron depositados sus restos en el centro del coro, al lado de la reina Felipa, su mujer, que le había prece-

dido dieciséis años, y de donde ambos fueron trasladados al sepulcro en que, conforme á su intención, hoy descansan. En esta capilla, sin embargo, es fama que el monarca, imitado después por nuestro Carlos V, asistió en vida á sus propias exequias. Forma un gran recinto cuadrado, de unos 66 pies por lado y cubierto con una linterna octogonal, de 40 de diámetro, bajo la cual se eleva el mausoleo del fundador. «No hay palabras, dice un viajero (1), capaces de expresar la belleza de esta linterna.»

En efecto, los ricos pilares que soportan la cúpula; las elegantes hojas de sus arcos; sus molduras, doradas y pintadas de verde y carmesí; sus rasgadas ventanas; su clave, donde campean las armas de Portugal sostenidas por ángeles, hacen de esta capilla, aun prescindiendo de los sepulcros, una de las más primorosas joyas del estilo ojival florido que la Península posee. Con esto, ya se comprende que el carácter dominante en esta bella obra es la elegancia, la delicadeza, la gracia, la esbeltez, sin caer todavía en la superabundancia de pormenores y de líneas retorcidas que comprometen luego la dignidad del gótico, como de todos los estilos en su decadencia. Le da entrada un arco de rico follaje; y luz, tres ventanas en cada uno de sus tres lados libres, cuyo dibujo ofrece la mayor pureza.

El sepulcro de D. Juan y doña Felipa consta de un sarcófago completamente sencillo, eleva-

(1) *Handbook for trav. in Portugal*, 1875, págs. 123 y 124.

do á unos siete pies del suelo sobre cuatro leones y flanqueado en los cuatro ángulos por otros tantos pedestales, para colocar los blandones que se encienden en los aniversarios. Las estatuas yacentes, mayores que el natural, son hermosas: descansan cada una bajo un rico pabellón de piedra, en cuyo dorso se ven las armas de Portugal é Inglaterra y apoyan los pies sobre una repisa: disposición ésta muy común en el reino vecino, é igual á la que se obtendría colocando horizontalmente una de las imágenes de cualquier archivolta gótica, con la ménsula que la sostiene y el doselete que la corona. Una espléndida guirnalda de hojas de zarza — alusión á la del monte Moria, por la cual se compara con el libertador de Egipto al vencedor de la dominación castellana — y las dos divisas *Il me plait* y *Por bem*, entrelazadas en la guirnalda y respectivamente propias de la reina y el rey, adornan la cornisa del sarcófago, en cuyos dos frentes mayores se hallan grabados los epitafios de ambos, como lo están en la cabeza las insignias de la Jarretiera, estropeadas por los soldados franceses.

En el muro S. de este espléndido panteón hay trazados cuatro arcos, que abrigan los sepulcros de otros tantos príncipes, tres de ellos famosos: el infortunado duque de Coimbra, cultivador de los estudios y gobernador del reino; D. Enrique, duque de Viseo, insigne promovedor de la navegación y los descubrimientos portugueses; y el «Infante santo» don Ferrnando; todos son hijos del fundador de Batalha y hermanos de D. Duarte, que, como

primogénito, le sucedió en el trono y se halla enterrado, según se ha dicho, en las gradas del altar mayor. — De los cuatro sepuleros, sólo uno, el del duque de Viseo, tiene estatua, armada y yacente, también con doselete y repisa, y en el tímpano que hay sobre el del príncipe D. Juan, séptimo hijo de Juan I, está esculpida la Pasión. Blasones, emblemas, divisas y guirnaldas de hojas de yedra, fresa, encina y roble, adornan estos enterramientos.

Ocupan el muro E., á su vez, cuatro altares, muy destruídos; cada cual de ellos, se dice, tuvo su tríptico ó retablo; hoy sólo queda uno, donde se afirma que está el retrato del «príncipe santo», aunque parece posterior: es una de esas pinturas de fines del siglo XV á principios del XVI, que corren en Portugal bajo el nombre legendario de «Gran Vasco», al cual se han atribuído las innumerables tablas que de esta época existen y cuyo estilo suele ser bastante diverso, según se ha dicho. También se conservan aún en la capilla algunos restos de esculturas, pertenecientes quizá á los retablos de los otros altares.

Por último, en el lado de Poniente hay cuatro arcos, quizá para cobijar otros tantos sepuleros, que no han llegado á colocarse.

*
* *

De la iglesia, pasemos ahora á la sacristía, noble salón gótico florido, con una especie de balcón interior en forma de matacán, y una

fuente muy graciosa para las abluciones. Allí se veneran — que bien puede decirse así — el capacete y la espada de D. Juan I y uno de los mejores cuadros, aunque deterioradísimo, que he visto en Portugal. Representa á la Virgen con el Niño y algunos padres de la Iglesia, en figuras de la mitad del natural, cuya composición recuerda — aunque de lejos — á la Madonna de San Zacarías, de Juan Bellini, ó nuestra Virgen del Pez, de Rafael.

* * *

La pieza más suntuosa de todo este edificio es la capilla llamada «imperfecta». El rey don Manuel (1495-1521) el *Afortunado*, pacífico de condición, amigo de las artes, enriquecido hasta un grado superior á todos los monarcas de su tiempo, en virtud de los descubrimientos de Vasco de Gama y de Cabral, concibió el proyecto de edificar en el convento de Batalha un panteón para sus antecesores y para él mismo, en que arquitectos y escultores traídos de toda Europa apurasen las magnificencias de su ingenio. — Hay quien opina que el ejemplo de Enrique VII de Inglaterra, fundador de la famosa capilla de Westminster, aneja también á una abadía donde se encuentra el enterramiento de los monarcas y personajes eminentes del Reino Unido, debió influir sobre la imaginación del lusitano.

Su obra se encuentra, como la del inglés, emplazada al extremo oriental de la iglesia y

detrás del presbiterio. Es de planta octogonal, con una capilla abierta en cada lado, á excepción del de Poniente, en que se halla el arco que sirve de ingreso, y que por tanto viene á caer detrás del altar mayor, de cuyo respaldo la separa una galería, especie de girola exterior. Entre cada dos capillas se levanta un gran pilar, que debía rematar en una inmensa aguja. Las capillas están concluídas; pero el cuerpo central sólo llega hasta el cornisamento de donde había de arrancar la bóveda, cuya falta lo tiene descubierto y deja á la intemperie sus exuberantes adornos. El estilo de esta construcción es, como se concibe desde luego por su época, manuelino, pero dominando las formas góticas, ya desfiguradas. Los motivos de decoración son los característicos de este tiempo en Portugal. Lazos, cordones, calados, arabescos y curvas esquemáticas, que dan á sus pilares y cornisas un aspecto semejante al encaje ó á la filigrana, preponderan sobre las hojas y demás formas naturales; siendo de notar, en particular, la esfera, que constituye el blasón de D. Manuel, la cruz de Cristo y la divisa griega *tanyas erei*, indicación del afán de descubrir nuevas regiones, propio del rey Afortunado y de su época, como otros tantos emblemas que se interponen en la decoración del ingreso.

Todos los arcos son riquísimos; pero el de éste, con su archivolta de siete cordones labrados con minuciosa delicadeza que difícilmente superaría el más fino bordado; con sus complicadas molduras canopiales, sus doseletes y

repisas, «excede—dado el género—á cuanto la fantasía pudo imaginar (1)».

La capilla había llegado al estado que hoy tiene cuando falleció su insigne arquitecto, Mateo Fernández, en 10 de Abril de 1515. Su sucesor, desdeñando ya la tradición gótica, tan corrompida, quiso seguir las obras en el gusto declarado del Renacimiento, aunque no sin cierta vulgaridad; y el rey D. Manuel, al visitar su predilecta fundación, quedó tan descontento, que las mandó suspender, muriendo antes de hallar arquitecto digno de continuarlas en el antiguo estilo.

III

EL CONVENTO

Pasando ahora al convento, comencemos por la sala capitular. Es un cuadrado de 70 pies, próximamente, por lado, cuya vasta extensión, de más de 74 metros superficiales, cubre una admirable bóveda de ocho paños, apoyada exclusivamente sobre los cuatro muros. En uno de sus frentes se halla rasgada una ventana compartida en tres y cerrada con la única vidriera de colores que se conserva entera de las antiguas, aunque no será anterior al siglo XVI; en el opuesto lado se abre sobre el claustro el espléndido «pórtico de biscoito», compuesto todo con adornos entrelazados de suma riqueza.

(1) O'Shea, *Guide to Spain and Portugal*, 3.^a edición, pág. 548; Edimburgo, 1868.

y á cada uno de cuyos lados hay otra ancha ventana de dos luces: disposición conservada de las salas capitulares románicas. El admirable rosetón de la clave; los tres altares (posteriores) con hermosos azulejos que forman composición; tres estatuas del primer período gótico; el retrato de Alfonso Domínguez (el primer arquitecto de Batalha), retrato sobre el cual se ha engendrado una leyenda llena de poesía, y los sarcófagos de madera que cubren los sepulcros de Alfonso V y de otro príncipe, hijo de D. Juan II, tales son los más interesantes pormenores de esta excelente *casa do capitulo*. Notemos, á propósito de esa cabeza esculpida en la consola y tenida por retrato de Alfonso Domínguez, que si, como aseguran algunos críticos, la sala es obra del tiempo de Alfonso V, el retrato no debe ser de aquel maestro, sino de alguno de sus sucesores, autor de la obra.

*
* *

Deben citarse los claustros del convento. El principal es probablemente de la época del fundador, como se dice; y si el autor del *Manual* de Murray hubiese reparado en su estructura general y señaladamente en las bóvedas que lo cubren, no habría afirmado que, «aunque los anticuarios portugueses digan lo contrario, es obra de D. Manuel». Lo que sí corresponde á la época de este monarca es la *decoración* de las ventanas de ese claustro, losafiligranados tímpanos y columnitas de sus arcos, cuyo aspecto de adorno de pasamanería da sobrado testimonio

del gusto manuelino, aunque faltasen las esferas y cruces de Cristo que lo esmaltan. Pero esta ornamentación sobrepuesta, cuyos méritos distan, en mi sentir, de corresponder á las exageradas alabanzas del mismo crítico que acabo de citar y que lo reputa nada menos que «sin rival en Europa», no debe confundirse con el estilo de la construcción, harto más puro, bello y severo. Esto aparte, el patio es un cuadrado de 55^m por lado y en el cual se abren 28 ventanas de distintas anchuras: en el ángulo NO. un pabellón de admirable riqueza protege la fuente. El claustro de Alfonso V pertenece á muy otro estilo, y aunque harto más modesto (razón por la cual apenas suele mencionársele), es de muy agradable conjunto con sus columnitas pareadas.

El refectorio tiene poca importancia, y menos aún la extravagante puerta que en otro tiempo conducía á la biblioteca.

El exterior resulta muy rico, á causa del gran número y decoración de sus botareles, pináculos, antepechos, ventanas y demás miembros aparentes. Los pináculos—sobre todo los modernos—son algo pequeños para la enorme masa del edificio; les falta, por decirlo así, importancia proporcionada á esa masa, que ofrece—como nota un crítico—«demasiada horizontalidad». Téngase presente que carece de torres propiamente dichas, pues no debe considerarse como tal la aguja, de poca altura también con relación al conjunto, destruída por un rayo y reedificada actualmente; está hueca y forma un verdadero mirador, desde el cual puede con-

templar el viajero una hermosa vista y darse completa cuenta del monumento y de la distribución de sus cuerpos principales. Otra hermosa aguja, que coronaba la capilla del fundador, vino abajo en el terremoto del siglo pasado y no ha sido reconstruída. Digna es de mención especial la bella portada del brazo S. del crucero (*porta Travessa*), de muy puro estilo gótico, aunque casi todos los adornos de las archivoltas son característica é indubitablemente románicos: caso poco frecuente en construcciones ya del siglo XIV. Por último, la fachada principal es un riquísimo trozo flameante, que consta de un portal, cuyas jambas decoran las imágenes de los apóstoles y cuya archivolta de seis órdenes sostiene setenta y ocho estatuillas; Cristo y los cuatro evangelistas llenan el tímpano; y en el frontón que deja la vuelta del arco canopial sobre el primer baquetón del ingreso se ve la Coronación de la Virgen: todo ello, con sus dosletes y repisas, de excelente carácter aún. El segundo cuerpo de esta fachada es menos puro, y presenta, en vez de rosetón, una gran ventana, adornada con análoga profusión, de efecto muy decorativo. Las dos portadas y el exterior de la capilla de don Juan I son las partes de mayor interés que en su exterior ofrece el edificio, cuyos sillares, entre paréntesis, son mayores que los comúnmente empleados entre nosotros.

El estado de todo el monumento es más satisfactorio que el de Alcobaca, así en cuanto al cuidado de su conservación, como en cuanto á las restauraciones—en el supuesto hartamente repe-

tido de que los monumentos deban restaurarse — que van aquí mejor dirigidas, por lo común, de lo que lo han sido en el abandonado convento cisterciense. Pocas veces se ve mejor aprovechada una consignación tan modesta como la que anualmente consagra el Estado á las obras de Batalha : cuatro ó cinco mil duros. No puede decirse otro tanto de las restauraciones llevadas á cabo á mediados de nuestro siglo, y de que da triste ejemplo la de las ventanas, antes mencionada.

*
**

A poca distancia del monasterio se halla el ruinoso y pequeño templo donde el maestro de Aviz, la víspera de la batalla, hizo voto de levantar este monumento; en el camino hacia Aljubarrota, la iglesia fortificada de San Jorge; en el opuesto, yendo á Leiria, la de San Antón, gótica y con un curiosísimo retablo de imaginaria. Aljubarrota misma merecería algunas palabras; y no digamos Leiria... pero son tantas ya las que componen estos apuntes, que les pongo aquí fin.

LA CAPILLA DE CALDAS DA RAINHA

I

En el pueblecito de Caldas da Rainha, cuyo excelente establecimiento de aguas termales sulfurosas, bello paisaje, espléndidos paseos, delicioso clima y facilidades para una vida cómoda y barata, lo recomiendan grandemente, no sólo á los reumáticos, sino á los viajeros más sanos y robustos, existe una pequeña iglesia, que, sin ser un portento, ofrece bastante interés para llamar sobre ella la atención de nuestros lectores.

Hállase la villa situada en la Estremadura portuguesa, distrito (provincia) de Leiria, veinte leguas al N. de Lisboa (de ocho á diez horas, tomando el ferrocarril hasta Carregado) y á poco más de una del mar, que penetra por la ria de Obidos, formando pintoresca laguna. Estas circunstancias, con las ya antedichas, así como su cercanía á Alcobaça y Batalha, famosos centros de grande importancia arqueológica y artística, según se ha visto, atraen á la localidad en los meses de verano una población flotante casi igual á la de tres mil almas que en el resto del año la habitan. Entre ella vienen muchos españoles.

No estaba tan concurrida á fines del siglo XV, cuando la reina doña Leonor, esposa de D. Juan II, movida del piadoso deseo de extender más y más los beneficios de aquellas aguas termales, con que venían remediando sus dolencias gran número de enfermos, fundó con este fin un hospital, comenzado el 22 de Enero de 1485, aniversario del casamiento de los citados príncipes, y aumentando su despoblado caserío con una especie de colonia penitenciaria de familias, á las cuales construyó albergues y concedió tierras y privilegios, no sin cierta hostilidad de la próxima y aristocrática villa de Óbidos. Caldas da Rainha, cuyo nombre recuerda á un tiempo la naturaleza de sus aguas medicinales y los favores de doña Leonor, ha sido sitio real, hasta hace poco visitado por el rey D. Fernando, y lo sigue siendo por el infante D. Augusto, dotado de hospederías, *club*, y gran número de carruajes de alquiler. Los paseos, en particular, son admirables, tanto por su magnífico arbolado y sus admirables vistas, cuanto por el esmero con que están cuidados y el celo con que atiende el Real Patrimonio á las comodidades del público.

El llamado del Bosque (*A matta*) lo es, en efecto, y merecería estar en una gran capital. Lisboa nada tiene igual en este género.

En gran parte la prosperidad de esta grata residencia se debe á uno de los reyes más fastuosos del último siglo, D. Juan V, el fundador del inmenso convento y palacio de Mafra (el Escorial portugués de que hablamos), monarca cuyas suntuosas construcciones han perpetua-

do el mal gusto de la época. Atacado de parálisis, sintió grande alivio en los dos veranos consecutivos que pasó en Caldas, á favor de sus reputadas aguas sulfurosas; agradeciendo su mejoría con la reedificación y ensanche del hospital, que, por esta causa, nada conserva de la antigua fábrica, análoga á la de la capilla, y seguramente superior, en cuanto al arte, al vasto edificio que lo ha sustituido.

Fué este antiguo hospital, según dicen, el primer establecimiento de baños que en Portugal hubo, y se concluyeron sus obras en 1502, reinando ya el afortunado D. Manuel, yerno de nuestros Reyes Católicos; terminándose también por entonces, sobre poco más ó menos, la capilla contigua; objeto de esta sumaria reseña. Veintitrés años después, en 1525, murió doña Leonor, á los sesenta y siete de edad. Además de las obras de Caldas, debe la nación lusitana á esta señora la fundación de la Casa de Misericordia de Lisboa (1500), en que siguió los consejos de su confesor el P. Contreras, trinitario valenciano; del convento de Madre de Dios y palacio de Xabregas (1508), donde yacen sus restos; del de la Anunciación, en Lisboa también (1519), y de la institución de la Merced, en Torres Vedras (en 1525, año de su muerte).

La historia del hospital de Caldas, manuscrito que se conserva en el archivo de esta villa, atribuye á doña Leonor asimismo la fundación de la famosa «capilla imperfecta» del monasterio de Batalha, una de las más ricas joyas de la arquitectura portuguesa. El autor de aquel documento, que alcanza á 1662, fué el padre

Jorge, de San Pablo, proveedor de la casa desde 1653 hasta su muerte, y que pertenecía á la congregación de canónigos regulares de San Juan Evangelista, á la cual entregó el hospital don Juan III en 1532, á pesar de haber prohibido terminantemente la fundadora que se llevase á la casa comunidad religiosa alguna. La afirmación de fray Jorge de San Pablo ha sido trasladada por el conde de Raczynski (1), y, posteriormente, por el Sr. Vermell y Busquets (el *Peregrino español*) (2); pero el mismo Raczynski dice haber sido la capilla imperfecta edificada en el reinado de D. Manuel, que es la opinión corriente (3). Sin embargo, en el extracto que de la *Crónica* de dicho rey, escrita por Damián de Goes, inserta igualmente el escritor polaco, se dice que D. Manuel «hizo terminar» la citada capilla, debiendo sin duda querer decir «proseguir», en vez de «terminar»; pues, como es sabido, aquel precioso monumento quedó á medio hacer y así continúa. Ahora bien, si D. Manuel mandó proseguir la obra, ésta debía haber comenzado ya en tiempo de D. Juan II, al cual sucedió en 1495. Es más que probable que este punto haya sido completamente aclarado por los escritores portugueses; pero no lo sabemos, ni Raczynski, Lichnowsky, Beckford, etc., ayudan ciertamente á resolver la cuestión.

(1) *Les arts en Portugal*, pág. 349; París, 1846.

(2) *Origem do Real Hospital e da villa das Caldas da Rainha*, etc. Lisboa, 1878.

(3) Véase el *Resumo da fundação do real mosteiro da Batalha*, 5.^a edición, pág. 15; Lisboa, 1867.

De todos modos, la reina doña Leonor contribuyó grandemente con sus fundaciones á los progresos de aquel género de arquitectura que después se ha venido llamando «manuelina», análoga, según hemos repetido, al estilo que nosotros denominamos «plateresco»; á saber: una combinación del gusto ojival, ya florido y decadente, con el del Renacimiento, de tan breve duración en España y aun en Italia misma (muchas veces, sin embargo, se da el nombre de plateresco al Renacimiento puro): combinación, por lo común más primorosa y rica que severa, aunque en ocasiones muestra una delicadeza de que Sevilla, Alcalá, Palencia y Salamanca dan ejemplo. El estilo manuelino difiere del plateresco español por una mayor profusión de adornos, que á veces recubren enteramente los fustes de pilares y columnas (como acontece en Belem); por una mayor torsión en el movimiento de las líneas que diseñan sus arcos y sus motivos de decoración, y por cierta inferioridad en las estatuas y en el pormenor de todos los elementos esculturales. Si un falso patriotismo (de que Dios nos libre) no nos ciega, nuestro estilo es algo más puro y sobrio en el conjunto y más fino en la ejecución. Algo de esto notaba ya Raczyński cuando decía: «Separad de las partes arquitectónicas á que se enlazan á cada una de las estatuas que adornan las iglesias de Batalha, de Belem de la Conceição Velha, y no quedaréis satisfechos...»

En cambio no es fácil asentir á la opinión que emite este escritor de que la combinación entre el elemento ojival y el del Renacimiento,

en la cual consiste el estilo manuelino, sea característica de Portugal; y menos aún á la de Mr. Robinson, que califica, por extraña manera, á dicho estilo como meramente clásico ó *renaissance* (1), añadiendo también que presenta «el más sorprendente y distintivo carácter nacional». Sin duda los monumentos manuelinos, ya lo hemos indicado, se diferencian de los platerescos de las demás regiones ibéricas; pero es en pormenores que no alteran el concepto radical, enteramente común á uno y otro, y nada más exacto en este particular que las aserciones del Sr. Amador de los Ríos (2). En Italia misma (en los monumentos de Florencia, en la catedral de Milán, en el palacio Calergi de Venecia) podrían hallarse ejemplos de combinación entre el elemento clásico y el elemento ojival, por más que éste, en su nativa pureza, no sea propio de Italia; pero en ninguna parte, según parece, se desarrolla dicho género complejo en tan alto grado, ni adquiere un valor típico, perfectamente definido, como en la Península. Dentro de ella, el parentesco no puede ser mayor entre ambas ramas, lusitana y española. A veces, v. g., en la fachada y patio del palacio del Infantado en Guadalajara, sería difícil distinguir ambos géneros, cuya nota común definía poéticamente el insigne Herculano, al decir que era «la resistencia del estilo gótico contra el estilo de Francisco I».

(1) *The early portuguese school of painting*, pág. 7.

(2) *Estudios monumentales y arqueológicos, Portugal*.—*Revista de España* de 28 de Nov. de 1873.

Pues á este género y estilo manuelino pertenece la capilla del Hospital de Caldas, que, por cierto, se ha conservado sin tanto detrimento como otros edificios de su misma época y ha experimentado pocas modificaciones posteriores de importancia, las cuales, según es uso y costumbre, han sido otras tantas desgracias para la obra primitiva, mayormente habiendo tenido lugar en el siglo pasado — si no estamos mal informados — cuando se reedificó el Hospital por orden del fastuoso D. Juan V (de 1747 á 1750). Entre esas alteraciones se cuentan el coro alto, el retablo del altar mayor y los dos laterales prescindiendo de otras herrejías menores.

Digamos algo, en primer término, del exterior del pequeño templo de Caldas. Su planta es la usual en esta clase de construcciones, constando de dos cuadrados casi perfectos, unidos por un lado común: el mayor forma el cuerpo de la iglesia y el menor el presbiterio, capilla principal (aquí, en realidad, única), ábside, ó como quiera llamarse. Adosada al lado S. se halla la planta de la sacristía, sobre la cual se levanta la torre: planta irregular, que ha engendrado una irregularidad correspondiente en ésta. Por último, en el mismo lado, pero al extremo opuesto, está la capilla bautismal, que es igualmente un cuadrado.

Conserva el muro de esta parte, por fuera, un ligero adorno en la cornisa y una crestería, dos de cuyos florones, en forma de hoja de fresa, difieren de los otros ocho, de peor gusto, aunque antiguos sin duda; dividiendo la serie

de éstos en el centro un pináculo someramente adornado, por bajo del cual sale una bicha con su correspondiente gárgola. En este mismo lado se hallan también una de las puertas laterales modernizada por completo, que da salida á un huertecito de naranjos, palmeras y enredaderas, y dos ventanas de la época primitiva.

El lado opuesto, ó sea el del N., se halla casi todo oculto por la construcción posterior, que no deja ver siquiera desde la calle las dos ventanas correspondientes á las del Mediodía. Por encima del tejado de este pegadizo, sobresale la crestería del antiguo muro; y la puerta de entrada, paralela á la del otro lado y que ha conservado al menos el pequeño y gracioso arco que la termina (cuya forma angrelada recuerda la de ciertos arcos moriscos) se encuentra protegida y desfigurada por la especie de zaguán que forma la nueva obra. Al E. se ve la construcción del presbiterio, con sus contrafuertes, sus canalones y una coronación de mal gusto. El lado occidental es por el que se junta al Hospital la capilla.

De la posición de la torre, dada la figura de su planta, procede la irregularidad de uno de sus ángulos; y de esta irregularidad, la desigualdad de sus caras, huecos y adorno. El aspecto general de la construcción es agradable, á pesar de las alteraciones que ha sufrido. Tiene un solo cuerpo sobre la altura de la iglesia; pero quizá parece menos esbelta aún por hallarse como enterrada en una especie de foso, cerrado por las calles que rodean á mucha altura y por este lado al templo.

Al llegar á la cornisa, por bajo de la cual corre un elegante adorno, bisélanse las aristas por cuatro planos, que transforman la torre en octógona; combinación que parece tener por objeto disimular arriba la irregularidad de la planta.

La torre lleva su escalera exterior en espiral, según el uso de su tiempo, y termina por una cubierta cónica, bajo la que se halla el reloj, con cuatro esferas, respectivamente colocadas en los cuatro frentes.

De éstos el más importante es el del N. En efecto, aun cuando sólo tiene una ventana, y completamente modernizada, á cada lado de ella hay una estatua y encima un medio relieve. Las primeras, que llevan sus doseletes manuelinos, representan la Anunciación; el relieve, una Madonna, enteramente en el gusto italiano del Renacimiento. Hay quien opina que esas imágenes han sido trasladadas allí desde la antigua fachada del Hospital, interpretando cierta afirmación de Fr. Jorge de San Pablo. Pero ¿qué dice el cronista? Que en el frontispicio estaba representada la Anunciación por medio de estatuas, con sus doseletes. ¿Y no podía hallarse el mismo asunto repetido en dos lugares del mismo edificio (cosa harto frecuente), y más si se tiene en cuenta que uno de estos lugares era la fachada del antiguo Hospital y el otro la torre de su iglesia? El único de los tres frentes grandes ó completos de la torre que presenta una sola ventana es precisamente este del N.; todos los otros tienen dos ventanas. ¿Sería, pues, extraño que desde luego se hu-

biesen decorado de este modo los dos grandes compartimentos laterales, que precisamente corresponden á la fachada más importante de la capilla, y aunque supongamos que una exigencia de la construcción haya impedido abrir aquí más de un hueco? No pretendemos afirmar que así fué, sino que son insuficientes los datos aducidos en favor de la traslación indicada.

El lado oriental de la torre tiene dos ventanas, cuyos arcos y decoración (siempre de estilo manuelino) son mucho más bellos que los otros dos del Mediodía, muy complicados en su ornamentación de troncos y racimos, que describe á veces curvas demasiado retorcidas. El frente del O., disminuído por la irregularidad antes mencionada, tiene sólo una ventana sencilla y de buen gusto.

Hasta aquí el exterior de la iglesia.

II

El interior es muy agradable. Concurren á ello su estilo, que en general es sencillo, sobrio y puro, y su hermosa decoración de azulejos, del gusto del Renacimiento, pintados á la italiana y rameados de amarillo y azul sobre blanco. Estas decoraciones son muy frecuentes en Portugal, donde á veces, como sucede aquí, se las aplica en tan grande escala, que cubren por entero los lienzos de pared, hasta el arranque de las bóvedas. Compuesta con excelente gusto, tanto en los compartimentos centrales como en los frisos que los cierra y enlaza con las ventanas, las puertas, los arcos y

los arranques del techo, presenta toda esta decoración de Caldas armonía de color, elegancia, delicadeza, y ocupa de tal modo la imaginación, que, á pesar de no haber en todo el templo mas que un solo cuadro, para nada se recuerda que aquellas paredes están completamente desnudas: tan ricas y abundantemente vestidas parecen. ¡Ojalá ocurriese lo propio en otros templos; porque, en general, aun en las principales iglesias portuguesas (v. g., en la Sé, catedral de Lisboa), ni abundan las pinturas, ni suelen ser de grande importancia, como hemos visto.

La gran masa de azulejos es la que más inmediatamente impresiona al penetrar en la capilla y abrazar el conjunto de la obra; después viene el deseo de que desaparezcan cuantos remiendos ocultan parte de los azulejos, como son el retablo principal, y, sobre todo, los dos laterales, tan indiferentes y vulgares cual suelen serlo todos los del siglo pasado. El púlpito los acompaña dignamente.

El cuerpo de la iglesia es de una sola nave, iluminada por dos ventanas altas á cada lado, de forma rectangular, terminadas en arco redondo y de una ornamentación sobria y elegante. Al pie de la iglesia, frente al presbiterio, y ocupando próximamente $\frac{1}{4}$ de longitud de aquélla, por el centro, y la mitad por los costados, se halla una gran tribuna ó coro alto, donde está el órgano, y cuya construcción (de la anterior centuria) ha estropeado las dos últimas ventanas comprendidas en ella. Esta tribuna se apoya sobre tres columnas, que pare-

cen del siglo XVI; una de ellas, la del centro, lleva en la zapata que descansa sobre el capitel la siguiente inscripción, dedicada á la Virgen, y cuyo latín conservamos: *beatam me dicent omnes generaciones*. ¿Estarían las columnas en aquel mismo sitio, soportando alguna otra tribuna, luego reedificada y ampliada? En este caso, sería de lamentar la pérdida de la antigua construcción, que, sin duda alguna, tendría más interés que la actual. Pero tal vez viniesen de otra parte del antiguo edificio.

Debajo de esta tribuna, y dando frente al altar mayor, están las rejas que comunican con el Hospital, y desde las cuales asisten los enfermos á los Divinos Oficios. Todo esto es asimismo moderno. Al lado de ellas, pero en el muro S., aunque todavía debajo también del coro, se halla la puerta del pequeño baptisterio, de planta cuadrada, recubierto de azulejos en idéntica forma y terriblemente modernizado — si acaso no es todo él nuevo — especialmente en su bóveda, pintarrajeada con una gloria y unos coros de ángeles que da pena verlos. La puerta es un arco de medio punto, también reconstruída. En el centro de esta capillita se halla la pila bautismal, preciosa joya del arte manuelino, de excelente gusto en su composición, adornos y bichas; recuerda la de la catedral vieja de Coimbra, más rica, pero trazada en el mismo género.

Forma juego con la puerta del baptisterio otro arco situado en el mismo lienzo de pared, al extremo contrario, y el cual, así como el que tiene enfrente en el muro opuesto, se halla

cerrado, dejando respectivamente dos huecos á manera de hornacinas, cuyo fondo plano revisten los mismos azulejos que el resto de la iglesia. Salvo esta diferencia de estar cerrados, ambos arcos se hallan exactamente lo mismo que el del baptisterio. ¿Cuál habrá sido el primitivo objeto de dichos huecos? ¿armonizar con el otro? En tal caso, faltaría otro enfrente de éste. ¿Habrán servido, como en su traza y situación cabría pensar — para dos sepulcros — y no hay de ello, á lo que entendemos, noticia alguna? ¿Serían altares? Sus dimensiones parecen muy pequeñas. ¿Formarían en su tiempo las entradas de dos capillitas análogas á la bautismal? Al menos, en el del muro de ésta, es imposible, porque parte del arco cae sobre la escalera de la torre. No tienen mas explicación que la de seguir las tradiciones románicas, que hacen uso de estos arcos ciegos como elemento decorativo para interrumpir la monotonía del muro.

Al lado de la puerta de entrada hay una pila de agua bendita en forma de copa, análoga á la bautismal, pero menor y más sencilla. En los dos altares churriguerescos que en la nave llenan los huecos resultantes de las diferencia de anchura entre ésta y el presbiterio, hay unos azulejos de estilo árabe, cuyo primitivo lugar se desconoce. Por último, el trazado y decorado de la bóveda son sencillos.

El arco toral, entre el presbiterio y el cuerpo de la iglesia, no es de buen gusto, y en sus complicados ángulos y curvas recuerda los canopiales del ya citado patio del Infantado en Guadalajara. Sobre este arcos, y siguiendo sus

amaneradas líneas, se halla el único cuadro que hay en toda la iglesia. Es un tríptico, ó mas bien un verdadero retablo, muy deteriorado, cuyos dos compartimentos laterales representan la calle de la Amargura y el entierro de Cristo; y el del centro, coronado de un doselete, la Crucifixión. La pintura ¿pertenece quizá á la escuela alemana, ó debe incluirse entre las llamadas de Gran Vasco? Hay quien entiende lo primero; su estado de deterioro hace muy difícil pronunciar sentencia, aun para jueces más conocedores. Los adornos son dorados y del gusto gótico florido.

Ahora, permítasenos aventurar una opinión, que creemos fundada. Este tríptico debe ser el retablo primitivo del siglo XVI, sustituido por el actual en el XVIII. Su forma general, sus asuntos, la dificultad con que se le ha mutilado para acomodarlo de un modo harto grosero á las caprichosas curvas del arco, cuyos remates, por cierto, no había razón alguna para ocultar en otro caso; la moldura dorada de la parte inferior, cuya fecha reciente es difícil desconocer; todo ello, junto, parece confirmar esta sospecha. Podría ser que el punto se hallase hoy ya perfectamente dilucidado, aunque no lo hemos visto en los pocos libros que conocemos sobre las artes portuguesas: si no lo estuviese, convendría estudiar los documentos del archivo de Caldas. En todo caso, el descubrimiento no parece, en verdad, ser de los que hacen una revolución en la historia.

El presbiterio, salvo el nuevo altar de que hemos hablado, se conserva bastante bien. Es-

tá todo revestido de azulejós, como la nave, y tiene dos ventanas laterales y dos puertas: una de éstas sirve de entrada desde un pequeño zaguán (quizá antiguo y aprovechado luego en la construcción que hemos dicho esconde toda la fachada del N.), en cuyas paredes aun se ve una pilita gótica lustral; otra da ingreso á la sacristía. Esta última puerta es interesante. Su adorno se compone de bellas jarras con ramos de azucenas (emblema de la Virgen), y una cinta, en la cual va esculpida en caracteres góticos una inscripción, que á la letra dice: *esa capela mādou fazer amuito alta he escrarecida he elustrisima rainha dona lianor molher do muito alto he potètisimo rei dom joham ho segundo he se aquavou naera mill u.* Esta fecha parece suscitar dudas, porque la era 1500 (única versión posible del *mill u*), corresponde al año 1462, en el cual no se había comenzado aún la capilla; sobre que el siglo XVI ya no se contaba por eras (1); en cuyo caso, *era* debe ser aquí errata, debiendo decir *año* 1500: la inscripción es bastante defectuosa en otros extremos (cosa nada rara por aquel tiempo) y consiente por tanto esta explicación.

La sacristía nada particular ofrece.

La bóveda del ábside es más complicada que la de la nave, sus nervios están muy retorcidos, y el conjunto no presenta el aspecto general de buen gusto que aparece en el resto del templo.

(1) Sin embargo, no recordamos dónde hemos hallado recientemente un ejemplo portugués en contrario.

Tal es la capilla de Caldas da Rainha, de bastante interés en su género para motivar las anteriores líneas, tanto más cuanto que ni los naturales del país ni los viajeros le atribuyen la importancia que, en nuestro sentir, merece (1).

(1) Raczynski (pág. 452) sólo menciona de paso la fundación de la capilla y la torre, de la que hizo "su primer ensayo de acuarela". Esto es todo.

LA VILLA DE ÓBIDOS

En la Estremadura portuguesa, distrito de Leiria, á poco más de una legua al SO. de Caldas da Rainha, á unas cinco horas de la estación de Carregado, y á siete por tanto de Lisboa, se halla la villa de Obidos, cuya población, de unas tres mil almas, se distingue en toda la comarca por sus ruinas, sus innumerables y lujosas iglesias, su pintoresca situación y su espíritu aristocrático y miguelista. De esta última circunstancia nace el abandono con que, en sentir de sus moradores, tiene á este antiguo pueblo la providencia administrativa, poco afanosa (en Portugal, como en todas partes), de otorgar sus preciosos favores á quienes reputa enemigos. De aquí que mientras la villa de Caldas, democrática por su origen hasta más no poder y que representa la alianza del rey con las clases populares del país, se ha visto constantemente protegida, embellecida, mimada por la dinastía, por los gobiernos, hasta ser hoy una de las residencias de verano más concurridas del país, Obidos vegeta en triste desamparo, viendo caer una á una las piedras de su antiguo castillo, que corona el cerro por cuya ladera oriental se extiende la villa, otro tiempo am-

parada por aquella fortaleza (1). Esta fortaleza, que todavía en tiempo de Raczynski debía conservarse en bastante buen estado para que le pareciese una de las más importantes de Portugal, apenas presenta hoy otra cosa que restos de los muros y torreones que abraza su vasto recinto, y desde los cuales se contempla un hermoso y dilatado paisaje. El autor hace notar con este motivo que, exceptuando las orillas del Rhin, sería difícil encontrar en parte alguna tan gran número de castillos como el que hay en el reino lusitano. Por cierto que, á pesar del interés que debió tener el castillo de Obidos, no se halla incluido en la colección de setenta y seis dibujos de construcciones análogas que contiene el manuscrito de Duarte de Armas, conservado en el archivo de la Torre de Tombo, en Lisboa, dibujos que se atribuyen á fray Simón de San José, monje paulista del siglo XVI. Verdad es que tampoco se encuentran en dicho manuscrito otros castillos, como el de Leiria, Pombal, Palmella y Montemor, el primero de los cuales es de muy superior importancia al de Obidos (2).

En cuanto á éste, forma una de las llamadas «ciudadelas triangulares» y fué construído, así como las murallas, por el rey D. Dionisio (1279-1325), esposo de nuestra compatriota

(1) Hoy, gracias á cierto personaje de quien hablaremos más adelante, parece ser que todo cambia. El Municipio ha regalado la fortaleza á la reina doña María Pía, y espérase de ella protección para el pueblo y restauración para los monumentos.

(2) *Les arts en Portugal*, cartas XXV y XXVIII.

Santa Isabel, hija de Pedro III de Aragón.

En realidad, si del espíritu religioso de un pueblo hubiera de juzgarse por el número de iglesias (dato extremadamente aventurado), difícil sería dudar de la piedad y fervor que hasta tiempos bastante recientes han debido reinar en la antigua villa. Ocho ó diez templos en una población de tres mil almas son más que bastantes para satisfacer las necesidades espirituales del vecindario: apresurémonos á añadir que de ellos la mayor parte se hallan en buen estado y permanecen destinados al culto.

Algunos son acreedores á singular mención. El más antiguo de todos, el Carmen (*O Carmo*), situado en las afueras, á la falda occidental del castillo, es una pequeña iglesia románica de transición, cuyo exterior ha sido muy alterado, pero que todavía conserva dentro, en el arco del ábside, sus nobles columnas de primorosos capiteles, sus azulejos esmaltados y otros restos menos interesantes. A la misma época y al mismo estilo pertenece San Martín, cuya linda portada de columnas no ha bastado á preservarlo en concepto de monumento; hoy pertenece á un particular y carece de culto (1). La iglesia de Santiago, actualmente capilla del cementerio, presenta algún resto de carácter ojival en la capilla mayor.

A muy otro género corresponde Santa Ma-

(1) En este momento no tenemos á la vista las *Reliquias de Architectura romano-bizantina en Portugal*, etcétera, del Sr. Simoes; pero no recordamos si en este importante libro se menciona la portada de San Martinho, digna indudablemente de no ser olvidada.

ría, principal parroquia al presente de Obidos y que ofrece grande interés, especialmente por los muchos cuadros que contiene del más célebre pintor portugués del siglo XVII: una dama, Josefa de Ayala, comúnmente llamada de *Obidos*, por ser natural de esta villa, donde floreció en la segunda mitad de aquella centuria (1634-1684) y donde yacen sus restos en la iglesia de San Pedro. Debido tal vez á esta circunstancia, que libra del olvido á la arruinada población, es el gran número de cuadros que en Santa María se encuentran, cosa verdaderamente extraña en las iglesias de Portugal; en ningún otro templo quizá hemos visto semejante abundancia. De estos cuadros, bastante desiguales en mérito, tal vez no todos pertenecerán á Josefa de Ayala, á la cual, sin embargo, se atribuyen en la localidad; pero en alguno puede leerse con toda claridad la firma de la autora con la fecha de 1681, y en muchos se advierten ciertos caracteres de su estilo, que no hemos estudiado con detenimiento, como sin duda merecen, pero que, juzgados sólo por la primera impresión, recuerdan las obras del Bassano.

En cuanto á la iglesia, en sí misma es de tres naves, grande y hermosa, edificada en el estilo del Renacimiento y reformada con posterioridad. El techo artesonado, de madera, está pintado con grandes ramos y hojas, según un gusto muy frecuente en Portugal hacia el siglo XVII y análogo á los de las salas *dos capellos* y de exámenes privados de la Universidad de Coimbra. Un dibujo semejante, pero azul sobre fondo

blanco, tienen los azulejos que recubren las paredes, alternando con medallones de figuras; azulejos que son los mejores de ese tiempo y género que hemos encontrado en Portugal. Citemos también un bello sepulcro plateresco y algunos ornamentos sagrados de los dos últimos siglos.

San Juan pertenece también al XVI, pero su primitiva construcción es difícil ya de reconocer por lo modernizada que se encuentra. La iglesia de la Misericordia (que tiene anejo un hospital) está interiormente revestida de azulejos rameados de amarillo y azul sobre blanco, muy parecidos á los de la capilla de Caldas. En cuanto al ostentoso templo del Señor de la Piedra (*O Senhor da Pedra*), que debe su nombre á un informe Cristo grabado en un trozo de roca y que inspira gran devoción en la comarca, es del estilo de D. Juan V (1689-1750), y por tanto amplio, pesado y de gusto dudoso. Forma un hexágono y se halla sin concluir, á pesar de lo cual costó la parte edificada 220.000 cruzados, esto es, cerca de dos millones de reales. En muchas otras obras podría gastarse lo que se necesite para acabar este templo con mayor provecho que en perpetuar una obra que honra poco á su tiempo. Algún que otro gadamecí y tal cual mueble característico portugués son lo único que merece citarse entre los objetos que contiene.

Respecto de construcciones de otra clase, debe hacerse mención del acueducto y del monumento en memoria de Alfonso Henríquez. La villa de Obidos pertenecía en otra época á las

reinas de Portugal; y nuestra compatriota la reina Doña Catalina, mujer de D. Juan III, mandó hacer el acueducto, que todavía lleva á la población el agua desde media legua próximamente.

El monumento de Alfonso Henríquez, primer rey de Portugal, que ganó á los moros la villa en 1148, consiste en una especie de templete sencillo, en cuyo interior, en el centro, se levanta una columna de estilo manuelino, terminada por una Virgen de la Piedad, que sostiene el cuerpo de Jesús en los brazos.

Por último, la situación general de Obidos, tendida en una pendiente muy escarpada, con sus casas antiguas, sus ruinas, su hermoso paisaje, su proximidad á la laguna que lleva su nombre, que es sólo una expansión de la ría, es muy agradable y pintoresca. Cercana á esta villa, y frente á las islas Berlengas, se halla la de Peniche, famosa por sus excelentes encajes, y cuyo nombre parece ser corrupción del de Península, por formar allí la costa el cabo que lleva la misma denominación. El extremo de este cabo es también pintoresco, como lo son las Berlengas, peligrosos islotes tan poco gratos para servir de habitación, que el convento de Jerónimos fundado en una de ellas por la reina doña María, segunda mujer de D. Manuel, fué bien pronto trasladado al continente.

APUNTES DE VIAJE

*En marcha. — Talavera. — Plasencia. — La Raya.
Santarem. — En silla de postas. — Caldas da Rainha.*

La línea denominada de Cáceres sigue casi invariablemente la marcha del caudaloso Tajo, inmortalizado por Fr. Luis de León con sus versos, Fernando VI con su escuadrilla de Aranjuez, y célebre por mirarse en el espejo de sus aguas cien ciudades de Toledo á Lisboa. Pasemos, cuan rápido pasa el tren por Leganés, conocido por su manicomio que nada tiene de modelo; por Fuenlabrada, famosa por sus rosquillas, sin detenernos á contemplar siquiera la torre morisca de Illescas, ni la iglesia donde cuenta la tradición que se apareció un ángel á Alfonso VIII para reñir al monarca por sus amoríos con una judía. No hagamos mención tampoco de los Maquedos y Altamiras de Torrijos, ni de su suntuoso palacio, fábrica de Juan de Herrera, pues más que todo ello atrae la atención Talavera, eternizada en la historia política y en la industrial. El tren, además, se detiene aquí y da respiro al viajero para reconstruir sus impresiones y reconstituir sus fuerzas gástricas en la fonda, mal servida,

es verdad, pero fonda al fin, donde traga uno lo que Dios quiere y como quiere, el fondista y el jefe del tren.

Las ruinas de Talavera de la Reina, desde el puente á los templos y á los monumentos de la arquitectura civil, atestiguan que fué teatro de hazañas tales como asedios y conquistas; cuna y tumba de insignes varones. Nada menos que cuatrocientos hidalgos se dice que yacen sepultados en una iglesia, mandados degollar por el suave soberano que se apellidó *el Bravo* y fué cuarto de su nombre; pero algo parecido á aquella carnicería de D. Sancho fué la llevada á cabo por nuestras tropas al mando del general inglés Welesley, en la legión mandada por el Bonaparte, en 1809; é insignificantes aun son estas matanzas, comparadas con las de los moros que talaron, devastaron é incendiaron cuanto existía en Talavera á fines del siglo XII.

Sus glorias en la industria de la seda y en la fabricación de la cerámica ordinaria le han dado tanta fama como su historia. Cierto que nunca hizo Talavera preciosas piezas finas de porcelana; pero sus lozas surtieron á media España de cacharros, y en todos ellos se observa una lucidez en determinados colores y un brillo en los vidriados, que con dificultad encuentran competidores. Son además incorrectos sus dibujos casi siempre, pero muy típicos los asuntos que quieren representar, y de un carácter tan ingenuo que interesa á todos los aficionados á estas obras de arte.

En la actualidad, Talavera se agita con mo-

tivo del monumento al P. Mariana, aquel que llegó á la defensa del regicidio en sus exageraciones jesuíticas.

Rival de la patria de Mariana fué Oropesa, cuya villa, coronada de almenada fortaleza, dejamos á un lado para dedicar cuatro palabras á Plasencia, ciudad romana de múltiples tradiciones. No lejos de ella se encuentra el monasterio de Yuste, último asilo del emperador Carlos V. Aquellos hoy desmantelados muros albergaron un tiempo al que se entretenía en arreglar relojes, después de haber desgobernado todas las máquinas de los más poderosos Estados de la Tierra.

Atrás Plasencia, se cruza el Tajo, ya imponente, y burla burlando se llega á la última estación española, para de allí á poco entrar en Portugal, en este pedazo de la antigua patria ibérica que el despotismo y la necesidad de unos cuantos soberanos españoles separó de la unidad común, para baldón eterno de sus nombres y padrón de ignominia de sus torpezas.

No sé si es ilusión; me parece que las diferencias entre ambos pueblos son mayores que sus semejanzas: ¡tanto puede degradar á un país la continuada tiranía, y tanto puede enaltecer el ejercicio de un régimen liberal! ¡Con cuánta pena se hacen estas observaciones al trasponer la raya divisoria, más ideal que real, marcada á despecho del derecho geográfico y de la justicia establecida por la Naturaleza mediante la unidad de la raza! Al traspasar la línea cuesta trabajo convencerse de que aquel suelo no es ya España, que aquello no si-

gue siendo Iberia. Sólo cuando se ve á los aduaneros, algo más corteses (aunque no mucho) que nuestros carabineros; cuando se ven los árboles abundantes y mejor cultivados, mayor la calma y reposo de los viajeros, tranquilas las estaciones, como si un viaje fuese algo serio en la vida, que no requiere ir acompañado del rasguear de la guitarra y los vapores del aldeido, sino como excursión donde lucha la esperanza y el recuerdo; cuando cesa, en fin, la bullanga y el jolgorio, y se escucha una lengua llena de sonidos nasales, sin guturales ásperas, con consonantes dulces, con una música que difiere esencialmente de la fonética castellana, sólo entonces se convence uno, lleno de dolor, de que no está en el suelo de España.

Caminamos por Alem-Tejo (*Alem-Tejo*, ó sea *Allende el Tajo*), pasando sucesivamente por poblaciones que conservan escritas en piedra las páginas de la dominación romana y de la civilización de la Edad Media, y llegamos á Santarem.

La antigua *Scolabis* se tiene por los eruditos como anterior á la fundación romana. Entre las ruinas merece la Alcazaba especial mención. Santarem fué punto estratégico en el paseo militar de Napoleón I, y á no gran distancia se encuentra Torres-Vedras, cuya famosa línea, defendida por Wellintgon, dió malos ratos á las tropas imperiales.

Dejemos que la locomotora, el coloso de nuestra edad, como la llamó en su hermosa composición Ruiz Aguilera, siga hasta Lisboa, y emprendamos la marcha en un carruaje á Caldas da Rainha.

Los portugueses hacen todo al revés de los españoles; ó viceversa, nosotros hacemos todo lo contrario que ellos. Las cuestas arriba dejan reposar al ganado, y vuelan en los llanos y las cuestas abajo, mientras que nuestros cocheros entienden al revés el sistema. Los *aurigas* lusitanos no hablan una palabra con las caballerías; alguna que otra vez se les oye un sonido semejante al *st*, que en castellano significa silencio, y en tierra de Camöens equivale á arrear los caballos; y como las carreteras se hallan cuidadas tan bien como nuestros caminos de las Provincias Vascongadas, en poco tiempo se recorre la pintoresca distancia que media entre aquellas dos citadas ciudades.

En la mitad del trayecto se hace alto para descanso y almuerzo, en Río Mayor, pueblecillo donde encuentra el viajero (como en la generalidad de las aldeas) una posada con honores de hotel, y siempre pescado y carne en abundancia, de buena calidad y todo bien condimentado. La baratura característica de Portugal puede comprenderse con el siguiente ejemplo: almuerzo de cinco personas (contado el cochero) y dos cuartos de á dos camas, ocupados hora y media, *diez tostones*, es decir, *veintidos reales*.

Mis lectores creerán que comimos alpiste; pues he aquí el *menú*: huevos al plato (dos por barba); *bifi*, ó sea un *beefsteak* muy hecho; merluza fresca de las playas de Nazareth, frutas y queso, café ó té, pan y vino.

Al pagar nos miramos los comensales, pues

esperábamos otra tostada en vez de estos *tostones*. ¿Se habrían equivocado en la cuenta?

De trecho en trecho, hállase el camino limitado por corpulentos árboles formando espesa alameda, y...

Al cabo de cinco horas de viaje y una y media de descanso en Río Mayor, llegamos á Caldas da Rainha, sitio real donde se disfruta de una temperatura agradabilísima, con un ambiente perfumado de pinos, y brisas marinas de la próxima laguna de Obidos y de la concha de San Martinho do Porto.

La reina doña Leonor, esposa de D. Juan II, fundó en 1485 el establecimiento de baños termales, allí donde se encontró el manantial, y dotó con rentas propias este patronato dedicado especialmente á los pobres. Su hospital cuenta siempre con quinientas camas para enfermos de esta clase, y hoy se calcula en unos dos mil el número de los que concurren á estos baños. El establecimiento se reedificó más tarde, en 1747, por D. Juan V, y en la actualidad se halla montado á la altura de los mejores de Europa, tanto por su limpieza y comodidades, cuanto por la organización facultativa. La temperatura de las aguas es poco menos de 34° centígrados, y la afección para que se emplea con mejor resultado el reuma.

Cerca de Caldas hay otras aguas minerales sulfurosas como éstas, y ferruginosas, y de distinta composición en los manantiales denominados de Aguas Santas y de las Janellas, de menor importancia y menos frecuentadas.

Los alrededores de Caldas son un encanto; la

temperatura, según queda dicho, de un fresco delicioso; la sociedad, por mitad española y portuguesa; la vida, barata y comfortable, y en fin, los dos paseos de la Mata y de la Copa, de primer orden. Los aficionados á la música y al baile, los enamorados y los entusiastas del *dolce far niente* encuentran la realización de sus ideales en el *Club*, casino donde, además del aseo y agrado, como se dice en las casas de huéspedes recomendables, pueden disfrutar por *sesenta y seis reales*, pagados al ingresar (3.000 reis), de té y pastas, todas las noches de la estación balnearia, que empieza el 15 de Mayo y termina en Octubre. Las señoras, dicho se está que no pagan. Y por este sistema, una familia numerosa, compuesta de varias señoras y de un solo caballero, goza de los beneficios por aquel precio inverosímil, y de salón de lectura donde hay periódicos franceses, portugueses, y dos españoles: *El Imparcial* y *La Epoca*. Mis lectores comprenderán que en vez de Caldas esto debe llamarse *Jauja*.

La fundación del Hospital es tan generosa como el Club: admite pobres de cualquier nación con tal que traigan sus documentos justificativos de pobreza, siendo mantenidos y cuidados por un mes.

Además del establecimiento, Caldas es renombrado por sus lozas artísticas desde tiempo inmemorial. ¿Cuándo empezó esta industria? Se ignora. Pero acaso se remonta á tres siglos. Que siempre tuvo un fin artístico más bien que práctico, se prueba porque los platos famosos no son para comer, sino para colgar; los jarros

están cegados por el cuello, y sólo para fruteros y usos, en que el ornato entra por mucho, se emplean. El estilo de estas faenzas es siempre el de Bernardo de Palissy; su célebre plato del reptil constituye el modelo repetido y constante.

La fabricación tomará en breve grande incremento gracias á las nuevas instalaciones de Bordallo Pinheiro. Este hombre de extraordinario talento, de verdadero genio, director del periódico *Antonio María* y de *Los puntos sobre las íes*, ambos de caricatura, se ha propuesto extender la industria con el auxilio de la sociedad que le ayuda en la empresa, compitiendo con las principales fabricaciones de cerámica. Hoy hace teja, ladrillo y loza, é intenta producir porcelana tan pronto como se encuentren kaolines á buen precio, como los que utiliza Sacaven en las vajillas usuales y Oporto que le disputa la concurrencia. Los productos de Caldas son á veces maravillas de arte por la finura de la pasta, la elegancia de la forma y el buen gusto del ornato.

En breve se montará un museo de reproducciones como el de Kensington de Londres y el de Nápoles, para educación de los obreros.

Y ya que nos ocupamos de este asunto, dediquémosle algunas líneas.

CERÁMICA LUSITANA

Ofrece grandes dificultades la historia del arte de trabajar las tierras cocidas en el vecino reino. Pocos son los aficionados é inteligentes en el ramo, y sólo el lindo Museo Arqueológico de Lisboa empieza á formar su colección, hoy todavía insignificante. Cuando los tribunales decidan si debe pasar á la nación el soberbio legado de piezas cerámicas que el difunto rey D. Fernando dejó á la condesa d'Edla, podrán estudiarse todas las fases por que han pasado las lozas y porcelanas en Portugal. Porque entre las raras prendas que adornaban al padre del actual monarca, tenía la de ser perito expertísimo en la materia y famoso coleccionista. A fuerza de tiempo y de constantes excursiones por el país, consiguió reunir un hermoso museo de piezas raras, cuyo principal mérito estriba precisamente en lo que echa de menos el viajero en la galería de antigüedades antes citada, y es á saber: que se encuentran en aquél objetos de todas las épocas, desde los primeros vasos informes, hechos al estilo primitivo y según los tipos posteriormente clásicos, hasta los retorcidos, elegantes á veces, á

veces *barrocos* del gusto de Meissen y en general de Sajonia.

Claro es que existe un estilo *peninsular*, con caracteres comunes á Portugal y España, en la cerámica, como en otras artes; como, por ejemplo, la pintura (en tablas especialmente); pero dentro de este estilo ibérico, Portugal se distingue en los *azulejos* y en las faenzas á lo Palissy.

En aquéllos, sin embargo, han de reconocerse tres clases: los moriscos, muy raros y de gran mérito; los de influjo holandés, y los de gusto italiano, los más generalizados en el país. Consérvanse pocos, aunque notables modelos de los mudejares, que revestían á veces fachadas enteras, y de cuya clase se encuentran en corto número en pequeñas poblaciones. La reina doña María Pía acaba de recibir algunos muy preciados de la villa de Obidos, que le han sido regalados como recuerdo de una visita hecha al histórico pueblo en el pasado estío.

Al gusto holandés pertenecen, entre otros innumerables, los que decoran el palacio del conde de Almada en Rato (siglo XVII), y que son soberbios, tanto por su pasta como por los grandes dibujos de composición, cuyos asuntos se refieren á la historia de la independencia de Portugal bajo D. Juan IV.

De la antigua manufactura real de Rato, en fin, proceden los más célebres azulejos en el estilo del Renacimiento italiano, que se hallan repartidos por toda la nación vecina.

Las principales fábricas de loza (descartando á Sacaven, por su escasa importancia artística),

además de las antiguas de Lisboa (género Rouen), son las de Coimbra, Oporto y Caldas da Rainha.

La especialidad de las faenzas, procedentes de la primera de aquellas ciudades, es el barro vidriado negro, con tornasol de acero, de una delicadeza y finura admirables, y de una pasta comparable á los bustos de Negros hechos en nuestro Alcora.

Los talleres de Oporto han producido en todo tiempo variados ejemplares, imitando por lo general China y Japón, para vajillas; con menos frecuencia, el género Lunéville en piezas grandes de aguamaniles, pedestales para centros de mesa ó para sustentar lámparas, etc., y por último, en loza ordinaria han seguido el estilo de nuestro Talavera, con adornos en azul, para frascos de botica y cacharros de uso ordinario y corriente.

Pero Caldas da Rainha tiene más importancia que todo esto.

La manufactura de este real sitio data probablemente de antes del siglo XVI, y su estilo artístico quiere mantenerse en lo que pudiéramos llamar tipo Palissy. El célebre plato del reptil, propiedad del barón Gustavo de Rotschild, original del ilustre Palissy, es el modelo preponderante y repetido, desde tiempo inmemorial, en Caldas da Rainha. El trabajo en relieve, revestido de esmaltes vítreos de todos colores, predominando el amarillo, siena tostado y verde, siempre es fino, elegante, y, sobre todo, *realista*. Las piezas con guirnaldas de flores, piezas adornadas de animales (reptiles,

peces y mariscos en particular), ofrecen un dibujo tan naturalista como pintoresco.

En la actualidad la fábrica más importante de Caldas se halla dirigida por la familia Bordallo Pinheiro, familia de artistas. Un hermano, pintor, manda dibujos y notas desde París; el reputado caricaturista dirige los talleres; su célebre hermana pinta los platos de mayor precio, y otro hermano, en fin, ingeniero militar, se ocupa de la parte técnica y científica del establecimiento.

La reina de Portugal ha recibido no hace mucho un magnífico jarrón titulado *La pesca*, envuelto en su parte más ancha (por el dibujo es un tiburón japonés) por una red sutilísima, que encierra tipos de los pescados más usuales en la laguna de Obidos, donde la soberana portuguesa fué obsequiada con una excursión de pesquería el verano último.

Este jarrón, que hemos tenido el placer de admirar, no desmerecerá ciertamente al lado de la *poterie* de Oiron y Nuremberg del siglo XVI.

Con lo cual creemos hacer el mejor elogio de la loza de Caldas da Rainha, la más interesante de la cerámica lusitana.

*
* *

Pero hemos citado al director de la gran fábrica de Caldas, y es hombre que bien merece un capítulo aparte.

RAFAEL BORDALLO PINHEIRO

En el Portugal contemporáneo ocupa un puesto preeminente; el arte lo cuenta entre el número de sus hijos predilectos; en la amistad figura como típico modelo y en la familia como amigo, con sus debilidades cariñosas y sus entusiasmos pueriles.

Retoza en su espíritu la sátira como elemento primordial, y sin embargo, no es el nervio de su vida la broma ni su tendencia lo jocoso; antes bien, lo sublime le atrae y tan sólo lo vulgar le repele. Profesa á lo serio de la existencia (con ser tan poco) verdadero culto, aunque parece que pretende ocultar estas veneraciones á la generalidad de las gentes por no *desnaturalizarse*; es decir, por no perder ante los ojos del mundo el sello característico que lo ha elevado á la categoría de personalidad con significación propia. Su papel en la sociedad ha sido marcado por la individualidad que lo dió á conocer y á estimar, y, avaro de su originalidad, quiere conservarla. Pero acaso le pesa la representación, no por grande, sino precisamente porque se siente superior á aquella envoltura, y él pesa más que lo que las circunstancias le hicieron representar.

El Bordallo Pinheiro que se conoce es el feliz dibujante que retrata en una silueta á un hombre, presentándolo de cuerpo entero, esto es, alma y cuerpo; en un perfil ridiculiza á una clase; en un boceto marca un vicio social. Le sobra actividad para echar sobre sus hombros el empeño de cien problemas distintos á la vez, y para agotar sus arranques (no sé si su constancia) sería preciso que pronunciase discursos en la plaza pública, jugase á la pelota, resolviese fórmulas algébricas, condujera en la ambulante de Correos la correspondencia internacional, valsase todas las noches y cargara el horno de la fábrica de lozas de su dirección, todo simultáneamente y todo alternativamente, yendo en globo, dando disposiciones por teléfono, discutiendo en el aparato telegráfico, dibujando por taquigrafía fotográfica y...

Yo no digo que sea así: sólo me atrevo á aventurar que me ha producido este efecto su conversación. No defiendo que mi impresión sea exacta; lo que aseguro es que esa ha sido la impresión que me causó la conferencia de una hora con este hombre que no vacilo en calificar de extraordinario.

Su aspecto, sin embargo, no despierta nada de lo que queda escrito, sobre todo si cierra los ojos, ¡dos globos enormes! Pero su cuerpo es muelle como de turco; su estatura pasaría por colosal si se irguiera y si al andar llevara su humanidad en lugar de arrastrarla.

Pero hay un desnivel en el famoso caricaturista muy llamativo. La indolencia de su modo desaparece cuando, vestido de blusa y con

descomunales sombreros de palma en la mano, cruza los departamentos de la fábrica, tomándose el trabajo, que rara vez se impone, de enseñar aquel vasto arsenal de pruebas de su talento. Entonces se olvida de que suda andando de prisa, de que las alas del pavero no le protegen del sol, y agita los brazos á manera de aspas de molino, volteando el *jipijapa*, que pasa de una mano á otra con vertiginosa rapidez, señalando con el índice libre, hombres y cosas, los árboles de la posesión ó los montones de fango que luego ha de modelar el ejército de sus obreros, en cuyos semblantes se lee que le tiemblan y le quieren.

*
* *

Representa la edad que tiene, cuarenta y dos años, y por sarcasmo de la Naturaleza nació, según me dicen, en la calle de la Fe (Lisboa) el hombre que no había de sentirla muy viva, andando el tiempo, en materias religiosas. Hijo de distinguido pintor, aprendió el dibujo sin esfuerzo, al lado del padre. Pero el empeño de éste para que perfeccionase su educación en la Academia fué inútil, porque su natural *bohemio* reñía con el método, el orden y el sistema. De exaltada fantasía y de exuberante sensibilidad, no halló campo que le pareciera más á propósito para satisfacer sus aspiraciones que la escena.

Un día se resolvió, después de sufrir mil reprimendas de su padre, á exponerle su *atrevido pensamiento*, y exclamó como el galancete

de *El novio de doña Inés*: — « Quiero ser cómico. » — El padre comprendió que para hacer desistir á Rafael, sin que pisase las tablas, el mejor medio sería tenerlo sujeto entre bastidores. Y... le proporcionó un empleo en la secretaría de la Cámara de los Pares.

Allí empezó á interesarse en la cosa pública, siguiendo la corriente de la democracia, á cuyas ideas no ha hecho jamás traición. Pero aquel escenario pareció pequeño á Bordallo Pinheiro, y el año 1875 quiso salir en busca de aventuras, marchando al Brasil. Cuatro años permaneció allí, y tal vez no hubiera vuelto á la patria si el implacable odio de los conservadores del lejano imperio no le lanzara con cajas destempladas. Fundábanse los rencores en la historia de siempre. Los que comercian con la conciencia política le hicieron comprender que no había mas que dos caminos: someterse dócil y claudicar, ó el destierro. Se decidió por el segundo, cometiendo antes con su periódico *El Mosquito* lo que los reaccionarios quisieron hacer con él: un asesinato.

De regreso en Lisboa, creyó incompatible con la publicación de un periódico abiertamente democrático su cargo en la alta Cámara, y se negó á volver á él con objeto de desligarse de todo lazo y sacar á plaza el *Antonio María* (de caricaturas), que había de proseguir la tradición de su *Mosquito*, luchando encarnizadamente contra los *regeneradores* (conservadores). Y como Fontes, el jefe del partido *regenerador* se firmaba Antonio María Fontes Pereira de Mello (se tarda una hora en escribir el nom-

bre... como los «veinticuatro caballeros de la ciudad do Jerez» del cuento), llamó á su publicación con los nombres de pila del Cánovas portugués, como él, Antonio, pero no como nuestro Fontes, reaccionario, ni cuasi ultramontano, ni miope en política ni en el orden natural.

El *Antonio Maria* siguió su obra demoledora hasta el momento en el cual una disposición gubernativa contra la actitud de la Prensa de Lisboa, deseosa de mostrar su caridad hacia los desgraciados de Andalucía, víctimas de los terremotos, obligó á Bordallo Pinheiro (actuando de Medea), á matar su segundo hijo, como protesta frente á frente del Gobierno.

Pasadas aquellas circunstancias, Bordallo Pinheiro, que no sabía vivir en la ociosidad, sacó á luz la tercera hoja periódica que subsiste con su expresivo título: *Los puntos sobre las íes*, perseverando en la ruda campaña que le dió justa fama en Portugal y en el extranjero.

*
* *

En uno de sus viajes á Caldas da Rainha empezó á interesarse en la cerámica y á prestar á este género artístico mayor atención, cayendo de la habitual preocupación reinante en los pintores que consideran al arte de las tierras como pura alfarería.

Entregóse con ardor al estudio de la cerámica; buscó capitalistas, y establecida una empresa en grande escala, se puso al frente de la

manufactura. Bajo su inteligente dirección, el género y el gusto característico de las faenzas ha mejorado notablemente, según indiqué.

Pero la obra importantísima emprendida merece otro capítulo.

APUNTES DE VIAJE

Los santos de barro cocido. — Teorías estéticas de Bordallo Pinheiro. — Su Escuela en proyecto.

Dije al principio que el Bordallo Pinheiro que se conoce es el caricaturista. Pero mis lectores se maravillarán de que un caricaturista se halle haciendo los *pasos* de la *Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo!!!* Y, sin embargo, el Bordallo Pinheiro que hay debajo del exterior, ese que siente lo sublime con tanto vigor como lo cómico, aparecerá ahora, se revelará, asombrando á los que creían que su espíritu artístico se limitaba y circunscribía á lo grotesco, sin que lo dramático derramase una sola nota seria en su ingenio.

Le ayudan en su empresa, verdaderamente colosal, dos ó tres artistas de reconocido mérito, entre ellos el Sr. Vieira, catedrático de dibujo en el Liceo de Leiria, y trasladado recientemente á la Universidad de Coimbra.

¡Bordallo Pinheiro haciendo santos!

¡Y, sin embargo, qué santos! No recuerdo haber visto jamás una figura de Jesús tan plácida, tan tranquila y severa como la que ha

repetido en los ocho *pasos* que lleva modelados. El reposo del justo, la majestad del que tiene conciencia de la alta misión que debe cumplir; la sencillez de la verdad sin aparato, de la majestad sin orgullo y del amor como impulso de la vida providencial; todo lo que el Jesús representa en su peregrinación redentora se lee en aquel semblante más viril que el dulzón y amanerado á que desde el siglo XVI nos tiene acostumbrados la pintura y escultura italianas, y más suave que el Jesús de los siglos góticos. Como si resucitara Mantegna y Massaccio, la expresión del Cristo de Bordallo recuerda la corrección de las tablas de Quintín Matssys.

El problema era difícil. Quería el insigne artista modelar estas esculturas reuniendo á un carácter eminentemente humano un estilo enteramente peninsular del siglo XVII. Se hallan destinados los *pasos* á una iglesia de Busaco (del 1620 al 30) y la obra ha sido encomendada por el Gobierno y retribuída con mezquindad.

Entusiasmado con la idea se dedicó febril á penetrar cuanto se ha escrito por libre-pensadores y ortodoxos acerca de la personalidad de Jesús; estudió prolijamente en estampas y figuras, en tablas bizantinas y góticas, en lienzos y en monumentos arquitectónicos cuanto podía encaminarle á ilustrar su pensamiento para salir airoso, y así se enfrascó en el trabajo. Alonso Cano y Montañés, bien se ve que le satisficieron sobremanera, con preferencia á Berrugete ó á Juni. Viajó por España á tiro hecho, y el resultado de su laboriosa inspira-

ción ha sido sorprendente. Las *terra-cottas* de Caldas da Rainha honrarán al artista, la fábrica y la nación portuguesa.

Estos barro cocidos no son una bagatela. Se trata de 86 figuras de medio tamaño, y no se producen obras de igual ni parecida importancia muchas veces en el transcurso de un siglo. Exceptuado el Nazareno, quien por sí solo en cada *paso* vale más que el resto, todas las estatuas pecan de un estilo marcadamente italiano y dentro de las escuelas del siglo XVII, en que ya se han perdido las admirables creaciones de Donatello y de Lucas della Robbia. A nosotros nos hubiera satisfecho más este camino; pero para amoldarse al templo, y en armonía con los retablos antiguos, el Sr. Bordallo ha hecho bien procediendo así.

Y después del aplauso, vamos á la censura.

*
* *

Antes lo hemos indicado. Enfrascado el dibujante en sus estudios, ha forjado la teoría de que *el natural* resulta siempre pobre y mezquino ante la concepción. «Hay que idealizar la realidad, es forzoso embellecerla,» se ha dicho á fuerza de tratar con Jesús, adoptando la estética idealista, y como si Baumgarten fuese quien pronunció la última palabra en la materia. El hijo de Judea que Bordallo creó en su cerebro con prodigiosa inspiración, no lo ha encontrado en ningún mortal de estas campiñas privilegiadas. Aquel tipo, aquella expresión, no ha logrado verla reproducida en ningún hom-

bre, y dejándose arrastrar por su imaginación, ha generalizado, y de su abstracción nació su hipótesis de que el arte debe huir de copiar la naturaleza servilmente. Como se trata del Hombre-Dios, su concepto puede ser admisible. Pero lo que no convence es que de un caso concreto construya una tesis general.

Su hábito, por otra parte, de acusar lo saliente en la figura para producir lo caricaturesco, le ha llevado á encontrar confirmación á sus opiniones estéticas, de las cuales se halla enamorado. Mas, espíritu abierto á la reforma y enemigo de verdades dogmáticas, de definiciones conclusas, de ideas cerradas (con lo que se va derecho al convencionalismo), no desespero de verle en otro terreno el día que Jesús no le absorba por completo y los santos le dejen en paz.

* * *

De otra suerte, debe fundadamente temerse que la Escuela de Cerámica, en proyecto aquí, empiece enteca, convirtiéndose á la larga en manufactura de muñecos, en lugar de docto plantel de escultores y pintores.

Coquelin dijo no ha mucho á Bordallo que él acentuaba siempre la verdad, para que la verdad produjera la belleza.

A esta idea de un grande actor francés yo opondría la afirmación de un grande actor español: «El arte en general, y el teatro en particular, es ante todo y sobre todo, primero, *verdad*; después, *verdad*, y siempre, *verdad*.»

Por la verdad, es decir, por el *realismo*, es

Velázquez quien es sobre Murillo; Miguel Angel quien es sobre Canova... Y no me puedo convencer de que un talento como el del señor Bordallo no emprenda la senda del *naturalismo*, del *modernismo* que hoy constituye el alma de las artes.

No habría peligro en aplicar las teorías estéticas del célebre ingenio lusitano, si los alumnos de esta escuela se llamasen Rafael de nombre y Bordallo Pinheiro de apellido; pero si en vez del *modelo* estudian el *maniquí* los Gómez, los Garcías, los Fulanos, dejándoles que *embellezcan* el natural tal y como lo concibe el vulgo, resultará que lo arquitectónico se convertirá en obra de confitería, lo escultórico en trabajo de muñequería y lo pictórico en aleluyas ó cromos.

Sea de la planta, sea de la figura humana, sea de la masa geométrica, de todo debe ser el natural el maestro, y la verdad la base de la enseñanza. De aquí que si nos atreviésemos á aconsejar al Sr. Bordallo acerca del método de su futura escuela, le recomendaríamos sin vacilación y sin excepción: proscríbase el sistema de empezar el dibujo haciendo ojos ú orejas ó bocas ó líneas; principíese el arte dibujando ó modelando como la Naturaleza crea; no por fragmentos, sino por unidades completas, íntegras, *por todos*.

Elíjanse seres ú objetos sencillos, simplicísimos, formas geométricas, si se quiere, pero cópiense del yeso y nunca de la estampa. La brevedad y la razón de consuno lo aconsejan. Así empiezan los niños, así comienzan los

pueblos en su infancia, así deben principiar los artistas. ¿Qué motivo abona cambiar el método más lógico?

Tiene un ejemplo admirable en Portugal que imitar; Joao de Deus. Aplique el sistema racional de lectura el Sr. Bordallo á su fábrica.

Quizás estoy predicando á un convertido... ¡perdón entonces!

Acaso alguien me arguya de que yo en cambio no predico con el ejemplo, pues me atreví á hablar de un hombre á quien conocí solo una hora, y de memoria lo inventé.

Tengo mis temores, y se fundan en que el retrato no se parece al original: él vale mucho más que mis elogios. Pero si conseguí dar una idea aproximada de su valer, me doy por satisfecho.

Las visitas y los tratamientos. — Un paseo á Óbidos y su laguna.

Tutto il mondo é un paese, dicen los italianos y tienen razón.

Los ferrocarriles, y en general todas las formas niveladoras de la comunicación constante en este tercio de siglo en que vivimos, han contribuído á borrar fronteras y suprimir diferencias.

Los ingleses (hablo de la aristocracia), gracias á la vida *alegre* del príncipe de Gales, han quebrantado sus severísimas costumbres, y la rigidez antigua ha desaparecido en parte, no causando escándalo que la gente viva con de-

vaneos y hasta licenciosamente como si se tratara de lo podrido de París.

Más ha conservado tal vez la *crème* del faubourg Saint-Germain sus intransigencias en punto á buenas costumbres.

Pero de lo que ninguna capital ni ningún pueblo se ha librado es de una cierta unificación en materia de vivir. La flor, la sociedad aristocrática, lo que los aristócratas, ó los que pretenden serlo, llaman *la sociedad* por antonomasia, se copia servilmente en Portugal, en Alemania, en Rusia.

Todos se visten por idéntico figurín, andan de igual manera, hacen exactamente lo mismo, y lo peor es que *la sociedad* se pasa la vida sin ocuparse de nada como no sea de cosas tan insignificantes como visitar. Y las visitas en Portugal llegan á ser verdaderamente tan insoportables como... como en todas partes. ¡Cuánto se reirán en los siglos venideros nuestros sucesores de esta fórmula social que consume una porción de la existencia humana y que no responde á nada absolutamente, ni á interés, ni á afecto, ni á goce!... En este país, si seis veces al día se encuentra á una persona conocida, en seis ocasiones se le ha de complimentar. No basta el saludo con el sombrero; la gente elegante se para y cuando menos se da la mano, y allá van para repetir el cumplimiento dos horas más tarde.

Los *tratamientos* tienen aquí el mismo carácter que en Italia, pueblo con el cual existen muchos más puntos de contacto de lo que la generalidad cree. Así como entre nosotros hay

muchos *Don sin din*, como decía Quevedo, aquí todo el mundo es *Excelencia* ó *Ilustrísima*, como en Nápoles.

Y porque hayan vuelto del revés lo nuestro, ó nosotros hayamos establecido lo contrario de lo lusitano, el segundo de aquellos tratamientos sociales ú oficiales es superior al primero. Aquí media un abismo entre el *Vuecencia* y el *voacé*, de igual modo que en Italia entre el *Ella* ó *Lei* y el *voi*.

Los franceses suprimieron las jerarquías, y lo mismo es *Monsieur* el zapatero que el potentado; y *Madame*, la verdulera ó la duquesa, y todos son *vous* para la conversación.

*
*
*

Huyendo de la vida *de relación sensible*, como diría un filósofo, me vine á esta pequeña villa de Obidos, desde donde escribo las presentes líneas.

Obidos hállase situada en la eminencia de un pétreo promontorio y todavía se conservan algunas, aunque pocas, huellas de cimentaciones romanas. Una ermita, en el promedio de la ladera que mira á Poniente, fué templo dedicado á Júpiter Olímpico. En aquel entonces la laguna de Obidos llegaba hasta la falda de las rocas que sirven de pedestal al pueblo, y las naves triremes desembarcaban hombres y productos de apartadas regiones. Después, sucesivos terremotos y la obra lenta pero continuada del continente robando tierra al mar, han hecho que la laguna se encuentre hoy á cuatro kiló-

metros del puente romano, que da entrada á la villa, sobre cuyos estribos se construyó otro, y el cual á su vez ya está casi cegado.

La laguna (que mide once kilómetros de largo por cuatro de ancho, y donde más quince metros de profundidad) era por su fácil embocadura en el Océano puerto de refugio y punto por el cual Obidos estaba amenazado siempre de invasores. Así se explica que desde remotos tiempos estuviese fortificada la ciudad.

Cierra la población altísima muralla, donde hoy es imposible descubrir ningún rastro de los primitivos muros *reticulatum*. Sólo de los siglos XII y XIII se conservan vestigios, y la mayor parte de aquellos soberbios espaldones no pasan más allá del siglo XV. En uno de los baluartes se lee la siguiente inscripción en caracteres onciales:

“E: m: CCCCXIII. A.º 6. N. Mes do itubro: foi: comiçada esta: tore: p. madado d El: Rei: Do: Fernando: da: qul: foi: veedor: A.º Miz.º da: Toura: e: foi de la: M: f.º: Doz: e: foi: firta: a: custa: de: dito.”

De igual época (1413) y posteriores son los demás torreones.

El camino que á todos los une, la torre del Homenaje (hoy convertida en campanario de una de las ocho iglesias del pueblo), y el casti- llo de avanzada que mira á la laguna, se hallan, á pesar de la ruina de los siglos, en bastante buen estado.

Al pie de este último, comenzando sus cimientos donde concluye el faldón del almena-

do muro, fundó Santa Isabel (española), reina de Portugal, mujer del rey D. Dinis ó Dionisio (primer tercio del siglo XIII), un convento que casi subsistió íntegro, hasta que en 1833 los cañones de la guerra civil portuguesa acabaron de derrumbarlo.

De Santa Isabel y de doña Leonor quedan huellas por todas partes, restos de civilización de la Edad Média, así como los nombres de don Juan II y D. Juan V se hallan con frecuencia también, sin que falten en esta villa, ni por todo el país, odiosas reliquias de la dominación austriaca de los Felipes, tan ominosa aquí como en España.

En construcciones civiles debe citarse algún que otro pormenor curioso que se conserva en casas particulares, desde el gusto románico del siglo XII, hasta el estilo del Renacimiento, que entre nosotros se denomina *plateresco* y aquí *manuelino*, por el célebre D. Manuel que dió tantos días de gloria á Portugal con sus descubrimientos y viajes, y que tanto protegió las artes y las ciencias. Alguna, aunque insignificante, construcción, lleva el nombre del infortunado D. Sebastián, el más romántico de los reyes.

Pero todos estos detalles en la fábrica de los edificios, desparramados aquí y allí, dando carácter á la población y haciéndola parecerse ora á Toledo, ora á Palencia, á Salamanca, y á Zamora particularmente, carecen de importancia, en punto á construcciones civiles, al lado de la obra del acueducto, que mide unos siete kilómetros, y que fué construído por una princesa co-

mo premio á la lealtad de Obidos á su causa en no sé qué contienda. No recuerdo el nombre solo sé que, dada en arras la ciudad, y mostrándosele fieles sus hijos, la princesa mandó construir esta obra colosal, que aún se utiliza, y que con ser más modesta que el de Segovia y cien y cien más y de ínfima importancia artística, es, no obstante, modelo digno de mención.

Y ya es tiempo de hablar de lo más notable de Obidos, ó por lo menos, de lo que hace que su nombre sea más generalmente conocido en el país y fuera. Aludo á la pintora Josefa de Obidos ó Josefa Ayala. Esta artista del siglo XVII (1634 á 1684), en los treinta y tantos años que pintó de los cincuenta que duró su vida, produjo gran número de cuadros de dos estilos diferentes. El primero de la escuela sevillana; el segundo marcadamente italiano.

Josefa de Obidos era una española, natural de Sevilla, é hija de un Ayala venido á Portugal, donde casó, y cuya causa siguió luego en las contiendas con nosotros.

La primera manera de Josefa fué pobre y sin otro mérito que la inspiración; después fué á Italia, copió á los Rafaelistas (antecesores y sucesores del pintor de Urbino) y aun al mismo maestro. La parte superior de la *Transfiguración* fué copiada por la Ayala con verdadera destreza, y se conserva aquí entre otros cuadros más ó menos originales.

A juzgar por la rápida inspección que de los cuadros de la pintura hemos hecho, no parece que deba colocarse á Josefa de Obidos entre los

genios; mas confesamos que es tal la capa de polvo que cubre á los más de ellos y se hallan á tal altura colocados, tanto en la nave central, como en las laterales, que es imposible juzgar con acierto. En breve se limpiarán con esmero, y tenemos la seguridad de que la limpieza realizará el mérito de tales obras, donde el dibujo se ve que es de mano magistral.

Las camas. — Más sobre la iglesia mayor. — El Senhor da Pedra.

Como quiera que es difícil en pocas horas recorrer todo lo digno de ser visitado en una población, con un *cicerone* al lado en lugar de una *Guía* en la mano, sobre todo cuando el acompañante atrae con su conversación y es de la calidad del que más adelante me ocuparé, no tuve mas remedio que descansar y hacer noche, contra mis propósitos, en Obidos.

Las camas de aquí son *plus minusve*, como diría la *cultilatiniparla* de *La niña boba*, iguales á las del resto del reino lusitano. Es decir, un pedazo de cal y canto tendido sobre unos pies de hierro. Colchones que se mantienen de pie como tablados de carro, y almohadas como libras de chocolate, colocadas contra un rollo duro como cilindro de máquina. Cierta amigo mío que fué á Caldas da Rainha, atraído por la fama del fresco, creyó desde el día siguiente que había empezado á padecer de reuma, y tomó baño tras baño muchos, hasta que se convenció de que lo que se creía reuma eran dolores causados por los lechos del país.

La lana está proscrita en absoluto, y no comprenden los colchones blandos de España, ni los mecánicos de muelle, que, como gran novedad, empiezan á introducirse para los extranjeros en varios hoteles lisbonenses. Aquí puede decirse siempre con propiedad que se está en el lecho del dolor. Si á esto se agrega que en Obidos, lo mismo que en todo sitio de baños ó próximo á aguas minerales, las pulgas abundan de un modo digno de ser cantado por otro Villaviciosa que compusiese una *Pulguea*, como aquél una *Mosquea*, se comprenderá mi noche toledana. Gracias que no me molestó ningún *Juan de Garona*, como llamaban á cierto parásito nuestros clásicos escritores.

* * *

Consérvanse en la iglesia principal de Obidos (no estoy fuerte en las advocaciones y se me olvidan), que tiene planta de antigua basílica, un techo pompeyano bastante regular; una admirable colección de azulejos, italianos por su estilo, pero tal vez de procedencia holandesa; varios ornamentos y algún repostero del siglo XVII y un porta-óleos en marfil, del siglo XIV, y que, en nuestro humilde entender, es pisano.

Alrededor de esta hermosa caja circular, de una pieza, se ve el Apostolado, con ese carácter gótico lleno de sobriedad, y cuya principal belleza estriba en el modo de estar tratados los paños. Los extremos son flojos de dibujo, pero

las cabezas ofrecen expresiones dignas de estudio.

También hay algunos broncees antiguos y un mueble mudejar en la sacristía.

Al salir agradablemente impresionados de esta iglesia mayor en la segunda visita, encontramos en la hornacina que corona la puerta de la ermita inmediata una virgen de loza, regalo de Felipe II y obra de la celebrada faenza de los Países Bajos.

*
* *

Después de visitar aquí una casa para recrearnos en originalísima ventana, allá una calle donde á lo lejos se divisa entre las ruinas gracioso y elegante hogar *manuelino*, acullá un balcón dividido «por gala en dos» por esbelta columnilla ó parteluz, fuimos á dar en el *Señor da Pedra*, monumento erigido por don Juan V, asentado al pie del pueblo, y desde donde se admira pintoresco panorama, variado y rico.

*
* *

El *Señor de la Piedra* es una tosca efigie bárbara, que parece gótica, labrada en un pedazo de roca en forma de cruz y en grotesca posición; un Cristo señalado con un punzón sobre una cruz y que parece un feto. La leyenda la hizo digna de veneración por los milagros que dicha imagen se dice realizó: la historia ó el análisis cuenta que este Cristo, de época muzárabe, fué sin duda oculto por los cristianos que siguieron viviendo bajo la dominación musulmana, y

acaso se le enterró en alguna huída de nuestros mayores ante las armas musulmicas, y hallado más tarde, ó por la tradición, ó por la casualidad.

Sacado á luz, se le condujo á una modestísima capilla, casi un nicho; posteriormente los devotos le construyeron al lado una ermita, y, finalmente, D. Juan V, en una de sus excursiones por esta región de la Estremadura portuguesa, quiso mantener viva la devoción de los fieles, y erigió un monumento neo-clásico, ó de anuncio del que habría de llamarse tal, sencillo de líneas, elegante de construcción, aéreo, esbelto, simpático, aunque no de buen gusto, y sobre todo tan originalísimo, que de fijo no habrá otra iglesia semejante en la Cristiandad.

Hay algo característico del arte peninsular en su conjunto. Al penetrar en su recinto, olvidándose el viajero que entra en un templo católico, la primera impresión es la de hallarse entre los muros de un salón de aquellos inmensos cubos de la Alhambra; tanto por la forma de la bóveda (interina, de madera), cuanto por la abundante luz que se derrama en el interior por las anchísimas ventanas altas, parece salón profano, destinado á tribunal, á Bolsa, á sala de ceremonias, á trono, á baile.

Constituye su planta un cuadrado perfecto, pero invertido en sus ejes, dada la colocación usual del presbiterio y público; y en dos de sus ángulos opuestos matados, se ha construído el altar mayor y el coro. Ancho peristilo aisla el centro de una tribuna que corre por cinco de

los lados del hexágono efectivo del plano, y hallanse en el barandaje cuatro celosías, detrás de las cuales colócanse los ministros del Señor, mientras el penitente se postra de hinojos á la parte de fuera. El efecto de estos confesonarios abiertos no hace presumir el secreto de la confesión, sino antes bien, que en el tribunal de la penitencia va el fiel como á hablar directamente con Dios, con el *Senhor da Pedra* que se halla en el presbiterio, y no con el pastor de almas que se sienta de lado y mirando al tabernáculo tras la pequeña celosía interpuesta entre el sacerdote y el pueblo.

La fábrica, por sus macizos, por la solidez y la corrección de las líneas, recuerda al Escorial, si bien por la alegría no tiene punto de semejanza.

Exteriormente, cuatro poderosos contrafuertes, que forman cuatro arcos greco-romanos, dan acceso á la iglesia, útil para servir de fortaleza.

El monumento puede clasificarse de una *humorada* de insigne arquitecto y de *capricho* de fantasía de un monarca poderoso.

Así es el *Senhor da Pedra*; veamos cómo es su capellán.

EL PADRE ANTONIO

En España y fuera de ella suele encontrarse algún cura demente como Galeote, alguno fanático como Merino, alguno poeta como don Juan Nicasio Gallego, algún Muñoz Torrero, algún padre Jacinto, algún Curci; pero no es frecuente tropezar con un cura como el que motiva estos renglones.

El padre Antonio de Almeida es alto de cuerpo y enjuto de carnes, como el hidalgo manchego; bien parecido, moreno de color y elegante, á pesar de sus maneras descuidadas. Lo mismo cuadra en su mano el báculo que el sable de caballería, el estoque del abate que la bengala militar, la fusta ó la pica. Hay de todo en aquella extraña figura: mucho de marcial en su aire, algo correcto en sus formas, no obstante su desenvoltura, y un no sé qué de grave y severo á través de cierta ligereza y buen humor. Mira siempre alto, como si dominara cuanto le rodea, sin que la altivez asome á sus negrísimas pupilas y sin lastimar á quien con él discurre; antes bien, se siente el interlocutor atraído por aquella mirada de águila, experimentando á su lado un sentimiento indefini-

ble de simpatía, que no se halla exento del que inspira la vista del león aprisionado, pues es difícil llegar á convencerse de que aquel bonete y aquella hopalanda no son negro suplicio para el espíritu del padre Antonio, y la sacristía del *Senhor da Pedra* horrible cárcel que pugna por romper inútilmente.

Más que un portugués, el cura de Obidos parece un florentino: tal resulta de la finura y delicadeza con que se expresa y del clarísimo ingenio con que suple su razón adonde su ciencia no alcanza, sustituyendo con la intuición la profundidad de las meditaciones. Para su inteligencia, pensar es ver; la reflexión en su entendimiento equivale al acto rapidísimo de adivinar. Lo que en el común de las gentes nace de la obra lenta y de la continuada elaboración de trabajos intelectuales, brota en él como la chispa al contacto del pedernal. Y por análogo proceso se producen sus sentimientos y ejecuta sus acciones: no se contenta con amar lo bueno, sino que lo ha de realizar inmediatamente. No es el místico que en el retiro de su celda se extasía con la visión del bien y de lo justo, sino el obrero incansable de nuestros días que aporta el fruto de su tarea á la obra de la civilización contemporánea. No dice con Fr. Luis de León:

« ¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido!... »

sino que grita con Ruiz Aguilera :

« No arrojará cobarde el limpio acero,
mientras oiga el clarín de la pelea,
soldado que su honor conserve entero. »

Y es de advertir que si lo grande le embarga, lo pequeño le atrae y le interesa. Así mezcla sus rezos y sus cantos profanos, sus obras de caridad y sus distracciones sociales, las visitas y los sermones, yendo del órgano á la guitarra, del púlpito á la tertulia, de la pintura á la excursión artística, y rellenando su vida con todo lo que puede ocupar la actividad humana. En un solo día predicó dos veces, cantó en un concierto para beneficencia, acudió á extinguir un incendio, acompañó á la reina de Portugal á una excursión arqueológica, visitó unos enfermos pobres, y por la noche, no sabiendo qué hacer, se fué á ayudar á los pescadores de la laguna de Obidos, que son sus protegidos. Y aquí entra lo importante de la obra del padre Antonio.

Cierta poderosa empresa explotaba la pesca de la laguna hace algún tiempo, retribuyendo miserablemente á la desdichada gente de mar, y el padre Antonio se propuso emancipar á aquellos infelices. Su palabra, estéril en un principio, logró, á fuerza de tacto y de paciencia, hacer mella en los sencillos pescadores, convenciendo á todos de que podían recabar para sí las pingües ganancias de los contratis-tas; y con efecto, mediante el auxilio pecuniarío del cura de Obidos, con sus consejos, bajo su dirección, organizaron una sociedad cooperativa é industrial que ha convertido á los obreros en capitalistas. La hermosa obra de nuestro clérigo fué castigada ni más ni menos que como lo hubiera sido en España: con la suspensión de licencias por el prelado.

Mas él, que no se arredra, acudió al primado de Portugal, demostró que su vida moral no tuvo ni tiene tacha, confundió á sus detractores, y le devolvió el patriarca, con su buen nombre, la capellanía del *Senhor da Pedra*, donde obtiene una renta de dos mil duros, que reparte entre los pobres y sus parientes (1). En la actualidad ha emprendido otra campaña evangélica tan meritoria como la de los pescadores de la laguna: la emancipación de las obreras de Peniche.

En este pueblo, como en Brujas y otras ciudades de los Países Bajos, y aún en nuestro Almagro, todas las mujeres trabajan en encajes del estilo llamado Honiton, semejante al *guipure* de Chantilly. Estas encajeras son explotadas de un modo inicuo por comisionistas y comerciantes, pues les pagan á unos *tres reales* el metro de encaje, que se vende luego á más de *tres duros*. Ahora bien; el padre Antonio, aunque todavía no ha logrado gran cosa con tales operarias, se promete hacerlas comprender, al fin, que pueden salir de la esclavitud para trabajar por cuenta propia.

El padre Antonio no es monárquico ni republicano, ni se mezcla para nada en política; es demócrata por instinto, por temperamento y porque pertenece á la clase de los agricultores, capa social intermedia y verdaderamente demo-

(1) Al obtener este capítulo la honra de ser traducido al portugués y publicado en un diario de Lisboa, otro periódico de Oporto, ocupándose del presente estudio, rectificó esos datos; mas no tenemos á la vista la rectificación, y lo sentimos.

crática del vecino reino. Ni la rancia ni la moderna aristocracia valen en Portugal lo que esta clase media de labradores, que educa muy bien á sus hijos, en quienes hoy casi está vinculado el grado superior de la cultura moral é intelectual del reino lusitano.

Nuestro sacerdote estudiaba matemáticas, preparándose para una carrera científica, cuando una enfermedad aguda lo llevó desde la Universidad á su pueblo para reponerse. Allí, por afición á la música (posee una soberbia voz de *bajo cantante*), cultivó el género religioso, asistiendo á algunas aulas del Seminario. Unos románticos amores vinieron á determinar su vocación, no sin el consejo del célebre obispo de Vizeu (jefe que fué del partido liberal, como es sabido), que le cobró grande estima. En poco tiempo y con brillantez cursó las enseñanzas del Seminario y se ordenó. Nunca ha pretendido el padre Antonio figurar en el alto clero, cosa que le habría sido fácil dadas sus dotes y sus relaciones; pero hombre de principios, cree servir mejor á su ideal desempeñando la augusta misión que se ha impuesto de levantar el nivel de los *desheredados*, sirviéndoles de apoyo y de consuelo.

De vuelta de las fiestas de Nazareth, vi la última vez al célebre capellán de la Piedra llevar la Virgen en procesión á toda prisa por el camino de San Martinho do Porto; y como comprendiera él que me maravillaba aquella conducción, poco menos que en volandas, de la imagen, me gritó:

— No se extrañe usted, pues en cuanto en-

cierre en casa á la señora, he de volver á San Martinho, donde cantaré el aria del Duca Alfonso, de *Lucrecia*, en un concierto á beneficio de los pobres.

Un escritor racionalista portugués le dijo al padre Antonio la primera vez que cruzó con él la palabra: — La verdad es que, conociéndolo á usted, se reconcilia uno con la Iglesia católica.

Yo, siempre que he visto á este hombre, que canta, dibuja, toca dos ó tres instrumentos; habla francés; sabe de artes, de arqueología y de historia; entiende de literatura y de filosofía; conoce las matemáticas; domina las ciencias naturales; á quien le son familiares todos los problemas del derecho moderno; que razona sin preocupaciones y con tolerancia acerca de la cuestión social; que es justo con las exigencias de la Internacional, de la República y hasta del nihilismo, aunque señale los errores de todas las escuelas reformistas; que lleva una conducta ejemplar; que salvó á una pobre niña la vida con riesgo de su vida propia; que adora á su madre, y que, por fin, sabe hacer compatibles todas las formas de la vida social de hombre civil con su sagrado ministerio, dedicando su existencia preferentemente á cuanto pueda conducirle á la obra que ha elegido de emancipar á los esclavos blancos; siempre que he visto á este hombre, repito, me he preguntado si debe ser cura.

Y, á vuelta de muchas reflexiones, he llegado á la conclusión de que así debían de ser todos los clérigos, ó por lo menos todos los prelados.

Más sobre los encajes de Peniche y los pescadores de la Lagoa.

Es Peniche una plaza fuerte, asilo de emigrados españoles, depósito designado por el Gobierno portugués para los que tienen necesidad de comer el negro pan de la emigración.

El pan amargo *de verdad*, el que reciben todas las mañanas, como socorro, del jefe de la plaza.

Peniche, como Villa do Conde, es una pequeña población en que todo el mundo vive, lo mismo que antes en nuestro Almagro y siempre en Brujas ó Cluny, de los encajes. Los hombres se dedican á la agricultura, ó son pescadores de las playas más ó menos próximas; las mujeres son encajeras.

Toda ocupación constante, todo oficio dominante en un pueblo, lleva consigo un determinado influjo en los hábitos sociales. Y así resulta en Peniche (de igual manera en la citada Villa do Conde), que el orden, el espíritu de método, de arreglo, de sistema en todo, se traduce y revela en las distintas esferas de la vida de esta población. Esta observación puede hacerse en las casas de Almagro, donde se conservan las almohadillas y se juega con los boliches y los alfileres de mil colores. No es posible hacer encaje con las manos sucias y manchado el vestido. No es posible reñir con las comadres y estudiar el dibujo sin perder la cuenta de los hilos y el número de los nudos. Esta tarea es menos mecánica que la de hacer media, y como

lleva consigo algo más que el trabajo automático, lleva al propio tiempo elementos intelectuales y artísticos. Así, en el pueblo de Peniche, en medio de su extremada pobreza, hay algo que respira buen gusto en las modestísimas casas y en el modo peculiar de peinarse y vestirse sus mujeres.

Los encajes de Peniche son análogos al *guipure* de Chantilly. Pero es particular: ni una sola de las encajeras sabe dibujo. Herédanse los modelos, cópianse unas á otras; pero siempre hay cierta novedad en lo que cada cual añade al modelo repetido. Mirando detenidamente los pañuelos, las franjas para guarniciones, para los *canesús* (creo que se llaman así) de las camisas de señora, se nota que la imaginación individual ha agregado en cada tira de dos trozos, al parecer idénticos, nuevas hojas, labores nuevas, una punta que entra, una palma que sale. La mecánica de un telar, el movimiento uniforme del aparato fabril jamás alcanzará la elegancia ni el sello personal que revelan estas obras de arte y de paciencia (1).

¡Y pensar que estas pobres mujeres, modestísimamente vestidas, tejen encajes toda la vida de los que nunca adornarán sus trajes ni sus personas!

¡Y pensar (esto es peor) que lo que ellas venden á peseta el metro, ó dos pesetas, se

(1) A estas fechas debe estar funcionando la Escuela de dibujo creada recientemente por el ministro de Obras públicas, Sr. Emigdio Navarro, y cuya dirección se ha encomendado á una hermana del artista citado antes, doña Augusta Bordallo Pinheiro.

venderá luego por los comerciantes á tres, á cinco, á diez duros!

La generalidad de las operarias *rendilheiras* venden las *rendas* por contrata, y no pueden hacer un metro que no sea para el comerciante, que ejerce su vigilancia por el sistema del espionaje.

A Dios gracias, es decir gracias al padre Antonio, va haciendo campo la idea de la emancipación. Ellas empiezan á comprender sus intereses y á buscarse su mercado, imponiendo sus leyes en lugar de aceptarlas. Pero la obra es lenta, lentísima.

Lo propio ha ocurrido con los contratistas de la pesca.

La sencilla gente de mar trabajaba para los que en grande escala adquirirían, con el fin de revenderlo, todo el pescado de la Lagoa.

La predicación democrática, *socialista y demoleadora*, como la llaman los *negreros* de aquí, va convenciendo á los pescadores de que es preferible ser á la vez capitalistas y trabajadores, obteniendo directamente el precio de sus sudores y afanes.

Ya comprenderán mis lectores que la obra social del padre Antonio de Almeida debía tropezar hasta con el patriarca de Lisboa y con el Nuncio; pero se trata de un hombre que no se acobarda, y hoy se halla en estrechas relaciones con ambos, y ha desbaratado á sus detractores, venciendo en toda la línea, desde el palacio hasta la cabaña. Porque él, que se contenta con ser demócrata, busca siempre la manera de aliar á su bandera al grande y al pequeño, con

objeto de realizar su obra moralizadora y humanitaria.

Las Gaieras.—Las Janellas.—Aguas santas.—El ferrocarril.—San Martinho do Porto.

Invitado por el propietario de una magnífica quinta próxima á Caldas da Rainha, he ido á beber una copa del vino que elabora el Sr. Pinheiro, y en verdad que parece néctar el sabroso líquido. Sobre todo, el vino de pasto resulta enteramente un Burdeos por el *bouquet*, la finura y la transparencia.

Los vinos portugueses en general son excelentes, pero no siempre finos ni bien elaborados, si se exceptúa el *Collares*, que no cede el puesto al mejor *Château-Laffitte*. Y el galante jefe de la familia nombrada se ha propuesto, y conseguido hasta ahora, mejorar esta elaboración, convirtiendo el basto mosto de esta región en vino ligero de mesa, sin compostura alguna por supuesto. Ya el Sr. Pinheiro ha ganado los primeros premios en varias Exposiciones nacionales y extranjeras, y logrado una de las poquísimas medallas (once, según creo), de protector de la agricultura, ó, lo que es lo mismo, individuo de la más alta consideración en el cuerpo ó consejo superior agrícola del país. Sus ideas, marcadamente *miguelistas*, ó *carlistas*, como si dijéramos, no le han privado de obtener ni aceptar esta tan elevada distinción, puesto que no se trata de nada político ni de nada en que el Gobierno intervenga de otra manera que como impulsor ó fomentador de las

reformas en punto á intereses materiales de la nación.

Pertenece dicho señor á una familia distinguida y de tradiciones aristocráticas; pero que, á la usanza inglesa, trabaja por mejorar las industrias y comparte la gloria de la nobleza y los blasones antiguos con la de desenvolver la riqueza patria. Vive con los suyos en la quinta de las Gaieras (donde por cierto hay otro pequeño manantial de aguas termales), que forma una gran posesión, perfectamente montada y administrada. Compra la cosecha de las viñas en la comarca y allí obtiene los vinos con extraordinario esmero.

La casa, con honores de palacio, se halla alhajada á la antigua, encerrando preciosidades artísticas y arqueológicas. Han restaurado los actuales dueños todo el mobiliario primitivo, y en el estilo *Imperio* guarda estrados completos de verdadero mérito. En *bargueños* del siglo XVI, en camas de estilo *manuelino* de palisandro y cedro, en bronce neo-clásicos del siglo pasado, en cristalería antigua portuguesa y francesa, en plata labrada, etc., etc., conserva la casa una riqueza. Son dignas de museo, especialmente, varias piezas de plata repujada, pertenecientes á la vajilla de familia, y la pequeña aunque selecta colección de porcelanas inglesas (Derby), francesas (Sèvres) y algunas de Sajonia. Entre las segundas descuella un juego completo para café y té, de porcelana á *la Reine*, regalo de no sé cuál princesa de Orleans á los antepasados del Sr. Pinheiro, y que constituye una verdadera y valiosa precio-

sidad. Los asuntos de las distintas piezas son diferentes todos y miniados los paisajes y las figuras maravillosamente.

Después de beber á la salud de tan cariñosos huéspedes por que su comercio de vinos con Francia crezca á medida de sus deseos, emprendí mi visita á la inmediata quinta de las *Janellas*, llamada así por el sinnúmero de ventanas que tiene. En ella no hay que admirar otra cosa que los soberbios zócalos de azulejos italianos del Renacimiento (siglo XVI) copiando variados asuntos de cuadros, místicos la mayor parte. Estos azulejos es posible que tengan origen holandés, aunque hechos en estilo italiano, pues los Países Bajos enviaban á Portugal en aquella fecha muchos de estos productos, según se ha apuntado.

No lejos de ambas fincas se encuentra la pequeña casa de baños minerales fríos denominados *Aguas Santas*, especiales para humores herpéticos, y que se toman por la generalidad, templados también. Uno de los componentes que más entran en dichas aguas sulfurosas es el hierro, y se cuentan prodigios de las curaciones que operan.

Son propiedad de la Cámara municipal de Caldas da Rainha, y concurren unos dos mil bañistas al año. El manantial es pobre, en Agosto sobre todo, y tomar un baño equivale á pasar la mañana esperando. Mejor es esto, á la verdad, que el que las desnaturalicen mezclándolas con agua común. Afortunadamente hay conciencia.

El establecimiento no tiene nada de parti-

cular, si no es el aseo, ni el paisaje tampoco. Se va á él desde Caldas por buena carretera, en burro ó en carruaje, y se invierte en el camino de ocho á quince minutos.

* *

San Martinho do Porto es un pueblecito que está á 18 kilómetros de Caldas, y que tiene una deliciosa y cerradísima bahía. La concha de San Martinho es muy visitada por las familias que prefieren las playas mansas á las bravas.

La primera máquina, mejor dicho, el primer tren desde Lisboa á Leiria, corrió el 5 de Agosto de 1887, quedando abierta á la explotación la línea denominada de Torres Vedras. Perteneció á la Compañía Real de los Caminos de hierro portugueses, y se ha construído con gran rapidez. Apenas si se colocó el balastro en muchos trozos, y sin concluir la mayor parte de las estaciones, se inauguró, porque los bañistas, particularmente, tanto clamaron, que la empresa hizo un esfuerzo en favor de los establecimientos balnearios y de las playas interesadas.

El ingeniero del Gobierno, inspector de la línea (que por cierto habla perfectamente español, y ha seguido su carrera en la escuela italiana de Bolonia), contribuyó á complacer á los bañistas.

Y á propósito del Sr. Borjes de Castro (casado con una linda hija de Badajoz), conviene consignar que en Portugal sirven los estudios

hechos en el extranjero, mientras que para nosotros, que tenemos un Colegio español en Bolo-
nia, los títulos obtenidos por nuestros colegiales
en la Universidad italiana, aun siendo las asig-
naturas idénticas y más ampliamente estudia-
das, no son válidos. ¡Lo eran en el siglo pasado
y en los anteriores, desde el XIV en que lo
fundó el cardenal español D. Gil de Albornoz.
Pero ¡¡¡vamos progresando!!! Cuantos esfuer-
zos se han hecho por los colegiales se han estre-
llado en el negociado correspondiente del minis-
terio de Estado y en el Consejo de Instrucción
pública. Hace cerca de medio siglo que se su-
primió la validez y no ha sido posible restable-
cerla. ¡Mentira parece!

Dejemos que siga durmiendo el expediente
en aquel negociado y en aquel consejo, para
nuestra mengua, y volvamos á San Martinho
do Porto.

El pueblo se halla asentado en la ladera de
un monte, expuesto á Mediodía, y al borde de
la concha citada. Al frente de la población se
ve Salir del Río, pequeña aldea que toma el
nombre del río Salir, que va á dar en la bahía
cerca de la barra. Los recientes trabajos del fe-
rrocarril han derribado dos capillas antiguas en
mal estado, y que decían eran interesantes des-
de el punto de vista arqueológico.

La cúspide del monte que defiende á San
Martinho, llamada Fajo, ofrece un panorama
admirable, abarcándose desde las playas de Na-
zareth hasta los islotes de las Berlengas.

San Martinho comercia con España en made-
ras de los vecinos montes de Marinha Grande,

que pertenecen al Estado. Aquí se embarcan en dirección á Málaga, donde van á servir para las cajas de pasa y otros envases. Este tráfico disminuye sensiblemente.

Cuenta el pueblo con una escuela de primera enseñanza para niños y niñas, y también se cursan algunas asignaturas superiores. Se debe el establecimiento á una fundación particular, cuyo legado fué otorgado por cierto rico propietario del país. El edificio es hermosísimo y construído *ad hoc*; el material pedagógico también excelente; de la enseñanza no podemos hablar, puesto que lo visitamos en vacaciones.

Recuerdos de Nazareth.—La pala de Aljubarrota.—Un ferrocarril de bueyes.—Marinha Grande.—Las landas y las dunas.—Las fábricas de resina y de cristal.—Detalles sobre la honradez de este país.

Entre las playas que todavía no están de *moda*, pero que serán privilegiadas en lo venidero, se cuenta la de Nazareth, pueblecito de pescadores situado al pie del santuario en donde se venera la Virgen, cuyos milagros son extraordinarios en opinión de las gentes del país.

La bajada á la playa para tomar las aguas es incómoda; pero en breve estará terminado un *elevador* ó ascensor como el de la Avenida de Lisboa, y con la proximidad del camino de hierro, multitud de personas de las que no van á buscar sociedad, diversiones, visitas ni ostentación de trajes, vendrán á este punto.

Dejemos la tradición ó la leyenda del sinnúmero de hechos atribuídos á la intercesión de

Nuestra Señora, y digamos que es tal la devoción del pueblo lusitano por su Virgen, que acuden el 8 de Septiembre, la Natividad, en procesión ó *cirio*, como aquí se llama, unas 80.000 almas. Nada más pintoresco que esta fiesta religiosa, en la cual lucen vistosísimos trajes las mujeres de la provincia del Miño (algo así como nuestras gallegas), al lado del *algarberío*, ó sea las gentes de la provincia de Algarbe (nuestras andaluzas), y las hijas del Alemtejo y las dos Beiras (la Extremadura y las dos Castillas). Cada pueblo que concurre en procesión lleva su música y una imagen, la más venerada ó la patrona, conducida, bien en una carroza antigua, cerrada á manera de urna, de cristales y con cocheros y lacayos á la antigua usanza, ó bien llevada dentro de un coche, donde no hay medios para aquellos lujos, y acompañada por un sacerdote, revestido. Es, en suma, un conjunto pintoresco de tipos variados, trajes diversos, colores extraños, en confusión indescriptible, que se mueve cual dilatada serpiente, de la playa á la ermita, de la cumbre al llano. Los cohetes (de que se abusa en Portugal de modo ensordecedor); los sones de las murgas, las más veces interpretando aires españoles de zarzuelas, populares aquí; el repique de las campanas en las poblaciones que cruzan los *cirios*; el acompañamiento de carros atestados de campesinos amorosamente abrazados á las *camponesas*, engalanados los vehículos con ramajes, banderolas y gallardetes, y las caballerías con cintas y penachos; los jinetes, que cabalgan con un aire enteramente árabe, mon-

tando los aldeanos con los estribos muy cortos, provistos siempre de largas picas con regatones dorados, flotando al viento las puntas de los gorros, de vivos matices; el paisaje, en fin, que es de primer orden en los alrededores, singularmente en Alcobaça, todo contribuye á que la fiesta de Nazareth sea digna de visita.

*
* *

Alcobaça, por su parte, que está en el camino, y Batalha, no lejos, atraen doblemente al amante de los monumentos arquitectónicos y de los recuerdos históricos.

Cerca de Batalha se encuentra el lugar erigido en villa, Aljubarrota, y cuyo blasón lo forma la legendaria pala de la hornera que mató no sé cuántos castellanos. Viendo el terreno se comprende que nuestros guerreros no se hallaban adornados de gran sentido común; pues al demonio se le ocurre batirse teniendo el mar á la espalda para la retirada, dejándose envolver por todas partes.

En fin, acaso hubo otra razón suprema en la guerra, cantada en aquella redondilla que dice:

« Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,
que Dios protege á los malos
cuando son más que los buenos. »

*
* *

En donde hoy pasa el ferrocarril, recorriendo una deliciosa campiña, por esta misma línea,

modificada la vía, circulaba hasta hace poco un ferrocarril tirado por bueyes. Aunque parezca paradoja, es verdad, y en años anteriores hemos tenido ocasión de verlo y de embarcarnos en él. Las cuestas arriba era arrastrado por los cornúpetos; las cuestas abajo descendía con la velocidad del rayo, contenido á fuerza de frenos y tornos. En el llano, con el impulso adquirido, seguía deslizándose y perdiendo velocidad, hasta que nuevas yuntas de bueyes venían á engancharse.

Entonces los viajeros echaban pie á tierra y caminaban á paso de carreta. La civilización y la antigüedad, los dos polos de la locomoción, se reunían en este ferrocarril de vía estrecha, montado para el transporte de maderas desde Marinha Grande, el gran monte del Estado, la gran *Mata*, como la llaman los portugueses, hasta el puertecito de San Martinho.

*
* *

No lejos de Leiria, enclavado en su distrito, se hallan estas plantaciones, que miden cuatro leguas á lo largo del Océano por dos de ancho en la faja hacia el interior. Desde el rey don Denis, es decir, desde fines del siglo XIII, dícese que existen estos pinares, teniendo por objeto la plantación contener las arenas de la costa, evitando que el viento las llevase en volandas sobre los sembrados.

La enseñanza del rey apellidado *el Labrador* se ha perpetuado, y el trabajo de la paciencia, análogo al de la obra colosal de los holandeses,

se viene repitiendo en el suelo lusitano. Las inmensas landas son verdaderas dunas, que aseguran el interior contra aquellas inundaciones de arenas tan temibles, más temibles que las inundaciones de agua. Al propio tiempo, la formación de esas grandes masas forestales ha influido en el clima modificándolo favorablemente, ha regularizado el curso de los ríos y ha creado una valiosísima producción.

Entre el río Liz, las orillas de Muel, el pinar de Leiria y el Océano Atlántico se extienden las dunas, engrandecidas en estos años en un espacio que no baja de 600 hectáreas, faltando por fijar unas 1.000 hectáreas todavía.

Las especies forestales que sirven para retener las arenas son el *pinus pinaster*, ó sea pino bravo, ó bravío, ó marítimo, y el *pinus pinea*, ó sea el pino manso.

Hállase cortado este inmenso pinar en cuarteles, con calles anchas, á fin de evitar en caso de incendio la propagación. Las plantaciones nuevas se llevan á cabo por medio de ante-dunas, fijando anchos tablones escalonados convenientemente, enclavados en la arena. Después se arroja á granel la semilla de pino, cubriendo con musgos todo el terreno defendido donde se arrojó la simiente. A los cinco años ya no hay peligro.

Los pinos se *geman*, ó se dejan sin *gemar*, por cuarteles, y según el uso á que se destinan los árboles. Cuando se trata de explotarlos para obtener resina, se les hace la operación de la sangría; cuando se les quiere destinar á ciertos empleos de madera, se utilizan aquellos que no

fueron tallados. Para los postes telegráficos se halla montado además el taller de inyecciones de sulfato de cobre.

La marina y la industria portuguesas se surten de maderas y resinas de Marinha Grande.

Hace años dirigía esta fábrica el ingeniero de montes y diputado á Cortes, que ha sido, D. Juan de Magalhaes, amigo nuestro, y persona que prestó eminentes servicios en el cargo. Hoy aquel progreso y aquellas mejoras iniciadas por el distinguido militar que siguió la ingeniería en Bélgica, y que en la actualidad manda un regimiento, ha continuado introduciendo todas las reformas experimentadas en Francia con resultado positivo y beneficioso.

*
* *

La fábrica aneja al pinar se explota por cuenta del Estado, y preciso es reconocer que con acierto sumo. Acaso podría la industria particular obtener mayores rendimientos desprendiéndose el Estado de una función que no le compete; pero ¿hay capitales y empresas bastante poderosas que reclamen esta enajenación? Cuando el Estado es industrial, prueba que los particulares no trabajan suficiente para que el monopolio oficial desaparezca. Día llegará en que un gobierno crea sonada la hora de abandonar á la industria particular este servicio.

También existe en Marinha una fábrica de vidrios, que ha sido nacional como las nuestras de la Granja y la Moncloa.

En ella se trabaja desde el fintglás al vidrio,

desde el bacarat hasta el cristal tallado de Bohemia.

Esta fábrica siempre ha sido renombrada y estimada en el país. Rara es la casa donde no hay un cacharro de Caldas da Rainha y un tarrete de cristal de Marinha Grande.

Lo que falta en estos talleres son modelos antiguos. Se han perdido los primitivos y se repiten las formas, no siempre elegantes. El vidrio en molde es el gran consumo por lo económico.

Si estos inteligentes obreros, que tanto en el soplado como en el lapidado hacen prodigios, tuviesen modelos venecianos, un museo necesario, indispensable en todas las manufacturas, los vidrios de Marinha podrían competir con los del extranjero. Pero la falta de estudio y de dibujo contribuye á que sus productos carezcan de buen gusto, aunque la calidad es aceptable en el género corriente, y buena en el género superior.

*
* *

Como detalles de honradez en Portugal, pueden citarse los siguientes hechos, entre mil.

Hace algunos años que la conducción de caudales para el pago semanal de los operarios en las dos fábricas de Marinha se llevaba á efecto por medio de una carreta que salía de Leiria con seis mil duros por la mañana y llegaba á la industriosa población al caer de la tarde. Todo el mundo sabía que aquellas cajas, acompañadas sólo del gañán ó boyero, conducían una crecida suma, y, sin embargo, no se dió caso de robo ni accidente alguno en muchos años.

La Guardia civil aquí no se comprende, ni existe guardería rural de ninguna especie.

La cárcel de San Martinho, edificio reformado, no se ha estrenado hace *dieciséis años*.

En casi todas las poblaciones pequeñas las ventanas bajas de las casas permanecen abiertas durante la noche.

¡Qué magnífico país aquel en que no hay rejas!

IBERISMO

Uno de los escritores portugueses contemporáneos más distinguidos, Ramalho Ortigao, definió hace pocos años la sociedad portuguesa del presente cuarto de siglo con inusitada acritud, del modo siguiente:

«Reunión fortuita de cuatro millones de egóismos explotándose mutuamente y aborreciéndose en común.»

La idea que tiene de *patria* el distinguido publicista dicho se está que es muy superior á la que la generalidad del vulgo abriga. Para él, á fuer de pensador, hay algo que necesariamente supone la nacionalidad; cuyo algo, donde no existe, huye la patria. Este algo, que liga solidariamente, es la «convicción de un pensamiento y de un destino común». La patria no la constituye el suelo, sino la idea.

A no saber que Ramalho Ortigao figura en la preclara pléyade de los positivistas portugueses, por los anteriores conceptos se le creería formando en las filas *hegelianas* al deificar *la idea* por cima del hecho histórico. Lo que sería preciso averiguar es hasta dónde concibe la extensión de ese *pensamiento* y ese *destino*, y si

opina que es posible la aparición de esa idea y tiene la aspiración de que se realice ese fin fragmentariamente, contra el derecho geográfico y contra las leyes históricas de las nacionalidades. He ahí el problema eterno, impopular en Portugal, pero inevitable en el transcurso de los siglos, ora mediante fusiones más ó menos *fortuitas*, como él las llama, más ó menos racionales, como deben soñarse.

Para esto último no creo haber exagerado al hablar de siglos, puesto que, como dice perfectamente el Sr. Labra, nuestro estado (la situación de España) no es propicia para que Portugal nos abra los brazos con la sonrisa en los labios y el entusiasmo en el pecho. «Pero—añade el representante de Cuba en su libro sobre Portugal—eso no quita para que vea clarísimamente la ley histórica que impone en nuestra época el hecho de las grandes nacionalidades y amenaza á los pueblos soberbios, que, á despecho de sus condiciones físicas y de la corriente general de los intereses humanos, persisten en pagar tributo á la preocupación del terruño, con la más humillante insignificancia, y á la postre, con la más vergonzosa muerte.»

El problema del *iberismo*, ideal de los antiguos progresistas, se halla latente *velis nolis* á cada paso y con todo motivo. Entendido como absorción, claro está que nadie puede soñar con semejante absurdo; pero por desgracia, la gente inculta en España, mirando al mapa de la Península ibérica, lo cree factible, y el vulgo ignorante del país lusitano lo teme de veras. ¡Como si no hablase elocuentemente el hecho

de que no se constituye en el mundo una nacionalidad sin el influjo más ó menos directo y favorable ó contrario del resto de las potencias! Pero es el caso que tamaños dislates se piensan y se temen, repito.

La justa susceptibilidad de los portugueses se irrita ante la idea de una fusión, y razón sobrada les asiste; pero de algunos años á esta parte se viene notando que, seguros de lo que ellos valen por sí solos, un tanto emancipados (á lo menos en el deseo) de la influencia inglesa, ya se permiten discurrir acerca de las fases del problema para un porvenir muy lejano, cierto, más futuro posible.

Lo dicho por Ramalho Ortigao, acaso sea perfectamente aplicable á España y á otras naciones, variando el número de los egoístas. Y la prueba se halla en que la patria italiana, antes de constituirse, se mantenía hecha pedazos por virtud de esos egoísmos, que allí se llamaron Toscana, Piamonte, Roma, Nápoles, y antes Módena, Parma, Ferrara y Lombardo Véneto, etc., etc. Aquella epopeya, sin embargo, se ha realizado en nuestros días contra las preocupaciones mezquinas del egoísmo interior y de la enemiga del exterior. Para ello, hasta los republicanos como Garibaldi y como Mazzini ponían su espada ó su cabeza al servicio de la grande obra nacional, olvidándose de si era un rey quien tomaba la iniciativa y si á la postre los intereses de una dinastía se engrandecerían al engrandecerse la patria. Esa faz del patriotismo no se repetirá en esta otra Península, donde no se siente la patria *una*, y donde des-

graciadamente son pigmeos los grandes hombres de Estado. Por acá no se usan los Cavour, sino los Cánovas ó los Fontes.

Sin embargo, allá por los años de 1851, se usaban gentes de más alcance con carecer de la brillantez del talco de nuestros modernos genios, y hubo en Portugal prelados como el obispo Matta y Sr. J. Foxá, gobernantes como Caldeira, diplomáticos como el duque de Palmella, el conde de Tojal, el vizconde de Almeida Garret, el Sr. Casal Ribeiro, escritores de la talla colosal de Latino Coello y de Alejandro Herculano, y en fin, propietarios, capitalistas, periodistas, diputados, tales como Nogueira, Coello de Magalhaes, Lopes de Mendouza, Sampaio, Salgado y muchos más, que inauguraron una propaganda iberista, unidos republicanos y monárquicos, unitarios y federalistas en la común aspiración.

La prensa, reservada al principio, se decidió á ayudar la propaganda, y sólo algún que otro órgano reaccionario (*miguelista*) atacó rudamente la idea, llamando *traidores á la patria* á los que suspiraban por agrandarla, ensanchando las fronteras ó borrando las que, torpezas é infamias políticas y sociales, levantaron.

Diferían á la sazón sobre si España y Portugal deberían fundirse en una sola nacionalidad ó aliarse; ser una federación ó una sola potencia.

El tiempo ha pasado, y lo que entonces entusiasmó á muchos portugueses, ha desaparecido con los años y con la enseñanza lastimosa ¿por qué no decirlo? que hemos venido dando

en España de aventura en aventura y de demencia en demencia. Quizás estamos hoy más lejos, no ya de *la patria una*, sino de la mera alianza que hace treinta y tantos años se procuraba y preveía.

Las causas son múltiples, y no es nuestro objeto analizarlas. Sólo nos proponemos con las presentes líneas consignar que, aunque por el momento nos hallamos lejos de aquellos ideales y de nuevas propagandas en dicho sentido, existe como latente el principio nacional, y cuando sin prevenciones se estudia, descúbrese que la idea iberista no se ha suprimido en el catálogo de las nobles esperanzas de ambos pueblos, de modo que de cuando en cuando aparece vagamente dibujada entre las utopias de algunos pensadores.

Lo que nadie creerá en los siglos venideros es que se hayan constituido partidos nuevos en uno y otro país por motivos fútiles, por ambición de poder, por principios generosos (las menos veces), sin que jamás se haya escrito la idea ibérica en la bandera de tales agrupaciones.

Unicamente de tiempo en tiempo se aventura algún político de los que, sin ser genios, tienen el instinto de lo sublime, ejemplo D. Juan Prim, á intentar una alianza. Quizás el egoísmo impidió que se llevara á cabo lo acariciado por el marqués de los Castillejos.

Como si hubiera un pavor extraordinario á tocar esta cuestión, nadie se atreve á afrontarla, sino con grandes reservas, en Portugal, excepción hecha de contado número de hombres

en quienes las convicciones pueden más que los prejuicios sociales.

La preocupación ha llegado á tal punto contra el iberismo en ciertas épocas, que la generalidad de los mapas del reino en las escuelas sólo representaban á Portugal y nunca á la Península ibérica. Esto ha labrado en muchas pobres gentes, que salidos de la instrucción primaria no tuvieron ocasión de volver á fijar la vista en una carta geográfica, la profunda convicción de que la vecindad con España no supone ese parentesco de continente que la Naturaleza ha escrito con su dedo en los mares. ¡Hasta la situación y la porción que España ocupa en la tierra es ignorada por muchos!

Pero lo que los intereses morales, sociales y políticos no consiguieron, quién sabe si van á ir lográndolo poco á poco los intereses mercantiles. Cuatro líneas férreas internacionales existen, y en breve serán cinco las que diariamente lleven y traigan los elementos de conexión entre ambos pueblos hermanos; una liga aduanera se impone para el porvenir, por más que es difícil que se desprenda ningún gobierno de los ingresos de las aduanas para el Tesoro; mas... se impone la necesidad, dijimos, y *habrá de ser inevitablemente*. El primer camino de hierro (del año 1853, según creo), levantó una polvareda terrible contra España, habiendo lusitano que creía nos íbamos á meter por allí uno á uno todos los españoles. De entonces acá ya se han convencido aquellos pobres de espíritu de que mientras Portugal se niegue á la unión, como Italia, ó á la federación, como Suecia-Noruega,

ó como Austria-Hungría, es imposible la invasión, la conquista y hasta la alianza.

Sería interminable este capítulo á seguir enumerando los fenómenos dignos de mención en materia de iberismo.

Nuestro propósito queda cumplido con haber marcado algunos puntos de atención.

Los toros. — La filosofía. — Algo de prácticas religiosas.

Los caballeros de á pie. — De reis á libras. — Un túnel.

Portugal tiene un punto de contacto vergonzoso con España: los toros. Allí, como en nuestra patria, existe aún el bárbaro espectáculo; pero nos llevan la ventaja de que, á pesar de la afición, igual, si no mayor que en España, á la salvaje fiesta, poco á poco va desapareciendo, mediante la supresión de *las suertes*.

Este festival, que se empeñan en llamar *nacional* sus partidarios en Madrid, á pesar de que de quinientas mil almas que cuenta la capital, sólo de diez á doce mil llenan la plaza; esta fiesta aquí, es, en opinión del distinguido escritor mejicano D. Gustavo A. Baz, como el *Pancho y Mendrugo* de nuestras corridas. O lo que es lo mismo, que hay igual diferencia entre la tragedia griega y el sainete de D. Ramón de la Cruz que entre los toros de allende y aquende la frontera.

No nos parece exacta la opinión de un distinguido escritor americano, expuesta en sus *Cartas sobre Portugal*. Aunque menos cruenta, fuera de la muerte de toros y caballos, allá se

van en punto á mechar á la hermosa fiera con rejonos y banderillas.

Los toros de muerte se suprimieron al mismo tiempo que los jesuitas, en la época del gran marqués de Pombal. Estos han vuelto, la *suerte* no. Cierta día que un toro cogió á un matador, el conde de Arcos, padre de dicho *amador*, como se llama aquí á los aficionados, se echó á la plaza y mató al bicho con su espada de corte. El célebre marqués pidió y obtuvo de José I la supresión de la muerte, pues «Portugal no debía ser un pueblo que sacrificase un hombre á un toro».

Los jóvenes de la aristocracia son tan entusiastas como los nobles madrileños. Pero la gran pasión, sin embargo, era la suerte de los *forcados*, es decir, los que sujetan los toros, dejándose *encunar* uno mientras que los demás rodean al cornúpeto, y como racimos de perros de presa se cuelgan á orejas y rabo, hasta que queda sometido el animal.

No hace muchos años murió á consecuencia de esta suerte cierto aristocrático forçado, y como quiera que eran muchos los que enfermaban del pecho en la diversión, el Gobierno, actuando de Pombal, prohibió los *forcados* en las corridas ordinarias de la plaza de Santana de Lisboa. Algo es algo. Ya esto y los embolados significan un progreso.

También son aficionados los jóvenes á representar el papel de rejoneadores ó caballeros en plaza, cuya suerte reviste un arte y una belleza muy superior á los tumbos de nuestros picadores.

Allí, como aquí, se han mezclado el Hospital y la Plaza de toros, como si aquél tuviese las puertas de par en par para recibir á los muertos, los heridos ó los magullados. La Santa Casa de la Misericordia es la propietaria del circo del Campo de Santa Ana en Lisboa, lo mismo que nuestro circo madrileño pertenece al Hospital Provincial. Antagonismo como el de la lotería, en que el Estado, jugador, persigue á los jugadores que no apuntan en la banca del Estado. La beneficencia mantenida con un espectáculo antibenéfico y antihumanitario.

* * *

Demos un salto desde el arte de Lagartijo á la ciencia de Sócrates.

La filosofía en el Portugal contemporáneo sigue una exclusiva tendencia: *el positivismo*.

Apenas si los católicos (esto es, los ultramontanos) oponen el valladar de la polémica á la dirección experimental. Por todas partes, médicos y abogados, literatos é ingenieros, se dejan arrastrar por Comte y Littré, por Buchner y Spencer.

Ha encontrado el terreno bien preparado la ciencia positiva, y cunde entre todas las clases sociales y por los ejércitos estudiantiles. Como Augusto Comte escribió un sistema completo que abarca desde la ciencia á la moral, desde el derecho á la religión, tocando á los polos de la existencia humana, la comodidad de poseer un catecismo completo como nuevo evangelio para el ideal de la vida, ha subyugado á cuan-

tos protestaban del Catolicismo (que son los más), encontrando doctrina hecha, dogma que oponer á otro dogma muerto en la conciencia de muchos.

El influjo inglés en la sociedad lusitana ha contribuído grandemente al efecto, desenvolviéndose un pueblo latino más en armonía con el carácter del norte que con los filosofismos idealistas de la raza latina. Ciertó que está también de moda en Italia la dirección positivista; pero allí se neutralizan sus avances con el trabajo de los que, como Vera en Nápoles, fundaron escuela, y con las tradiciones eclécticas de la generación de los Mamiani. Por lo demás, preciso es confesar que el criterio *realista* en las artes todas y en la literatura singularmente, coadyuva á que se admitan como verdaderas todas aquellas teorías filosóficas que se aproximan á semejante sentido, aunque no sea sino en el pomposo nombre de conocimientos *positivos*.

* * *

Yo no sé si será verdad lo que me cuentan de algunas procesiones y ceremonias del culto católico. Lo que he visto me ha llamado la atención, pues conserva tradiciones reñidas hoy con nuestras costumbres y usos en otros órdenes de la vida. Hay algo oriental en las ceremonias todas, tal como el quitasol que cubre al oficiante que acompaña al Viático y que remeda al que cubre al pontífice romano y á los pontífices orientales por igual.

Dícese que en Lisboa se repite todavía anual-

mente el *cirio*, ó procesión de San Jorge, la cual atraviesa las calles al estilo de Luis XIII, con pajes, escuderos, lacayos, hombres de armas, el rey y la corte. Abre la marcha un escudero, cuya armadura está formada de escamas verdosas, imitando la piel del lagarto, del cocodrilo ó del dragón clásico; sigue San Jorge, que es un muñeco vestido á lo Luis XIII, con su sombrero de plumas y sus botas calzadas las espuelas. El caballo, que no es de cartón, como el jinete, sino de carne y hueso, va rodeado á cierta distancia, donde no puedan alcanzar los pares de coces, de una cuadrilla de negros provistos de instrumentos usuales en el Congo ó en Mozambique; y por último, preside el rey D. Luis con sus *fidalgos* y cuerpos colegiados de caballeros cruzados de tal ó cual orden, vestidos de uniforme... y el rey de capeta... bajo palio... No lo he visto; pero creo que en todo esto hay exageración...

Del clero y sus costumbres se cuentan cosas análogas á las de nuestros frailes de Filipinas y aun á las de los de la metrópoli.

¡Bah! Los curas serán como los de todas partes.

*
* *

Las espuelas de San Jorge traen á mi memoria una costumbre, que no la pongo en duda porque le dan crédito mis ojos. Hay muchos jóvenes que se calzan el acicate desde la mañana á la noche, y ni tienen caballo ni montan ninguno de alquiler.

Dudando de que mis propios ojos me enga-

ñaran, pregunté con motivo de un ejemplar, y me respondieron:

«Elle nao tem cavallo, mais usa esporas por capricho; é uma fantasia; mesmo elle nao é cavalleiro, mais quer figural-o ;.....!»

Queda, pues, allí el símbolo de la caballería en los tacones de las botas; es decir, que aún vive y se pasea por la Península el hidalgo manchego. ¡El *Quijote* de Cervantes será eternamente humano!

*
* *

En Portugal ha cambiado la apreciación del trabajo y del valor de la vida con la influencia inglesa, á veces benéfica, perniciosa á veces.

Antes se contaba por *reis* (cien reis unos cincuenta céntimos de peseta), y la vida modesta llevaba consigo como cualidad interesante el buen método y la economía. Cuando más se contaba por *vintenes* ó *patacos* (medio real y uno próximamente, ó por *tostones* (cien reis, moneda del tamaño y valor equivalente á nuestros dos reales columnarios); pero ahora no se contentan con contar por *cruzados* (dos pesetas), sino que hablan siempre de *libras esterlinas* (cuatro mil y quinientos reis), como si esa fuera la unidad monetaria.

De aquí que insensiblemente la gente se ha acostumbrado á calcular por semejante moneda de oro, y la vida encarece y se desprecian las cantidades que antes parecían ser más respetables.

Si los portugueses de hace cincuenta ó sesenta años levantasen la cabeza y supieran que se

construía un túnel de puro lujo en Lisboa para que pase un ferrocarril inútil, y que en eso se iban á gastar (en el túnel sólo) *quince millones de pesetas*, se volvería á sus tumbas esa generación, pensando que se habían vuelto locos sus nietos.

Las obras públicas hoy en Portugal suponen.....

Basta: se hacen demasiado largas estas consideraciones.

La lengua de Camoens y la de Cervantes.—*“Peiche de corrida.”*—*Rectificación.*—*Un crimen, un concierto y la pena de muerte.*

Un amigo nuestro, sueco, el Sr. Munthe, filólogo distinguido, doctor en tales estudios de la Universidad de Upsala, nos decía en Madrid, después de haber escuchado en el teatro de la Alhambra los discursos de Moret y de Ivens, el explorador del Africa compañero del otro bravo portugués Capello:

—No conozco dos lenguas más iguales y más diferentes á la par que la lusitana y la castellana. La misma Gramática, la misma estructura, casi el mismo Diccionario, escritura parecida, y eufonía absoluta y diametralmente opuesta. La música del español se ve que es hermana gemela de la fonética italiana; la del portugués parece una fonética del Norte. Por lo nasal se asemeja más al francés que al castellano; por las inflexiones, la canturia, la acentuación, ningún filólogo se atrevería á clasificarla como co-lateral de España. Sus dos sonidos nasales en

ao y en *oe* son peculiares y exclusivos de la lengua lusitana, y casi se puede decir que la abundancia de los mismos son causa, acaso primera, de esa diversidad tan llamativa que me ha admirado al escuchar por vez primera en mi vida, uno después de otro, ambos idiomas.

El Sr. Munthe tenía razón. Y no podía haber mejor voto en la materia, puesto que, conaturalizado con todas las lenguas romances, conocía la Gramática de los dos idiomas peninsulares, y poseía medios sobrados para la ciencia comparativa del lenguaje.

Cuando nuestro oído se acostumbra á los sonidos del portugués, creemos que hablan nuestra misma lengua; antes de habituarnos á este lenguaje, que Campoamor llama *castellano sin hueso*, imitando el dicho de un clásico, nos resulta la más antitética de cuantas puedan oponerse al idioma de Cervantes.

Campoamor dice algo más duro aún del portugués, y es injusto. Porque ¿qué serían sus doloras sin ese elemento lusitano que él llama *piltrafa*?

*
* *

El comercio de pescados.

He aquí un tema digno de estudio.

En Madrid se come mucho pescado del Océano, procedente de Portugal. No hace mucho que un ex-catedrático, de Barcelona, creo, se hallaba en Nazareth en calidad de químico, al frente de una industria de conservación de la pesca para su translación á España. La exportación era en grande escala; y puede afirmarse

que la mayor parte de los pescados de gran tamaño y mucha grasa que se consume en Madrid procede de las playas portuguesas. Hoy no sé si todavía subsiste en esa capital la compañía explotadora del negocio; pero sí me consta que se consume mucha pesca de Portugal.

Pero lo que ignora la generalidad de los consumidores madrileños es cómo llega el pescado desde las playas hasta el ferrocarril, donde se embarca. Pues llega por el *sistema de corrida*.

Las mujeres (que en Portugal, lo mismo que en todas nuestras provincias del Norte y Noroeste trabajan mucho), salen de las playas con el pescado recién extraído del agua, y colocado en grandes cestas á manera de bandejas ó azafates, salen, repetimos, con la mercancía en la cabeza, las azules sayas de la sobrefalda remangadas en las caderas, la otra falda de mucho vuelo y de tela flexible, caída, descalzas de pie y pierna, sombrero de fieltro negro de ala ancha debajo de la banasta, los brazos al aire, y emprenden un trotecillo de legua y media y aun dos por hora, gritando al cruzar por las poblaciones: ¡*Peiche de corrida!* y siguen, siguen, con la parte destinada al camino de hierro.

Así, hasta en los pueblos más pequeños del interior, se come pescado fresco todos los días á costa del trote de las infelices *varinas*, de las pobres vendedoras de pescado.

*
**

Tengo que rectificar.

En uno de mis capítulos anteriores me hice

eco de la bufonesca procesión de San Jorge, patrón del ejército portugués. Pues bien, este *cirio*, que se verificaba tal como indiqué, se ha suprimido por el Patriarca y no se repetirá la mojiganga en lo sucesivo.

*
* *

....Se ha verificado en esta villa, mi cuartel general todavía, un concierto á beneficio de la infortunada viuda del doctor Rocha, administrador del concejo de Cadaval. Este distinguido médico fué bárbaramente asesinado, y se supone que la pasión política entró por mucho en el brutal homicidio. Era exaltado demócrata, y atribúyese al dinero de sus enemigos el pago del traidor puñal que dejó en orfandad seis hijos.

El autor del atentado se halla en presidio, á pesar de que las circunstancias agravantes eran horrorosas. Pero aquí la pena de muerte está abolida de hecho, y aun manteniéndose sólo para los militares, el rey se ha negado á aplicarla en más de una ocasión. "Antes firmaría mi abdicación que una sentencia de muerte, después de no aplicarse hace cuarenta años", dijo D. Luis en instante solemne. ¡Palabras magníficas que deben esculpirse en bronce, con letras de oro, para inmortalizar este rasgo de energía y de sentido político y humanitario! A fuer de imparciales, y aunque no nos entusiasmamos fácilmente con rasgos de los soberanos, dadas nuestras ideas, colocamos la sinceridad sobre todas nuestras opiniones políticas, y aplaudi-

mos donde hallamos la ocasión y el motivo, venga de donde viniere.

Y hablemos del concierto, cerrando el paréntesis.

*
* *

El cuarteto, admirablemente organizado por el Dr. Pinto, de Bombarral, y su simpática señora, ha venido á tomar parte en el concierto. No se trata de *aficionados*, sino de verdaderos maestros. Entre ellos (sin que suponga nuestro silencio desmerezcan los demás) queremos citar al Sr. Simoes, un artista de primer orden, *catedrático de música en la Universidad de Coimbra*. Subrayamos esas palabras para dar á entender que la clásica Universidad ha mantenido en el cuadro de sus disciplinas la enseñanza que nosotros también tuvimos en Salamanca y que después suprimimos. Durante la revolución se proyectó crear la música en los estudios generales de los Institutos de España; pero allá quedó arrumbado éste con otros importantísimos proyectos. D. Alonso *el Sabio* se asombraría, á ser posible que resucitara, de que en el siglo XIX se hiciera menos por la música de lo que él hizo en la Universidad salmantina el siglo XIII.

Pues bien, el Sr. Simoes, compositor, crítico y estético, posee la rara habilidad de tocar varios instrumentos, como si quisiera prácticamente explicar sus teorías con demostraciones y ejemplos de todos los órdenes, y *demuestra como un maestro*.

Y.... ¡bien haya el país que tiene abolido el verdugo!

Leiria. — Pombal. — Algo sobre el marqués del Pombal.

Empaquetado de nuevo en un vagón de ferrocarril, emprendí mi viaje hacia Leiria, desde cuyo punto empiezo la presente.

El aspecto de la ciudad es agradable, y aunque por la temporada de verano no se puede juzgar del movimiento de una población durante la vida normal de invierno, sin embargo, puede presumirse que no ha de faltar actividad en la ciudad de D. Diniz, sobre todo ahora que cuenta con camino de hierro que en breve la pondrá en comunicación directa con Figueira da Foz, y, salvando el Mondego, con Coimbra.

Leiria, capital de distrito (provincia), hállase enclavada en la Estremadura portuguesa y en las pintorescas márgenes del río Liz. Entre los monumentos que encierra dignos de mención se cuentan la Sé, ó catedral, edificio de tres naves, esbelto, con anchísimas ventanas que derraman torrentes de luz en las altas bóvedas.

Parece un templo románico restaurado y desnaturalizado probablemente por el señor don Juan V, que impuso su librea artística á todos los monumentos arquitectónicos, vistiéndolos con uniformidad cansada y fastidiosa.

Pero el poema pétreo de Leiria reside en las ruinas de su famoso castillo, donde alguien se empeña en descubrir las primeras cimentaciones romanas sobre el promontorio de rocas; en ver las huellas feudales, los rastros moriscos,

la restauración ojival, y por último, la de don Manuel.

De todo ello, lo que á la simple vista se percibe en aquella silueta de ruinas son los restos de los siglos medios, algún elegante balcón moruno y la rica ornamentación del monarca *afortunado* que compartía el cetro con una hija de los Reyes Católicos. La situación del castillo, por extremo romántica, y su silueta, que se destaca á distancia inmensa, le dan, más que aspecto de fortaleza, el de soñada mansión de leyendas amorosas ó de fantásticas tradiciones.

Tiene, por último, Leiria un bonito teatro aislado y poéticos alrededores de variado paisaje.

* * *

En poco más de dos horas me ha trasladado un *charr-á-banc* á Pombal, después de almorzar opíparamente en la capital de que antes me ocupé.

La villa, cabeza de concejo, cuyo nombre se ha inmortalizado más con servir para título al ministro de José I que con sus recuerdos históricos, se encuentra en extensa llanura y reclinada en la ladera de la colina denominada *Oteiro das Maias*. Sobre este cerro levanta su cerviz la Alcazaba, refugio de musulmanes y de los Templarios.

Los restos mortales del marqués de Pombal fueron recogidos en la parroquia de esta villa, siendo profanados por sus enemigos en 1808. Con posterioridad se trasladaron á Lisboa. Cupo al cadáver del ministro de José I la mis-

ma suerte de la que por su mandato alcanzó á las cenizas de otros personajes. ¡Castigo providencial!

En cuanto á él y su obra, se hallan tan divididas las opiniones y tan apasionados los juicios, que no puede todavía la historia pronunciarse en sentido favorable ó adverso. La crítica moderna en este país parece que condena á Pombal, pues estima que la expulsión de los jesuítas y la reforma de la instrucción pública, fueron medidas políticas para hacer que el influjo de la Compañía desapareciese, vinculándose en el despotismo que él ejerció.

La modificación de la enseñanza no tuvo tampoco la importancia que se le ha querido conceder; pues, en opinión de un escritor contemporáneo, no significó la secularización, sino el deseo de cubrir con una reforma en los intereses morales los brutales hechos de que está lleno aquel reinado.

Pombal, en cambio, para sus panegiristas es el alma del Portugal moderno, y nos inclinamos más á este parecer. Ciertamente que sus violencias y arbitrariedades dejan atrás los horrores é impiedades de varios períodos luctuosos de la historia; igualmente debe reconocerse que no logra hacer simpáticos sus esfuerzos para liberar al país de perniciosas protecciones, tales como la de los hijos de San Ignacio; verdad que repugna leer los actos atroces á que se entrega el ministro, propios más bien de los siglos medios que de la época donde la Enciclopedia revolvió los cimientos de la sociedad. Pero, á pesar de todo esto, la figura de Pombal pasará á

la posteridad, como ha pasado á nuestro siglo, representando un carácter.

Imbuído en las ideas del último tercio del siglo pasado, acaso no fué un hombre bastante superior para comprender su alcance ni penetrar el sentido destructor de lo viejo, fundador del nuevo tiempo y sembrador de los ideales del porvenir; mas prestó á su patria inmensos servicios morales y materiales que sería injusto desconocer. No siempre los genios son los encargados de cumplir las grandes empresas.

Basta de digresión.

El viaje á Oporto.—Apuntes del camino.

Dejamos á Pombal, con sus ricas minas de oro y plata y su cuenca carbonífera, y atravesamos el lindísimo valle de Soure.

La vía cruza el Mondego, el río Ibérico cantado por tantos vates, que, naciendo en las más empinadas cimas de la sierra de Estrella, viene á desembocar en Figueira da Foz; es decir, en la boca de Figueira, vertiendo su torrente en el Océano. Dos magníficos puentes salvan el caudaloso río cerca ya de Coimbra, y quedando á la derecha la histórica y docta población, sigue la vía férrea, aproximándose á la orilla del mar.

Saludemos á la ilustre ciudad y prosigamos describiendo el camino á la ligera.

Ya tocamos en Pampilhosa, punto de enlace ó de *entroncamento* con la línea de Beira Alta, que sigue hasta la frontera española por Ciudad Rodrigo. Mirando á los rails, que cual cintas

de plata se pierden hacia el Nordeste, parece como que enviamos una palabra cariñosa á Salamanca para que transmita nuestro aliento á la patria toda.

Las dos Universidades más antiguas de la Península, las que con Bolonia, la Sorbona y Oxford vincularon la ciencia, representando el cerebro de la civilización desde el siglo XIII, Salamanca y Coimbra, se hallan hoy unidas por el camino de hierro. La primera no significa lo que en tiempos pasados; la segunda conserva toda su importancia, que apenas si las escuelas superiores de Lisboa y Oporto consiguen mermar...

¡Mealhada, dos minutos!

Ese nombre recuerda una página brillante de la epopeya de principios del siglo contra el coloso de Francia.

Aquí el ejército de Napoleón es derrotado por las huestes luso-inglesas, al mando de Wellington, el 27 de Septiembre de 1810.

En este punto se apean los que quieren ir en diligencia á visitar Bussaco, el bosque agreste de mayor aspereza y de exuberancia mayor de Portugal. Domina la selva antiguo convento donde se descubre el llano en que sucumbieron las tropas del general Massena.

Bussaco... ¡Una ilusión fallida en mis proyectos; una esperanza para otro viaje al suelo lusitano!

La vía se acerca en Oliveira de Barrosima á las dunas de que hablamos anteriormente, y cuyo terreno de aquí á Aveiro ha comparado Reclus á la arenosa región que separa Bayona

de Burdeos cerca de la costa. Estamos en las landas lusitanas. Un paso más y entraremos en la Venecia de Portugal ó en el Rotterdam ibérico. La tierra se parece al suelo de Holanda; la ciudad del Vouga, Aveiro, á las dos ciudades construídas sobre canales y estacas, como la que la paciencia de los Países Bajos fundó en el norte de Europa, y el genio artístico creó en el Adriático.

Para que la ilusión sea completa, el cielo gris y el ambiente húmedo y polvoriento. Parece que nos encontramos entre frisonos más bien que entre hijos de Viriato. La tranquilidad que se nota por todas partes; la paz apenas turbada por el canto del campesino que vuelve al hogar precediendo á la yunta de las cansadas vacas; acompañado *el fado*, melancólico y triste como, canción moruna, del desigual chirrido de la carreta; á lo lejos el molino de viento que voltea las aspas; el silencio de la caída de la tarde; este conjunto misterioso que lleva consigo una oración, un recuerdo y una esperanza, trae á la memoria, por las analogías, la campiña de los Países Bajos, descrita de modo inimitable por Amicis, y se repiten los versos que dedicó á Holanda, cual eco de aquel panoramã, desahogando el espíritu la sonolienta languidez que se experimenta recorriendo aquellos parajes.

El viento trae hasta el tren, entre ruidos confusos del cercano crepúsculo, los acres olores de las salinas del Aveiro, que queda á un lado de la vía, severa tras de su almenado barrio. Casi tan espesas como los postes telegráficos pa-

san las quintas de recreo que hermocean el paisaje; y á veces se toman por quintas las velas de los molinos ó las de alguna embarcación que se aventura á cruzar los bancos de arena en la desembocadura del Vouga. De aquella parte, hacia el Norte, arranca un canal. Si hoy rica, ayer lo fué más la industriosa ciudad, que en tiempos del romántico monarca D. Sebastián cuéntase que enviaba á Terranova centenares de embarcaciones á la pesca del bacalao.

Sigue en Ovar el mismo panorama. Algunas chimeneas indican las fábricas de loza.

El inmenso pueblo de Espinho, construído *ad hoc* para bañistas, rompe con el paisaje anterior. La vista de la playa del Biarritz portugués atrae y recrea el ánimo, lo mismo que Granja, residencia más modesta aún...

Villanova da Gaia.—Oporto descrito á la ligera y en forma de telegrama.

Frente á Oporto, como uno de sus arrabales, unido á la soberbia capital por magnífico puente colgante, se encuentra Villanova da Gaia. El Duero separa esta villa de Oporto, y dícese que su fundación es anterior á la émula de Lisboa. *La Gaya* antigua, cuéntase que existía, aunque modesta, de tiempo inmemorial, cuando D. Alfonso III, en 1255, levantó á su lado la villa *Nova*. El nombre cuadra perfectamente á la población. *Gaia* llaman los italianos á su Florencia, y alegre y gaya debe nombrarse á este lindo pueblecito. El monarca citado mandó que aquí cargasen y descargasen los buques

mercantes, ora vinieran por el río ó procediesen del mar. Quería con dicha medida castigar á la capital por la actitud del obispo enfrente de su autoridad indiscutible. La ciudad fué castigada por la falta de su señor, pues el comercio y las industrias habían de resentirse. Desde entonces, hállanse establecidos en este punto los grandes almacenes de las compañías vinateras. Durante la guerra civil, también castigó D. Miguel á la ciudad por su resistencia, y las bombas incendiaron las bodegas, yendo el líquido á teñir las aguas del Duero entre llamas y luto, sangre y desolación. Calcúlase que en este día nefasto (16 de Agosto de 1833) se perdieron 9.505 inmensas pipas de vino.

El panorama es delicioso. La línea férrea cruza el Duero por entre abruptas rocas que limitan su cauce. Oporto se destaca dominando el río, tendida á lo largo de extenso anfiteatro. La sierra del Pilar preside á tan magnífico espectáculo, coronada por el convento que sirvió como atalaya en la citada contienda (1832), en el sitio de la reacción y el absolutismo contra la libertad y el régimen constitucional.

El viaducto por donde la vía atraviesa el Duero constituye una obra colosal. Empieza esta obra por el camino á 83 metros de altura, sigue tras el camino un túnel de cerca de medio kilómetro, y termina en el puente de 353 metros, á 61 sobre el nivel de las aguas. El arco principal, de 160 metros de luz, basta por sí solo para honrar al ingeniero y á la nación. El presupuesto de la obra, que lleva el nombre de la reina doña Pía, y que se inauguró en 1877,

ascendió á un millón y trescientas cuarenta mil pesetas.

*
* *

Lo que Barcelona es á Madrid, es Oporto á Lisboa. Empezando por la rivalidad natural entre quien produce y quien consume, siguiendo por la emulación de la ciencia y la literatura, y concluyendo por los estímulos y celos del *comfort* de la vida, todo es materia de comparación para portuenses y lisbonenses. Si Lisboa posee una escuela modelo, el conde de la Ferreira deja en su testamento un legado para montar ocho mil de primera enseñanza gratuita, amén de un manicomio; si la capital funda un hospital, Oporto inaugura dos, montados con todos los adelantos; si la capital del reino edifica un barrio ensanchándose hacia Campo Grande, la reina del Duero abre sus brazos en las dos direcciones de su extensión... la antigua *Portus Cale*, orgullosa de que ella dió nombre á toda la nación, acecha sin cesar los progresos de la señora del Tajo para vencerla con los suyos. Los lisbonenses dicen que Oporto es triste; los portuenses sostienen que Lisboa es pobre.

Pero las trescientas mil y tantas almas de Lisboa siguen venciendo á las ciento y tantas mil de Oporto. Los admiradores de la industriosa ciudad episcopal dicen que no deben tomarse al peso los habitantes, sino medirse por la calidad, y que los portuenses representan lo que los piemonteses en Italia.

Las vicisitudes históricas que constituyen los grandes ciclos de la población que fundaron

Los suevos se resumen en pocas palabras. La conquistan los moros y la reconquistan los reyes de Asturias repetida y alternativamente durante la epopeya ibérica de los ocho siglos. Los ejércitos españoles se apoderan de *El Puerto* (*O Porto*) á fines del siglo XVI por muerte del cardenal D. Enrique; á principios de este siglo cae en poder de los franceses; pero el mismo año de 1809 son expulsadas las huestes napoleónicas.

La impresión que causa Porto á primera vista, por la distribución de sus edificaciones, es análoga á la de Lisboa.

También se halla edificada sobre colinas, por más que no sean las ocho de Roma ni las siete de la ciudad del Tajo.

Dos grandes montañas, por decirlo así, se ensoberbecen y desafían frente á frente. La *Sé*, esto es, aquella que recibe el nombre por la catedral, y la Victoria. En el laberinto de sus encrucijadas sólo sirve de guía una torre, la de los Clérigos, tenida por la más alta del reino y que mide 75 metros de altura. Carece de gran mérito artístico, pues pertenece á esas construcciones híbridas del siglo pasado, que no son bastante puras para ser filiadas en el greco-romano moderno, que se denominó neo-clasicismo, ni suficientemente ornamentales para ser consideradas como derivaciones de un renacimiento con carácter propio. El tercio superior es muy *barroco* y casi *churrigueresco*.

La catedral, en cambio, constituye un rico ejemplar del gusto que algunos quieren llamar latino-bizantino, en lo que queda de la primi-

tiva fábrica del siglo XI, que no es mas que una puerta y dos torres. Hay quien todavía cree que los cimientos primitivos son bizantinos puros, esto es, del siglo IX al X, y que el conde don Enrique sólo hizo reedificar el templo primero.

El claustro, de época muy posterior, gótico, pasa como modelo, y la *Madonna* de la sacristía, cuadro de verdadero valor, se atribuye á la mano de Rafael Sanzio de Urbino.

Otras iglesias merecen citarse.

San Martín (ó San Martinho, *cedo-feita*, — *hecha deprisa*), construída por un voto del rey suevo Teodomiro, según la leyenda, aunque era arriano.—Nuestra Señora de Lapa, donde se conserva el corazón de D. Pedro IV, defensor de Porto contra los absolutistas de D. Miguel.—San Francisco, convertida en Bolsa, y cuyo ábside antiguo se quiere señalar como de raro mérito. La Bolsa realmente debe visitarse por la esplendidez con que se halla arreglado el edificio. En San Francisco, primitivamente ojival, admiran las tallas doradas en estilo recargado de varias restauraciones.

Oporto ofrece variadísimos contrastes de barrios antiguos, ocultos entre casas recientemente levantadas; bellísimas plazas, en dos de las cuales se ven las estatuas de D. Pedro IV y don Pedro V; calles animadísimas como la de las Flores, la de los Ingleses, la de San Juan, llenas de comercios, abundando las platerías en la primera; paseos pintorescos, hermosos teatros, y, en fin, panoramas en los alrededores tan sonrientes como originales, sin olvidar el famoso Palacio de cristal, soberbio en todos

sentidos. No lejos se encuentra la capilla de Carlos Alberto y la residencia donde murió aquel rey, cuyos ideales legó, para su gloria, á su hijo, que debía realizarlos.

Cocheros y criados. — La complacencia de las autoridades. — Por qué Portugal nos recuerda la infancia á los españoles. — Más sobre tratamientos. — Algunas palabras sobre Granja y Espinho.

Mentira parece que un pueblo que demuestra tan raras cualidades para entender la vida á la moderna consienta á sus autoridades la censurable apatía en la corrección de los incalificables abusos cometidos por los cocheros de punto. Hablo de las grandes capitales, de Lisboa y Oporto. Cuanto se diga es poco acerca del escándalo. El extranjero es víctima del pillaje, á ciencia y paciencia de los polizontes.

Aseguran que hay tarifas y agentes municipales: no se conoce. Los carruajes deben regatearse como las patatas, y después de ajustados, todavía se gestiona acerca del pago. Ni en Francia, ni en Italia, ni en España pasa nada que se parezca al brutal desenfado de los autome-dontes de alquiler. Prácticamente lo he visto, y por eso hablo. Los que conocen más mundo afirman que en ninguna capital del orbe ocurre cosa análoga á lo que se tolera en Portugal.

¡Y luego nos quejamos de nuestros *simones!* Son el ideal de la honradez y el prototipo de la caballerosidad al lado de éstos sus paisanos gallegos.

Porque es de notar que la casi totalidad de

los cocheros son hijos de Galicia, aunque desmientan la raza. El gallego en Portugal trabaja muy bien en todos los oficios. Pero el constante consorcio de algunos con las caballerías les hace parecerse á las bestias que guían, y tirán cada par de coces que tiembla el firmamento. Como criados, mozos de cuerda, aguadores, peones, el gallego goza, con razón, de justísima fama por su probidad, su amor al trabajo, y por la modestia en sus pretensiones. Muchas industrias enteras se hallan á cargo de gallegos, los hoteles entre otras.

Y como la representación aquí del trabajo mecánico y rudo es el pobre *gallego*, llamársele á cualquiera que no lo sea de nacimiento constituye la mayor de las ofensas. Algo de esto sucede también en nuestra tierra de garbanzos.

Hay profesiones que imprimen carácter: la de cochero debe contarse en el número de ellas y la *de gallego* en general.

Aquí de Fernández Jiménez para que haga la apología del hijo de Galicia, como lo verificó en aquellas memorables conferencias del antiguo Ateneo.

*
* *

No sé qué tiene la vida en Portugal que le recuerda á uno su infancia. Acaso nuestros padres sabían vivir mejor que nosotros, y los portugueses se han parado en esta época pseudo-romántica, más positiva en punto al *comfort*, las comodidades y la economía; tal vez, por el contrario, nuestros mayores vivían peor en el

año 30 ó 40 que se vive en el 88...; sea como quiera, ello es que en la mayoría de las casas de clase media, más ó menos acomodada, en las fondas, en los comercios, en las moradas de los artesanos, encuentra uno la vajilla que se usaba en casa cuando empezaba á sentarse á la mesa de familia, con edad suficiente para no meter las manos en los platos ni empinar los vasos con entrambas, convirtiendo la boca en catarata de dos chorros, que iban á empaparse en el babero. Los muebles aquellos de caoba maciza que duraban eternidades, los halla uno á cada paso, sólo que sustituidos los asientos de cerda por los de rejilla; y al sentarse en estas anchas sillas, tan perfectamente retrepadas, parece como que le abraza á uno algún amigo de la niñez, y espera que le tapen los ojos y que resuene la frase de «quién soy», con su correspondiente *anagnorisis* y aditamentos propios de los reconocimientos inesperados.

Los cuadros (pocos, en Portugal no se adornan mucho las paredes) se los sabe uno de memoria. Todo el mobiliario conserva ese dejo del estilo Imperio, que ha durado hasta lo híbrido de nuestros días. Dicho se está que me refiero al tipo de la vivienda modesta.

Los argumentos de las láminas son casi invariablemente las simpáticas litografías iluminadas, por lo común inocentes, de las pastorcillas de Arriaza, que esperan al zagal de la hechura Menéndez Valdés, ó *El sueño de ángeles* en que la niña duerme en el regazo amoroso un par de pichones, haciendo juego ó *pendant* (como ahora decimos) con la pareja de enamorados

campesinos vestidos de seda como *primeras partes* de ópera ó individuos de soñada Arcadia. Los rótulos trilingües (en español, francés é inglés, como si los franceses hubiesen preparado la mercancía para España y Gibraltar), no cuadran á veces con el asunto. Esto también solía acontecer en casa cuando de muchachos nos devanábamos los sesos por penetrar el significado de las estampas. Y es que en el *passe-partout* negro y la leyenda dorada ha colocado la inhábil mano de la dueña una lámina *de non*. En los comedores se ven los conejitos y demás caza, criada en los estrados y no en los bosques, á juzgar por el aseo de los animales, y los peces compañeros de náyades y ondinas, según la plata y oro que los esmalta...

En cuanto á ciertos establecimientos, los cafés, *verbi gratia*, se hallan como el primitivo Pombo ó como el *parnasillo* del Príncipe, y aun el Iris que hoy lleva el nombre de la capital de España. Espejos pequeños con marco de caoba y algún adorno dorado; veladores grandes de caoba, también con gruesas tapas de jaspe gris ó rojo; camareros sin el mandil, á la francesa, que se ha adoptado en nuestros cafés...

Cuando se observa todo este conjunto y se mira á las gentes, en que también se nota el tipo de la media melena, el bigote borgoñón ó el republicano del año 48 unido á la perilla, parece Portugal como un pueblo de España que está en el momento de nuestra primera regencia de Espartero. Cuando se observa en cambio la cultura de sus costumbres, su respeto á la

ley, la hidalguía de sus procedimientos, la nobleza de su hospitalidad y su amor hacia la democracia, su veneración por las glorias nacionales, su entusiasmo para con sus hombres eminentes, su vida social y objetiva á la moderna, parece Portugal un pueblo del siglo XX, y España entonces —; triste es confesarlo! — un pueblo que ni siquiera se ha estacionado en el tercio del siglo á que aludimos, sino en el quinto de la época de Godoy; ó mejor aún: en los años anteriores al favorito, que, después de todo, representaba un grado de sentido común muy superior á la corte y á su tiempo.

*
*
*

“El hombre es un animal de costumbre.” Buffon conocia la especie humana. Llega uno hasta á acostumbrarse á que le llamen *Excelencia*. Yo que siempre he creído que los tratamientos denigran á quien los recibe y envilecen á quienes los dan, aquí me llama la atención cuando algún portugués que la echa de que habla castellano (semejante á mi chapurrado lusitano) me llama *usted*. De igual manera me cuesta violencia decir *voacé* á los pequeños y *vossa excelencia* á los que juzgo grandes; pero aquéllos se ofenden si les doy el tratamiento superior, y éstos se creen insultados si les aplico el tratamiento inferior. En algunas ocasiones entablo diálogos que parecen calderonianos, no por lo castizos, sino por la forma del *vos*, que usamos mis interlocutores y yo y por las frases y vocablos anticuados entre nosotros,

aquí en boga aún, como de pura lengua portuguesa sin mezcla de galicismos.

*
* *

Desde Oporto pueden hacerse pequeñas excursiones á las playas de Granja y Espinho, por donde cruzan de seis á ocho trenes diarios, ó á Matosinhos y la Foz de San Joao, para donde hay *americano*, ó tranvía que decimos nosotros.

Granja es un pueblecito de juguete. Las casas están calcadas en los modelitos de cartón que los chicos compran para pegarlos después, siguiendo las indicaciones de la correspondiente estampita iluminada. Los edificios afectan la hechura de *chalet* suizo ó de palacio ruso; ora el tipo gótico convencional, ora la casita de peón caminero, con su par de ventanas simétricas, su puertecita y su correspondiente chimenea. Todo el pueblo se halla adornado de pinos, que también por sus dimensiones recuerdan los de los tirolese, y las plantas parecen virutas pintadas; los palos que limitan los jardincillos resultan hechos con palillos de dientes. El efecto del Broek de Holanda, ese pueblo de muñecos, famoso en Europa, se repite en Granja; todo es diminuto, alegre, coquetón, artificial, esmaltado de colores chillones y entonado con el azul marino del diáfano Cielo y el azul celeste de las aguas del mar, tranquilas comúnmente en este pedacito. El ambiente siempre es puro, á diferencia de Oporto, don-

de densas calinas oscurecen la atmósfera la mayor parte del día.

Menos caprichoso que Granja, Espinho reúne condiciones superiores, desde el punto de vista de la amenidad, para el que busca recreo, novia ó juegos más ó menos lícitos. Una población tirada á cordel, sin la elegancia de la pequeña Niza antes nombrada, sin árboles y sin otros atractivos que la buena sociedad y los bailes. También Espinho pertenece á los bañistas, lo mismo que Granja, aunque no se advierte tanto la autonomía aquí como en la vecindad.

Las campanas.—Foz, Matosinhos y Leça.—Bueyes y números.—Museo de pinturas y estampas.—La Biblioteca.

Desde mi cuarto del hotel Francfort (perfectamente servido por Mad. Hardy) enristro la pluma, acompañado de la música, como el héroe de aquella antigua zarzuela *La cola del diablo*; música de campanas, porque en Portugal, lo mismo que en Holanda y otros países, tocan éstas á tono, piezas más ó menos complicadas y más ó menos artísticas.

Suenan *las ánimas*, y en este momento me pongo á resumir las impresiones del día, después de visitar Matosinhos y Leça, dos pueblecitos situados en la playa, pasada la Foz de San Juan, hacia el Norte. San Joao da Foz, ó de la boca del Duero, Matosinhos y Leça, constituyen tres pintorescas barriadas, unidas por tranvías de vapor y de sangre á Oporto, como

las Arenas á Bilbao, sólo que en la capital de Vizcaya hay grandes hoteles capaces para cientos de personas, y aquí únicamente se encuentran cuartos encargándolos de antemano, pues las hospederías son casas pequeñas, y los bañistas en gran número.

Las tres poblaciones aumentan de día en día, pero los edificios que se construyen pertenecen á particulares, con lo que el bañista disfruta del mar cada verano más apurado, más caro y más estrecho.

La Foz, Matosinhos y Leça (divididos los dos últimos por el río de este nombre) tienen el aspecto de colonias inglesas. La construcción de las casas particulares, con sus ribetes de jardín alrededor, con sus balcones y antepechos, tan raros en Portugal, donde todo se vuelve ventanas; con los ángulos agudos de sus techumbres, como si se tratase de un clima donde nevase copiosamente ó lloviese en abundancia torrencial; con sus festones de madera calada que recuerda las obras de *marqueteria*; sus colores vivos, sus verjas caprichosas y su falta de simetría, todo acusa que los ingleses pusieron allí mano, plantaron sus reales y crearon un Biarritz, un Niza, un Monte-Carlo, un Mónaco, de lo que fué aldeas de pescadores y chozas de marineros.

No hace muchos años, antes de la invasión anglomana, las excursiones se verificaban en carreta de bueyes: ahora, el vapor traslada de media en media hora un convoy compuesto de varios coches de tranvía, atestados siempre, y multitud de gente acomodada y de negocios,

pasa la estación veraniega en estos puntos, y va durante el día á sus ocupaciones cotidianas á la Bolsa ó la *City*. En breve, el camino alto y el bajo que va lamiendo el Duero á la derecha se convertirán en larga calle, la cual se halla marcada ya por innumerables casitas.

* * *

Hablé de bueyes y de números, y no quiero dejar en el tintero dos observaciones.

La primera se refiere á la manera especial de uncir el ganado vacuno á los carros. Los animales, cuyas *armas* (usaremos este nombre, ya que *cuernos* en Portugal es palabra malsonante) son inmensas, tan grandes como el colmillo de la famosa tienda de Fuencarral, estos animales, digo, arrastrán el vehículo mediante un yugo ó ubio de madera, calada en trecerías de dibujo enteramente oriental, morisco ó bizantino. Alguno de dichos tablones merecería figurar en un museo.

En cuanto á la numeración de las casas, nótese la costumbre de colocar cifras sobre cuantos huecos dan á la calle, y puertas y ventanas ostentan por igual su guarismo, llegando á miles en vías relativamente cortas. Es como contar los caballos por *los pies*. El deseo de aumentar idealmente forma una pasión nacional, que no lleva trazas de extinguirse, por más que á muchos portugueses hemos oído ridiculizar semejante manía.

* * *

Una colección de aquellos yugos que los Reyes Católicos pusieron en el blasón de España haría interesante el museo de Oporto.

Algunas *estampas* y otras tantas *pinturas*, con escasa suma de vaciados, que reproducen esculturas clásicas en la galería aneja á la Biblioteca pública portuense, es lo que se llama el Museo de Bellas Artes.

Hè visitado ambas colecciones; la de libros (unos veinte mil volúmenes) satisface más que la de obras artísticas. Estas son pocas y, en general, malas. Mucha copia, falta de catálogo, descuido en la manera de estar tenido, y rarísimos los trabajos de verdadero mérito dignos de Museo. He ahí todo.

¡Qué diferencia del Museo de las Janelas Verdes de Lisboa!

Entre las pocas cosas que deben mencionarse, citaremos unas placas de esmalte, góticas, acaso del siglo XV, acaso anteriores, con la vida de Jesús, y que servirían tal vez para ornamentación de un cofrecillo destinado á fines sagrados. Ello sólo vale más que el resto de la galería.

El Desterrado, estatua en marmol de un profesor de la Academia de Bellas Artes de Oporto, y que no sé si me engaño al afirmar que ya vimos dicha escultura en una de las últimas exposiciones de Madrid, es obra, aunque sobrado romántica, acreedora á incondicionales alabanzas. Algunos, pocos, cuadros de autores contemporáneos pensionados; dos retratitos en cobre de la buena época de Carreño; la espada de Alfonso Henríquez (si fuera auténtica) y la

urna en que se guarda el sombrero y otras prendas de vestir de D. Pedro IV.

Un día quisieron eclipsar los portuenses á los lisbonenses, y fabricaron dos plazas de toros; otro día un filántropo repartió 8.000 escuelas en el país... ¿cuándo superará Oporto á Lisboa arreglando su Museo de Bellas Artes?

Si en la Pinacoteca no hay cuadros, en cambio los manuscritos, los códices con miniaturas de los siglos medios, las ediciones raras, avaloran la Biblioteca, ordenada y servida bastante bien...

Tuve necesidad de arrastrar por el brazo á un compañero de excursión, para que no revolviésemos la edición famosa de la Enciclopedia de Diderot, que tanto influjo alcanzó en el mundo; y dejando quietos á los manuscritos, abandonamos la Biblioteca, á la sazón de luto, como otras dependencias del Municipio, por la muerte de un alcalde.

Las mujeres y los hombres.—El cruzamiento de las razas.—La unión ibérica por las Manuelas.

La generalidad de los viajeros ha establecido como axioma en Europa que las portuguesas son feas y los portugueses guapos.

Y esto que, por lo común, parece verdad, no puede declararse ley.

Las mujeres (hablo del tipo), á medida que se camina hacia el Norte, van siendo más hermosas, y en esto ganan las portuenses á las lisbonenses. La hija del pueblo, en las regiones septentrionales del país, tiene magnífico busto

y correctas facciones, aunque no exentas de cierta rudeza que en pocas provincias españolas se nota, excepción hecha de Cataluña. Altas de pecho (en muchas exageradamente) y de hombros, erguidas en toda la figura, de postura arrogante, de ojos vivos, de abundante cabellera, parecen esculturas romanas en donde la sangre oriental se mezcló á la primitiva raza.

Al verlas pasar con andar resuelto, fornidas, graves en el mirar, como seguras de su persona y vanidosas de su belleza, cree el que las contempla que se halla delante de una mujer egipcia, á lo que contribuye el traje juntamente con la silueta de las formas.

Hay algo en todas ellas, más que de escultural, de arquitectónico: se asemejan á las cariátides de los templos griegos las más bellas y esbeltas, y á las de los templos de la India y Egipto las más robustas. Cuanto llevan al mercado, cuanto compran en las tiendas, cuanto trasladan de un punto á otro; los cestos del pescado, las banastas de fruta, las escuetas *bilhas* (cántaros que acusan la forma de las ánforas romanas), todo va en la cabeza, y mueven los brazos en su rápida y acompasada marcha con aire marcial, y giran para volver la vista, con elegantes ademanes, y sin pararse para no perder el equilibrio en el movimiento.

Visten de colores vivos ó claros cuando menos. Cubren la cabeza con un pañuelo que nunca anudan bajo la barba, y que flota por consiguiente bajo el *calañés*, el cual sirve á su vez como de abaco en el capitel de esta columna; sobre el sombrerillo redondo descansa el

cántaro ó el cesto, el mantón de colores ó el envoltorio de ropa.

Quizás depende del hábito de llevar siempre peso en la cabeza la extremada gallardía de estas simpáticas mujeres del alto Portugal, trabajadoras y honradas.

Bajo el pañuelo de indiana de rabiosos colores aparecen los descomunales *brincos*: dos zarcillos en forma de media luna cerrada, y colgados de las orejas á la manera oriental, por el punto de unión del semicírculo. Pende del atlético cuello larga cadena de oro, dando las vueltas á que el peculio alcanza, y siendo del grueso que responde al capital de la dueña. El primer anhelo de toda aldeana ó artesana en Portugal estriba en poseer *su cordón*, nombre que dan á la susodicha cadena, adornada de su medallón correspondiente.

Algunos de éstos son de tal tamaño, que ni la más exagerada *charra* se atrevería á lucirlos, ni la más atrevida camarera mayor de ninguna cofradía sería bastante osada á colocarlos en el peto de pedrería de la Virgen de la X. En la hechura, redúcense á verdadero relicario: un corazón de filigrana, no menor que la mano de cualquiera campesina.

Verlas ataviadas de esta suerte, con las sayas cortas y descalzas de pie y pierna tan pronto como salen de misa, es un espectáculo soberbio.

*
* *

De la gallardía de los hombres hay que hablar con excepciones y distingos.

La gente de mar, ágil, cenceña, acostumbrada á la fatiga y al ejercicio, ofrece un tipo de arrogancia común á todos los países meridionales. Son genoveses ó portugueses ó españoles.

El campesino que cuida las toradas es como el capataz mejicano, como el peón de la Argentina, como el ganadero salmantino; es decir airoso, distinguido, con un empaque de jinete que envidiarían los aristócratas de todos los países.

Verlos pasar á caballo, conduciendo las reses bravas, por parejas, y siguiendo al caballero que guía, montando muy corto en los estribos, con las largas llamaderas al hombro, flotando al aire la punta de los gorros de color, es un espectáculo también que entusiasma.

Pero el resto de los hombres que se ocupa de otros oficios, ni en el campo ni en la ciudad, confirma ese dictado de la fama de hombres hermosos.

Acaso el Brasil, Africa y la India tengan la culpa de haber degenerado la belleza de la raza lusitana, á causa del continuo cruzamiento. Mas si perdió desde el punto de vista estético, ganó sin duda en otros respectos; porque no son las razas superiores las aisladas, como la israelita, sino las mezcladas como la del extremo Oriente de Europa.

El tipo del ciudadano, del burgués, del noble, del plebeyo, aquí viene á ser lo mismo que en todas partes: sin característica que le distinga, sin personalidad propia, sin sello individual: híbrido, metido en su americana, su levita, su

chaquet, su frac, su librea ó su uniforme; al nivel de todos los mortales y dentro del anti-pático patrón chato de la burguesía.

*
* *

El cruzamiento de razas cada día va en aumento, en bien de las mismas, aunque con detrimento de la moral. Oporto, lo mismo que Lisboa, costea varias *casa-cunas*. Pero... todo queda *en casa*: esto es, en la Península. España da un contingente de mujeres (nótese que no decimos *señoras*) extraordinario. De Sevilla y de Madrid vienen las desheredadas, como las llama Galdós; las vengadoras, como se atrevió á llamarlas Sellés, y la unión ibérica se verifica por ese camino á pasos agigantados. En Portugal hacen fortuna, pues españolas de esta especie constituyen el lujo del *pschut*. Gran número de cándidos consumen alegremente su caudal con el deshecho de las ciudades andaluzas y de la capital de España.

JOAO DE ANDRADE CORVO

Entre los hombres ilustres del vecino reino, cuéntase el ex-ministro de Portugal en Madrid.

Un título glorioso puede ostentar entre los muchos que le adornan como bienhechor de la humanidad: haber sido el ministro de Colonias que abolió la servidumbre de la raza negra en las posesiones portuguesas, extinguiendo juntamente el tráfico de los *culis* chinos en Macao.

Andrade Corvo pertenece al partido conservador, en cuanto á filiación oficial, que pudiéramos decir; pero de corazón, milita en los partidos avanzados, y por las ideas, en los partidos democráticos.

A tal sentido responde, con efecto, la serie de reformas que Portugal le debe, tales como las citadas anteriormente.

Como hombre de administración, desempeñando la cartera de Marina (1872) reorganizó el personal de la armada; creó la legión de Ultramar; compró nuevos buques de sistemas modernos; montó la maquinaria de los arsenales, según los últimos adelantos; y dió, en fin, á la decadente marina portuguesa nueva vida,

por cuantos medios prevee el verdadero hombre de Estado, que sabe pacificar las colonias, al propio tiempo que abrirlas, con proyectos de obras públicas, próspero porvenir y seguro presente.

El talento de Andrade Corvo es de esos enciclopédicos que todo lo abarcan por igual y con la misma intensidad y fuerza.

Desempeñó con sumo tacto la cartera de Negocios extranjeros (1871), manteniendo amistosas y cordiales las relaciones exteriores, y despertando simpatías en todos los gobiernos de naciones amigas.

El año de 1866 fué elegido diputado la primera vez, y en esa misma legislatura llegó al ministerio. Ese dato solo demuestra, mejor que cuanto pudiera decirse, su mérito incuestionable. Su obra, en los dos años que permaneció en el Gabinete, dió elocuente muestra del acierto que hubo al elegirlo para miembro del Poder ejecutivo.

Una ley sobre crédito agrícola; otra sobre Sociedades cooperativas; los caminos de hierro, cuya red tendió él en Portugal por medio de proyectos; la multiplicación de las carreteras y de los caminos vecinales; la desecación, en fin, de pantanos, son trabajos todos que colocaron su nombre á grande altura.

*
* *

Muy joven empezó Andrade Corvo sus estudios, y aun no terminados en la carrera de ingenieros militares, frizando *en los veinte años*,

ya era nombrado profesor de la Escuela politécnica, después de brillantísimos ejercicios para una cátedra de Ciencias Naturales, ramo de su particular predilección.

Una vez catedrático, concluyó su primitiva carrera, emprendiendo luego la de Medicina; y abandonando cada mañana el sitio del maestro para ocupar el banco del discípulo, cursó también más tarde la Agronomía y la Literatura.

El periodismo despertó en su espíritu una pasión favorita; la historia, la crítica, la dramática y la novela se disputan la gloria de contarle como hijo en sus anales, colocando su nombre entre los cultivadores más estimables de los dos últimos géneros en el Portugal contemporáneo. Las letras le deben muchas novelas y el teatro algunas producciones.

Su fecundo ingenio, desde 1852 hasta la fecha, no ha dejado de lanzar al mundo de la publicidad poemas tiernos y trágicos dramas, novelas interesantes y leyendas históricas, informes académicos sobre el cultivo de la vid y estudios curiosísimos sobre el arroz, memorias de higiene pública y relaciones de viajes; y leyes, disposiciones, libros de ciencia, trabajos amenos, brotan de su clara inteligencia con vertiginosa actividad, como otro Echegaray, el genio que entre nosotros tiene más puntos de semejanza con el ex-ministro portugués.

He ahí el ligero boceto del profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza de Madrid.

Si nos propusiéramos citar algún otro hecho

culminante de su vida, quizá deberíamos añadir que fué el ministro que ajustó el tratado de *Lourenzo Marques*, combatido con tanta pasión en la prensa, y que, de todos modos, revistió grandísima importancia.

CUADRO del análisis de varias aguas minerales, alcalinas y gaseosas de Portugal, comparadas con las principales de Europa.

COMPONENTES	Vichy.	Vidago.	Rodna.	Bilim.	Preblau.	Villarelho.	Chaves.	Ems.
Sulfato de potasa.....	0,3362	"	"	0,1283	0,0864	"	0,0643	0,0428
Id. de sosa.....	0,0162	"	0,3125	0,8269	"	"	"	0,0179
Cloruro de potasa....	"	0,1767	"	"	0,1157	0,0634	0,0676	"
Id. de sodio.....	0,5340	"	0,9375	0,3823	0,0251	"	0,0146	0,9224
Carbonato de potasa..	"	0,0728	"	"	"	1,0017	"	"
Id. de sosa.....	3,6540	3,3446	3,3333	3,0085	2,0260	0,6706	1,4220	1,3651
Id. de cal.....	0,3010	0,5940	1,4583	0,4024	0,1950	0,1120	0,0960	0,1559
Id. de magnesia.....	0,2000	0,1733	0,6641	0,1431	0,0463	0,0375	0,0318	0,1293
Id. protóx. de hierro.	0,0020	0,0076	0,1172	0,0094	0,0038	vestig.	vestig.	0,0016
Alúmina.....	"	"	"	0,0084	0,0042	vestig.	vestig.	0,0004
Sílice.....	0,0700	0,0640	0,0130	0,0317	0,0770	0,0150	0,0960	0,0494
Materias orgánicas...	"	vestig.	"	"	0,0907	vestig.	vestig.	"
Varias.....	0,1350	"	0,0422	0,0188	"	"	"	0,0008
<i>Residuo sólido.....</i>	<i>5,2490</i>	<i>4,4330</i>	<i>6,8781</i>	<i>4,9598</i>	<i>2,6702</i>	<i>1,9002</i>	<i>1,7923</i>	<i>2,6856</i>
<i>Acido carbónico.....</i>	<i>2,6650</i>	<i>2,7329</i>	<i>6,0000</i>	<i>3,2340</i>	<i>2,2100</i>	<i>1,3436</i>	<i>1,4810</i>	<i>1,7860</i>

BAÑOS Y PLAYAS DE PORTUGAL

PROVINCIA DEL MINHO

Caldas de Vizella.
Caldas das Taipas.
Id. do Gerez.
Aguas das fontes del Lijó e Gallegos.
Id. das Caldas de Rendufe.
Caldas de Monsão.
Aguas de Entre-os-Rios.

PROVINCIA DE LA BEIRA

Caldas de San Pedro do Sul.
Aguas do Luso.
Id. de Felgueiras.
Caldas de Aregos.

PROVINCIA DE TRAZ-OS-MONTES

Caldas de Moledo.
Aguas das Pedras Salgadas.
Caldas de Chaves.
Aguas de Vidago.
Id. de Villarelho da Raia.

PROVINCIA DE LA EXTREMADURA

Banhos do doutor Lourenço.
Aguas das Alcaçarias.
Chafariz de El-Rei.
Caldas da Rainha.
Aguas das Caldas de Gayeiras.
Id. salino-sulphureas de Obidos.
Caldas de Aguas Santas.
Aguas da fonte dos Cucos.
Id. das fontes do Vimeiro.
Id. dos Chafarizes de El-Rei e de Andaluz.
Id. das fontes de Cascaes.

PROVINCIA DEL ALEMTEJO

Aguas de Cabeço de Vide.
 Id. de Aljustrel.
 Id. de Arez.
 Id. de María-Viegas.
 Id. da fonte de Ouguella.

PROVINCIA DEL ALGARVE

Caldas de Monchique.
 Id. de Santo Antonio de Tavira.

PLAYAS DE MODA

Foz do Porto.
 Leça.
 Matosinhos.
 Pedrouços.
 Povia de Varzim.
 Granja.
 Cascaes.
 Villa do Conde.
 Espinho.
 Ericeira.
 Nazareth.
 Figueira.
 Setubal.

PLAYAS MODESTAS

Ancora.
 Apulia.
 Lavadores.
 Furadouro.
 Costa Nova.
 S. Martinho do Porto.
 Assenta.
 Santa Cruz.
 S. Pedro de Moel.
 Porto Brandão.
 Alfeite.
 Fonte da Pipa.

Estaciones de ferrocarril adonde debe el viajero dirigirse para los baños minerales portugueses.

Baños.	Estaciones.
Aguas Santas.....	{ Caldas da Rainha.
Aregos.....	{ Obidos.
Caldas de Chaves.....	Aregos (Oporto).
Id. da Rainha.....	Oporto.
Entre-os-Rios.....	Caldas da Rainha.
Fontes de Lijó.....	Oporto.
Felgueiras.....	Braga.
Fonte de Ouguella.....	Coimbra.
Id. dos Arrabidos.....	Beja.
Id. de Obidos.....	{ Obidos.
Id. dos Cucos.....	{ Alhandra.
Id. do Vimeiro.....	{ Obidos.
Gayeiras.....	{ Caldas da Rainha.
Gerez.....	Braga.
Luso.....	Luzo.
Monsão.....	Braga.
Moledo.....	Moledo.
Monchique.....	Beja.
Obidos.....	Obidos.
Pedras Salgadas.....	Oporto.
Rendufe.....	Braga.
San Pedro do Sul.....	Mealhada.
Santo Antonio de Tavira.	Beja.
Taipas.....	Braga.
Vizella.....	Id.
Vidago.....	Oporto.
Villarelho.....	Id.

Medio de locomoción para las playas.

Playas.	Estaciones.
Foz de Oporto.....	Tranvía desde Oporto.
Leça.....	Id. íd.
Matosinhos.....	Id. íd.
Pedrouços.....	Id. desde Lisboa.
Povoa de Varzim.....	Estación del mismo nombre.
Granja.....	Id. íd.
Cascaes.....	Tranvía, vapor y carruajes desde Lisboa.
Villa do Conde.....	Estación de ferrocarril.
Espinho.....	E. de íd.
Ericeira.....	Ferrocarril hasta Cintra y carruaje.
Nazareth.....	Id. hasta S. Martinho é íd.
Figueira.....	E. de ferrocarril.
Setubal.....	Vapor desde Lisboa y ferrocarril.
Ancora.....	E. de ferrocarril.
Apulia.....	Ferrocarril á Braga y carruaje.
Lavadores.....	Vap. y tran. desde Oporto.
Furadouro.....	Ferrocarril á Aveiro y carruaje.
Costa Nova.....	Id. íd.
S. Martinho do Porto.....	E. de ferrocarril.
Assenta.....	Ferrocarril á Torres Vedras y carruajes.
Santa Cruz.....	Id. íd. íd.
S. Pedro de Moel.....	Id. á Marinha Grande ó Leiria é íd.
Porto Brandão.....	Vapor desde Lisboa.
Alfeite.....	Ferrocarril á Cacilhas y carruaje.
Fonte da Pipa.....	?

Vizella.—A cinco kilómetros de Guimarães.—Excursiones á Braga, Guimarães, Fafe y Buen Jesus.—Hotel Cruzeiro do Sul.—Hay tres fuentes distintas.—*Agua do Mourisco.*—Temperatura $36^{\circ},5$ centígrados.—Contiene silicatos, cloruros alcalinos, sales calcáreas y ácido sulfídrico.—*Agua da Lameira.*— $32^{\circ},5$ centígrados. Análoga á la anterior.—*Agua do Médico.*— $37^{\circ},5$ centígrados. Análoga á la anterior.

Taipas.—Ocho kilómetros de Guimarães y Braga.—De 29 á 30° centígrados.—Composición semejante á la de *Vizella.*—Empieza la estación á fines de Mayo y termina á fines de Octubre. Hotel de precios módicos y casas particulares amuebladas.

Gerez.—A cinco kilómetros de Villar da Veiga; á 30 de Braga y Guimarães.—La temperatura oscila en el manantial de 54 á 63° centígrados y en los baños de 42 á 49 .—Son inodoras, insípidas y cristalinas.—Dejan en la evaporación un residuo compuesto de silicatos, cloruros, alcalinos y calcáreos.

Lijó y Gallegos.—Cerca de las aldeas de Mosqueiros y Gallegos.—Aguas sulfurosas de 19 á 20° centígrados.—Composición de sulfatos y cloruros alcalinos de cal y magnesia, hierro, alúmina y sílice.—Cerca de Barcellos y Braga.—Asisten de 600 á 700 bañistas en la estación, que dura de fines de Julio á fines de Octubre.—Los dos establecimientos son de propiedad particular.—Pueden tomarse los baños en casas particulares llevados con precaución, viviendo en Mosqueiros, donde hay algunos alojamientos.—Están recomendadas estas aguas para las afecciones herpéticas y dolencias de estómago.

Rendufe.—A dos leguas de Braga, y en el pueblo denominado Santiago de Cordellas.— $32^{\circ},5$ centígrados.—Composición análoga á las anteriores.—Pasa de 600 el número de bañistas durante la estación, que comienza en Julio y termina en Octubre.

Monsão.—Hay tres termas de $31^{\circ},75$ centígrados 39 y $43^{\circ},5$ —Las aguas son agradables al paladar, claras é inodoras.—Composición química igual á las indicadas.—Son eficaces para el reumatismo, parálisis, artritis gotosas y ciáticas.—Se usan también al interior para dispepsias y otras enfermedades.—Concurren más de 2.000 personas, españoles principalmente de la parte de Galicia.

Entre-os-rios. — En el pueblo de las Quebradas, concejo de Peñafiel. — A dos kilómetros de la confluencia de los ríos Duero y Tamega. — Dichas aguas dejan un sabor pronunciado á ácido sulfúrico. — Hermoso paisaje montañoso.

San Pedro do Sul. — A 17 kilómetros de Vizeu y entre los pueblos de Bouzella y San Pedro, una de las regiones más hermosas del país. — 69° de temperatura con fuerte olor á gas sulfídrico; son algo ferruginosas y contienen también pequeñas cantidades de alúmina y mayores proporciones de sulfatos, cloruros y silicatos alcalinos de cal y magnesia. — Se va á los baños en carruaje desde Vizeu.

Luso. — A 16 kilómetros de Coimbra y á corta distancia de la estación de Mealhada. Buen establecimiento. — Excursiones á Bussaco, que es el bosque más hermoso y feraz de Portugal. — Temperatura 25° centígrados. — No lejos de estos baños, en la sierra, hay una fuente ferruginosa fría.

Felgueiras. — A dos kilómetros de Cannas de Senhorín. Temperatura de 32 á 35°. Composición química semejante á las aguas anteriores. — Pequeño establecimiento de baños. — Ofrece pocas distracciones. — Se va en carruaje desde Mealhada ó Mangualde. También pueden apearse en Nellas, á seis kilómetros de los baños. — Excursión á Mangualde.

Aregos. — A 18 kilómetros de Lamego. — Pocas comunicaciones. — Próximo á Caldas de Moledo. — 60° centígrados en el manantial. — De 56 á 57° en los dos baños. — Composición química igual á las anteriores.

Moledo. — Dista 66 kilómetros de Oporto y cinco de Regoa. — Pertenece el balneario á un particular. — Entre otras comunicaciones, tiene la fluvial del Duero. — Buena hospedería y excelentes alimentos. — Magnífico paisaje. — Temperatura, 36°,8. — Composición: sulfato de sosa, cloruro sódico, bicarbonato de sosa, bicarbonato de cal, bicarbonato de protóxido de hierro, bicarbonato de magnesia, silicato de alúmina, sílice, materias orgánicas azoadas como principios fijos determinados, cantidad de ácido sulfhídrico y carbónico en disolución.

Pedras Salgadas.—A corta distancia de Villa Pouca de Aguiar, cerca del camino de Oporto á Chaves.—Aguas premiadas en Viena.—Está hecho su análisis lo mismo que el de las anteriores, conteniendo iguales principios, más hierro y potasa.—Temperatura: de 12°,06 á 19°,04 centígrados.—Buen hotel montado por la empresa explotadora.—Casas de huéspedes en Villa Pouca.—Se va á los baños en carruaje.—Se extiende la temporada, de Mayo á Octubre.—Espléndido paisaje.

Chaves.—Temperatura: de 50 á 56° centígrados.—Composición: potasa, sosa, cal, magnesia, sílice, hierro, alúmina. Los baños se hallan á un paso de la población.

Vidago.—Lindísima población.—Gran hotel desde 26 hasta 46 reales.—Casas particulares á precios módicos.—Cuesta beber las aguas por toda la temporada 22 reales.—Giras campestres y paseos por el río Tamega.—Excursiones á Chaves y á la frontera española.—Carruajes desde Oporto á Villa Real.—Estación telegráfica, como en casi absolutamente todos los balnearios portugueses, durante la temporada.—Las aguas saben al paladar á agua de Seltz ligeramente salobre.—23°,08 centígrados.

Villarelho da Raia.—Cerca de Campo Redondo.—Aguas muy semejantes á las de Vichy.—Excursión á Villa Real.—Magníficos paseos.—Feria Junio.—16°,02 centígrados.

Doutor Lourenço.—Lisboa.—Sulfúreas.—Salinas.—Se consideran de las mejores después de Caldas da Rainha, por su cantidad de sulfhídrico.—Cada baño sulfuroso, unos nueve reales.—Para fuera del establecimiento, 32 litros, poco más de dos reales (100 reis).—Recomendadas para linfatismo y neuralgias.

Alcaçarias.—Lisboa.—34° en el manantial, 27 al aire libre.—Cantidades mínimas de oxígeno y carbónico.—Hay dos fuentes: la segunda, 33° y 27° centígrados.

Chafariz de El-Rei.—Lisboa.—29 y 27°.—Análogas á las anteriores, aunque ligeramente ferruginosas.—También existen dos fuentes: la segunda varía de 26°,05 á 27°.

Caldas da Rainha.—Acaso las más renombradas de Portugal.—Varios hoteles.—Deliciosos paseos.—In-

teresantes excursiones.—Temporada de Mayo á Octubre.—Casas de huéspedes y casas amuebladas, por meses.—Soberbio establecimiento, montado á la altura de los mejores de Europa.—Farmacias perfectamente surtidas.—Sitio Real.—Bailes, diversiones, giras, casino.—Bañistas por mitad españoles y portugueses.—Concurren unos cuatro mil bañistas; la cuarta parte, pobres, viven en el magnífico hospital.—33°,08 centígrados, 26 al aire libre.

Gayeiras.—Cerca de Caldas y de Obidos.—32°,08 y 23 respectivamente.—Composición química semejante.

Obidos.—Salino-sulfúreas.—Composición equivalente.—29°,02 y 24 respectivamente. Hay dos fuentes: la segunda, 27°,04 y 23.

Aguas Santas.—Un paseo desde Caldas.—Frías.—20°,04 y 22.

Fonte dos Cucos.—A 2 kilómetros de Torres Vedras.—Pequeñas casas hospederías.—Ligeramente alcalinas, 32° y 22 centígrados.—Hay una segunda fuente: 21° y composición equivalente.

Fontes do Vimeiro.—En la población llamada de Maceira, á un kilómetro de Vimeiro.—Temperatura: 24° y 22 respectivamente.

Chafarizes de El-Rei y de Andaluz.—Volviendo á Lisboa.—La misma composición que las Alcaçarias.—29° y 27.—Potable y de las mejores de Lisboa.—Las de Andaluz son salobres y frías: 22° y 26°,05.—Recomendadas para los tratamientos cutáneos.

Fontes de Cascaes.—A tres kilómetros de la villa de este nombre.—1.^a San Antonio: frías, salobres.—2.^a Poça: termal, parecidas en composición química y propiedades físicas á la anterior. La temperatura de estas aguas minerales oscila entre 27° y 16.—3.^a Estoril: termal, salobre, incolora, 28° y 16.

Cabeço de Vide.—Establecimiento bien montado.—Se emplean también para uso interno.—Sulfurosas.—Para baños, de 25 á 25°,05.—También se emplean para uso interno: iguales propiedades físicas tiene esta segunda fuente.—Entre Portalegre y Crato.

Aljustrel.—A un kilómetro del pueblo.—Dos fuentes: la exterior, fría, acre, conteniendo gran cantidad

de sulfato de protóxido de hierro. Contiene además sulfato de cobre, cloruros alcalinos, sulfato de cal, magnesia y zinc, sílice y bastante arsénico.—En la fuente interior viene á ser la misma agua, pero de menor fuerza, por ser mayor la disolución de aquellos componentes.

Arez.—A cinco kilómetros de Niza.—Sulfurosa fría.

María-Viegas.—Cerca de Marvão (frontera por la línea de Cáceres), y como las anteriores aguas, son frías y muy semejantes á ellas. Tómanse para enfermedades de la piel.

Fonte de Ouguella.—No lejos de Campo Maior.—Contiene gran cantidad de nitratos.—Fría, cristalina, sabor ácido y áspero.—Excursión á Elvas (frontera por la línea de Badajoz).

Monchique.—A cinco kilómetros de la ciudad de este nombre. Sorprendente vegetación, por lo que se le ha llamado la Cintra del Algarve.—Cómico establecimiento, abierto de Mayo á Septiembre. Caldas sulfuroso-sódicas.—Temperatura, oscila de 30 á 100°.—Se puede ir en vapor por el río ó en ferrocarril á Portimão.

S. Antonio de Tavira.—Caldas al lado de la ciudad de este nombre.—Hermoso panorama.—26° centígrados; sulfurosas, ligeramente ferruginosas.

HOTELES

Hotel Français Marius.—11, *Rua Nova da Almada*. — Lisboa. — Corresponsal del *Anuario Comercial Didot-Bottin*.—Unico hotel en Lisboa donde se encuentra verdaderamente una buena cocina francesa de familia. Establecido cerca del Correo, de los Bancos y del Tajo, en el centro de la ciudad. Este hotel es siempre visitado por los viajeros de comercio. A pesar de la baratura de sus precios, siete pesetas diarias (1.300 reis), incluido el vino, el café, el cuarto y el servicio, se encuentra el riquísimo *comfortable* francés, periódicos franceses, el *Anuario Didot-Bottin*, el de Portugal, etc., etcétera; reseñas comerciales, industriales y vinícolas. *No dejarse engañar por ciertas personas que conducen los viajeros á mi antiguo domicilio, Travessa dos Romulares.* EL HOTEL FRANCES háse mudado calle de Almada, 11, y no tiene nada que ver con el hotel establecido en mi antigua casa. El señor MARIUS SEGNY aprovecha esta ocasión para llamar la atención de los señores viajeros sobre el HOTEL FRANCES MARIUS, de quien la reputación, la cocina, los vinos, el *comfortable* y el servicio son absolutamente de primer orden. *El dependiente del Hotel lleva este bordado sobre la banda del kepis: HOTEL FRANÇAIS MARIUS.*—Se hablan todos los idiomas.

Hotel Universal.—Lisboa. — *Rua Garret (antes Chiado)*. —No confundirlo con el Hotel del Universo. — Casa restaurada nuevamente, situada en el centro de la ciudad, con aposentos grandes y pequeños, desde los cuales se goza de espléndidas vistas de Lisboa y del río Tajo; mesa redonda, salas de conversación y de lectura, baños, carruajes, etc., etc.—Se hablan las principales lenguas extranjeras.

Hotel Alliance.—Lisboa.—10, *R. N. da Trindade*, 10.—Este muy antiguo establecimiento, completamente reformado, y que se halla situado en el centro de la ciudad y próximo á los principales teatros, merece recomendarse á los señores viajeros por el lujo de sus habitaciones.—Carruajes del establecimiento para todo servicio.—Baños calientes y fríos.—Cocina á la francesa.—Precios módicos.

Hotel de L'Europe.—Lisbonne.—Maison française.—Situé dans le quartier le plus central de la ville.—Prix modérés.—Nota.—On parle les principales langues étrangères.

—**Hotel de France.**—46 *Travessa dos Romulares*.—Dirigé par Madame Marius.—Seul hôtel à Lisbonne où l'on trouve réellement une bonne cuisine de famille.—Situé près de la poste, des banques et du Tage, quartier le plus central; cet hôtel est continuellement fréquenté par les voyageurs français. Malgré la modicité de ses prix (6 fr. 50 par jour vin, café, chambre et service compris) on trouve un confortable exclusivement français.—On parle français, anglais, allemand, italien, espagnol et portugais.

Hotel del Universo.—Lisboa.—*Rua d' Ouro*, frente á la Plaza de Don Pedro.—Entrada, *Rua Nova do Carmo*, 102.—Este hotel está situado en el centro de la población, cerca de los teatros, Aduana, Bolsa y de la Avenida, frente á la estación central del ferrocarril.—Precios equitativos.—Aviso: No fiarse de individuos que no lleven el nombre del hotel en la gorra.

Grand Hotel Central.—*Caes do Sodré*.—Lisbonne.—Hôtel de premier ordre, situé sur le quai avec vue splendide sur le Tage.—Cuisine française.—Cabinet de lecture.—Bains.—Table d'hôte à 6 heures.—Les employés parlent les principales langues étrangères.

Hotel duas Nações.—Felisardo de Lima Serta.—39, *Travessa da Victoria*, 39.—Primeiro e segundo andares, com frentes para a mesma travessa e para as ruas. *Augusta*, 150, e *dos Correeiros*, 91.—Lisboa.—Este hotel está situado no centro da rua Augusta, e por consequencia proximo dos theatros, do commercio, alfandega, telegrapho, secretarias de Estado, casas bancarias e dos banhos.—Preços: quarto, almoço e jantar, servidos com esmerado asseio n'uma espaçosa e esplendida sala de jantar, 1.000 reis.—Nota: O proprietario faz sçiente aos exmos. senhores viajantes que o seu hotel não tem corrector, e pede que não acreditem no que com referencia ao seu estabelecimiento, lhes disserem correctores dos outros hoteis.

Hotel de Veneza.—6, *Largo do Corpo Santo*, 6.—Lisboa.—Ofrece por precios limitados todas las comodidades.—Gabinetes particulares, Casa de baños.—Propietario: Manuel González.—On parle français.

Hotel Durand.—71, *Rua das Flores*.—*Largo do Quintella*.—Lisboa.—Este hotel, situado en el centro de la ciudad, ofrece todas las comodidades de una casa de primer orden. — On parle français. — Man spricht deutsch.—English spoken.

Grand Hotel do Porto. — 157, *Rua de Santa Catharina*, 163-B.—Porto.—Este magnífico estabelecimiento, que fué construído expresamente para esta industria, situado en el punto más céntrico de la población, el mejor de esta ciudad, y sin contestación uno de los hoteles más completos de la Península, cerca de los teatros, Correos y Telégrafos, con el tranvía enfrente, ofrece á los viajeros habitaciones elegantes y espaciaas, donde se encuentra gabinete de lectura, salón de recibir, ómnibus á todos los trenes, teléfono, periódicos de los diferentes países, caja de correo y un completo estabelecimiento de baños.—Precios fijados en todas las habitacio-

nes, desde 30 reales diarios habitación y comida. On parle le français, l'anglais et l'allemand.—Para los pensionistas hay una grande rebaja en los precios generales, ofreciendo el *Grand Hotel do Porto* una estancia amenísima y comfortable.

Casa para familia, la más recomendable bajo todos puntos de vista, que hay en Lisboa.—*Rua Aurea, 124, 3.º*

Está situada en el mejor sitio de la capital.—Aseo extraordinario.—La concurrencia siempre es de personas distinguidas.—Precios económicos y magnífica mesa.—Recomendamos especialísimamente esta casa particular, modelo en su género.

COMMERCIO DE PORTUGAL

Órgano del comercio y de la industria portuguesa.—Es el mayor diario de Lisboa y uno de los mejores del país, tanto por sus informaciones, cuanto por el sinnúmero de artículos y correspondencias que publica.—Director propietario: Soão Chrisostomó Melicio, *Rua Ivens, 41, Lisboa*.—Número suelto, 60 reis.

Compañía de los caminos de hierro de Salamanca á la frontera portuguesa.—*Billetes de las tres clases, sencillos y de ida y vuelta, á precios reducidos, para Barcelona, con motivo de la Exposición Universal que se celebra en dicho punto.*

PRECIOS DE LOS BILLETES SENCILLOS DE LAS ESTACIONES SIGUIENTES Á BARCELONA Ó VICEVERSA

Líneas de Medina del Campo á Salamanca y de Salamanca á la frontera portuguesa.	1. ^a clase.	2. ^a clase.	3. ^a clase.
<i>Via Miranda-Castejón.</i>			
Salamanca	78.70	59.05	38.55
Ciudad-Rodrigo.....	82.85	62.20	40.30
Lumbrales.....	83.65	62.75	40.65
Fuentes de Oñoro.....	85.55	64.20	41.50
Barca de Alba.....	86.35	64.75	41.85

PRECIOS DE LOS BILLETES DE IDA Y VUELTA DE LAS ESTACIONES SIGUIENTES Á BARCELONA Y REGRESO

Líneas de Medina del Campo á Salamanca y de Salamanca á la frontera portuguesa.	1. ^a clase.	2. ^a clase.	3. ^a clase.
<i>Via Miranda-Castejón.</i>			
Salamanca.....	114.25	84.90	55.95
Ciudad-Rodrigo.....	118.35	88.80	57.55
Lumbrales.....	119.50	89.65	58.05
Fuentes de Oñoro.....	122.15	91.65	59.25
Barca de Alba.....	123.30	92.50	59.75

CONDICIONES

Tanto los billetes sencillos como los de ida y vuelta, se expendrán y serán valederos para todos los trenes que lleven carruajes de la clase de los mismos, excepto los express.

Los billetes de ida y vuelta sólo son valederos para la persona á cuyo nombre se hayan expendido, la cual nó podrá negarse á identificar su personalidad siempre que lo exijan los agentes de las Compañías, ya sea por medio de su firma, ó presentando su cédula personal.—Si

se encontrasen en poder de un viajero que no sea el mismo á cuyo favor se hubiesen expendido, se considerarán nulos y á sus portadores se cobrará el precio doble de un billete ordinario desde el punto de salida al de destino. No serán válidos los billetes si no están sellados por la estación de salida, siendo obligación de sus portadores presentarlos al despacho de billetes para llenar este requisito.—Los billetes sencillos y de ida y vuelta, de que se trata, dan derecho al transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje facturados, sin perjuicio del que los viajeros puedan llevar á la mano, según reglamento.—Los viajeros portadores de billetes sencillos y de ida y vuelta no podrán quedarse, tanto á la ida como al regreso, en las estaciones intermedias, ni subirse en ellas á los trenes; si lo hicieren, pagarán el precio de un billete ordinario de la clase que corresponda desde el punto de salida á aquel en que se detengan, descontando el importe satisfecho por el billete sencillo ó de ida y vuelta, según el caso, el cual quedará anulado.—Los niños de tres á seis años y los militares y marinos no tendrán derecho á medios billetes con arreglo á los precios reducidos arriba indicados: pueden optar entre pagar este precio reducido, como los viajeros ordinarios, ó tomar medio billete al precio de tarifa general.—La venta de estos billetes tendrá lugar desde el día 15 de Abril al 31 de Octubre próximo, ambos inclusive, y el plazo de validez para los de ida y vuelta será de 20 días, á contar desde el siguiente al de su expendición.

ITINERARIOS DE LOS VIAJES CIRCULARES CON MOTIVO DE LAS EXPOSICIONES UNIVERSAL DE BARCELONA Y REGIONAL DE MADRID.

Itinerario 2.º — Barcelona, Zaragoza, Madrid (Atocha), Toledo, Madrid (Delicias), Cáceres, Oporto, Lisboa, Badajoz, Ciudad Real, Alcázar, Encina, Valencia, Tarragona, Barcelona.—Duración: 45 días.—Precios: 1.ª clase, 220,40.—2.ª clase, 166,08 pesetas.

Los billetes para este itinerario se expendrán en las estaciones siguientes:

Líneas del Norte.—Barcelona, Lérida y Tardienta.—*Líneas de Madrid.*—Madrid, Alcalá, Guadalajara, Si-

güenza, Calatayud, Casetas, Zaragoza, Toledo, Aranjuez, Alcázar, Albacete, Encina, Badajoz, Mérida, Villanueva de la Serena, Almorchón, Puertollano, Ciudad Real, Manzanares.—*Líneas de Cáceres.*—Talavera, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara.—*Líneas de Valencia.*—Játiva, Carcagente, Valencia, Sagunto, Burrián, Castellón, Vinaroz, Tortosa, Tarragona.—*Líneas de Barcelona.*—Barcelona.

Líneas de la Compañía Real Portuguesa.—Lisboa (estaciones de Caes dos Soldados y Rua Aurea), Entroncamento, Coimbra, Porto, Elvas y Marvao, y en las demás líneas del Norte y Este y ramal de Cáceres, siempre que se pidan con veinticuatro horas de anticipación; pero se advierte que las estaciones intermedias no expendrán billetes propios, pero sí de los que tengan correspondientes á las seis nombradas anteriormente.

CONDICIONES DE APLICACIÓN

1.^a Para estos viajes sólo se expendrán billetes de primera y segunda clase, y su expedición se efectuará desde el 1.^o de Mayo al 31 de Octubre de 1888, y quedarán anulados todos los billetes que no se hubiesen utilizado en todo ó en parte dentro de los plazos en ellos señalados y antes del 1.^o de Enero de 1889.

2.^a Estos billetes, que constituyen un librito, constan de dos matrices y de tantos talones cuantos son los trayectos de las Compañías interesadas.

3.^a Los viajeros podrán detenerse en todas las estaciones del tránsito. Cada vez que los viajeros se pongan en camino deberán presentar el billete á la estación de salida, la cual lo sellará en el talón de la Compañía á que pertenezca. Si el viajero pasa más allá de la estación cabeza de una línea de empalme sin utilizar el talón correspondiente á la misma, se entiende que renuncia á dicho trayecto.

4.^a El viaje puede hacerse indistintamente en el sentido indicado en el itinerario respectivo, ó siguiendo la dirección contraria, á elección del portador del billete.

5.^a Sólo se concederá derecho á recorrer una segunda vez un trayecto ya recorrido, cuando sea absolutamente preciso para seguir el itinerario, en cuyo caso se expresará así en el mismo billete.

6.^a Los billetes serán valederos solamente para la persona que los haya firmado en la cubierta, no pudiendo negarse sus poseedores á presentarlos ni á identificar su personalidad por medio de la firma, siempre que así lo exijan los agentes de las Compañías.

7.^a El plazo concedido á cada itinerario empezará á contarse desde el día siguiente á aquel en que comenzó á usarse el billete, y *no desde el día de la venta*, para lo cual, al emprender su viaje, el interesado cuidará de presentar su billete en la estación de entrada, donde se sellará y se le inscribirá la fecha en que empieza y la en que concluye. Espirado el indicado plazo, el billete será retirado de manos del viajero, aun cuando éste no hubiese recorrido todo el trayecto á que el billete le da derecho.

8.^a Estos billetes son valederos para viajar en todos los trenes que lleven coches de la clase correspondiente á aquéllos.

9.^a Cuando el portador de un billete circular sea encontrado en una clase superior á la de su billete, ó bien recorriendo trayectos no comprendidos en el itinerario correspondiente, ó recorridos ya una primera vez, se le obligará á pagar el doble precio del billete ordinario á tarifa entera en el trayecto recorrido ilegalmente.

10. Si los viajeros portadores de estos billetes solicitan mejora de clase en alguno de los trayectos comprendidos en sus itinerarios, podrán efectuarlo, previo el pago de la diferencia que exista entre el precio de un billete entero, con arreglo á la Tarifa general, del asiento de segunda clase que van ocupando, al de primera que pasan á ocupar por el trayecto que recorran dentro del límite de las líneas de cada una de las Compañías comprendidas en los itinerarios.

11. Todo talón que se presente suelto será considerado como nulo, y recogido si el viajero no puede presentar al mismo tiempo las otras partes del billete que debe conservar, inclusa la cubierta firmada por él, y expresiva de la fecha en que caduca.

12. Los niños menores de tres años serán transportados gratis, pero deberán ir en brazos de las personas que los acompañen.

13. Cada billete dará derecho al transporte gratuito

de 30 kilogramos de equipaje; el exceso se pagará con arreglo á las Tarifas vigentes de cada Compañía.

Los niños menores de tres años no tendrán derecho al transporte gratuito de ningún equipaje.

14. Los muestrarios se admitirán como equipaje, pero á condición de que vayan en maletas ó cajas cerradas, y que, en caso de retardo ó extravío, no quepa más reclamación de perjuicios que la que pueda formularse por la pérdida ó retraso de un equipaje; es decir, que las Compañías indemnizarán el valor intrínseco y efectivo de las muestras perdidas, pero en ningún caso podrá exigírseles perjuicios por ventas ó negocios no realizados. La Compañía Real Portuguesa se reserva el derecho de aplicar los reglamentos que su legislación señala, respecto á indemnizaciones por faltas en los transportes.

15. El viajero que lleve en su equipaje ó muestrario, considerado como tal, joyas, pedrería, billetes de Banco, dinero, acciones de sociedades industriales, títulos de la Deuda pública ú otros objetos de valor, deberá hacerlos constar exhibiéndolos antes de verificarse el registro y llenar con ellos los requisitos que se indican en la condición 16; pues, de no hacerlo, las Compañías quedarán exentas de toda responsabilidad en caso de extravío ó sustracción.

16. Los objetos de valor á que hace referencia la condición anterior deberán retirarse de los bultos de equipaje por los viajeros, encerrarse en una caja ó saco de tela, llenando todos los requisitos señalados para el transporte de metálico y valores, y facturarse por la Tarifa correspondiente á esta clase de transportes.

17. Los militares y marinos y los niños mayores de tres años no tienen derecho á reducción alguna sobre los precios de estos billetes, si quieren utilizarlos.

18. Estos billetes circulares están considerados como billetes ordinarios, y sus portadores tienen los mismos derechos y las mismas prerrogativas que el portador de un billete ordinario. Así es que tienen la facultad de ocupar asiento en los carruajes de lujo, abonando los recargos correspondientes como si el billete circular fuera un billete ordinario.

ITINERARIOS INTERNACIONALES QUE PUEDEN INTERESAR
A VIAJEROS PORTUGUESES Y ESPAÑOLES

VIAJES INTERNACIONALES. — *Itinerario 6.º* — Duración: 60 días. — Los precios desde Irún ó Port-Bou son: 1.ª clase, 297,55 pesetas. — 2.ª clase, 221,35 pesetas. — Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Ciudad-Real, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona y Cerbère.

Itinerario 7.º — Duración: 65 días. — Los precios desde Irún son: 1.ª clase, 332,35 pesetas. — 2.ª clase, 247,35 pesetas. — Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Ciudad-Real, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Alsásua, Hendaya.

Itinerario 8.º — Duración: 75 días. — Los precios desde Irún á Port-Bou son: 1.ª clase, 386,65 pesetas. — 2.ª clase, 288,85 pesetas. — Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Bélmez, Córdoba, Málaga, Bobadilla, Granada, La Roda, Utrera, Cádiz, Jerez, Sevilla, Córdoba, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère.

Itinerario 9.º — Duración: 80 días. — Los precios desde Irún son: 1.ª clase, 421,45 pesetas. — 2.ª clase, pesetas 314,35. — Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Belmez, Córdoba, Málaga, Bobadilla, Granada, La Roda, Utrera, Cádiz, Jerez, Se-

villa, Córdoba, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Alsásua y Hendaya.

Itinerario 10.º — Duración: 65 días. Los precios desde Lisboa son: 1.ª clase, 327,10 pesetas. — 2.ª clase, pesetas 242,75. — Lisboa, Badajoz, Mérida, Ciudad-Real, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère, Port-Bou, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Alsásua, San Sebastián, Hendaya, Irún, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara y Lisboa.

Itinerario 11.º — Duración: 90 días. — Los precios desde Lisboa son: 1.ª clase, 416,20 pesetas. — 2.ª clase 310,25 pesetas. — Lisboa, Badajoz, Mérida, Bélmez, Córdoba, Málaga, Bobadilla, Granada, La Roda, Utrera, Cádiz, Jerez, Sevilla, Córdoba, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère, Port-Bou, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Alsásua, San Sebastián, Hendaya, Irún, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara y Lisboa.

CONDICIONES GENERALES

Los niños menores de tres años serán transportados gratis, pero deberán ir en brazos de las personas que los acompañen: los que pasen de esta edad pagarán asiento entero.

Los viajeros tendrán derecho al transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje; pero esta franquicia no se aplicará á los niños que no paguen asiento. Los excesos de equipaje se tasarán con arreglo á las tarifas vigentes de cada Compañía.

Los billetes serán personales y los interesados deberán firmarlos al adquirirlos, haciendo otro tanto siempre que lo exija algún empleado de las Compañías.

Los billetes son valederos para todos los trenes que contengan carruajes de la clase á que pertenezcan.

Los viajeros deberán presentar, siempre que lo exija

algún empleado de las Compañías, todo el billete excepto los talones correspondientes á los trayectos recorridos. Todo talón que se presente suelto será considerado como nulo y recogido si el viajero no puede presentar al mismo tiempo las otras partes del billete que debía conservar, inclusa la cubierta firmada por él y expresiva de la fecha en que caduca.

AVISO IMPORTANTE

El viaje puede hacerse indistintamente en el sentido indicado en el Itinerario respectivo, ó siguiendo la dirección contraria, á elección del portador del billete.

Los viajeros pueden detenerse en todas las Estaciones comprendidas en el Itinerario respectivo, tanto si se hallan nombradas en éste como no.

VENTA DE BILLETES

Desde el día 15 de Diciembre de 1882, hasta nuevo aviso, se venderán billetes para los Itinerarios números 1 al 9 en la Estación de Irún, y para los Itinerarios números 2, 4, 6 y 8 en la Estación de Port-Bou. Los billetes de los Itinerarios números 10 y 11 sólo se venderán en la Estación de Lisboa.

Itinerario 3.º (Serie B).—Duración: 70 días.—Los precios desde Port-Bou son: 1.ª clase, 354,35 pesetas.—2.ª clase, 263,95 pesetas.—Port-Bou, Gerona, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Alsásua, San Sebastián, Irún, Tolosa, Vitoria, Miranda, Bilbao, Burgos, Venta de Baños, Palencia, Santander, Venta de Baños, Valladolid, Medina, Zamora, Salamanca, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Mérida, Ciudad-Real, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Port-Bou y Cerbère.

Itinerario 4.º (B).—Duración: 85 días.—Los precios desde Port-Bou son: 1.ª clase, 443,45 pesetas.—2.ª clase 331,45 pesetas.—Port-Bou, Gerona, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Alsásua, San Sebastian, Irún, Tolosa, Vitoria, Miranda, Bilbao, Burgos, Venta de Baños, Palencia, Santander, Venta de Baños, Valladolid, Medina, Zamora, Salamanca, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Pla-

sencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Mérida, Almorchón, Belmez, Córdoba, Málaga, Bobadilla, Granada, Bobadilla, La Roda, Utrera, Cádiz, Jerez, Sevilla, Córdoba, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Port-Bou y Cerbère.

CONDICIONES GENERALES

Los niños menores de tres años serán transportados gratis, pero deberán ir en brazos de las personas que los acompañen; los que pasen de esta edad pagarán asiento entero.

Los viajeros tendrán derecho al transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje; pero esta franquicia no se aplicará á los niños que no paguen asiento. Los excesos de equipaje se tasarán con arreglo á las tarifas vigentes de cada Compañía.

Los billetes serán personales, y los interesados deberán firmarlos al adquirirlos, haciendo otro tanto siempre que lo exija algún empleado de las Compañías. Los billetes son valederos para todos los trenes que contengan carruajes de la clase á que pertenezcan.

Los viajeros deberán presentar, siempre que lo exija algún empleado de las Compañías, todo el billete excepto los talones correspondientes á los trayectos recorridos. Todo talón que se presente suelto será considerado como nulo y recogido si el viajero no puede presentar al mismo tiempo las otras partes del billete que debía conservar, inclusa la cubierta firmada por él y expresiva de la fecha en que caduca.

AVISO IMPORTANTE

La entrada en España ha de verificarse por Port-Bou y la salida por Cerbère.

El viaje puede hacerse indistintamente en el sentido indicado en el Itinerario respectivo, ó siguiendo la dirección contraria, á elección del portador del billete.

Los viajeros pueden detenerse en todas las Estaciones comprendidas en el Itinerario respectivo, tanto si se hallan nombradas en éste como no.

VENTA DE BILLETES

Desde el 15 de Diciembre de 1882, y hasta nuevo aviso, se venderán los billetes para estos viajes en la Estación de Port-Bou.

5.^o *Itinerario* (internacional; núm. 38, P. L. M.). — Duración: 70 días. — Los precios desde Lyon son: 1.^a clase, 420,25 pts. — 2.^a clase, 314,70 pts. — Lyon, Valence, Avignon, Nimes, Cete, Toulouse, Pau, Bayonne, Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Ciudad-Real, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère, Cete, Nimes, Avignon, Valence y Lyon.

6.^o *Itinerario* (internacional; núm. 39, P. L. M.). — Duración: 85 días. — Los precios desde Lyon son: — 1.^a clase 514,35 pts. — 2.^a clase, 386 pesetas. — Lyon, Valence, Avignón, Nimes, Cete, Toulouse, Pau, Bayonne, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Bélmez, Córdoba, Málaga, Bobadilla, Granada, La Roda, Utrera, Cádiz, Jerez, Sevilla, Córdoba, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère, Cete, Nimes, Avignon, Valence y Lyon.

Itinerario 9.^o (internacional; núm. 12, P. L. M.) Duración: 70 días. — Los precios desde Marsella son: 1.^a clase, 394,55 pesetas. — 2.^a íd. 295,45 íd. — Marseille-Cete (vía Tarascon ou Arlès), Toulouse, Pau, Bayonne, Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Ciudad-Real, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère, Cete, Nimes-Marseille (vía Lunel ou Tarascon).

Itinerario 10.^o (internacional; núm. 43, P. L. M.).

Duración: 85 días. — Los precios desde Marsella son: 1.^a clase, 488,65 pesetas. — 2.^a íd. 366,75 pesetas. — Marseille-Cette (vía Tarascon ou Arlès), Toulouse, Pau, Bayonne, Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Belmez, Córdoba, Málaga, Bobadilla, Granada, La Roda, Utrera, Cádiz, Jerez, Sevilla, Córdoba, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère, Cette, Nîmes-Marseille (vía Lunel ou Tarascon).

Itinerario 19.º (internacional; núm. 9 de Orleans y 34 P. L. M.) — Duración: 70 días. — Los precios desde París son: 1.^a clase, 445,30 pesetas. — 2.^a ídem, 333,50 íd. — París, Bordeaux, Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Ciudad-Real, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère, Cette, París (vía Clermont ó vía Lyon-Dijon, con facultad de pasar por Marsella).

20.º Itinerario (internacional; núm. 10 de Orleans y 35 P. L. M.) — Duración: 85 días. — Los precios desde París son: 1.^a clase, 539,40 pesetas. — 2.^a íd., 404,80 íd. — París, Bordeaux, Irún, San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Burgos, Palencia, Santander, Valladolid, Medina, Salamanca, Zamora, Avila, Escorial, Madrid (Atocha), Aranjuez, Toledo, Madrid (Atocha), Talavera de la Reina, Plasencia, Cáceres, Valencia de Alcántara, Lisboa, Coimbra, Porto, Badajoz, Bélmez, Córdoba, Málaga, Bobadilla, Granada, La Roda, Utrera, Cádiz, Jerez, Sevilla, Córdoba, Albacete, Encina, Valencia, Sagunto, Tarragona, Barcelona, Cerbère Cette, París (vía Clermont ó vía Lyon-Dijon, con facultad de pasar por Marsella).

SOCIEDAD

DE LOS FERROCARRILES DE MADRID Á CÁCERES Y PORTUGAL

Dirección: Claudio Coello, 12 moderno: Madrid.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

SERVICIO INTERIOR

Los relojes de todas las líneas están arreglados á la hora del meridiano de Madrid.—Hay una diferencia de 25 minutos entre los meridianos de Madrid y Lisboa.—(Lisboa atrasa 25 minutos.)

Trenes express números 3 y 4.—Estos trenes se compondrán de coches de todas clases.

Admitirán los viajeros de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase ordinarios de todas las Estaciones servidas en todo el trayecto, incluso el de las líneas en combinación, y viceversa.

Servicio de Correspondencia y Despachos Centrales.

Madrid.—Despacho central, calle de la Victoria, 2.—Centro de informes al comercio en dicho Despacho Central.—Omnibus á todos los trenes.

Cabañas (Estación).—Despacho central en Toledo, calle de las Armas, núm. 9.—Omnibus á todos los trenes.

Talavera.—Despacho central, plaza de la Constitución.—Omnibus á todos los trenes.

Plasencia (Estación).—Coches para la población de Plasencia, en combinación con todos los trenes.—Despacho central, en Plasencia.

Béjar.—Despacho central, plaza de la Corredera.—Correspondencia de coches en combinación con los trenes 3 y 6 para los viajeros con destino á Béjar, y con los 4 y 5 para los procedentes de Béjar.—Un servicio de ida y otro de vuelta.

SERVICIO INTERNACIONAL

Tren de ida (Express núm. 4).

Tomá en todas las estaciones de parada viajeros de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase para todas las Estaciones de su trayecto así como para Galicia y Badajoz.

Los viajeros procedentes de la línea española siguen á Portugal sin efectuar trasbordo en la frontera de Valencia de Alcántara.

Tren de vuelta (Express núm. 3).

Recibe los viajeros de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase procedentes de las Estaciones portuguesas, de Badajoz y de Galicia, para todas las Estaciones servidas en su itinerario en el recorrido español.

Tomarán igualmente estos trenes todos los viajeros portadores de billetes de ida y vuelta (servicio local é internacional) y de viajes circulares.

Los viajeros procedentes de la línea portuguesa siguen á España sin cambiar de carruaje en la frontera de Valencia de Alcántara.

Hay fondas abiertas en las Estaciones de Talavera, Navalморal, Plasencia, Arroyo, Valencia de Alcántara, Entroncamento y Oporto.

El precio del almuerzo es de tres pesetas, y el de la comida tres pesetas cincuenta céntimos en mesa redonda.

La Estación de Torrijos tiene abierto Café Cantina.

TARIFA DE DEPARTAMENTOS RESERVADOS, ASIENTOS DE LUJO Y SALONES, COMBINADA CON LA COMPAÑÍA REAL DE LOS CAMINOS DE HIERRO PORTUGUESES.

Departamentos reservados.

Se pondrán á disposición del público departamentos reservados de 1.^a clase, cuando sean solicitados por los viajeros y lo permitan las condiciones del servicio.

El precio de cada departamento reservado será el de ocho asientos de 1.^a clase según las tarifas legales de cada línea; pero sin que por eso se puedan colocar en el departamento más de ocho viajeros.

En los departamentos de 1.^a clase de diez asientos, los viajeros que excedan del número de ocho arriba indicado pagarán el precio correspondiente á su asiento.

Berlinas ordinarias.

El precio de un asiento de berlina ordinaria será de un billete de 1.^a clase, con un aumento de 10 por 100 sobre los precios de las tarifas legales de cada una de las dos Compañías combinadas.

Berlinas-camas.

Para ocupar una berlina-cama deberán pagarse cuatro asientos de 1.^a clase, con un aumento de 10 por 100, no pudiendo exceder de tres los viajeros que ocupen dicho departamento.

Sillones-camas.

Podrán ocuparse sillones-camas pagando tan solo los asientos ocupados al precio de 1.^a clase, con aumento de 25 por 100 sobre el precio de la 1.^a clase de la tarifa legal.

Tocador-cama.

El precio de cada asiento de tocador-cama será de un billete de 1.^a clase, con un aumento de la tercera parte sobre el precio de las tarifas legales de cada línea.

Excepcionalmente para los asientos tomados en Madrid para Lisboa ó en ésta para aquélla, el precio de cada asiento será de un billete de 1.^a clase, con aumento de 25 pesetas para ambas Compañías.

Se reservan las dos Compañías combinadas el derecho de indicar á los viajeros los asientos que deberán ocupar.

Coches-salones.

El precio de cada coche-salón es el de diez billetes de 1.^a clase.

Los viajeros que excedan del número de diez arriba indicado pagarán el precio correspondiente á la 1.^a clase, sin aumento ninguno.

Los viajeros que hubiesen alquilado un coche-salón podrán utilizarlo para su regreso á la Estación de salida. En este caso, el regreso deberá ejecutarse dentro del plazo de veinticuatro horas después de la llegada, y la percepción se hará sobre el mismo número de diez asientos ó más, sin el aumento del 20 por 100.

TARIFA ESPECIAL M. L. NUM. 10 DE G. V.

Aplicable desde 10 de Enero de 1887 á los billetes y suplementos que se expendan para los trenes rápidos.

Desde las estaciones abajo indicadas á las del frente ó viceversa.	Arroyo	Valencia de Alcántara.	Torredas Vargens	Entroncamento	Lisboa ó Santarém.
	1. ^a cl.	1. ^a cl.	1. ^a cl.	1. ^a cl.	1. ^a cl.
	P. C.	P. C.	P. C.	P. C.	P. C.
Madrid	60.35	72.80	85.49	95.61	111.33
Talavera	39 85	52.80	64.94	75.06	90.78
Arroyo	"	"	25.14	35.26	50.98
V. de Alcántara	"	"	"	22.81	38.53

CONDICIONES

1.^a Sólo se expendrán para cada tren 18 billetes con derecho á ocupar otros tantos asientos en los coches de lujo.

2.^a Los suplementos serán solamente vendidos por los agentés de la Compañía internacional de los *Sleeping-Cars*, en su despacho, Puerta del Sol, núm. 14, hasta las nueve de la noche de la fecha de salida del tren, y en este día, despues de las diez y media de la noche, en la Estación de las Delicias, por los conductores de los coches de lujo.

3.^a Para utilizar estos trenes, los viajeros tendrán que tomar billetes de 1.^a clase á los precios de las tarifas generales, según van indicados. Nuestro Despacho Central y Estación de Delicias sólo venderán billetes para estos trenes previa la presentación del suplemento *Sleeping-Cars*; las demás autorizadas lo efectuarán sin aquel requisito, á condición de devolver su importe si no hubiera plaza disponible. También tienen validez para estos trenes los billetes de ida y vuelta, los de viajes circulares, así como los de clase inferior, siempre que los portadores de ellos presenten el correspondiente suplemento de haber abonado el importe de la diferencia á 1.^a clase, según las tarifas en vigor; y tanto unos como otros, siempre que satisfagan la cantidad suplementaria correspondiente al *Sleeping-Cars*, según el recorrido que efectúen, condición indispensable para ocupar asiento en dichos coches.

4.^a Los viajeros tienen la facultad de poder apearse en cualquier estación anterior á la designada en sus billetes, siempre que el tren tenga parada en ella.

5.^a Cuando un viajero pase más allá del punto del destino indicado en su billete, se procederá en la forma siguiente:

(a) Avisando con la debida anticipación al revisor del tren, pagará la diferencia del precio del viaje hasta la primera estación para donde se admitan viajeros en este tren, según los precios anteriores.

(b) Cuando, por el contrario, no haya avisado, pagará su viaje desde los puntos extremos, si el caso se da antes de pasar el tren la frontera, ó desde Valencia de Alcántara si el tren ha pasado de este límite.

(c) El viajero que fuese encontrado sin billete pagará el precio correspondiente á todo el recorrido de Madrid á Lisboa ó viceversa.

6.^a Los niños menores de tres años serán transportados gratis yendo en brazos de las personas que los conduzcan; los de tres á siete años pagarán medio billete y medio suplemento. Dos niños con medios billetes sólo tendrán derecho á ocupar un asiento.

7.^a Se concede á cada viajero el transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje. Los excesos serán tasados por la tarifa respectiva sin recargo alguno, excepto el de los gastos, accesorios é impuestos para los gobiernos portugués y español.

8.^a Al facturar su equipaje, los viajeros deberán indicar la estación á que lo destinan, para que sea facturado en conformidad.

9.^a Los precios del servicio del restaurant, serán los indicados en la tarifa fijada en el referido carruaje-restaurant.

10.^a Quedan en vigor todas las condiciones de las tarifas generales en todo lo que no sean contrarias á las señaladas en la presente.

11.^a Las Compañías se reservan el derecho de suspender este servicio cuando lo juzguen conveniente, avisando con un mes de anticipación.

NOTAS.—Es enteramente gratuito el servicio de camareros.

— En Lisboa los billetes y suplementos para estos trenes se venden en el *Despacho Central*, calle *Aurea*, 262, en cualquier día, hasta las seis de la tarde del día de la salida del tren en que deben ser utilizados. En la *Estación Principal*, en el día de la salida, desde las siete hasta las ocho y veinticinco de su noche.

COMPañÍA REAL DE LOS FERROCARRILES

Líneas de Lisboa á Porto

ÓMNIBUS.—Lisboa, Santarem, Porto y Coimbra. V. N. de Gala, Portalegre.
 SERVICIOS EN COMBINACION.—De Alverca á Bucellas. De Almadra
 yalvo á Thomar. De Pombal á Marinha Grande. De Estarreja á San Pedro de Su
 Porto á Braga, Vianna, Guimaraes, Almarante, Regao, Peñafiel, en ferrocarril
 SERVICIO REGULAR DE VAPORES.—De Lisboa para Algarbe, Gibraltar
 tevideo. De Coimbra á Figueira da Foz, Goez, Souza, etc.
 HORAS DE MADRID A LISBOA.—Lisboa retrasa con el Meridiano de Ma
 SERVICIO INTERNACIONAL.—*Tarifa general combinada.*

Billetes directos en combinacion con la línea de Ma

De las estaciones abajo indicadas á las de frente ó viceversa.	MADRID			CABAÑAS		
	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.
Lisboa	86.33	64.57	46.67	79.78	59.67	43.37
Entroncamento . .	74.61	55.46	40.17	68.06	50.56	36.87
Elvas	77.05	57.35	41.50	70.50	52.45	38.20
Pampilhosa	88.38	66.18	47.83	81.83	61.28	44.53
Porto	99.99	75.18	54.28	93.44	70.28	50.98
Torre das Vargens	66.99	49.57	35.94	60.44	44.67	32.64
Marvao	59.94	44.07	32. "	53.39	39.17	28.70
Famaliçao	103.49	77.90	56.22	"	"	"
Braga	105.71	79.62	57.45	"	"	"
Caminha	111.05	83.79	60.45	"	"	"
Valença	113.71	85.85	61.89	"	"	"

	CAÑAVERAL			CÁCERES		
	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.
Lisboa	49.08	36.62	27.12	40.83	30.27	21.97
Entroncamento . .	37.36	27.51	20.62	29.11	21.16	15.47
Elvas	36.80	29.40	21.95	31.55	23.05	16.80
Pampilhosa	51.13	38.23	28.28	42.88	31.88	23.13
Porto	62.74	47.23	34.73	54.49	40.88	29.58
Torre das Vargens	29.74	21.62	16.39	21.49	15.27	11.24
Marvao	22.60	16.12	12.45	14.44	9.77	7.30
Famaliçao	"	"	"	57.99	43.60	31.52
Braga	"	"	"	60.21	45.32	32.75
Caminha	"	"	"	65.55	49.49	35.75
Valença	"	"	"	68.21	51.55	37.19

LES PORTUGUESES. — NOTICIAS ÚTILES

Valencia de Alcántara.

Elvas y Badajoz á la llegada y salida de todos los trenes. De Sobras y Torres Vedras. De Carregado á Alemquer y Caldas de Rainha. De Pa- (Caldas) y Leiria. De Mealhada á Bussaco y Vizeu, May-Gualde y Melorica. De Braganza y Vigo.

Azoos, Madera, Puertos de Africa; Río de la Plata, Brasil, Buenos-Aires y Mon-

Madrid 25 minutos.

Madrid á Cáceres y Portugal. — Precios en pesetas.

TALAVERA			NAVALMORAL			PLASENCIA		
1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.
70.78	52.92	38.92	63.23	47.22	35.12	56.63	42.32	31.67
59.06	43.81	32.42	51.51	38.11	28.62	44.91	33.21	25.17
61.50	45.70	33.75	53.93	40. " "	29.95	47.35	35.10	26.50
72.83	54.53	40.08	65.28	48.83	36.28	58.68	43.39	32.83
84.44	63.53	46.53	76.89	57.83	42.73	70.29	52.93	39.28
51.44	37.92	28.19	43.89	32.22	24.39	37.29	27.32	20.94
44.39	32.42	24.25	36.84	26.72	20.45	30.24	21.82	17. " "
"	"	"	"	"	"	"	"	"
"	"	"	"	"	"	"	"	"
"	"	"	"	"	"	"	"	"
"	"	"	"	"	"	"	"	"

ARROYO			V. de ALCANTARA			Viajeros. — Las condiciones para el servicio de viajeros son igualmente las de las respectivas tarifas generales.
1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	
38.48	28.72	20.77	28.53	22.07	15.82	Equipajes. — Se concede á cada viajero el transporte gratuito de 30 kilogramos, y de 15 á los niños portadores de medio billete.
26.76	19.61	14.27	16.81	12.96	9.32	
29.20	21.50	15.60	19.25	14.85	10.65	
40.53	30.33	21.93	30.58	23.68	16.98	
52.14	39.33	28.38	42.19	32.68	23.43	
19.14	13.72	10.04	9.19	7.07	5.09	
12.09	8.22	6.10	2.14	1.57	1.15	
55.64	42.05	30.32	45.69	35.40	25.37	
57.86	43.77	31.35	47.91	37.12	26.60	
63.20	47.94	34.55	53.25	41.29	29.60	
65.86	50. " "	35.99	55.91	43.35	31.04	

Billetes directos en combinación con la línea de

De las estaciones abajo indicadas á las del frente ó viceversa.	BADAJOZ			MERIDA		
	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.
Lisboa	5.620	4.380	3.120	6.830	5.300	3.740
Carregado	4.900	3.810	2.720	6.120	4.730	3.330
Entroncamento . .	3.510	2.730	1.950	4.730	3.650	2.560
Elvas	350	270	200	1.570	1.190	810
Coimbra	5.750	4.470	3.200	6.970	5.390	3.810
Porto	8.070	6.280	4.480	9.290	7.200	5.090

	SEVILLA			ALCAZAR		
	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.	1. ^a c.	2. ^a c.	3. ^a c.
Lisboa	12.230	9.220	6.600	14.970	11.350	7.740
Carregado	11.520	8.660	6.200	14.260	10.790	7.340
Entroncamento . .	10.130	7.580	5.430	12.870	9.710	6.570
Elvas	6.970	5.120	3.680	9.710	7.250	4.820
Coimbra	12.370	9.320	6.680	15.110	11.450	7.820
Porto	14.690	11.130	7.960	17.430	13.260	9.100

CAMBIO DE MONEDA ESPAÑOLA

Las estaciones de Lisboa, Porto, Elvas y Marvao admitirán pesetas, ó sea 44 reis por real de vellón, en pago del importe de los taciones de las líneas de la Compañía Real de los ferrocarriles por tanto en Portugal como en España.

LIGAÇÃO DO SERVI

entre as estações de MA

E MADRID-

De Madrid-Delicias á Madrid-Príncipe Pío.

Chegada do comboio de Portugal e Cáceres á Madrid-Delicias	4-30 tarde.
Partida para Madrid-Príncipe Pío ás	5-20 "
Chegada á " " "	5-46 "
Partida de " " " para ó Norte ás	8-00 noche.

COMBOIOS RÁPIDOS SEMANALES ENTRE LISBOA, MADRID, PARÍS E CALAIS E VICEVERSA

Preços de Lisboa.	Estações.	Horario.	Estações.	Horario.
Reis.	Lisboa.. Partida.	T. 8.15	Calais... Partida.	T. 1.42
6.950	V. de Al-cântara. { Chegada. Partida.	M. 2.40 3.30	París... { Chegada. Partida.	" 6.40
20.040	Madrid.. { Chegada. Partida.	T. 1.25 2.10	Bordeus. { Chegada. Partida.	M. 3.30 3.34
33.920	Irún... { Chegada. Partida.	M. 5.08 5.16	Irún... { Chegada. Partida.	" 7.34
48.810	Bordeus. { Chegada. Partida.	10.10 10.14	Madrid.. { Chegada. Partida.	T. 10.50 11.30
68.250	París... { Chegada. Partida.	T. 6.50 7.40	V. de Al-cântara. { Chegada. Partida.	M. 9.19 9.00
79.760	Calais... Chegada	M. 1.40	Lisboa.. Chegada	T. 3.15
		" sabbado.		" 2. ^a feira.

SERVICIO COMBINADO ENTRE LA REAL COMPAÑÍA DE LOS FERROCARRILES PORTUGUESES, LA SOCIEDAD DE LOS FERROCARRILES DE MADRID Á CÁCERES Y PORTUGAL, Y FERROCARRILES DE MIÑO Y DUERO

Billetes de ida y vuelta á precios reducidos.

Desde las estaciones siguientes á las del frente y regreso ó viceversa.	LISBOA			ENTRONCAMENTO			COIMBRA		
	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.
	Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.
Cáceres	61,22	45,39	32,90	43,64	31,72	23,15	62,39	46,30	33,57
Plasencia.....	79,29	59,26	44,33	62,88	46,51	35,23	80,38	60,12	44,96
Talavera	99,09	74,11	54,43	82,68	61,36	45,33	100,18	74,97	55,06
Cabañas.....	111,69	83,51	60,73	95,28	70,76	51,63	112,78	84,37	61,36
Madrid.....	120,84	90,41	65,28	104,43	77,66	56,18	121,93	91,27	65,91
	PORTO			BRAGA			CAMINHA		
Cáceres	81,72	61,30	44,32	90,50	68,13	49,15	98,33	74,24	53,60
Plasencia.....	98,42	74,12	54,99	"	"	"	"	"	"
Talavera	118,22	88,97	65,09	"	"	"	"	"	"
Cabañas.....	130,81	98,37	71,94	148,75	112,10	80,77	156,58	118,21	82,22
Madrid.....	139,96	105,27	75,94						
	VALENÇA DO MINHO			VIANNA			BARCA D'ALVA		
Cáceres	102,33	77,30	55,76	94,72	71,41	51,60	113,33	85,91	61,93
Plasencia.....	"	"	"	"	"	"	"	"	"
Talavera	"	"	"	"	"	"	"	"	"
Cabañas.....	"	"	"	152,97	115,38	83,22	171,58	129,88	93,55
Madrid.....	160,58	121,27	87,38						

CONDICIONES (*corresponden al cuadro anterior*).

1.^a Estos billetes se expenderán para todos los trenes ordinarios que enlacen en Valencia de Alcántara con los de la línea de la Compañía Real Portuguesa, y serán valederos durante diez días, incluso el de salida y llegada, excepto los de ó para Cáceres, cuyo plazo de validez será sólo de cinco días, incluídos el de salida y llegada. — 2.^a Se concede á cada viajero el transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje. Los excesos serán tasados por las tarifas de aplicación general de ambas Compañías. — 3.^a No se conceden medios billetes. — 4.^a El viajero portador de estos billetes que ocupase un asiento de clase superior á la señalada en el mismo, pagará la diferencia entre el precio ordinario del billete y el que corresponde al de la clase que ocupe, según las tarifas generales de cada una de las Compañías combinadas. — El cambio de esta tarifa es de 180 reis por peseta.
